

C. L. TAYLOR

DESAPARECIDO

Alguien sabe lo que le ha sucedido a su hijo.



LOS

IMPERDIBLES

C. L. TAYLOR

DESAPARECIDO

Alguien sabe lo que le ha sucedido a su hijo.



LOS IMPERDIBLES

Desaparecido

C. L. Taylor



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Portadilla

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Jueves 5 de febrero de 2015

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Lunes 11 de agosto de 2014

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Viernes 22 de agosto de 2014

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Martes 26 de agosto de 2014

Capítulo 12

Capítulo 13

Jueves 25 de septiembre de 2014

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Martes 7 de octubre de 2014

Capítulo 19

Miércoles 8 de octubre de 2014

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Viernes 10 de octubre de 2014

Capítulo 23

Viernes 24 de octubre de 2014

Capítulo 24

Lunes 3 de noviembre de 2014

Capítulo 25

Capítulo 26

Martes 4 de noviembre de 2014

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Sabado 8 de noviembre de 2014

Capítulo 31

Capítulo 32

Martes 25 de noviembre de 2014

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Jueves 27 de noviembre de 2014

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Viernes 19 de diciembre de 2014

Capítulo 44

Capítulo 45

Viernes 2 de enero de 2015

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Viernes 16 de enero de 2015
Capítulo 55
Martes 27 de enero de 2015
Capítulo 56
Martes 27 de enero de 2015
Capítulo 57
Miércoles 28 de enero de 2015
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Agradecimientos
Notas
Créditos

A mis difuntas abuelas
Milbrough Griffiths y Olivia Bella Taylor

Jueves 5 de febrero de 2015

Jackdaw44: *¿Te apetece jugar?*

ICE9: *No.*

Jackdaw44: *No es nada de sexo.*

ICE9: *¿De qué es?*

Jackdaw44: *Son preguntas. Me aburro. Va, será divertido.*

ICE9: *...*

Jackdaw44: *Me lo tomaré como un sí. Vale, primera pregunta. ¿Qué prefieres, quedarte sorda o quedarte ciega?*

ICE9: *Ya ves, sí que te aburres. Sorda.*

Jackdaw44: *¿Qué prefieres, ahogarte en un río o arder en un incendio?*

ICE9: *Ninguna de las dos cosas.*

Jackdaw44: *Tienes que elegir.*

ICE9: *Ahogarme en un río.*

Jackdaw44: *¿Qué te entierren o que te incineren?*

ICE9: *No me gusta este juego.*

Jackdaw44: *No pasa nada. Sólo intento conocerte mejor.*

ICE9: *Pues lo haces de una manera muy rara.*

Jackdaw44: *Te quiero. Quiero saberlo todo sobre ti.*

ICE9: *Que me entierren.*

Jackdaw44: *¿Ser un personaje infame o que se olviden de ti?*

ICE9: *Que se olviden de mí.*

Jackdaw44: *¿¿¿En serio???*

ICE9: *Sí.*

Jackdaw44: *Yo preferiría mil veces ser un personaje infame.*

ICE9: *No me sorprende nada.*

Jackdaw44: *¿Llorarás en mi entierro o te guardarás las lágrimas para cuando estés sola?*

ICE9: *¿¿¿¡QUÉ!!?? Deja de ser tan morboso.*

Jackdaw44: *No lo soy. Sólo te estoy preparando.*

ICE9: *¿Para qué?*

ICE9: *¿Hola?*

ICE9: *¿HOLA?*

Capítulo 1

Miércoles 5 de agosto de 2015

¿Qué ropa te pones para enfrentarte al objetivo de una cámara y suplicar que alguien, quien sea, por favor, por favor, te diga dónde está tu hijo? ¿Una blusa? ¿Un jersey? ¿Armadura?

Hoy es el día del segundo llamamiento televisivo. Han pasado seis meses desde que mi hijo desapareció. ¿Seis meses? ¿Cómo ha podido pasar tanto tiempo? La terapeuta a la que empecé a ir cuatro semanas después de que se lo llevaran me dijo que el dolor se apaciguaría, que nunca sentiría su pérdida con tanta intensidad como aquel primer día.

Mentía.

Tardo prácticamente una hora en poder mirarme al espejo del dormitorio sin llorar. Mi pelo, que me corté al estilo duende la semana pasada, no encaja con mi cara ancha y angulosa, y los ojos se me ven oscuros y hundidos bajo el nuevo flequillo. La blusa que anoche consideré aceptable y presentable de repente me parece fina y barata; la falda de lápiz hasta las rodillas, demasiado ceñida a mis muslos. Las cambio por unos pantalones azul marino y un jersey gris claro. Elegante, pero no demasiado; seria, pero no sombría.

Mark no está en el cuarto conmigo. Se ha levantado a las 5:37 y se ha escabullido silenciosamente de la habitación, sin hacer caso al leve gruñido que he soltado al ver la hora en el despertador. Anoche, al meternos en la cama, nos quedamos tendidos en silencio uno al lado del otro, sin tocarnos, demasiado tensos para hablar. El sueño tardó mucho en llegar.

No he dicho nada cuando Mark se ha levantado. Siempre ha sido mañanero y le gusta disfrutar de una hora o así de soledad para vagar por la casa antes de que todo el mundo se levante.

En nuestra casa había siempre tanto alboroto por las mañanas... Billy y Jake se peleaban por quién usaba antes el baño y luego, cuando volvían a su cuarto a cambiarse, subían al máximo el volumen de sus radiocasetes. Yo golpeaba la puerta de su habitación y les gritaba que bajarán la música. Mark

nunca ha llevado muy bien el ruido. Cada semana se pasa horas conduciendo de ciudad en ciudad como parte de su trabajo como representante farmacéutico, pero siempre en silencio: para él, nada de música, audiolibros ni radio.

—¿Mark?

Son las 7:30 cuando entro lentamente en la cocina, asegurándome de no pisar la baldosa rajada junto a la nevera para que no se me enganchen los calcetines de media. Hace tres años, Billy abrió la nevera y se cayó una botella de vino, que rajó las baldosas que Mark había terminado de colocar el día anterior. Le dije que había sido yo.

—¿Mark?

La tetera aún está caliente, pero no hay ni rastro de mi marido. Asomo la cabeza por la puerta del salón, pero tampoco está ahí. Regreso a la cocina y abro la puerta trasera, que da al camino que recorre el lateral de la casa. La puerta del garaje está abierta. Me llega el renqueo del cortacésped al encenderse.

—¿Mark? —Introduzco mis pies en un par de deportivas del 44 que alguien ha abandonado junto al felpudo y me deslizo por el camino hacia el garaje. Es agosto y el sol está ya alto; el parque del otro lado de la calle es un tumulto de color y nuestro césped está mojado por el rocío—. No estarás pensando en cortar el césped...

Me detengo en seco en la puerta del garaje. Mi alto y rubio marido está inclinado sobre el cortacésped con su mejor traje azul marino y una grasienta mancha negra de aceite justo por encima de la rodilla de la pernera izquierda de su pantalón.

—¡Mark! ¿Qué diablos haces?

Él no levanta la mirada.

—Revisando el cortacésped.

Vuelve a dar un tirón de la cuerda y la máquina suelta un gruñido de protesta.

—¿Ahora?

—Hace un mes que no lo uso. Si no le hago una revisión, se oxidará.

No sé si reír o llorar.

—Pero Mark, hoy es el día del llamamiento de Billy.

—Sé qué día es.

Esta vez levanta la vista. Tiene las mejillas sonrojadas y hay una película

de sudor que se extiende desde sus gruesas y despeinadas cejas hasta la línea de su pelo, que cada vez está más retrasada. Se pasa una mano por la frente y luego se la seca en la pernera del pantalón, frotando el sudor con la mancha grasienta de aceite. Tengo ganas de gritarle que ha echado a perder su mejor traje y que no puede hacer el llamamiento de Billy de esa guisa, pero hoy no es día para una discusión, así que en lugar de eso respiro hondo.

—Son las siete y media —digo—. Tenemos que salir dentro de media hora. El detective Forbes dijo que se reuniría con nosotros a las ocho y media para repasar algunas cosas.

Mark se frota la parte baja de la espalda con el puño cerrado al tiempo que se pone de pie.

—¿Jake está preparado?

—Creo que no. Cuando he bajado tenía la puerta cerrada y no he oído voces.

Jake comparte habitación con su novia Kira. Empezaron a salir en el colegio, cuando tenían dieciséis años, y llevan tres juntos, los últimos dieciocho meses compartiendo cuarto en nuestra casa. Jake me suplicó que la dejara quedarse. La afición a la bebida de la madre de Kira había empeorado, y había empezado a agredirla física y verbalmente. Jake me dijo que, si no dejaba que se quedara a vivir con nosotros, tendría que trasladarse a Edimburgo con su abuelo y no podrían verse nunca.

—Bueno, si a Jake no se le puede molestar para que se levante, iremos sin él —dice Mark—. No tengo energía para enfrentarme a él. Hoy no.

Antes era Billy quien decepcionaba a Mark. Billy con su actitud de «me importa una mierda» hacia la escuela y su certeza de que la vida le debía fama y fortuna. En comparación, Jake era siempre el niño perfecto. Se esforzaba en la escuela, se sacó el certificado de secundaria con notas entre un nueve y un seis, y obtuvo un grado de electricista con muy buenas calificaciones. Hoy en día tenemos que lidiar con llamadas debidas a las ausencias de Jake en el trabajo, no a Billy.

Yo tampoco tengo energía para lidiar con Jake, pero no puedo limitarme a encoger los hombros como Mark. Tenemos que presentar un frente unido ante los medios. Tenemos que estar todos ahí, sentados hombro con hombro tras la mesa. Una familia fuerte, por lo menos en apariencia.

—Me vuelvo a casa. Te sacaré el otro traje del armario —digo, pero Mark ha vuelto a centrar su atención en la máquina cortacésped.

Regreso al camino arrastrando los pies, mientras los enormes zapatos de Jake dejan un rastro en la grava, y alargo la mano para coger el pomo de la puerta trasera.

Oigo el grito en el momento en que la empujo.

Capítulo 2

–¡Jake, dámelo!

El chillido de Kira baja por las escaleras y en la habitación de arriba se escucha un fuerte golpe cuando algo, o alguien, cae al suelo.

Me saco los zapatos de Jake de una patada y subo los peldaños de dos en dos, atravieso el descansillo y entro volando en su habitación sin pararme a llamar. Hay una ráfaga de actividad cuando Kira y Jake se alejan uno del otro de un salto. Con su escaso metro cincuenta y el pelo rubio que le cae por debajo de los hombros, Kira parece diminuta, una muñeca con sus braguitas rosas y una camiseta blanca ceñida. Jake lleva el pecho descubierto y va desnudo a excepción de unos calzoncillos negros que le cuelgan de las caderas. Tiene los hombros y el torso tan amplios y musculados que da la sensación de llenar la habitación. A sus pies hay una botella destrozada de la que se derrama un líquido marrón pálido sobre la moqueta beis. Hay esquirlas de cristal sobre el montón de pesas, al lado.

–¡Mamá!

Jake se aparta de Kira de un salto y planta su pie derecho sobre la botella rota. Suelta un gemido de angustia cuando una esquirla de vidrio transparente se le clava en la planta.

–¡No! –grito, pero él ya se la ha arrancado.

La sangre, de un rojo intenso, empieza a chorrear, le cubre los dedos y gotea en la alfombra.

–¡No te muevas! –Me lanzo hacia el baño y cojo la primera toalla que veo.

Al volver al cuarto, Jake está sentado en la cama; con una mano se agarra el tobillo y con la otra presiona la herida. La sangre se le escurre entre los dedos. Kira, que sigue de pie en medio del cuarto, tiene la cara blanca. Avanzo con cuidado entre los trozos de cristal roto del suelo y luego me pongo en cuclillas sobre la alfombra, delante de Jake. Apesta a alcohol.

–Suéltalo.

Esboza una mueca al separar los dedos del pie. La herida no hace más de

medio centímetro, pero es profunda y la sangre sigue manando. La envuelvo con una toalla tan apretada como puedo, en un intento por detener el flujo.

–Sujétala ahí. –Le indico a Jake con un gesto que presione la toalla con las manos–. Tengo que encontrar un imperdible.

Segundos después estoy de vuelta en la habitación intentando asegurar el vendaje casero alrededor del pie de mi hijo. Bajo sus ojos hay círculos oscuros y se le marcan demasiado los pómulos bajo la piel. Mark y yo no somos los únicos que no han dormido esta noche.

–¿Qué ha pasado, Jake? –pregunto con cautela.

Él mira más allá de mí, a Kira, que se está poniendo algo de ropa. Ella abre los labios y, por un segundo, creo que está a punto de hablar, pero entonces baja la vista y se escurre dentro de los vaqueros. Abajo, la puerta trasera se abre con un golpe sordo cuando Mark regresa a la casa, y se oye un ruido de «clic, clic» mientras camina arriba y abajo sobre las baldosas de la cocina. Dentro de un minuto estará aquí arriba, preguntando a qué se debe el retraso.

Olisqueo a Jake. Su aliento tiene un olor acre.

–¿Has estado bebiendo ese ron antes de que yo entrara?

–¡Mamá!

–¿Qué? ¿Lo has hecho?

–Ayer por la noche me tomé algunos, nada más.

–Y luego unos cuantos más. –Extraigo un gran trozo de cristal de la moqueta. La mayor parte de la etiqueta sigue pegada–. ¿En qué diablos pensabas?

–Estoy estresado, ¿vale?

–No tengo suficiente para un taxi –dice Kira en tono quejumbroso, mientras mete la mano en el bolsillo de los vaqueros y me muestra la palma con monedas sueltas.

–¿Claire? –La voz de Mark retumba por las escaleras–. Son las ocho. Tenemos que irnos. ¡Ya!

–Yo también tengo que irme –dice Kira–. Hoy hay una excursión a Londres con la universidad; vamos a la National Portrait Gallery y se supone que tengo que estar en la estación de tren a las ocho y media.

–Vale, vale –Le hago un gesto para que no se deje llevar por el pánico–. Dame un segundo. ¿Mark? –Salgo al descansillo y grito escaleras abajo: ¿Tienes suelto?

–Unas tres libras –me contesta Mark también a gritos–. ¿Por?

–No importa.

–Vale.

Vuelvo a entrar en la habitación de Jake.

–Kira, yo te llevaré a la estación. En cuanto a ti, Jake...

No hay sangre en la toalla que le he sujetado alrededor del pie, pero aun así hay que lavar la herida y ponerle la vacuna del tétanos. Si tuviera tiempo dejaría primero a Kira en la estación y luego llevaría a Jake al médico, pero eso significaría volver sobre mis pasos y no puedo llegar tarde al llamamiento. ¿Por qué ha tenido que pasar precisamente hoy?

–Vale. –Tomo una decisión rápida–. Jake, quédate aquí y despéjate, y te llevaré al médico cuando vuelva. Si necesitas algo, Liz está aquí al lado. No irá a trabajar hasta más tarde.

–No, voy contigo. Necesito ir a la conferencia de prensa.

Jake hace una mueca de dolor al coger impulso para levantarse de la cama y se sostiene de un salto sobre su pie bueno, así que quedamos cara a cara. A diferencia de Billy, que dio un estirón al cumplir los doce, la altura de Jake nunca ha superado el metro setenta. Los chicos eran incapaces de discutir sin que Billy dejara caer una pulla mordaz sobre la estatura de su hermano mayor. Jake contraatacaba y entonces se desencadenaba la Tercera Guerra Mundial.

–¡Claire! –vuelve a gritar Mark, esta vez más alto. Se pondrá como un loco si ve el estado en que se encuentra Jake–. ¡Claire! El detective Forbes está aquí. ¡Tenemos que irnos!

–No vas a ir a ninguna parte –le siseo a Jake mientras Kira adopta una expresión de disculpa y se escurre hacia la puerta. Se pone de puntillas pegada al armario de la ropa blanca del descansillo, se enfunda en el abrigo y luego hurga en los bolsillos.

–Billy era mi hermano –dice Jake. Se le descompone el rostro y parece un niño de nuevo, pero entonces un tendón le late en el cuello y él levanta la barbilla–. No puedes impedirme que vaya.

–Has bebido –digo con toda la compostura de la que soy capaz–. Si quieres ayudar a Billy, lo mejor que puedes hacer en este momento es quedarte en casa y dormir la mona. Hablaremos cuando vuelva.

–¡Claire! –grita Mark desde lo alto de las escaleras.

–Mamá...

Jake alarga la mano hacia mí, pero yo ya estoy a medio camino de la

puerta. La cierro de un portazo a mi espalda justo cuando llega Mark.

–¿Jake está listo?

–No se encuentra bien.

Apoyo las palmas de la mano en la puerta.

–¿Qué le pasa?

–Le duele la barriga –dice Kira; su hilillo de voz atraviesa la incómoda pausa–. Se ha pasado toda la noche despierto por eso. Debíó de ser el *vindaloo*.

Le dedico una mirada de agradecimiento. Pobre chica, atrapada en nuestro drama familiar precisamente cuando la razón para que se viniera a vivir con nosotros era escapar del suyo.

Mark contempla la puerta cerrada a mi espalda y luego cruza su mirada con la mía.

–Entonces, ¿nos vamos?

–Tengo que dejar a Kira en la estación de tren para su excursión. Ve tú con el detective Forbes y yo me reuniré con vosotros allí.

–¿Qué impresión dará eso? ¿Que lleguemos por separado? –Mark mira a Kira–. ¿Por qué no dijiste nada de esta excursión ayer por...? –Suspira–. No importa; olvídalo. Nos vemos allí, Claire.

No se ha cambiado de pantalón. La mancha grasienta de aceite sigue siendo visible, una marca oscura en su muslo izquierdo, pero no tengo valor para señáárselo.

Capítulo 3

Ninguna de las dos dice una palabra mientras nos apretujamos en el coche y enciendo el motor. El silencio continúa mientras pasamos junto al centro comercial de Broadwalk y bajamos por Wells Road. Sólo cuando paro en el semáforo del cruce de Three Lamps y Kira saca su iPod del bolsillo de la chaqueta, me decido a hablar.

–¿De qué iba eso?

–¿Perdona? –Me mira con expresión de alarma, como si hubiera olvidado que estoy sentada a su lado.

–Jake y tú, hace un momento.

–Sólo era... –Contempla el semáforo en rojo como si deseara que se pusiera verde. Sin su grueso *eyeliner* negro y su generosa aplicación de polvos de efecto bronceado, su cara en forma de corazón se ve pálida y la nube de pecas que cubre su nariz la hace parecer más joven de lo que es—. Sólo... una cosa..., nada, una discusión.

–Parecía algo serio.

–Se nos ha ido de las manos, eso es todo.

–Me imagino que Jake no se acostó anoche.

–No. No lo hizo.

–Oh, Dios. –Suspiro hondo—. Ahora estoy aún más preocupada por él.

–¿Ah, sí?

Siento un pinchazo de dolor al ver la expresión de sorpresa en sus ojos.

–Claro. Es mi hijo.

–Aunque no es Billy, ¿no?

–¿Qué se supone que significa eso?

–Nada. Lo siento. No sé por qué lo he dicho.

Espero a que diga algo más, pero no llega ninguna palabra. En lugar de eso, mete la mano en su mochila, saca un *eyeliner* negro y baja la visera del coche. Separa los labios mientras dibuja un grueso círculo negro alrededor de

cada ojo y luego se aplica con unos toquecitos corrector en una zona de piel elevada y enrojecida cerca de su sien derecha. Parece ser un moretón incipiente.

El semáforo se pone en ámbar y luego en verde, y piso el acelerador.

Ninguna de las dos habla durante unos minutos. Desvío la vista hacia Kira, al chichón en su sien, y se me hace un nudo en el estómago.

—¿Jake te ha pegado?

—¿Qué?

—Cuando estabais peleándoos por la botella. Tienes un morado en la cara. ¿Te ha pegado?

—¡Dios, no!

—¿Y cómo te has hecho el morado?

—En la discoteca, ayer por la noche. —Baja la visera y se inspecciona el costado de la cabeza, presionándolo con el índice derecho—. Se me cayó el móvil y me di un golpe en la cabeza con la esquina de una mesa al agacharme a recogerlo.

—Kira, sé que no soy tu madre, pero eres lo más parecido a una hija que tengo y si creyera que alguien te está haciendo daño...

Cierra la visera de una manotada.

—Jake no me ha pegado, ¿vale? Nunca haría algo así. No me puedo creer que hayas dicho algo así de tu propio hijo.

Aprieto el volante con más fuerza.

—Lo siento —se disculpa rápidamente—. Sé que intentas cuidar de mí, pero...

—Olvidalo. —Reduczo la velocidad a medida que nos acercamos a la rotonda—. Sólo dime una cosa: ¿cuánto hace que bebe por las mañanas?

No me contesta.

—Kira, ¿cuánto?

—Sólo hoy. Creo.

—¿Crees? —No puedo disimular la incredulidad en mi voz. Pasan juntos cada minuto que están despiertos. ¿Cómo podría no estar segura respecto de algo así?

—Sí.

Cierra la cremallera de su bolsa de maquillaje y mira por la ventanilla mientras el coche rodea la rotonda y nos acercamos a Bristol Temple Meads. Al tiempo que activo el intermitente izquierdo, entro en la estación y aparco el coche, no puedo evitar escrutar la pequeña aglomeración de gente que hay

alrededor de la estación, en el exterior, fumando cigarrillos y haciendo cola para coger un taxi. Soy incapaz de ir a ninguna parte sin buscar a Billy.

—¿Crees que tiene un problema con la bebida?

—No. —Niega con la cabeza al tiempo que se desabrocha el cinturón de seguridad y abre la puerta—. No es alcohólico, si te refieres a eso. Abrió el ron cuando llegamos a casa de la discoteca. Estaba nervioso y no podía dormir.

—¿Por el llamamiento de Billy?

—Sí.

Levanta un pie de la alfombrilla del acompañante, lo apoya en el pavimento del exterior y contempla con anhelo la entrada de la estación de tren.

—¿Kira? —Me inclino a través del coche y le toco el hombro—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar conmigo?

—No —contesta ella.

Luego salta fuera del coche, con la mochila y la bolsa de maquillaje apretadas contra el pecho, y sale disparada hacia la entrada de la estación antes de que yo pueda decir nada más.

Capítulo 4

La sala de conferencias es pequeña, oculta en el sótano del ayuntamiento, con un fluorescente en el techo que emite un zumbido y sin luz natural. Mide un cuarto de lo que medía la sala donde hicimos nuestro primer llamamiento para que apareciese Billy, cuarenta y ocho horas después de denunciar su desaparición. A diferencia del primer llamamiento, cuando todas y cada una de las sillas con respaldo de plástico dispuestas en filas frente a nosotros estaban llenas, hoy sólo están presentes media docena de periodistas y fotógrafos. La mayoría toquetea sus móviles. Levantan la vista cuando nos alineamos junto al detective Forbes y luego vuelven a bajarla. Un par empieza a garabatear algo en sus libretas.

«La señora Wilkinson tiene un aspecto sombrío con su jersey gris claro y un pantalón a juego, mientras que al señor Wilkinson se lo ve hosco y distraído, con un traje oscuro cuya pernera tiene una mancha de lo que parece tierra o aceite».

No tengo ni idea de si eso es lo que han escrito. Mañana lo averiguaré, supongo. No soporto leer los periódicos, en especial las versiones digitales con los terribles comentarios sentenciosos al final, pero sé que Mark lo hará. Los leerá atentamente, mientras gruñe y maldice y murmura sobre «lo jodidamente imbécil que es el público».

Cuando Billy desapareció, yo no sabía hasta qué punto la atención de los medios sería una espada de doble filo. Estaba desesperada por que publicaran nuestra historia –los dos lo estábamos: cuanta más atención recibiera la historia de Billy, mejor–, pero nada podría haberme preparado para el bombardeo de especulaciones y juicios que iba a conllevar. Mi aspecto era «pálido y desconsolado», ésas fueron las palabras que utilizó la mayoría de los reporteros para describirme durante esa primera conferencia de prensa. A Mark lo describieron como «frío y reservado». No había ninguna reserva en su actitud: joder, estaba aterrorizado; los dos lo estábamos. Pero, mientras

que yo temblaba y me retorció los dedos por debajo de la mesa, Mark estaba sentado muy quieto, erguido, con las manos sobre las rodillas y la mirada fija en el gran reloj ornamentado de la pared opuesta. En un momento determinado alargué mi mano hacia la suya y rodeé sus dedos con los míos. Él ni siquiera me dedicó una mirada hasta que hubo pronunciado el llamamiento. En ese momento me sentí desesperadamente herida, pero después, en la intimidad de nuestra salita, me explicó que, por mucho que quisiera consolarme, había sido incapaz.

«Ya sabes que, para enfrentarme al estrés, lo que hago es compartimentar – dijo–. Y tenía que leer el llamamiento sin derrumbarme. Si te hubiera tocado, si hubiera cedido a la tentación de mirarte, me habría roto. Y no podía hacerlo, no cuando lo que tenía que decir era tan importante. Seguro que lo entiendes, ¿verdad?».

Lo entendía y no lo entendía, pero envidié su habilidad para bloquear los pensamientos y sentimientos a los que no quería enfrentarse. Yo no puedo encerrar mis emociones en cajas dentro de mi cabeza. Están tan enmarañadas y revueltas como las hebras de hilo del fondo de la cesta de bordar de mi abuela. Y el pensamiento que los atraviesa todos, la hebra que rodea mi corazón es: ¿dónde está Billy?

–¿Claire? –dice el detective Forbes–. Ya están preparados para tu declaración.

Ha aparecido una cámara de televisión en el pasillo que discurre entre las filas de sillas con respaldo de plástico. El objetivo me enfoca. Hace unas semanas decidimos que era yo quien debía hacer este llamamiento.

«El público responde de manera más favorable cuando es la madre quien habla», explicó el detective Forbes. No mencionó los espantosos comentarios que habían aparecido en Internet tras el llamamiento de Mark seis meses atrás. Comentarios como: «Está claro que el padre está detrás. No muestra ninguna emoción» y «Me apuesto lo que quieras a que ha sido el padre. Siempre lo es».

–¿Lista? –dice otra vez el detective Forbes, y esta vez me yergo en la silla y respiro hondo por la nariz.

Percibo el olor del *aftershave* del detective Forbes y un leve aroma a aceite de motor que emana de Mark, sentado a mi otro lado. Noto que me mira, pero no me vuelvo a mirarlo antes de coger la declaración de la mesa que tengo enfrente. Puedo hacerlo. Ya no necesito una mano sobre la rodilla.

—Hoy hace seis meses —empiezo, mirando directamente al objetivo—, el jueves 5 de febrero, mi hijo menor Billy desapareció de nuestra casa en Knowle, en South Bristol, a primera hora de la mañana. Tenía sólo quince años. Se llevó la mochila y el móvil, y probablemente iba vestido con vaqueros, deportivas Nike, una chaqueta Superdry negra y una gorra con un logo de NYC... —Vacilo, consciente de que algunos de los periodistas se han dado la vuelta en sus sillas y ya no toman notas en sus libretas. A mi lado, Mark emite un sonido grave desde el fondo de la garganta y Forbes se inclina hacia delante y apoya los codos en la mesa—. Todos echamos mucho de menos a Billy. Su desaparición ha dejado un vacío en nuestra familia que nada puede llenar y... —Mantengo la mirada enfocada en el objetivo, pero no me pasa desapercibido un tumulto al fondo de la estancia. Dos hombres se pelean en la puerta—. Billy, si nos estás viendo, por favor ponte en contacto con nosotros. Te queremos mucho, muchísimo, y nada puede cambiar eso. Si no quieres llamarnos a nosotros directamente, por favor, ve a la comisaría más cercana o ponte en contacto con algún amigo tuyo.

El productor que está junto al cámara le da unos golpecitos en el hombro y señala hacia el fondo de la sala. La cámara se gira apartándose de mí y un grito llega desde la puerta.

—¡Sácame las manos de encima! ¡Tengo derecho a estar aquí! Tengo derecho a hablar.

Capítulo 5

–¿Qué hace Jake aquí? –Mark mira por encima de las cabezas de los periodistas y varios flashes se disparan al mismo tiempo, iluminando la esquina de la sala donde Jake discute con un agente policial–. Creía que habías dicho que estaba enfermo.

–Lo estaba..., lo está. Deja que me ocupe yo.

–Señora Wilkinson, ¡espere! –grita el detective Forbes mientras yo me apresuro a cruzar la estancia y me abro paso con los hombros a través del círculo de periodistas que se ha formado alrededor de mi hijo.

Apenas distingo la parte de atrás de la cabeza de Jake. Lleva el pelo rubio alborotado y despeinado, sin su abundante dosis de gel capilar. Desaparece cuando un policía se coloca frente a él y me bloquea la vista.

–Disculpe. Disculpe, por favor.

El cámara de televisión suelta un bufido cuando lo aparto para pasar, pero su productor lo hace callar.

–Es la madre; inclúyela en el plano.

Aparto a un par de funcionarios del Ayuntamiento y me acerco al policía que está acompañando a Jake hacia la puerta abierta. Los golpecitos que le doy en la espalda de su chaleco protector negro no tienen ningún efecto, así que le tiro del brazo.

Apenas me dedica un vistazo. En su lugar, mantiene su mirada fija en Jake; Jake, que es unos buenos quince centímetros más bajo, con las manos apretadas a ambos costados y los tendones tensos en el cuello.

–Por favor –grito–. Por favor, deténgase. Es mi hijo.

–¿Mamá? –dice Jake, y el agente de policía me mira con sorpresa y baja unos centímetros los brazos.

–Es mi hijo –repito.

El policía mira a mi espalda, hacia el póster de Billy colocado en el papelógrafo, junto a la mesa.

—No, Billy no —digo—. Es Jake, mi otro hijo.

—¿Otro hijo? Nadie me dijo que vendrían más familiares... —Mira al detective Forbes, que menea la cabeza.

—No pasa nada, agente George. Yo me encargo.

El detective Forbes conoce a Jake. Lo interrogó largamente el día después de que Billy desapareciera, de la misma manera que su equipo y él interrogaron a toda nuestra extensa familia y a nuestros amigos.

—El espectáculo se ha acabado, chicos. —El detective hace un gesto al productor para que interrumpa la grabación y otro a los periodistas para que vuelvan a sus asientos. Nadie se mueve.

—¡Jake! —Una periodista con un corte de pelo bob alarga la mano por encima de mi hombro y agita una grabadora en dirección a mi hijo—. ¿Qué es lo que querías decir?

—Jake —el productor tiende un micrófono hacia él—: ¿tienes un mensaje para Billy?

Mi hijo da un paso adelante, endereza los hombros, levanta la barbilla. Echa una mirada al agente George y enarca una ceja, reivindicado.

—¿Qué te ha pasado en el pie, Jake?

Un hombre bajito con una calvicie incipiente y unos antebrazos peludos que asoman por debajo de las mangas arremangadas de su camisa señala las deportivas de Jake. El empeine de la del pie derecho, que por lo general es de un blanco inmaculado, está manchado de sangre marrón.

—¿Jake? —dice Mark.

El silencio se extiende por la sala mientras mi marido y mi hijo se miran el uno al otro. Esperan a que Jake hable. Yo también espero. Notó como Mark se va enfureciendo a mi espalda. Ésta es nuestra peor pesadilla: nuestro respetable y medido llamamiento convertido en una trifulca de bar.

Oigo un «clic» y un «girrr» de la cámara que está a mi izquierda y me imagino el zum enfocando el pálido y demacrado rostro de Jake. Él se pasa la base de la palma por la frente húmeda y entonces, tras dirigirme la más breve de las miradas, gira sobre el talón de su pie bueno y sale cojeando de la sala.

Lunes 11 de agosto de 2014

Jackdaw44: Puta mierda de vida.

ICE9: No digas eso.

Jackdaw44: Por qué no, es verdad. Mi padre es un hipócrita y un cabrón, y mi madre no tiene ni puta idea.

ICE9: ¿Has hablado con tu padre del fin de semana?

Jackdaw44: Joder, ¿estás de broma?

ICE9: Deberías darle la oportunidad de explicarse.

Jackdaw44: ¿Explicar qué? ¿Que es débil, cobarde, mentiroso y un salido de mierda?

ICE9: A lo mejor no es lo que parece.

Jackdaw44: Me tomas el pelo, ¿no? Tú me viste, viste lo que hice.

ICE9: Eso fue una estupidez.

Jackdaw44: Fue un putadón. Ojalá le hubieras visto la cara cuando vio la ventana de su coche. Al llegar a casa le dijo a mamá que lo habían hecho unos gamberros. Jajajaja. Yo soy el puto gamberro.

Jackdaw44: ¿Sigues ahí?

ICE9: Sí. Lo siento. Estoy un poco liada.

Jackdaw44: Sin problema. Sólo quería darte las gracias por tranquilizarme. Si no hubieras aparecido, se me habría ido la olla.

ICE9: Se te fue la olla.

Jackdaw44: Podría haber sido peor.

ICE9: Hum...

Jackdaw44: En fin, gracias.

Capítulo 6

–¿En qué coño estabas pensando?

Mark está de pie en el centro de la sala de estar, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se ha aflojado la corbata y se ha desabrochado el botón superior de la camisa. La piel de la base de su garganta está roja y con manchas.

–A la mierda. –Jake se mueve para levantarse del sillón y hace una mueca al apoyar el peso en el pie malo.

–Ni se te ocurra mover un puto pelo –grita Mark, y yo cierro con más fuerza los dedos en torno al cojín que agarro sobre el pecho–. Ésta es mi casa y, mientras vivas aquí, harás lo que yo diga.

–Sí, será porque eso funcionó muy bien con Billy, ¿verdad?

Jake no eleva la voz, pero Mark trastabilla hacia atrás como si le hubiera gritado la pregunta a la cara.

Parece doblarse sobre sí mismo, aunque se recupera con rapidez.

–¿Qué has dicho?

–Olvidalo.

–No, dilo otra vez.

–¡Por favor! –intervengo–. Por favor, no hagáis esto.

–No pasa nada, mamá –dice Jake–. Puedo con papá.

–¿Qué puedes conmigo? –Mark se echa a reír–. ¿Así que ahora que tenemos musculitos ya somos unos hombretones? Los esteroides te vuelven valiente, ¿eh, hijo?

Miro a Jake con horror.

–No tomas esteroides, ¿no?

–Papá no sabe de qué habla.

–Una palabra más –dice Mark–, y te largas.

–¡Por favor! –digo–. ¡Parad! ¡Parad, por favor! ¡Mark, es tu hijo! Es tu hijo.

En la habitación se hace un silencio tenso, roto sólo por el sonido de mi respiración agitada. Me preparo para el segundo asalto. Sin embargo, Mark hunde los hombros y exhala con fuerza.

–Siempre el malo –dice mientras alterna la mirada entre Jake y yo–. Siempre soy el malo.

Quiero decir algo. Quiero llevarle la contraria. Apoyarlo. Pero hacer eso significaría elegir entre mi marido y mi hijo. Es como si se estuviera repitiendo la noche que Billy desapareció. Mi familia se desintegra ante mis ojos y no puedo hacer nada por evitarlo.

–Mamá –dice Jake al tiempo que la puerta de atrás se cierra con un portazo y Mark se marcha de casa–. Puedo explicarlo.

–Después. –Tengo la garganta tan cerrada que apenas puedo hablar–. Hablaré contigo después.

Capítulo 7

–Aquí tienes.

Liz deja una humeante taza de té en la mesa frente a mí, y luego aparta una silla y se sienta. Menos de un segundo después vuelve a ponerse de pie, cruza la cocina y rebusca en el fondo de un armario repleto de latas, botes y paquetes de pasta y arroz. Es el día después del llamamiento. Iba a pasarme por casa de Liz ayer, pero, después de todo lo que pasó, no tenía energías.

–¡Ah! Sabía que tenía algo. –Blande una barrita Galaxy de cien gramos hacia mí y regresa a la mesa–. Escondida para que Caleb no la encuentre y sólo para situaciones de emergencia –dice al tiempo que la deja frente a mí–. Y para los días en que decido huir del Mundo de las Dietas.

–No tengo hambre.

–¿Te importa si me la como yo, pues? –Pasa una uña por el envoltorio dorado para abrirlo y la parte en cuatro trozos. Muerde el chocolate, da un trago de té y sonrío de oreja a oreja–. Así mejor. Caleb estaba de un humor de perros esta mañana; no paraba de quejarse de que no había calcetines limpios en su cajón. Holaaaaaa; los dos trabajamos y tienes veinte años. Lávate tú tus malditos calcetines. Creía que se esforzaría un poco más con su higiene personal ahora que ha conocido a alguien. ¿Te he hablado del nuevo novio?

Niego con la cabeza.

–Lo conoció en un pub en Old Market. Tiene dieciocho años y trabaja en los grandes almacenes House of Fraser. Todavía no lo conozco. Caleb me explicó que no quería asustarlo presentándomelo. Qué cabrón. En fin, lo siento. –Se echa hacia atrás en la silla y cruza los brazos sobre el pecho–. ¿Cómo estás? Quería mirar el llamamiento, pero el gato de al lado ha vuelto a colarse en el jardín. Estaba a punto de cagarse en el césped, así que le eché un poco de agua. Pensaba pasarme por casa cuando volvierais, pero, al ver a Mark saliendo por la puerta de atrás hecho un basilisco y con aspecto de estar muy cabreado, me imaginé que no era el mejor momento.

Eso es lo que adoro de Liz: la desaparición de Billy no ha cambiado nuestra relación en lo más mínimo. Mientras el resto del mundo evita con incomodidad el tema o me interroga sobre los últimos avances, Liz es sólo Liz. Uno ansía la normalidad después de que suceda algo horrible. Todo el mundo te recuerda lo que has perdido –que es todo–, y a veces tan sólo quieres dejar de pensar en ello. Me encanta escuchar a Liz despotricando contra Lloyd. Me encanta que se meta con su hijo Caleb o con Elaine, su jefa en el supermercado donde trabaja.

Mark compartimenta su vida. Tiene «cajas» en la cabeza, en las que se mete para escapar. Yo no. Pero al menos tengo a Liz.

–Bueno, ¿cómo ha ido? –me pregunta.

–Ha sido horrible.

Le hablo de los gritos de Kira, del alcohol, del corte en el pie, de la interrupción de Jake y la discusión cuando volvimos todos a casa.

–Estoy tan cansada –digo mientras ella agarra una caja de pañuelos de papel del antepecho de la ventana y me los pasa por encima de la mesa–. Lo único que quiero es que Billy venga a casa y todo esto termine. Lo echo de menos, Liz. Lo echo mucho de menos.

–Lo sé –dice–. Sé que lo echas de menos.

Extraigo un pañuelo de la caja y me doy unos golpecitos con él en las mejillas. Detesto que mi reacción por defecto sea llorar. Ojalá pudiera gritar y chillar o golpear algo.

–Lo siento –digo.

–¿Qué? Si no puedes lloriquear en la cocina de tu mejor amiga, ¿dónde vas a hacerlo?

Trato de no llorar delante de Mark y Jake porque no quiero que se preocupen por mí, pero con Liz es distinto. Su cocina es un refugio seguro. Nos conocemos desde que Lloyd y ella se mudaron a la casa de al lado cuando los niños eran pequeños. Jugaban en el jardín de atrás mientras Liz y yo nos sentábamos en unas sillas plegables y charlábamos. Al principio nuestra amistad era incierta, mientras nos calibrábamos mutuamente, pero no tardamos mucho en turnarnos para llevar a los niños a la escuela y hacer de canguro ocasional para la otra. La primera vez que salimos a tomar algo nos emborrachamos tanto que dejamos de mostrarnos educadas y nos abrimos de verdad. Acabamos la noche bañadas en lágrimas. Desde entonces nos hemos

apoyado en todo: cuando Lloyd abandonó a Liz el año pasado, cuando mi suegro tuvo un ataque al corazón y ahora con Billy.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? –me pregunta, partiendo otro trozo de Galaxy y metiéndoselo en la boca.

–Tengo que conseguir meter a Mark y Jake en la misma habitación para que resuelvan sus diferencias.

–Claire... –Liz extiende el brazo por encima de la mesa y me cubre la mano con la suya–. Te digo esto sólo porque te quiero: tal vez deberías dejar que lo resolvieran cuando ellos decidan. Te vas a poner mala si no te relajas.

–¿Relajarme con qué?

–Con ellos. No eres responsable de la felicidad de todo el mundo, cariño.

–Ninguno de nosotros es feliz.

–Tú la que menos. –Me escruta con la mirada–. Mark y Jake se enfrentarán de vez en cuando; tienes que aceptarlo.

–Se matarán si no intervengo.

–No lo harán.

–Jake se irá de casa.

Deja escapar un sonido parecido a un suspiro.

–¿Acaso sería lo peor que podría pasar? Tiene diecinueve años. Se gana bien la vida como electricista. Podría permitirse un piso con una habitación.

–¿Y Kira?

–Habría espacio suficiente para ella. Se pasan casi todo el tiempo en su cuarto, por lo que dices. Y tendrían más espacio.

–Pero la casa estaría muy vacía sin ellos. Y además, quiero que todo sea exactamente igual a como era cuando Billy se fue. Así podremos volver a la normalidad en cuanto regrese.

Mi amiga me dedica una larga mirada inquisitiva. Quiere hacer un comentario, pero se contiene por alguna razón.

–¿Qué?

Menea la cabeza.

–No importa.

–Sí, sí que importa. ¿Qué ibas a decir?

–Sólo creo que... –Aparta la mirada y se pasa los dedos por los labios. Nunca antes la había visto tan incómoda–. Sólo creo que es posible que hayas dejado tu vida en suspenso por algo que tal vez no ocurra. Creo que deberías... prepararte para una mala noticia. Han pasado seis meses, Claire.

Me pongo de pie con brusquedad.

–Será mejor que me vaya.

–Oh, Dios. –Liz también se pone de pie–. No debería haber dicho nada. ¿Estás bien? Te has puesto muy pálida.

–No me pasa nada.

–Prepararé un poco más de té. ¿Estás segura de que no quieres un poco de chocolate? Estás...

–Voy a vomitar.

Salgo disparada de la habitación, con la mano sobre la boca, y consigo llegar a las escaleras y entrar en el baño antes de que mi estómago sufra una convulsión y me doble entre arcadas sobre el inodoro, sin llegar a devolver.

–¿Claire? –dice Liz a mi espalda–. ¿Estás bien?

–Lo estaré. Sólo necesito un poco de agua.

Mientras abro el grifo del agua fría, algo que hay en la papelera junto al lavamanos llama mi atención.

–¡No! –grita Liz al tiempo que yo extendiendo el brazo para coger el periódico–. ¡Claire, no! No leas eso.

Le doy la espalda y me inclino hacia la esquina del baño mientras desdoble el periódico. El nombre de Billy está en la portada.

«TRIFULCA POR EL CHICO DESAPARECIDO, BILLY».

Debajo del escandaloso titular hay una foto de mí con los ojos abiertos como platos y desencajada, con Mark tras mi hombro. Estoy extendiendo el brazo entre los periodistas para alcanzar a Jake, que tiene la cabeza contra la pared y las manos cerradas en sendos puños a ambos lados de la cara.

El caos se desató ayer en el llamamiento por la desaparición, hace seis meses, del estudiante de Knowle Billy Wilkinson, cuando su madre, Claire Wilkinson (40), se vio interrumpida durante su mensaje a cámara por la irrupción de Jake Wilkinson (19), el hermano mayor del chico desaparecido, en las oficinas del ayuntamiento. A Wilkinson, que estaba visiblemente ebrio, se lo oyó gritar que tenía derecho a hablar. Su madre, Claire, y su padre, Mark (42), interrumpieron su llamamiento para intervenir y se dice que Mark Wilkinson exclamó: «¡Sáquenlo de aquí! ¡Sáquenlo de aquí!». El disgusto de la señora Wilkinson era visible cuando

se invitó a la familia a abandonar la sala. El reportero Steve James, del *Bristol Standard*, habló con un vecino que vio el llamamiento en la televisión. «Nunca hemos tenido ningún altercado con los Wilkinson. Parecen una familia perfectamente normal, pero es inevitable no preguntarse si alguien sabe más de lo que dice sobre la desaparición de Billy».

–¡Claire! –Liz me arranca el periódico de las manos antes de que me dé tiempo a leer una sola palabra más–. Es basura. Se inventan cosas para vender más ejemplares. Nadie se cree esa mierda.

Me rodea los hombros con el brazo, pero yo me zafo de ella y la empujo contra el lavamanos en mi desesperación para salir del baño. Hace un calor insoportable y no puedo respirar.

Bajo los escalones hacia el recibidor de dos en dos. En cuanto pongo el pie fuera, echo a correr.

Capítulo 8

Estoy a los pies de la cama con los pies apretados entre sí y los brazos extendidos, y me dejo caer hacia atrás. La colcha deja escapar un delicioso sonido, como un «flop», al caer encima, y los muelles de la cama sueltan un chirrido de protesta. No recuerdo la última vez que me sentí así de feliz.

—¡No!

Miro a la derecha, en dirección a la voz, pero no hay nadie a mi lado en la cama. Estoy sola en el cuarto. Debe de haber alguien en el pasillo. Una mujer que discute con su marido, quizás, aunque no oigo el estruendo grave de una voz masculina.

—¡No!

De nuevo la voz, más baja esta vez pero más cercana, como si alguien me hubiera dicho la palabra directamente al oído. Me siento en la cama y me llevo las rodillas al pecho.

—¡NO!

Me cubro con fuerza las orejas, pero es imposible evitar oír la voz de la mujer que grita la palabra como si fuera una ametralladora:

—NO, NO, NONONO.

Está dentro de mi cabeza. La voz proviene de mi cabeza.

—¡CLAIRE! —grita—. SOY CLAIRE. SOY CLAIRE.

¿Claire? ¿Quién es Claire? Reconozco el nombre, pero no quiero. No quiero saber quién es Claire. Sólo quiero regresar al paseo marítimo. A la luz del sol y al viento y al café en el extremo del muelle.

—¡SOY CLAIRE! ¡SOY CLAIRE!

La voz me llena el cerebro, grita y zumba, y mi cabeza vibra, y la sensación de ligereza y felicidad que me embargaba se está desvaneciendo.

Oscuridad. Luz. Oscuridad. Luz.

Mis pensamientos son oscuros y brumosos, luego se iluminan, son más claros, y entonces, por un instante, sé quién es Claire; después la oscuridad

vuelve y con ella una confusión tan desorientadora que mis manos se contraen instintivamente al intentar sujetarme a algo, a cualquier cosa sólida. Hay algo liso, resbaladizo y suave bajo mis dedos. La ropa de cama. Estoy sentada en la cama. Pero ésta no es mi cama, ésta no es mi habitación. Hay una reproducción enmarcada de un cuadro en la pared de mi derecha: es un Lowry desvaído, con figuras de palo paseando por una ciudad. Hay un chico solo en el centro de la escena. Está de espaldas a mí. Contempla la aglomeración de gente que sale en masa de uno de los edificios. ¿A quién busca? ¿A quién ha perdido?

Un sonido estridente me hace dar un respingo. Un pequeño móvil negro se desliza sobre la mesita anaranjada de pino que hay a mi derecha. Un nombre destella en la pantalla. Un nombre que no reconozco. Pero el ruido me provoca dolor de cabeza y tengo que hacer que pare.

Cojo el teléfono y me lo pego a la oreja.

—¿Mamá? —dice la voz al otro extremo de la línea.

Quiero responder, pero soy incapaz de hablar. No puedo pensar. No puedo... Es como si mi mente se hubiera hecho añicos. No puedo concentrarme... No puedo formar palabras coheren... ¿Qué me está pasando?

—¿Mamá?

—Claire. —Digo la palabra en voz alta. Suena extraña. Como un ruido, un sonido, una exhalación—. Cl—aaaaair.

—¿Mamá? ¿Por qué dices tu nombre?

¿Mi nombre?

—Cl—airrrrr.

—Mamá, me estás poniendo los pelos de punta. Deja de hacer eso.

—Claire. —La palabra cristaliza dentro de mi boca. Su sabor me resulta familiar. Como si hiciera mucho tiempo que lo conozco. Igual que las tostadas con mantequilla. Igual que la pasta de dientes—. Claire. Claire Wilkinson.

—Oh, Dios mío. Papá, creo que le está dando un derrame o algo así.

Mi cabeza... Mi cabeza... Me duele el cerebro... Un dolor intenso..., pero no es un dolor de cabeza... brumoso..., y luego un pensamiento atraviesa la oscuridad y lo agarro como si fuera una roca a la que pudiera amarrar mi cordura.

—¿Me llamo Claire Wilkinson?

—Sí, sí, te llamas así. Dios mío, mamá. Llevamos horas llamándote.

¿Dónde estás?

¿Mamá? ¿Soy la madre de alguien? El hombre del teléfono parece asustado. ¿Está asustado por mí? ¿O de mí? No lo sé. Nada tiene ningún sentido.

—¿Dónde estás? —dice la voz del teléfono.

—Estoy..., estoy... —Hay unas cortinas a cuadros en el extremo más alejado de la habitación y un espejo de cuerpo entero, manchado con huellas de dedos. Debajo de mí hay una colcha. Rosa, satinada, esponjosa. Clavo las uñas y me agarro a ella, rígida por el miedo—. No lo sé. No reconozco esta habitación.

—Está bien, mamá —dice el hombre del teléfono—. Sólo..., perdona, espera un momento...

Se oye un sonido, como si hubieran tapado el auricular con la mano, pero sigo distinguiendo el rumor grave de su voz.

—¿Mamá? —Su voz vuelve a sonar nítida—. ¿Hay alguna ventana o puerta que puedas abrir? Dime qué ves.

No quiero moverme de la cama. No quiero abrir la puerta de pino que hay a mi izquierda o las cortinas de cuadros echadas en el extremo más alejado de la habitación.

—Por favor, mamá. En cuanto sepamos dónde estás, podremos ir a buscarte.

¿Podremos? ¿Quién más hay? ¿Quién va a venir a buscarme? Corro peligro. Tengo que huir, pero no puedo moverme.

—Papá está aquí, mamá. ¿Quieres hablar con él?

—No —contesto, y no sé por qué.

—¿Estás segura? —dice el hombre, y una imagen aparece en mi cabeza, vívida y precisa en la penumbra: la de un hombre joven con el pelo rubio y despeinado, rapado por los lados, y hombros anchos, tendido en un banco, levantando pesas en el aire.

—¿Jake? —me aventuro.

—Sí, mamá, soy Jake. Estoy en casa con papá. Liz acaba de venir; quería hablar contigo. Entonces nos hemos dado cuenta de que habías desaparecido.

Busco un recuerdo, algo, cualquier cosa que apacigüe mi mente, que termine con esta terrorífica sensación de caída libre. ¿Dónde está mi casa? ¿Por qué no me acuerdo?

—Sí, ya lo sé, vale. Vale, papá. —El hombre vuelve a hablar con otra persona—. Acabo de preguntárselo. Mamá, ¿puedes describir lo que ves?

Miro de nuevo el cuadro de Lowry, al chico que, a la derecha, observa la multitud buscando a alguien, y luego contemplo la reluciente colcha rosa pálido, el espejo, la mesa barata de pino y la bandeja blanca para el té.

—Creo que estoy en una habitación de hotel.

—¿Hay teléfono? ¿Puedes llamar a recepción para saber en qué hotel estás? ¿Hay un folleto por algún lado, o un menú del servicio de habitaciones?

Me deslizo sobre la colcha rosa y apoyo los dedos de los pies en la moqueta beis mullida y desgastada, y luego avanzo lentamente por la habitación, con un ojo fijo en la puerta, y me acerco a la mesa que hay al lado del espejo. Sobre una bandeja hay una tetera de porcelana china, y dos tazas con sendos platillos. También hay un plato con bolsitas de té, café, azúcar y minibriks de leche. Nada de folletos ni menús ni teléfonos. En la habitación no hay nada más, aparte de mi bolso y mis botas, con mis calcetines metidos por el hueco de la caña, sobre el suelo, junto a la cama.

Toco el borde de la cortina de cuadros y la descorro con gesto vacilante. Fuera hay una barandilla baja, un balcón y una franja de mar gris marronoso con una mole de tierra en la distancia, una isla con forma de concha de tortuga.

—Steep Holm —digo, y la oscuridad de mi cabeza pasa del negro al gris al ver la mole de roca en la distancia—. Jake, estoy en Weston-super-Mare.

Mientras él transmite la información, siento unas ansias desesperadas de abrir la ventana e inspirar enormes bocanadas de aire marino, pero cuando tiro de la guillotina sólo se abre unos cinco centímetros por abajo.

—¿Sabes en qué hotel, mamá? —pregunta Jake—. Si te quedas ahí iremos a buscarte.

Es una habitación pequeña, anticuada pero acogedora y limpia. El papel floreado de la pared de detrás de la cama se está despegando en una esquina, y al abrir la puerta que da al baño veo que no hay artículos de aseo con un nombre estampado, solo una pastilla de jabón envuelta en papel de celofán y un vaso con el cristal velado por el tiempo sobre el estante de encima de la pila. No hay un obsequio de bienvenida en la mesa donde están las cosas para el té y el café, ni posavasos ni tampoco una libreta con el nombre del hotel.

—Recepción —digo—. Tengo que encontrar la recepción.

Pero entonces veo un cartel de evacuación en caso de incendio clavado junto a la puerta. Está firmado al pie por Steve Jenkins, dueño del B&B Day's Rest.

–Day’s Rest –digo–. Estoy en el *bed and breakfast* Day’s Rest.

–Es al que íbamos de pequeños –dice Jake, y me veo obligada a apoyarme en la pared para mantener el equilibrio, porque una oleada de dolor me deja sin respiración.

Billy.

Tengo dos hijos, Jake y Billy. Billy ha desaparecido. Ha desaparecido.

–¿Mamá? –El tono de preocupación de Jake rebota en mí como un canto rodado lanzado sobre el agua.

Cojo mi bolso, mis botas y mis calcetines, y agarro el pomo de la puerta.

–¿Mamá? –dice él mientras yo abro la puerta.

–¡Billy! –grito al pasillo vacío–. Billy, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, hijo?

Viernes 22 de agosto de 2014

Jackdaw44: *¿Estás?*

ICE9: *Sip.*

Jackdaw44: *Liv es una zorra.*

ICE9: *¿Quién es Liv?*

Jackdaw44: *Una chica con la que salía.*

ICE9: *No lo sabía.*

Jackdaw44: *¿Cómo ibas a saberlo? Mis cosas me las guardo para mí.*

ICE9: *Vale...*

Jackdaw44: *Pero hoy estoy cabreado. Necesito hablar con alguien. Y sé que tú sabes guardar un secreto.*

ICE9: *Eres tú quien debe decidir si se lo cuentas a tu madre, no yo.*

Jackdaw44: *Y por eso molas.*

ICE9: *Ja. Nadie me había dicho eso nunca. Bueno, ¿y por qué Liz es una zorra?*

Jackdaw44: *Le dijo a Jess que no saliera conmigo. Se puso las botas. Le dijo que tenía la polla pequeña.*

ICE9: *¿Y la tienes?*

Jackdaw44: *Vete a la mierda.*

Capítulo 9

El hombre que hay tras el mostrador de recepción da un salto cuando yo me lanzo contra éste.

–¿Está aquí?

–¿Si está aquí quién?

Es un hombre alto, de un metro ochenta, con el pelo ralo y un bigote castaño rojizo. Los botones de la camisa se le abren sobre la barriga.

–Mi hijo, Billy. Tiene quince años. –Levanto una mano por encima de mi cabeza–. Es más o menos así de alto.

–¿Se ha registrado con usted?

No lo sé. Lo último que recuerdo es haberme marchado corriendo de casa de Liz. ¿Cómo he llegado aquí y por qué no me acuerdo? ¿Estoy dormida? ¿Inconsciente? ¿Me tropecé y me golpeé en la cabeza mientras corría? Pero esto parece real. El mostrador de recepción parece sólido bajo las yemas de mis dedos. Distingo el olor a humedad de los muebles viejos por debajo del penetrante aroma a abrillantador.

–No tengo ni idea. ¿Podría comprobar si está registrado? Se llama Billy Wilkinson.

El hombre se pasa un pulgar por su bigote pelirrojo.

–¿Y usted se llama...?

–Claire Wilkinson.

Coge una tablilla que hay sobre el escritorio, la alza hasta el nivel de sus ojos y luego murmura:

–No veo nada sin las gafas.

Vuelve a dejar la tablilla en su sitio y se pone a hurgar en un cajón. Yo doy golpecitos en el mostrador mientras él busca. Es lo único que puedo hacer para no trepar por encima y agarrar la tablilla.

–¡Ahí! –Señalo unas gafas sobre un libro en rústica–. Sus gafas están ahí.

–Ah, gracias.

Tarda una eternidad en cerrar los dedos sobre ellas y un mundo en desplegarlas, y cuando por fin se las coloca sobre la nariz, es sólo para quitárselas de nuevo y limpiar los cristales con el dobladillo del jersey.

–Si pudiera darse prisa, por favor. Es urgente.

–Cada cosa a su tiempo, señora Wilkinson, cada cosa a su tiempo. Hmmm... –murmura por la nariz–. Habitación once, ¿verdad?

Oigo unos pasos en las escaleras, pero es un hombre de mediana edad, no Billy, quien llega a la zona de recepción y saluda alegremente con la mano al hombre de detrás del mostrador.

–No sé en qué habitación estoy. No lo he mirado.

El recepcionista me dedica una mirada de incredulidad y dice:

–Tengo una señora Wilkinson en la habitación once. La habitación de la Reina. Un huésped.

Me llevo la mano a la frente, pero la confusión de mi cerebro permanece. No sé cómo me he registrado en un motel de Weston. No recuerdo haberlo hecho, así que, o bien es cierto que pagué por la habitación y no me acuerdo, o... nada. Hay un vacío negro allí donde debería estar mi memoria.

–¿Es posible que Billy se haya registrado en otra habitación?

Los labios del hombre desaparecen bajo el espeso arco de su bigote.

–No puedo proporcionar información sobre los demás huéspedes. Política del establecimiento.

Una visión se materializa frente a mis ojos, de mí arrancándole la tablilla de las manos y golpeándole la cabeza con ella –pam, pam, pam–, y tengo que cerrarlos con fuerza para hacerla desaparecer. Cuando vuelvo a abrirlos, el hombre sigue frunciendo los labios y mirándome.

–Billy es mi hijo. Ha desaparecido. Tiene que decirme si está aquí.

–¿Desaparecido? ¡Dios mío! ¿Se lo ha dicho a la policía?

–Sí. Hace seis meses. ¡Por favor! Tengo que saber si está aquí o no.

Me inclino por encima del mostrador y estiro la mano hacia la tablilla, pero él la aparta de mí y se la aprieta contra el pecho.

–Tengo una fotocopia. –Agacho la cabeza y hurgo en mi bolso–. ¡Aquí! –Sostengo la cara de la foto del llamamiento de modo que el recepcionista quede frente a frente con Billy.

Él asiente brevísimamente con la cabeza al terminar de leer y nuestras miradas se cruzan mientras yo bajo el impreso. Ahí está. Me está mirando de

esa manera. Es la mirada de «pobre y maldita mujer» que he acabado por conocer tan bien.

–Por lo general no haría esto, pero... –Se aprieta lentamente las gafas contra la nariz, baja la tablilla y hunde la cabeza en ella. Pasa una uña mordida por la lista y mi corazón se congela cuando su dedo se detiene.

¿Ha...?

¿Es...?

Niega con la cabeza.

–Lo lamento. No hay ningún Billy Wilkinson en la lista.

–Tal vez haya usado otro nombre...

El hombre coloca la tablilla sujetapapeles sobre el escritorio y la presiona con la palma de las manos.

–Éste es un hotel pequeño, señora Wilkinson; sólo hay trece habitaciones. En este momento tenemos a una pareja con una adolescente y media docena de familias con niños. Recordaría la cara de su hijo si lo hubiera registrado.

–¿No hay nadie más que se ocupe de las reservas?

Ahora veo tristeza en sus ojos. Tristeza y lástima.

–No. Lo siento mucho, de verdad.

La tensión que me ha mantenido erguida a lo largo de la conversación se desvanece y me desplomo sobre el escritorio, destrozada. Es lo único que puedo hacer para no tenderme de lado con la cara sobre el suelo frío y cerrar mis ojos.

–Lo lamento mucho –vuelve a decir.

Alzo la vista.

–¿Me anotó a mí en el registro?

Él asiente.

–Sí. Una noche; pagó por adelantado. ¿No se acuerda?

–No. No recuerdo haber entrado aquí, ni siquiera cómo llegué a Weston. Estaba hablando con una amiga en Bristol y de pronto...

No puedo explicar lo que ha pasado porque ni yo misma lo entiendo. He vuelto en mí, pero no de la misma manera que cuando te despiertas después de una siesta o un sueño largo. Tampoco ha sido como esa sensación vaga de recuperar la conciencia tras una anestesia general. Estaba despierta, pero mi mente estaba hecha un lío, enredada en un revoltijo de sonidos, imágenes y pensamientos que se han desvanecido gradualmente. Y de pronto todos se ha

enfocado con nitidez, a medida que tomaba conciencia de lo que me rodeaba. Y ha sido aterrador. Totalmente aterrador.

–Una comida regada con demasiado alcohol, ¿es eso? –pregunta el hombre, y la comprensión que había en su mirada se debilita.

–No –contesto–. Bebimos té.

–Por lo que parece, debería ir al médico.

–Lo haré. En cuanto llegue a casa.

Me agacho y me pongo los calcetines y las botas. Una gota de sudor me baja por la parte inferior de la espalda cuando me coloco la correa del bolso en el hombro.

–Gracias –digo al tiempo que me dirijo a la puerta.

–No hay de qué.

Tiro de la puerta para abrirla y, mientras el aire del mar me golpea en el rostro, me doy la vuelta. El recepcionista alza la vista, con la hoja informativa sobre Billy aún en la mano.

–¿Puedo preguntarle una cosa más? ¿Estaba sola cuando me registré?

–Sí, así es.

–¿Y se me veía asustada? ¿Atemorizada? ¿Confundida?

–No. Se la veía... –Busca la palabra adecuada–. Normal.

Capítulo 10

El viento hace que el pelo me azote la cara mientras me pongo el bolso sobre la rodilla y abro la cremallera. Hay cinco mensajes de Jake en mi teléfono, cada uno más desesperado que el anterior.

«Mamá. Quédate donde estás. Vamos a buscarte».

«Estamos a media hora. Te estoy llamando. ¿Puedes coger el teléfono, por favor?».

«Mamá, ¿dónde estás?».

«Mamá, estamos en Weston. ¿DÓNDE ESTÁS?».

«MAMÁ, SI NO COGES EL TELÉFONO, LLAMAREMOS A LA POLICÍA».

Pulso la tecla para llamarlo. Jake contesta al primer timbre.

–¿Mamá? –Percibo el alivio en su voz—. ¿Dónde demonios estás?

–Estoy en el paseo marítimo. En un banco justo a la derecha del muelle.

–Vale. No vayas a ninguna parte. Enseguida llegamos. –Se queda callado y yo espero a que cuelgue, pero entonces vuelve a hablar–: Prométeme que no irás a ninguna parte.

–No voy a ir a ningún lado, Jake. Te lo prometo...

–Bien. Está en un banco, a la derecha del muelle... –escucho mientras le traslada a Mark mi ubicación, y entonces la comunicación se corta.

Estamos en pleno verano, pero el viento atraviesa la fina tela de mi top; me rodeo el cuerpo con los brazos y meto las manos debajo de las axilas. Cuando los niños eran pequeños, solíamos sentarnos en este banco. Ellos comían helados y Mark y yo tomábamos té hirviendo en vasos finos de espuma. A los dos chicos les encantaban nuestras excursiones a Weston-super-Mare. Adoraban las relucientes luces parpadeantes y el «blip, blip, blip» «ching, ching, ching» del salón de juegos; Mark de pie a su lado, colocando monedas de dos peniques en sus palmas tendidas. Yo me escabullía fuera, los oídos atronándose, y me quedaba de pie en el muelle, aspirando profundas

bocanadas de aire marino, saboreando la sensación de libertad y espacio que se abría en mi interior mientras contemplaba el horizonte.

A los dieciocho años conocí a Mark, a los diecinueve nos casamos, a los veintiuno tuve a Jake y a los veinticinco, a Billy. Abandoné sin ningún esfuerzo la familia en la que crecí en favor de la que creé con Mark. Nunca me he arrepentido de esa decisión, ni una sola vez, pero ha habido momentos en los que he envidiado a mis amigas solteras. Sobre todo cuando Mark se iba a algún curso de formación y cualquier actividad con la que yo había soñado entretener a los niños acababa convertida en un caos de peleas y lágrimas, y yo ni siquiera podía huir al lavabo sin que unos pequeños puños golpearan la puerta y unas vocecitas me suplicaran que las dejara entrar. ¿Qué debía sentirse al leer un libro sin interrupciones, al pasar la resaca en el sofá con una película y una montaña de chocolate, o al reservar unas vacaciones y simplemente largarse? ¿Qué debía sentirse al tener una carrera profesional en la que la gente te respete en lugar de darte por hecha, y un dormitorio para ti sola, donde poder refugiarte cuando te hartas del mundo? Esos pensamientos flotaban siempre en mi cabeza y yo los rechazaba con un sentimiento de culpa, los escondía en lo más profundo de mi mente, allí donde no pudieran molestarme. Sabía lo afortunada que era por tener un marido que me quería y dos hijos sanos.

Aprieto los labios y me paso la lengua, que parece papel de lija, por el paladar. Tengo sed. Dios sabe cuánto hace que no bebo nada. Hay un kiosco en el borde del muelle que vende refrescos y té con taninos, pero no puedo arriesgarme a moverme de mi banco por si Jake y Mark no me encuentran. Abro el cierre del bolso y hurgo en su interior. Un chicle me irá bien para la boca seca. Reviso entre papeles, pañuelos de papel, recibos y restos de maquillaje. Quedan muy atrás los días en que encontraba un coche de juguete en el fondo del bolso, o un paquete medio vacío de toallitas estrujado en un bolsillo, pero mi bolso sigue siendo un desastre. Lo vacío cada dos semanas, pero, por mucho que me esfuerce por ser ordenada, se me siguen acumulando cosas varias.

Aparto a un lado el *flyer* de un concierto al que nunca iré y algo pequeño y amarillo me llama la atención. Es un haz de vales del salón de juegos, cinco, doblados todos juntos. Salen de las máquinas cuando metes una pelota de baloncesto en la canasta, aplastas topes de plástico con una maza o das en la diana de algún juego. Billy estaba obsesionado con estos vales. Tienes que

acumular decenas para comprarte tan sólo un ChupaChups pequeño, pero él había puesto sus ojos en un reluciente coche rojo teledirigido y, con ocho años, hizo la promesa de no cambiar ni un solo vale hasta que tuviera bastantes para comprar ese coche. Mark trató de explicarle que tardaría años en acumularlos, y que nos costaría más de lo que valía el coche y lo pagaríamos sólo por jugar, pero Billy estaba decidido. El coche iba a ser suyo. Nunca llegó a juntar los vales necesarios y, un año después, desgastado por la insistencia de su padre en asegurarle que aquello no era más que «una estafa», renunció. Esas Navidades le compré un coche parecido, pero apenas lo miró, y manifestó que los juguetes teledirigidos eran «para niños pequeños». Me dolió que se hubiera desencantado siendo aún tan pequeño.

Durante mucho tiempo después de que Billy renunciara a su cruzada, encontré vales escondidos debajo de su cama, en sus bolsillos, en el fondo de sus mochilas y ocultos en el cajón de los calcetines. Yo los guardaba en uno de los armarios de la cocina, por si Billy cambiaba de idea, pero, un día que buscaba otra cosa, me di cuenta de que ya no estaban. Al preguntarle a Mark si los había visto, apenas alzó la vista del periódico. «Estaba buscando algo y había tantos trastos en el cajón que no podía encontrarlo. Lo he tirado todo».

De eso hace cuatro o cinco años. Desde entonces no hemos ido a Weston todos juntos, en familia. Jake y Kira han venido un par de veces desde que empezaron a salir, pero eso no explica por qué los vales están ahora en mi bolso. Los miro más de cerca, los estudio buscando una fecha o una hora, pero son vales genéricos de la feria, con las palabras «Gran Muelle» impresas en el centro. Son exactamente iguales que los que Billy juntaba tantos años atrás. Hace poco, unos meses antes de que desapareciera, encontré algunos más metidos en el bolsillo de sus vaqueros, mientras hacía la colada. También había un recibo, de una habitación de hotel. Unos días antes me habían llamado de la escuela para decirme que no había ido a matricularse y, cuando lo llamé al móvil, no quiso decirme dónde estaba, sólo que se encontraba bien y que había quedado con unos colegas. Era mentira. Estaba claro que había hecho novillos para ir a Weston con una chica. No quiso decirme quién era y lo castigamos sin salir durante dos semanas.

Así pues, ¿de dónde han salido esos vales? ¿Es posible que los ganara yo? En las seis horas transcurridas entre que me marché de casa de Liz y me encontré en una habitación del Day's Rest B&B, ¿fui al salón recreativo a jugar? ¿Por qué?

Vuelvo a hurgar en mi bolso, del que saco pedazos de papel, paquetes de clínex, blísteres vacíos de paracetamol y varios lápices de labios rojos. Extraigo mi móvil, las llaves de casa y mi neceser de maquillaje. Al fondo de mi bolso hay una concha. Es pequeña, no más grande que la yema de mi pulgar, de un rosa pálido con un pigmento más oscuro a lo largo de sus bordes ondulados. Así pues, ¿bajé a la playa? Me viene otro recuerdo a la memoria, de mí caminando de la mano con Jake y Billy por la playa cuando eran muy pequeños: dos y seis años respectivamente. La marea estaba baja y nos habíamos quitado los zapatos, y entre los dedos de los pies se nos escurría la arena fangosa. Cada dos segundos uno de los dos se inclinaba, removía la arena y luego me ofrecía con júbilo una concha, una piedra o la chapa de una botella. Cualquier cosa que veían se convertía de inmediato en el más preciado de los botines, que se me entregaba hasta que yo acababa con los bolsillos llenos.

Ahora vuelvo el bolso del revés, y las migas que esparzo por el suelo atraen la atención de las gaviotas que se pavonean. Dentro no hay nada más, ninguna pista de dónde he pasado las últimas seis horas o qué he hecho. A menos que... Cojo el monedero de mi regazo y miro en el interior: veinticinco libras en billetes, un poco menos de tres y media en monedas, varias tarjetas del banco, de tiendas y de crédito, y una pequeña foto plastificada de los chicos una Navidad. Nada desconocido, nada inesperado, aparte de un billete de tren metido entre mi tarjeta de Tesco y la de crédito. Está fechado hoy, y la hora de la compra son las 13:11. De Bristol Temple Meads a Weston-super-Mare, con la vuelta abierta.

—¿Mamá? —Jake aparece a mi lado, con el pelo pegado a la frente y el puente de la nariz cubierto de sudor.

Sostiene el bastón de mi abuelo en la mano derecha. Mark está a su lado. Han pasado tan sólo unas horas desde la última vez que lo vi, pero me sorprende lo chupada que está su cara, las ojeras que tiene.

—¿Claire? Oh, gracias a Dios. —Se hunde en el banco junto a mí y luego mira hacia mi regazo, donde el contenido de mi bolso está amontonado debajo de mis manos—. ¿Qué es todo esto?

—Intentaba entender cómo he llegado aquí.

Vuelvo a meter todo en el bolso, incluidos los vales de la feria y la concha, y luego cierro la cremallera. Cada arruga de la cara de Mark está marcada por la preocupación.

–Creíamos que alguien se te había llevado –dice Jake, que se apoya con fuerza en el bastón. Le indico con un gesto que se siente, pero él niega con la cabeza–. Hablamos con Liz y nos dijo que de repente te levantaste y saliste corriendo de su casa, como si estuvieras en llamas. Entonces te llamamos y tú no sabías dónde estabas... –Jadea al respirar–. Creía que quien se llevó a Billy también te había cogido a ti.

Los labios de Mark se abren y sé que quiere llevarle la contraria a Jake. Quiere decir que no tenemos ninguna prueba de que alguien se llevara a Billy. No tenemos ni idea de lo que sucedió esa noche.

–Sí que me marché corriendo –digo antes de que mi marido pueda hablar–. Recuerdo hasta ahí, pero... después... –Meneo la cabeza–. Lo siguiente que recuerdo es que estaba sentada en una cama de un motel y entonces ha sonado el teléfono.

–¿Cómo has llegado aquí? –pregunta Mark–. El coche seguía en el camino de entrada de casa.

–En tren.

–Entonces, ¿eso lo recuerdas?

Vuelvo negar con la cabeza.

–No. He encontrado el billete en el bolso. Mark, no recuerdo haberme subido al tren, no recuerdo haberme registrado en el hotel. No recuerdo nada aparte de que me marché de casa de Liz.

–¿Te diste un golpe en la cabeza o algo así? –Me aparta con delicadeza el pelo de la cara y siento un cosquilleo en el pecho. No recuerdo la última vez que me tocó con tanta ternura–. No veo hinchazón ni contusiones.

Después de que Mark consiguiera trabajo como visitador, yo solía bromear con los chicos sobre su «jerga médica». Era casi como si él mismo se hubiera convertido en un doctor, con toda esa cháchara sobre anginas de pecho, estents y angioplastias. Por lo visto, es muy poco habitual que alguien sin conocimientos o título médico consiga un trabajo para vender medicamentos a los centros de salud y los hospitales, pero Mark nunca ha sido de los que dejan que alguien que les dice que no pueden hacer algo se interponga en su camino.

–No nos dimos cuenta de que habías desaparecido hasta la hora del té* – dice Jake, y me veo obligada a sonreír. Soy incapaz de imaginármelos tomándoselo. Seguramente llegaron a casa tras el trabajo y se reunieron en la cocina, olisqueando el aire y mirando en el horno y la nevera–. Papá dijo que

seguramente estabas en casa de Liz, cabreada con nosotros por haber fastidiado el llamamiento para que Billy aparezca.

–Cabreada con quien... –empieza Mark, pero Jake lo interrumpe.

–Y entonces Liz vino y nos dijo que te habías marchado de su casa a toda prisa y que no contestabas al teléfono. Estaba muy alterada. Creía que había dicho algo que te había disgustado.

Mark se aparta de mí ahora que su «examen» de mi cabeza ha terminado, pero no desvía su mirada de mi cara.

–¿Qué te dijo? –pregunta.

Niego con la cabeza. Si se lo digo, le dará la razón. Mark me ha dicho una y otra vez que deberíamos esperar lo peor respecto de Billy. «Seis meses es mucho tiempo, Claire». Se ha convertido en su mantra, su escudo invisible contra la esperanza cada vez que sugiero vacilante que quizá, sólo quizá, Billy podría seguir con vida.

–No importa lo que dijo.

–Sí importa si hace que te largues a Weston sin decirle nada a nadie.

Me cruzo el bolso por delante del cuerpo, me pongo de pie y me froto la parte superior de los brazos.

–¿Podemos irnos a casa y ya está? Por favor, sólo quiero irme a casa.

Mark también se pone de pie.

–Creo que antes deberíamos llevarte al médico, ¿no te parece?

Capítulo 11

Hace calor en la salita de mamá. Hace calor y hay un leve olor a humedad. La parte superior de la tele está gris por el polvo, el revistero gime bajo el peso de los libros y revistas que se apilan encima, y hay flores muertas en el alféizar de la ventana, con limo verde en la base del jarrón en lugar de agua. Incluso la cinta que hay sobre el aparador, una planta tan resistente que podría sobrevivir a un ataque nuclear, está marchita y amarilla. Sus hojas, que serpentean sobre la moqueta como largos tirabuzones, dan la sensación de haber caído en paracaídas en un intento de escapar. Mamá declarararía la Tercera Guerra Mundial si me ofreciera a ordenar, así que hago lo que puedo cada vez que sale de la habitación: pasar un pañuelo de papel por las superficies cuando ella va al lavabo o verter mi vaso de agua en la cinta cuando viene el cartero.

Hoy no he tenido ocasión. No se ha separado de mí desde que he llegado, poco después de las nueve de la mañana. Todavía no le he dicho nada de mi desmayo; cree que estoy aquí por la campaña publicitaria por Billy. Mark se ha negado a ir a trabajar hasta que le he prometido que pasaría el día con ella. Le aterrera que vuelva a desaparecer.

No es el único.

La doctora no sabe qué me pasa. Ayer me hizo varios análisis de sangre y me dijo que tendría que esperar una semana para tener los resultados. Resulta aterrador no saber qué me ocasionó el desmayo. ¿Y si es algo serio como un tumor cerebral? ¿Y si vuelve a pasar? Cuando le pregunté a la doctora Evans si era posible, me contestó que no lo sabía.

Yo no quería marcharme de su despacho. No quería cruzar las puertas del consultorio y arriesgarme a que pasara otra vez. Mark tuvo que levantarme materialmente de la silla y guiarme al exterior, hacia el coche.

—¿Ves eso? —Mamá desliza el portátil de sus rodillas a las mías y señala la pantalla con una uña mordida—. ¿Ese pico en el gráfico?

Niego con la cabeza.

—No sé qué estoy mirando.

—Son las estadísticas de la página web. Tuvimos un pico enorme de visitas el día que lanzamos el llamamiento. Entraron unas siete mil personas. Siete mil, Claire.

—Y eso es bueno, ¿verdad? —dice papá, que aparece en la puerta de la salita.

—Derek. —Mamá le dedica una mirada de advertencia—. Si no puedes decir algo bueno...

—No pasa nada, mamá —digo—. Sé lo que piensa papá.

—Tu padre no piensa nada. —No aparta los ojos de la cara de él—. ¿Verdad, Derek?

Él vuelve su mirada hacia mí y siento el peso de la tristeza en sus ojos. También hay indecisión, escrita por toda su cara. Quiere decirme algo, pero mamá le está advirtiéndole de que no lo haga.

—¿Qué ocurre, papá?

—¡Derek!

—No pasa nada. Puedes decírmelo.

Mamá me coge de la mano.

—No es nada de lo que tengas que preocuparte, Claire. Sólo un puñado de borrachos que especulan en el pub. Nosotros sabemos que nadie de la familia ha tenido nada que ver con la desaparición de Billy.

La ignoro. No puedo apartar la mirada de papá, que da la sensación de estar a punto de estallar por el esfuerzo de mantener la boca cerrada.

—¿Papá?

Él cambia el peso de pierna, se apoya en el marco de la puerta y ladea la cabeza de una forma levísima, y finalmente interrumpe el contacto visual conmigo.

—Creen que Jake tuvo algo que ver. Escuché una conversación cuando salía del baño del King and Lion la otra noche. Donde hay humo, hay fuego y esas cosas.

—¡Sandeces! —Mamá cierra de golpe la tapa del portátil—. La semana que viene todo el mundo lo habrá olvidado y entonces, cuando pase la tormenta, le pediremos al *Bristol News* que publique un artículo sobre Billy y Jake de niños. Si el *Standard* va a ir a por nosotros, conseguiremos que ellos estén de nuestra parte. Desenterraremos algunas fotos de los chicos con los uniformes

de primaria. Los lectores los verán cuando eran pequeños y dulces, y se olvidarán del pequeño arrebató de Jake. Todo depende del factor adorable.

—¿Factor adorable?

—Es un truco de relaciones públicas para ganarte las simpatías del público. Lo leí en un libro que cogí de la biblioteca, el del gurú de las relaciones públicas al que arrestaron por agresión sexual. Un cabrón enfermo, pero sabía de lo que hablaba.

No puedo evitar maravillarme de la mujer que está sentada frente a mí. Seis meses atrás no sabía muy bien lo que significaban las siglas RR. PP., y mucho menos los trucos que usan los «gurús» para guiar las simpatías del público hacia sus clientes. Mientras yo apenas podía hablar debido al dolor, ella iba al centro de jardinería a media jornada y le pidió al hijo de una amiga que creara la página encontrarabillywilkinson.com, para poder colgar algunas fotos de él e incluir los detalles para contactar con la policía. Ahora hay una página de Facebook y otra para recaudar fondos. Ha leído todos los libros escritos por padres de otros niños desaparecidos, y se pasa horas en Internet buscando los datos de contacto de periodistas que puedan estar interesados en cubrir la historia de Billy.

—¿Qué dices? ¿Puedes buscar algunas? —pregunta mamá—. ¿Fotos?

Asiento con la cabeza.

—Por supuesto.

—¿Estás bien, cariño? —dice papá—. Pareces un poco pachucha.

No puedo contarles lo que pasó ayer. No quiero preocuparlos, no hasta que sepa a qué me enfrento.

Esperar. Mi vida se ha convertido en una larga espera. No me he sentido tan impotente en mi vida. Mark y Jake no me dejaron ayudar en la búsqueda tras la desaparición de Billy. Dijeron que tenía que quedarme en casa. «Alguien tiene que llevar el timón», dijo Mark. No creo que ésa fuera la verdadera razón por la que me dijo que no interviniera. Creo que le preocupaba que me derrumbara si encontrábamos algo desagradable. Tiene razón, pero no puedo seguir sentada y esperando. Necesito encontrar a Billy.

—Estoy bien, papá. —Me obligo a sonreír—. Pero no me iría mal un poco de aire fresco. ¿Esos impresos están actualizados?

Señalo la pila tambaleante de papeles que hay bajo el alféizar de la ventana.

—Sí —asiente mamá.

–Podríamos ir a alguna parte a repartirlos. Tal vez... ¿a la estación de tren?

La semana pasada revisé las cosas de Billy. Las he revisado un centenar de veces desde que la policía registró su cuarto –la familiaridad resulta reconfortante–, y encontré un cuaderno de ejercicios en la base de un montón de libros en su estantería. Sólo había escrito dos veces en él. En la primera página había intentado con poco entusiasmo hacer algunos deberes de matemáticas, y luego los había tachado y había escrito debajo: «Las mates son una mierda y el señor Banks es un pajillero».

Eso me hizo sonreír. Podía imaginármelo diciéndoselo a Mark cuando éste le preguntaba cómo llevaba el curso. Billy sabía que eso sacaría a su padre de sus casillas, pero lo decía igualmente porque le gustaba buscarle las cosquillas. Yo regañaba a Billy por decir tacos, pero siempre me costaba no reír. Pobre Mark.

Después de leer lo que él había escrito, encontré un boli y escribí debajo: «Nada de tacos, Billy». La tensión de mi pecho se relajó, aunque sólo fuera un poco. Así que seguí escribiendo. Escribí y escribí hasta que me dio un calambre en la mano. Fue tan catártico, tan liberador ser capaz de llorar, sola, sin preocuparme de que mi dolor pudiera molestar a Jake y Mark.

Casi pasé por alto la otra cosa que Billy había escrito en el cuaderno. Sólo lo vi cuando la cubierta posterior se levantó al dejarla sobre la mesa. Había dibujado grafitis en el interior y garabateado algunos *tags** con «objetivos» en rotulador negro grueso.

«Bristol T M (¿tren?)».

«Los Arches».

«Avonmouth».

No me podía creer que no lo hubiera visto antes, no después de haber registrado tantas veces las cosas de Billy, y enseguida llamé al detective Forbes. No se entusiasmó tanto como yo. Me dijo que habían revisado las cámaras de videovigilancia de la estación de trenes en cuanto se denunció la desaparición de Billy, y que habían comprobado la zona de Avonmouth y los Arches puesto que sabían que salía por allí con sus amigos. Pero ¿y si habían pasado algo por alto? ¿Algo que sólo una madre pudiera ver?

–Gran idea. –Mamá me arrebató el portátil del regazo y lo desliza por detrás de uno de los cojines del sofá–. Lo escondo de los ladrones –explica cuando le dirijo una mirada interrogativa.

–Tendremos que darnos prisa –dice mamá mientras aparca el coche–. No

disponemos más que de veinte minutos antes de que un guardia de tráfico nos plante una multa en el parabrisas.

Sujeto los impresos contra el pecho al tiempo que cruzamos la calle y pasamos junto a una fila de taxis azules y un fumador solitario apoyado en la pared exterior de la estación.

En el interior de Bristol Temple Meads un montón de gente observa los paneles de llegadas y salidas, y la gente entra y sale sin parar de la tienda de WHSmith's. No está tan concurrido como si hubiéramos llegado a las siete o las ocho, pero con suerte es menos probable que la gente que vuelve estresada del trabajo nos saque de encima.

—Compraremos un billete de ida y vuelta a Bedminster para poder cruzar los tornos —dice mamá al tiempo que se dirige a las máquinas expendedoras—, luego nos separaremos. Tú te ocupas de los andenes del ocho al quince, y yo del uno al siete. Intenta convencer a las tiendas del paso subterráneo de que peguen un póster en el escaparate si te da tiempo.

—¿Estás bien? —me pregunta volviendo la cabeza para mirarme mientras la máquina escupe dos billetes—. Te has puesto muy blanca.

Es como si la Tierra acabara de inclinarse sobre su eje. Es la única manera de explicar lo que siento. Ayer estuve aquí. Compré un billete a Weston. Crucé los tornos. Me subí a un tren. Al mirar hacia la taquilla, mi mirada se cruza con la de un empleado, un hombre de pelo rubio con gafas, y la aparto con brusquedad. ¿Me ha reconocido? ¿Por eso me mira? ¿Le han dicho que mantenga los ojos bien abiertos por si me ve, por algo que hice o dije?

—¿Claire? —Mamá me toca el brazo—. ¿Quieres volver al coche? Puedo repartir yo los impresos si no te encuentras bien. O podemos hacerlo otro día.

—No. —Cierro mi mano sobre las suyas. No hay ninguna razón para pensar que hice algo extraño durante mi laguna mental. Incluso cuando estoy borracha, lo peor que hago es masacrar una canción en un karaoke o abochornar a Mark soltando los chistes más infantiles que conozco—. Me encuentro bien. De verdad, mamá. Vamos a acabar con esto.

—¿Estás segura?

—Sí. —Suelto su mano y le tiendo un impreso al hombre que espera pacientemente que dejemos libre la máquina expendedora de billetes—. Mi hijo Billy ha desaparecido. ¿Lo ha visto? ¿Reconoce su cara?

Acabamos de pasar los tornos cuando suena el teléfono de mamá.

—Mierda —dice por lo bajo mientras lo saca del bolso—. Es Ben, el

periodista del *Bristol News* del que te hablaba. Tengo que contestar, Claire.
¿Estás bien para ir sola?

—Claro.

Mamá se va a la izquierda, hacia la cafetería, mientras yo sigo bajando las escaleras hacia el túnel que da acceso a los andenes. Me acerco a una señora que espera a que un señor mayor acabe de utilizar un cajero automático y le muestro el impreso con la imagen de Billy.

—Éste es mi hijo, Billy Wilkinson. Tiene quince años. ¿Lo ha visto?

Ella mira la foto y, mientras sus ojos van de izquierda a derecha, examinando su cara, siento un destello de esperanza. Hay casi medio millón de personas en Bristol, pero lo único que yo necesito es una, sólo una, que diga: «Vi a un chico que se parece a él durmiendo en la calle» o «Creo que este chico me sirvió un café ayer».

—Lo siento. —La mujer niega con la cabeza.

Me alejo rápidamente antes de que pueda ofrecerme cualquier palabra compasiva y le tiendo un impreso a un hombre vestido con traje.

Él alza una mano.

—No, gracias.

—No es ningún folleto para pedir donativos. —Me apresuro a seguirlo—. Y no vendo nada...

Me ataja girando repentinamente a la derecha y desapareciendo en el baño de hombres.

Resuelta, me acerco a un grupo de estudiantes extranjeros que parlotean entre ellos en español delante del bar de zumos.

—¿Habéis visto a este chico? Es mi hijo. Ha desaparecido.

Intercambian miradas hasta que una chica atractiva, con lustroso pelo negro que le llega casi hasta la cintura, se adelanta y mira el impreso.

—Muy guapo —me dice alzando la mirada hacia mí—. Un chico muy guapo.

—¿Lo has visto? ¿Tú o alguno de tus amigos?

Me coge el impreso de la mano, se lo muestra a sus amigos y dice algo en español. No entiendo ni una palabra de lo que le contestan, pero sé lo que significan el meneo de una cabeza, un encogimiento de hombros y un mohín con la boca.

—¿Podéis colgarlo donde estudiáis? —le pido a la chica morena—. ¿En vuestra escuela? Hay un teléfono de contacto y una dirección de *mail* al pie, por si alguien lo ha visto.

Ella asiente con entusiasmo, aunque no estoy segura de que me entienda. No tengo tiempo de asegurarme. Tengo que seguir. Tengo que plantar la foto de Billy delante de tantas personas como sea posible.

La camarera de la barra de la cafetería que hay en el centro del túnel me dice que no puede colgar el póster de Billy sin consultarlo con su encargado, y que no llegará hasta las cinco. La cola de la cafetería que está a unos cientos de metros es demasiado larga para plantearme siquiera la posibilidad de hablar con un miembro del personal, así que en su lugar dejo un montón de impresos en la mesa que queda más cerca de la puerta. Mientras me apresuro por el túnel hacia los andenes trece y quince, echo un vistazo a todo lo que veo: pósteres, dispensadores de periódicos gratuitos, paredes, puertas, pero todo está libre de grafitis. Si Billy dejó algún *tag* en la estación de tren, no fue aquí abajo.

Me paro en seco al llegar a lo alto de las escaleras que llevan a los andenes. Al otro lado de las vías hay un edificio en ruinas. Es una oficina de Correos abandonada, reducida a poco más que un bloque rectangular de cemento con huecos allí donde antes estaban las ventanas. Mientras lo miro, las palomas revolotean dentro y fuera, pero no son los pájaros lo que me llama la atención. Son los grafitis que embadurnan todo el edificio. Está rodeado por muros altos con alambre de espino en lo alto, pero eso no detendría a Billy, no si estaba decidido a dejar su marca en él.

—Disculpe, señora.

Una mano me agarra del hombro y al darme la vuelta me encuentro de frente con un hombre alto con un chaleco amarillo y una gorra de plato.

—Policía de Transporte Británica —dice, echando un vistazo al montón de papeles que sujeto en la mano—. Han denunciado que está usted distribuyendo material a los viajeros. ¿Puedo ver su licencia o su placa, por favor?

—¿Licencia? —Me alejo de la línea amarilla del borde del andén al ver llegar un tren, mientras desde los altavoces se anuncia que el tren de las once y media a Paddington está estacionado en el andén número trece—. ¿Qué licencia?

—Necesita una licencia del Ayuntamiento para distribuir folletos en esta estación. Hay una sanción fija de ochenta libras u otra, impuesta en un juicio, de hasta dos mil quinientas si no dispone de licencia.

—Pero... yo..., yo no sé... He venido con mi madre. Ella fue la que

imprimió los folletos, y estoy segura de que antes obtuvo el permiso para que pudiéramos...

Las puertas de los vagones se abren y, a medida que los pasajeros bajan, me distrae un tumulto originado en un lugar alejado del andén. Hay un pequeño grupo de gente alrededor de una de las puertas y un hombre le grita a alguien que deje de empujar.

Y entonces lo veo. Alto, delgado, con una gorra de béisbol y una chaqueta Superdry negra, abriéndose camino hacia la parte frontal de la cola.

—¡Billy! —Lanzo los impresos por los aires y salgo disparada por el andén—. ¡Billy! ¡Billy, espera!

El policía grita. Una paloma que picotea unas migas bajo un banco se asusta y sale volando. Una mujer suelta un grito ahogado, el grupo se abre y los pulmones me arden mientras me lanzo a través de la puerta abierta y atravieso el vagón a la carrera.

—¡Billy! —grito al tiempo que él encuentra un asiento vacío al fondo y se para—. Billy, soy...

Las palabras se me congelan en la boca cuando él se da la vuelta y lo veo de perfil.

No es Billy. No es él.

Martes 26 de agosto de 2014

Jackdaw44: *Lo siento.*

ICE9: *¿Qué?*

Jackdaw44: *Haberte mandado a la mierda la semana pasada.*

ICE9: *No, no lo sientes. Tú quieres algo.*

Jackdaw44: *Jajaja. Has dado en el blanco.*

ICE9: *¿Y?*

Jackdaw44: *Sólo quería hablar contigo.*

ICE9: *Ya sabes dónde vivo.*

Jackdaw44: *Jaja. Estoy en la escuela. Necesito consejo.*

ICE9: *¿Sobre qué?*

Jackdaw44: *Chicas. ¿Por qué son tan zorras?*

ICE9: *¿Qué te hace pensar que yo lo sé?*

Jackdaw44: *Odio a Liv que te cagas. Fue ella la que me dejó; ¿por qué intenta alejar a Jess de mí?*

ICE9: *¿Celos? A lo mejor aún le molas.*

Jackdaw44: *Sí, seguro. Se está tirando a Ethan Thomas.*

ICE9: *¿Venganza?*

Jackdaw44: *¿Por qué?*

ICE9: *¿La engañaste con otra?*

Jackdaw44: 

ICE9: *Eso es un sí.*

Jackdaw44: *Estaba borracho.*

ICE9: *Cabrón.*

Jackdaw44: *Señor Cabrón para ti.*

ICE9: *Según Liv, no hay para tanto.*

Jackdaw44: *Vete a la mierda. (Y no lo siento).*

Capítulo 12

–No estoy segura de que sea buena idea –dice mamá mientras hago girar la llave en la cerradura–. No me quedo tranquila dejándote aquí sola. No después de lo que ha pasado. Aunque ha sido bastante amable, ¿no te parece?, el policía. Al final. Sabía que no nos pondría una multa cuando le contáramos lo de Billy. Ya has visto la expresión de su cara al contarnos que tenía un hijo aproximadamente de la misma edad. Ha sido muy amable al decir que estará atento y nos ayudará a que corra la voz.

Me sigue a la cocina, donde permanece dubitativa en el centro de la estancia; yo dejo el bolso sobre una silla y abro la nevera.

–¿Estás bien? –me pregunta mamá–. Ya sé que estás avergonzada por lo que pasó en el tren, pero no debes dejar que te afecte. Imagina que hubiera sido Billy y no lo hubieras perseguido. No te lo habrías perdonado nunca.

–Creo que voy a hacer un guiso para cenar –digo–. Sé que estamos en verano, pero a todo el mundo le gusta un guiso de salchichas, ¿no? –Dejo dos cebollas, cinco zanahorias y dos paquetes de salchichas sobre la encimera–. Doce salchichas; habrá suficiente, ¿verdad? Aunque sabe Dios que Jake podría acabarse él solo toda la ración.

–Claire, habla conmigo, cielo. No has dicho ni una palabra desde que nos hemos marchado de la estación.

Cojo un cuchillo del bloque de madera de la encimera.

–Las cebollas no han estado suficiente tiempo en la nevera para enfriar el jugo. Siempre lloro si están demasiado frescas.

–Claire.

–Me harán falta unas gafas de natación. Creo que Billy tiene unas en su cuarto. Voy a subir y...

–¡CLAIRE!

Mamá me rodea y me bloquea la salida de la cocina.

–Claire, siéntate.

–No puedo. Tengo que preparar la cena. Tengo que...

–Claire, por favor. Por favor, siéntate, cariño. –Alza la mirada hacia mí con el dolor dibujado en su piel suave y con arrugas–. Habla conmigo.

–No puedo. Si lo hago, lloraré.

–¿Y?

Mamá me acaricia la parte superior del brazo.

–Y no sé si alguna vez podré parar.

–Oh, cariño.

–Creía que encontraría a Billy –digo mientras ella me rodea con sus brazos y yo me derrumbo–. Creía que la pesadilla había acabado. Pero no lo ha hecho. Sigue y sigue.

Me abraza con fuerza.

–Lo encontraremos, Claire. Lo traeremos de vuelta a casa.

Mamá se ha marchado hace una hora. Pensaba quedarse hasta que Mark o uno de los chicos volviera, pero entonces ha llamado papá para decir que el coche se le había quedado sin batería y que estaba atrapado en la ferretería B&Q y que si podía ir a buscarlo. Ella le ha dicho que cogiera un taxi y que luego ya arreglarían el coche, pero yo he insistido en que fuera a rescatarlo. Para tranquilizarla, le he asegurado que si me encontraba mal iría a casa de Liz. Se ha marchado, a regañadientes, y me ha dado un abrazo extralargo en la puerta.

Mi teléfono emite un pitido. Es un mensaje de Mark.

«¿Sigues en casa de tu madre? ¿Cómo te encuentras? Voy a intentar llegar a casa un poco más pronto. Dime algo si te sientes indisputa».

Le contesto con otro mensaje.

«Acabo de llegar a casa. He ido a la estación de tren a repartir algunos impresos».

Mi teléfono pita casi de inmediato.

«¿Con tu madre?».

«Sí».

«¿Con quién estás ahora?».

«Con nadie. Pero estoy bien».

«No te muevas de casa. Jake o Kira volverán enseguida y yo voy de camino».

«No hay ninguna prisa», tecleo. Lo último que necesitamos es que pise a fondo el acelerador y acabe teniendo un accidente. «En serio. Estaré bien».

Conocí a Mark en una discoteca en la ciudad. Yo tenía dieciocho años, él, diecinueve, y cruzó la pista de baile para hablar conmigo con los hombros erguidos y ese contoneo fanfarrón típico de South Bristol. Me dijo que iba a ser policía.

—He pasado las pruebas de competencia, las físicas y las médicas. Sólo me falta la última entrevista y estaré dentro.

Durante meses, de lo único que hablaba era de su incorporación a la policía. Subía el volumen de la radio cada vez que informaban de una agresión en el exterior de una discoteca o de una redada relacionada con las drogas en un granero abandonado de una zona rural. Leía un libro tras otro de crímenes reales, y los amontonaba en su mesita de noche como medallas de honor. Y entonces tuvo su segunda entrevista y durante una semana no supe nada de él. No contestaba mis llamadas. Cuando fui a Halfords, donde él trabajaba mientras terminaba el proceso de ingreso, me dedicó una sola mirada y luego giró sobre sus talones y se fue directo hacia la puerta más cercana con el cartel de «Sólo para el personal».

Creí que era por mí. Creí que ahora que era todo un policía ya no quería saber nada de mí. Él tenía un futuro mientras que yo era recepcionista en el Holiday Inn. Probablemente había conocido a una policía apropiada y ambiciosa durante los brindis de celebración y no tenía agallas para decirme que lo nuestro se había terminado. Fui a su casa. Dos veces. En ambas ocasiones las luces estaban encendidas y vi el brillo de la televisión a través de las finas cortinas, pero Mark no abrió la puerta, ni siquiera cuando dejé el dedo pegado al timbre y le grité a través de la ranura del correo.

La verdad salió a la luz tres semanas después, al encontrarme con uno de sus amigos en un pub de la ciudad.

—¿Mark no está contigo? —le pregunté después de que dos vasos de vino y los ánimos de una amiga me dieron el valor para acercarme a él—. Ahora que es poli se ha vuelto abstemio, ¿eh?

—Mark no es poli. —Levantó el brazo y les hizo señas a un grupo de colegas al otro lado del bar.

—¿Qué? —Lo agarré del brazo al tiempo que él se volvía para irse—. ¿Qué has dicho?

—No ha entrado, ¿vale? El muy cabrón es tan hermético que no quiso decirme por qué. Yo creo que es porque sus tíos han estado en el trullo. El

caso es que Mark está en casa de muy mala leche. –Se encogió de hombros–. ¿Por qué no vas y se la chupas? Anímallo un poco.

Le solté un improperio por lo bajo mientras él se abría paso por el bar abarrotado, pero me recorrió una sensación de alivio. Mark no me había dejado por otra. Estaba escondiéndose y lamiéndose las heridas. Los planes que había hecho, las esperanzas que tenía: todo había desaparecido. No pude evitar sentirlo por él, aunque también estaba enfadada. ¿Cómo se atrevía a cortar cualquier contacto conmigo porque no había conseguido entrar en la policía? Me merecía algo más.

Dos semanas después encontré una nota en el felpudo al volver a casa del trabajo.

«He sido un capullo y lo siento. Ven a tomar algo conmigo para que pueda explicártelo. Por favor».

No contesté. Me había dejado colgada seis semanas. Que probara su propia medicina.

Le pedí a mamá que le dijera a Mark que había salido en caso de que llamara, cosa que hizo... al día siguiente. No dejó ningún mensaje.

Ignorar sus llamadas fue una tortura. Estuve a punto de ceder varias veces, pero rasgaba las cartas que me había costado una eternidad escribir antes de llegar a enviárselas. Entonces, se presentó en mi puerta.

–Pensé en traer flores o vino o algo, pero tú vales mucho más que todo eso, Claire. Por favor –añadió antes de que yo pudiera responder–, sólo escúchame. Después de que te diga lo que tengo que decirte, puedes mandarme a la mierda. ¿Vamos al pub? Podemos sentarnos fuera si quieres.

Escuché durante una hora mientras él me explicaba cuánto se había esforzado con los estudios tras la muerte de su madre, cómo en vacaciones buscaba ayuda adicional para el trabajo escolar y logró arañar cinco certificados de secundaria con notas raspadas. Me contó que su padre había dicho que nunca haría nada con su vida y que su mejor opción era entrar a trabajar con él en la empresa familiar de suministros para la construcción, donde podría aprender a llevar un negocio. Su padre se rio cuando él le dijo que no quería hacer eso, que quería ser policía, y lo llamó soplón. Dos de los tíos de Mark estaban en la cárcel, uno por agresión con agravantes y otro por fraude, y Mark sabía que era probable que su propio padre aceptara algunos sobornos y pasara artículos robados.

–Quiero superarme –me explicó Mark–. En nuestro vecindario todo el

mundo piensa que nuestra familia no es de fiar. La gente cambia de acera cuando me ven con mi tío Simon. La familia cree que es por respeto, pero no lo es, es miedo, y no quiero esa clase de vida para mí y para mis hijos. Porque quiero tener hijos, ¿sabes, Claire? Quiero una familia.

Hijos. Sus ojos brillaban mientras pronunciaba la palabra, igual que lo habían hecho cuando me hablaba de entrar en la policía.

–Quiero que me respeten. Quiero que la gente me admire porque he conseguido algo.

Y luego me habló de lo que él llamaba las «cajas» de su cabeza. Era su forma de compartimentar su vida. No podía ponerse en contacto conmigo tras ser rechazado por la policía porque estaba atrapado en esa caja en su cabeza. Debía procesar lo que había ocurrido para luego cerrar la caja y seguir con su vida. Si me hubiera llamado, habría proyectado sobre mí gran parte de su cólera y su resentimiento, y no quería hacerlo. No quería que yo lo viera en sus horas más bajas.

–Si me hubieras visto así, me habrías perdido todo el respeto. Te habría perdido.

–¿Y si ya me has perdido?

En ese momento dejó caer la cabeza, hundió la barbilla en el pecho y le dio vueltas a los restos de una cerveza en la base de su vaso. Yo no dije nada.

–¡Joder! –Se agarró el pelo con los dedos y se cubrió la cara con las palmas de las manos–. La he cagado, ¿verdad?

Hay algunas decisiones que alteran el curso de tu futuro; momentos cruciales en la vida en los que te encuentras frente a una encrucijada. Si tomas el camino de la izquierda, sigues por él y ya no hay vuelta atrás. Y lo mismo pasa si coges el de la derecha.

–Mierda. –La mesa de pícnic de madera se tambaleó cuando Mark se puso de pie–. Lo siento, Claire, estarás mucho mejor sin mí.

Empezó a atravesar la terraza a grandes zancadas, con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados hacia delante.

–¡Mark! –Tenía la garganta tan cerrada que pronuncié su nombre en un susurro–. ¡Ni se te ocurra irte! ¡Ni se te ocurra!

Él se paró, pero no dijo nada.

–¿Eso es todo? –le pregunté–. ¿Me explicas que tuviste una infancia de mierda y luego te largas? No eres el único que lo ha pasado mal, ¿sabes?, pero yo no voy por ahí autocompadeciéndome y...

Me rodeó la cintura y presionó con tanta fuerza sus labios contra los míos que nos chocaron los dientes y el cuello se me torció hacia atrás mientras él apoyaba su peso sobre mí.

–Dame otra oportunidad –suspiró al apartarse de mí–. Dame otra oportunidad y te prometo que nunca volveré a fallarte, Claire. Te amo. No quiero perderte.

No tuve que pensármelo dos veces. Tenía dieciocho años. Estaba enamorada.

Ahora la puerta de atrás se abre con un clic y veo por un brevísimo instante una gorra de béisbol, antes de que vuelva a esconderse fuera y la puerta se cierre de un golpe.

–¡Espera! –Salto de la silla y atravieso la cocina a la carrera–. ¡Vuelve!

Capítulo 13

—¡Jake, espera! ¡Tenemos que hablar!

Mi hijo mayor me ignora. Se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros y saca una llave. Se detiene para meterla en la cerradura y hace una mueca al pasar el peso a su pie malo, luego hace girar el pomo y abre la puerta del garaje.

Entra cojeando, maldice el charco de aceite acumulado alrededor del cortacésped de Mark y luego toquetea el radiocasete polvoriento que hay en la estantería del fondo del garaje. Un sonido machacón de música rock llena la estancia mientras él se pone a horcajadas sobre el banco de pesas y se tiende de espaldas. Rodea con los dedos la barra plateada y sus bíceps se tensan al levantar la mancuerna del soporte.

—¡Jake! ¿Me estás ignorando?

No contesta. En lugar de eso, gruñe al bajar la barra hasta el pecho y luego la levanta en el aire.

Su afición a levantar pesas comenzó unas seis semanas después de que Billy desapareciera. De entrada me alegré —que Jake dedicara su tiempo a levantar pesas era mucho mejor que se pasara en el pub todas las horas que estaba despierto—, pero al final se obsesionó. La hora que les dedicaba por la tarde, al volver de trabajar, se convirtió en dos, y luego añadió otras dos por la mañana. El «pip, pip, pip» de su alarma, que sonaba a las cinco de la mañana, ponía a Mark de los nervios. Jake comenzó a pasar cada vez menos tiempo con Kira y la familia, y más y más en el garaje. Si se dignaba a reunirse con nosotros en la sala, se sumergía en las páginas de *Lifting* o *Power Grunt*, o cualquier revista de la que no sacaba la nariz. Kira se sentaba a su lado, tecleando en su teléfono, asintiendo educadamente mientras él le explicaba cómo iba a aumentar los deltoides realizando determinadas combinaciones de levantamientos.

Kira siempre ha sido una chica callada, pero, en el peor momento de la

obsesión de Jake, se encerró en ella misma. Cuanto más grande se hacía él, más pequeña y silenciosa se volvía ella. Poco después de venirse a vivir con nosotros, me había dicho que para ella nuestra casa era como un soplo de aire fresco. No éramos la familia perfecta en ningún sentido, pero yo podía entender por qué nuestra situación era preferible a aquella de la que había huido. Pero entonces Billy desapareció y todo se fue a pique. Todos nos fuimos a pique. Pobre Kira. Cambió una familia problemática y disfuncional por otra.

–Jake. –Doy un paso hacia él–. Tienes que contarme qué pasa.

–Creía –retuerce la cara al levantar la mancuerna en el aire– que era obvio.

Cruzo con rapidez la habitación y apago el radiocasete.

Un músculo se contrae en la mejilla de mi hijo, que contempla el techo ondulado. La barra con las pesas tiembla encima de él, y por un espantoso momento me la imagino resbalándole de las manos y estrujándolo contra el banco, pero entonces suelta un gruñido y la deja en el soporte.

–Lo siento. –Se sienta y se pasa una mano por la cara.

–Tienes que hablar conmigo –le digo en voz baja mientras me agacho al borde del banco.

Él coge el recipiente con líquido del suelo, le da un trago y hace una mueca al tragar. Jake es casi el vivo retrato de su padre. Mientras que Billy heredó mi pelo negro, Jake es rubio como Mark, con sus mismos ojos pequeños, la nariz prominente y los labios finos. El suyo es un rostro masculino; fuerte y anguloso, con una amplia extensión de frente. Los rasgos de Billy son más refinados. Tiene mis grandes ojos marrones, una nariz más pequeña y labios más carnosos. Cuando era pequeño, papá no dejaba de decir lo mono que era. «Angelical», lo llamaba mamá. Siempre he tenido cuidado de no comentar el aspecto de mis hijos –a mis ojos, los dos son guapos–, pero el mundo no es tan circunspecto. He perdido la cuenta de las veces que las señoras mayores hacían un gesto hacia Jake y luego miraban a Billy en el cochecito y anunciaban: «Ay, cuántos corazones va a romper éste». A Jake, la comparación no le pasaba por alto. «¿Por qué Billy y yo no somos iguales?», me preguntó cuando tenía nueve años, y Billy, cinco. «Cabrón arrogante», gruñía cuando Billy tenía doce, ante el buzón rebosante de postales de San Valentín. Sólo una era para Jake (y era mía).

Jake vuelve a dejar el recipiente sobre el suelo y me mira.

–Sólo estoy agobiado, nada más.

—¿Por qué?

Su mirada azul cielo es impenetrable.

—Por todo. El trabajo, Kira, papá, esta casa, Billy.

—¿Por eso has empezado a beber otra vez?

—¿Qué quieres decir con «otra vez»? —me pregunta, pero sabe lo que quiero decir.

Después de que Billy se marchara, perdí la cuenta de las veces que entraba tambaleándose en casa por la noche, chocando con la mesa de la cocina, maldiciendo junto a los colgadores cuando se le caía al suelo la chaqueta con capucha; luego subía las escaleras dando traspiés y se metía en la cama con Kira. Le pedí explicaciones, pero me dijo que no estaba haciendo nada que no hicieran otros chicos de diecinueve años y que, si iba a trabajar cada día y me pagaba el alquiler, ¿qué derecho tenía yo a darle la paliza?

¿Qué podía hacer? Estaba claro que era su manera de lidiar con la pérdida de su hermano. Pero yo no puedo enterrar la cabeza bajo el suelo por más tiempo. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras se destruye a sí mismo. Tenemos que hablar.

—Jake, tenemos que hablar de lo que pasó el día del llamamiento. Ya sé que todo el mundo se ha preocupado por mí, pero no se me olvida el hecho de que estabas bebiendo a las siete de la mañana.

Él se saca la gorra y se pasa una mano por el pelo.

—Me pegué una juerga, ¿vale? Volvimos a las tres de la discoteca y seguí bebiendo porque estaba cabreado.

—¿Por qué?

—Por el amor de Dios, mamá, ¿es que tienes que controlarlo todo?

Cambia de posición para levantarse, pero el movimiento repentino es demasiado para su pie y se ve obligado a sentarse de nuevo.

La acusación me escuece y debo reunir todas mis fuerzas para no contraatacar. En lugar de eso, respiro hondo para calmarme.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar. —Pone la mano sobre la mía, su palma pegajosa por el sudor—. Mira, si de verdad lo quieres saber, estaba cabreado porque un tío se puso a hablar con Kira mientras yo iba al lavabo.

—Lo más seguro es que sólo probara suerte.

—Sí, lo sé. Pero a ella se la veía muy contenta. Se reía y jugueteaba con el pelo, como cuando ella y yo nos conocimos. —Se encoge de hombros—. Y

estaba cagado por el llamamiento de Billy. Así que bebí y bebí para intentar olvidarlo todo. No hay nada más que contar.

Deseo decirle que lo entiendo, que también hace mucho que su padre no me mira de esa manera, más tiempo del que puedo recordar, pero aquí lo importante no soy yo. Y, sin duda, Mark tampoco. Aquí lo importante es mi hijo, que se ha abierto a mí por primera vez en mucho tiempo.

—Oh, Jake. —Le rodeo los amplios hombros con mis brazos y lo atraigo hacia mí. Siento su cuerpo duro y tenso entre mis brazos—. Lo entiendo. De verdad. Volverá a mirarte así, te lo prometo. Kira y tú habéis pasado por un infierno; todos lo hemos hecho. Cuando Billy venga a casa, todo volverá a ser normal. Te lo prometo.

Jake se pone rígido, y yo me siento como si estuviera abrazando a una roca.

Jueves 25 de septiembre de 2014

Jackdaw44: *Hoy te he visto en la ciudad.*

ICE9: *¿No deberías estar en la escuela?*

Jackdaw44: *He hecho pellas.*

ICE9: *Haré ver que no he leído eso.*

Jackdaw44: *Liv estaba soltando mierda con sus amigas a la hora del almuerzo. Me he ido antes de pegarle.*

ICE9: *¡No se pega a las chicas!*

Jackdaw44: *Ya, hombre, por eso me largué.*

ICE9: *¿Por qué me sigues escribiendo?*

Jackdaw44: *Me gusta hablar contigo. ¿Tienes algún problema?*

ICE9: *Ya ves, qué agresivo.*

Jackdaw44: *A la mierda. Eres una borde, igual que todo el mundo.*

ICE9: *No lo soy.*

Jackdaw44: *Te crees superior a mí. Crees que soy un chiquillo estúpido.*

ICE9: *a) No me creo superior a ti y b) Eres más listo de lo que dejas entrever.*

Jackdaw44: *Sí, claro, soy el puto Stephen Hawkins.*

ICE9: *Ya sabes qué quiero decir.*

Jackdaw44: *Sí. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? 🐼*

ICE9: *Tu secreto está a salvo conmigo.*

Jackdaw44: *Si alguna vez necesitas confiarle a alguien un secreto, ya sabes dónde estoy.*

ICE9: *No se me olvidará. 😊*

Capítulo 14

–El detective Forbes al habla.

Por un instante, su tono entrecortado hace que me cuestione mi decisión de llamarlo. Es lunes por la mañana y suena estresado, pero no puedo ignorar lo que vi en la estación de trenes. No si eso hace que estemos más cerca de encontrar a Billy.

–Soy Claire Wilkinson. La madre de Billy.

No sé por qué he añadido la segunda frase. Él sabe perfectamente quién soy, pero después de toda una vida de presentarme a las otras madres en la puerta del colegio, hablar con los profesores de los chicos o llamar al consultorio del médico, me ha salido sin darme cuenta. Claire Wilkinson, la esposa de Mark. Claire Wilkinson, la madre del chico. No recuerdo la última vez que me presenté a mí misma como Claire a secas.

–¿Qué puedo hacer por usted, señora Wilkinson?

Oigo ruidos de fondo, el tableteo de los teclados y retazos de conversaciones.

–El viernes fui a la estación de tren –digo–. A Temple Meads. Estaba en el andén trece y me... –Vacilo. ¿Cómo le explico lo segura que estoy de que el feo edificio delante del que debo de haber pasado cientos de veces esconde una pista vital sobre la desaparición de mi hijo?–. Me preguntaba si habían investigado la oficina de correos abandonada. Estaba cubierta de grafitis, y Billy decía en su diario que quería llenar de *tags* la estación o uno de los trenes. A lo mejor, en vez de eso fue a la oficina. A lo mejor aún está ahí.

El detective Forbes no responde de inmediato. Alguien que está en la misma habitación grita:

–¡Sí! –Y se oye un rumor de aplausos.

–¿Detective Forbes? –digo–. ¿Me ha...?

–Sí, sigo aquí.

–¿Cree que puede ser una pista? ¿Cree que es posible que haya estado

viviendo allí de okupa? ¿Durmiendo a la intemperie?

Emite un sonido grave.

–Lo dudo. Ese lugar está completamente a la intemperie. No son más que dos pisos sobre pilares. Sería mejor dormir en un portal.

–Pero ¿podría estar allí?

–Billy podría estar en cualquier parte, Claire, ése es el problema. Hay miles de sitios en Bristol donde podría dormir al raso. Por desgracia, no tenemos ni tiempo ni recursos para buscarlo en todos. Aún tengo esperanzas de recibir alguna pista gracias al llamamiento. Han pasado pocos días.

–Pero ¿lo mirará? ¿Hará que alguien vaya a comprobarlo?

Otra pausa.

–Veré qué puedo hacer.

Me resulta imposible entrar en la antigua oficina de correos. Aunque hubiera tenido quince años, dudo que hubiera conseguido superar la alambrada de espino, ni siquiera con ayuda, y seguramente las dobles cancelas están cerradas con candado. No iba a venir aquí, no después de llamar al detective Forbes esta mañana, pero quería echar un vistazo al interior sólo para quedarme tranquila. Cattle Market Road es una calle con mucho tráfico y los coches pasan zumbando en los dos sentidos, pero la mayoría de las tiendas tienen los escaparates cegados, abandonadas desde hace mucho tiempo. Hay una señal roja fijada a una barandilla, justo enfrente de las puertas, que advierte al público general que se trata de una propiedad privada. La oficina de correos se ve con claridad a través de los barrotes metálicos de la cancela. Desde aquí resulta aún más deprimente que desde la estación de enfrente. El detective Forbes no bromeaba al decir que se encontraba a la intemperie. Ya no quedan paredes ni tabiques dentro, tan sólo una serie de pilares de hormigón que separan un piso del otro. Aunque uno pudiera superar la valla de alambre, ¿para qué iba a refugiarse ahí? Me he pasado meses preguntándome adónde iría si tuviera que dormir al raso. Lo que querría sería ocultarme del mundo para no tener que preocuparme de si me roban o me atacan mientras duermo. Si pudiera iría a un refugio para mujeres o, si no quisiera que me encontraran, me instalaría a pasar la noche en uno de los huertos alquilados de Talbot Road y me llevaría cada mañana mis cosas para evitar que me descubrieran. Ya hemos revisado los huertos, y hemos clavado carteles en los sectores BS4 y BS3 pidiéndole a la gente que comprobara sus cobertizos. Hemos buscado en todas partes, en cualquier lugar que se nos ha

ocurrido: la ribera del río cerca del Marks & Spencer de Avonmeads, los parques locales, los Downs. En todas partes.

Bueno, no en todas. Si no, lo habríamos encontrado.

Miro la libreta que tengo en las manos y la letra de Billy, con trazo grueso y negro:

«Bristol T M (¿tren?)».

«Los Arches».

«Avonmouth».

Los Arches. Ahí es adonde voy a ir. Se trata de un viaducto ferroviario – ideal para hacer grafitis– en el extremo de Gloucester Road. Se encuentra al otro lado de Bristol, pero eso nunca fue un impedimento para Billy, no si quería ver a sus amigos. Se iba con su bicicleta y pedaleaba los catorce kilómetros que hay que recorrer para llegar allí desde nuestra casa. Billy siempre se mostraba esquivo a la hora de decirnos con quién quedaba. «Sólo son unos colegas, mamá», decía. Cuando los niños eran pequeños e iban a la escuela local de primaria, yo conocía a todos sus amigos. La mitad de nuestra vida parecía transcurrir entre fiestas de cumpleaños, llevarlos a jugar a casa de sus amigos y recogerlos cuando se quedaban a dormir allí. Pero, cuando empezaron la secundaria al otro extremo de la ciudad, sus amigos, diseminados por todo Bristol, se convirtieron en un misterio para mí. Jake nos explicó que los amigos de Billy de Gloucester Road no iban a la escuela. Dijo que eran mayores, de unos veinte años, y que vivían en una casa ocupada. Yo estaba horrorizada. Imaginaba drogas y miseria y crímenes, y le dije a Billy que no quería que se relacionase con ellos. Él me contestó que era muy estrecha de miras y que Mark me había lavado el cerebro. Sus amigos no eran vagabundos, eran artistas que se negaban a convertirse en monos asalariados para hinchar el bolsillo de algún propietario capitalista. ¿Por qué no podían vivir en un edificio abandonado? No le hacían daño a nadie. Yo no sabía qué hacer. No podíamos mantenerlo encerrado en casa todo el fin de semana. La alternativa era llevarlo a la ciudad en coche si iba al cine con sus amigos y recogerlo luego, pero ¿qué le impedía coger un autobús a Gloucester Road en cuanto lo dejáramos? Mark dijo que lo mejor era quitarle la bici durante un tiempo, hasta que aprendiera a ser responsable. Yo le propuse a Billy que me llevara a la casa ocupada para conocer a sus nuevos amigos, pero mi hijo dijo que antes prefería morir.

–¿Tú les presentabas todos tus amigos a tus padres cuando tenías quince

años? –me preguntó, y tuve que reconocer, al menos para mis adentros, que no.

Había incontables novios con los que quedaba de noche después de escaparme de casa. Montones de hermanos y hermanas mayores de mis amigos que entraban a la cooperativa a comprarnos botellas de White Lightning y Thunderbird que nos bebíamos en el parque. Uno de mis amigos tuvo que ser ingresado en el hospital para un lavado de estómago después de emborracharnos como unos imbéciles, y era un chico al que conocía desde la infancia. Yo no acabé en Urgencias porque ya había vomitado en un parterre de flores.

Me sentía desgarrada por dentro. Billy tenía quince años y estaba extendiendo sus alas. Era un buen chico, sensato, y yo confiaba en que no cometiera ninguna estupidez. Y entonces se metió en problemas en la escuela por llenar de grafitis el edificio de ciencias y Mark dijo que hasta aquí, que estaba castigado durante dos meses y que se iba a llevar su bici. Sin embargo, no logró encontrarla. Y Billy se negó a decir dónde estaba.

La cancela se abre con un sonido metálico y yo doy un respingo al tiempo que un hombre y una mujer con chalecos fluorescentes amarillos y sendas identificaciones alrededor del cuello salen por el hueco.

–Disculpe –digo mientras el hombre cierra el candado–. Me llamo Claire Wilkinson. Mi hijo ha desaparecido. Se llama Billy; tiene quince años. Estoy preocupada por si está durmiendo a la intemperie y...

–Aquí no está –dice la mujer. Tiene cuarenta y tantos años, y unas raíces grises de un centímetro asoman a través de su pelo rizado rojo–. Ayuntamiento de Bristol. –Señala con un gesto su identificación–. Vamos a reurbanizar el solar. Oficinas y casas junto a la ribera. Hay seguridad las veinticuatro horas del día.

–¿Están seguros de que no hay nadie durmiendo dentro?

El hombre tira del candado.

–No, a menos que sea una paloma. Y a éstas también las sacaremos en cuanto podamos.

Miro a través de las puertas y trato de imaginarme el edificio volviendo a la vida: con cristales en las ventanas y familias sentadas en el sofá frente a la tele y trabajadores desplazándose en sus sillas con ruedas delante de la pantalla del ordenador..., pero no lo consigo.

–Gracias –digo–. Supongo que no conocerán alguna casa ocupada en

Gloucester Road, ¿no?

Pero ya se están alejando.

Estoy a unos sesenta metros de los Arches y atrapada en un atasco cuando lo veo, un hombre corpulento con barba poblada. Va en una bici BMX amarilla y negra con unos característicos neumáticos azules y blancos. Se desliza hacia el carril bus y me adelanta; sus zapatillas blancas impulsan los pedales mientras acelera Cheltenham Road abajo. Resulta casi cómico, con su gran cuerpo en equilibrio sobre la pequeña bici y las gruesas rodillas abiertas. Recuerdo que Jake se reía y decía que Billy parecía un mono de circo cuando montaba su Mafia BMX. Decía que era una bici de niño. Y que parecía idiota.

Igual que el hombre de la capucha.

Es la bici de Billy. Tiene que serlo. Nunca he visto otra igual, no con la misma combinación de colores.

No me lo pienso dos veces. Pongo el intermitente izquierdo y me meto en el carril bus. Una bocina suena tras de mí, y por el retrovisor veo al conductor de un autobús 3A sacudir la cabeza hacia mí. Sobresaltado por el sonido, el hombre de la bici mira hacia atrás. Le hago señas frenéticas con la mano, pero, o bien no me ve, o bien no quiere detenerse, porque hunde la cabeza hacia delante y empieza a pedalear aún más rápido. Gira a la izquierda en Zetland Road justo cuando el semáforo se pone rojo, y me veo obligada a parar.

Tamborileo con los dedos sobre el volante mientras él cruza rápidamente la calle y se baja de la bici frente a una tienda de cocinas y baños, y luego llama a la puerta de madera chapada del edificio de al lado, en la esquina de la calle. Hay cortinas en la ventana, y un trozo grande de cartón blanco o de madera –de por lo menos tres metros y medio por uno ochenta– apoyado por dentro oculta el interior. El semáforo se pone verde y en ese momento la puerta se abre y el hombre desaparece dentro y se lleva la bici con él. Tiene que ser la casa ocupada de la que me habló Jake.

Hay sitio frente a una tienda de baldosas al otro lado de la calle, así que aparco enseguida y casi me meto en la calzada en mi desesperación por salir del coche.

Tengo que esperar a que pasen uno, dos, tres coches antes de que un hueco en el tráfico me permita cruzar la calle a la carrera.

–¡Hola! –Llamo a la puerta y luego espero.

Una joven madre pasa a mi lado empujando un carrito con un bebé que

berrea con la cara roja. Tiene la mirada clavada en un punto en la distancia, como si se estuviera esforzando para... conseguir... llegar... a... casa. No me dedica ni una mirada.

Vuelvo a llamar, rodeo la esquina y doy unos golpecitos en la ventana.

Nada ocurre. Nadie acude a la puerta y las cortinas no se mueven.

–¿Hola? –Levanto la rendija del correo y miro al interior, pero está tapado con una pieza de cerdas de nailon y no veo nada–. ¡Hola! Sé que estás ahí. Acabo de verte entrar con la bici.

–Son todos drogadictos, ya sabe. –Un viejo, con un bastón en una mano y una bolsa de plástico azul en la otra, se detiene a mi lado–. Si le han robado algo, tiene que llamar a la policía.

Instintivamente me llevo la mano al bolso, colgado en bandolera. Debería llamar a la policía. O por lo menos a Mark. Pero tengo la adrenalina a tope y no puedo evitar volver a gritar por la rendija del correo, mientras el hombre continúa su paso calle arriba.

–Me llamo Claire Wilkinson. Mi hijo Billy ha desaparecido; creo que es probable que lo conozcáis.

Metó la mano en el bolso y saco un impreso, luego lo agarro y rodeo la esquina para volver a la ventana. La cortina se mueve, justo en el borde del marco, y veo un destello de pálida piel rosada que desaparece enseguida.

Oigo un chirrido y me apresuro a volver a la puerta. Ésta se entreabre y una voz de hombre sisea:

–¿Quieres hacer el favor de bajar la voz? Los vecinos ya nos odian bastante.

La puerta se abre más.

–Bueno, ¿vas a entrar o no?

Capítulo 15

Había esperado encontrarme jeringuillas y parafernalia relacionada con las drogas por el suelo, o al menos tufo a marihuana mezclado con orina y mierda. También había imaginado montones de basura, cajas de comida rápida, bolsas de basura rajadas, paredes sucias y colchones manchados. En cambio, las paredes son blancas –sucias pero no manchadas– y están decoradas con pósteres y murales. Mark diría que es un grafiti. También hay un sofá raído, un sillón y una mesita baja sobre la que descansa lo que parece una especie de equipo de impresión por serigrafía. Hay una guitarra apoyada en un rincón de la habitación, junto con varias pilas de libros y media docena de lienzos en blanco. Hay dos hombres sentados en el sofá. Uno lee un libro sobre Andy Warhol; el otro está dormido, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Debería estar aterrorizada por encontrarme en una habitación con tres hombres que no conozco, pero estoy demasiado sorprendida para tener miedo. Creía que estaba a punto de entrar en un antro de drogas y en cambio es como si hubiera entrado en un piso de estudiantes.

–Ayer trabajó hasta tarde –dice el hombre corpulento de la sudadera roja con capucha que me siseó al entrar–. Dentro de poco se va a un festival. Camisetas –añade, haciendo un gesto hacia el equipo de serigrafía–. Las hace todas a mano.

Me quedo de piedra.

–¿Los okupas trabajan?

–Todos trabajamos –contesta el hombre del libro alzando la vista, y mis mejillas se encienden. ¿Acabo de decir eso en voz alta?–. Jay toca en la calle y...

–Tú no trabajas –dice Capucha Roja, que debe de ser Jay–. Tú eres estudiante.

–Yo uso mi cerebro –dice el hombre del sofá–. Es un trabajo, créeme.

–Te ofrecería una taza de té –dice Jay–, pero el Ayuntamiento nos cortó la

luz la semana pasada. Aunque aún nos queda agua, si te apetece.

—No, gracias.

Sostiene en la mano el impreso de Billy, arrugado, pero nadie ha mencionado a mi hijo desde que he entrado. Y no hay ni rastro de la bici.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Billy? —Señalo el impreso con un gesto.

Jay niega con la cabeza. El estudiante de arte se encoge de hombros. El hombre durmiente ronca en sueños y se despierta con un sobresalto. Me mira con ojos vidriosos, y luego parece volver en sí mismo.

—¿Quién eres tú?

—Claire Wilkinson. La madre de Billy. Creo que igual lo conocéis.

—¿Billy? —Se rasca la cabeza—. Conozco a un tal Will Turner. ¿Es él?

—No. Se llama Billy Wilkinson y tiene quince años. Desapareció hace unos seis meses. Sé que tenía amigos cerca de Gloucester Road.

—No sé nada de él, lo siento.

—Entonces tú debes de conocerlo. —Me vuelvo hacia Jay—. Me has dejado entrar.

Se pasa una mano por la barba pelirroja, llega al extremo y se la mesa.

—Estabas gritando por la rendija del correo. ¿Qué querías que hiciera?

Noto que me acaloro bajo el escrutinio de tres pares de ojos.

—Pero la bici... —La puerta del otro extremo de la sala está abierta y revela un pasillo o pasaje oscuro.

—¿Qué bici?

—Te vi en una bici. Una BMX. Inconfundible. Amarilla y negra.

—¿Y? —Jay cruza los brazos por encima de su amplio pecho y da un paso atrás, como si quisiera mirarme mejor.

—¿Podría...? —Doy un paso hacia el pasillo—. ¿Podría echarle un vistazo?

—No está en venta.

El ambiente de la habitación ha cambiado. Cuando he entrado en la casa les resultaba graciosa y curiosa. Ahora quieren que me vaya.

Oigo un sonido procedente de más allá de la puerta abierta, el «ñic-ñic-ñic» de los muelles oxidados de una cama, y un gemido amortiguado. Jay y el estudiante de arte intercambian una mirada. El estudiante esconde la sonrisa tras su libro. ¿Por qué se miran así? ¿Acaso está Billy aquí? ¿Lo están escondiendo?

—Muy bien, señora. —Jay me pone una mano en el brazo—. Creo que ya es hora de que se vaya, ¿no le parece?

Otro sonido llega desde más allá del pasillo. Un gemido de dolor. El estudiante de arte se ríe disimuladamente. Me suelto de la mano de Jay y, antes de que pueda reaccionar, cruzo corriendo la sala hacia la puerta abierta. El pasillo está oscuro, pero distingo una bici apoyada contra la pared. Hay varias habitaciones a lo largo del corredor. Todas las puertas están abiertas menos la del extremo más alejado del pasillo. Mientras corro hacia ella una mano me agarra del hombro y tira de mí hacia atrás, pero no antes de que dé una patada y golpee la puerta con el talón de mi bota.

Ésta se abre.

Se oye un grito ahogado y un gruñido, y yo me quedo sin aliento al tiempo que dos hombres, desnudos y sonrojados, se separan rápidamente. El más flaco y pálido de los dos, al pie de la cama, agarra una prenda del suelo y se la aprieta sobre el paquete. El otro hombre, que sigue tendido sobre el colchón, grita:

—¿Qué coño? —Y coge un zapato.

Me mira como si estuviera decidiendo si soy una amenaza o no, luego se levanta de la cama y cierra de un portazo.

—Tú también puedes irte a tomar por culo, Jay —le grita a su compañero de piso, que sigue de pie a mi espalda con la mano en mi hombro, y éste suelta una carcajada.

—Vamos, pajarito loco. Es hora de marcharse.

James coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me acompaña a lo largo del pasillo, hasta la sala y a la puerta de entrada.

—Por favor. —Me escabullo de él, que agarra el pomo—. Por favor, dime sólo de dónde sacaste la bici. ¿Es robada? Ni se lo diré a la policía. Si es la bici de Billy, podría ser una pista, podría ayudarnos...

—No es robada. —Jay vuelve la vista hacia sus amigos, pero éstos ya no están en el sofá. Han ido hasta la otra puerta, donde se están dando codazos y riendo mientras miran por el pasillo—. Es la bici de Rich, el chico de la habitación. No soporta que cojamos sus cosas, sobre todo yo. Dice que le torceré el cuadro. —Se ríe con ironía.

—Pero tú me has visto antes, en el coche, y has acelerado.

—¿Qué coche? —Parece genuinamente desconcertado—. Intentaba devolver la bici antes de que Rich se levantara. Mira... —su expresión se suaviza al abrir la puerta—, siento que tu hijo haya desaparecido. Pegaremos la foto en la ventana, ¿vale?

–Gracias –digo, aunque ya no la tiene en la mano. Está hecha una bola debajo de la mesa.

–Perfecto, pues. Que vaya muy bien.

–¡Espera! ¿Hay otras casas ocupadas por aquí? Mi hijo...

La pregunta se queda colgada en el aire mientras me cierran la puerta en la cara.

Capítulo 16

–Oh, me cago en todo, joder. –Liz me abraza con fuerza y luego me sujeta a un brazo de distancia para poder mirarme de arriba abajo–. He estado tan preocupada por ti... ¿Dónde coño estabas?

Abro la boca para contestar, pero mi amiga se me adelanta.

–Entra y cuéntamelo todo. ¿Tengo que cerrar la puerta con llave esta vez? Porque, si vuelves a salir corriendo, te juro que te haré un placaje de rugby y te tiraré al suelo. Me he comido una tonelada de chocolate estos últimos días, ¡así que he ganado unos kilos!

Llevamos diez minutos sentadas a la mesa de la cocina de Liz. He hablado sin parar desde que he entrado en su casa. Cuando por fin hago una pausa para tomar aliento, Liz me mira con los ojos abiertos de par en par.

–¿Y todo esto ha pasado en estos últimos días?

Asiento.

–¿Por qué no has venido? Te agradecí el mensaje que mandaste diciendo que estabas bien, pero, por Dios, mujer, vives aquí al lado. Podrías haberte pasado. Cuando Mark y Jake vinieron a decirme que habías desaparecido, me dio un ataque de pánico. Creía que era culpa mía. Ese maldito periódico...

–Lo sé. –Le cojo la mano por encima de la mesa de la cocina–. Lo siento mucho. Debería haber venido antes, pero es que... todo ha sido tan... Tengo la sensación de que me estoy volviendo loca. No puedo explicarlo de otra forma. Estoy literalmente perdiendo la cabeza.

–Pues claro, cariño. A cualquier en tu situación le pasaría lo mismo. Pero déjame darte un consejo: no vayas sola a ninguna parte. Tienes que dejar a la policía hacer su trabajo. Podría haberte pasado cualquier cosa en esa casa ocupada. Podrían haberte robado, o algo peor.

–No era esa clase de gente.

–Claro, y estás segura de eso, ¿no? La gente cambia, Claire. Tienes que ser menos confiada.

–No soy confiada.

–Vaya si lo eres.

–Pero tengo que encontrar a Billy. Si Caleb desapareciera, tú harías todo lo posible para traerlo de vuelta. He esperado seis meses a que la policía lo encontrara, pero no puedo seguir esperando. Tengo que dar con él. No puedo quedarme sentada en casa sin hacer nada. Pero he empezado a verlo allí adonde vaya. En todas partes.

Aparto mis manos de las de Liz y apoyo la frente en los puños cerrados, agotada de repente. Ya no sé qué pensar. O qué hacer. Cada vez que creo que he dado un paso que me acerca a encontrar a Billy, mis esperanzas aumentan. Sólo para volver a estamparse otra vez contra el suelo.

–Respira hondo. –Oigo el chirrido de la silla de Liz sobre las baldosas de la cocina y luego siento su mando en mi espalda. Me masajea los hombros en círculos con las palmas de las manos, igual que hacía yo con los niños cuando eran pequeños y estaban alterados–. Respira hondo, Claire.

Cierro los ojos mientras ella continúa masajéandome la espalda, pero la oscuridad que hay detrás de mis párpados es demasiado densa, demasiado imperecedera, y los vuelvo a abrir.

–A lo mejor lo que necesitas –dice Liz en voz baja– es un poco de normalidad. Déjame acabar –añade con rapidez–. Sé que no hay nada normal, sé que la vida no puede ser normal hasta que Billy vuelva, pero lo que quiero decir es que tal vez necesites una rutina. Tienes demasiado tiempo libre, Claire. Demasiado tiempo para pensar y darle vueltas a todo. ¿Te has planteado volver al trabajo?

–Oh, Dios, no.

–Creía que Stephen era un buen jefe. –Su voz se dulcifica al pronunciar el nombre de mi cuñado. Creo que siempre ha sentido debilidad por él, aunque nunca lo haya reconocido–. Te dio seis meses de baja tras la desaparición de Billy. Estoy segura de que se alegrará de que vuelvas.

–Lo sé, pero es complicado.

–¿Cómo puede ser complicado? Adorabas tu trabajo en Wilkinson & Son. Siempre me hablabas de las bromas que te gastabas con los clientes por teléfono, y de qué Stephen y tú os reíais mucho.

–Adorar es una palabra un poco fuerte, y además, ¿qué pasa con Mark?

–¿Qué pasa con él? Volviste a trabajar después de la discusión, ¿no? Y él no te puso ningún impedimento.

Mark y su hermanastro Stephen se pelearon hace un año. Era mi cumpleaños, y estábamos celebrándolo con una comida de domingo en un pub local cuando Billy y Jake llegaron a las manos en el jardín. Nunca revelaron por qué había empezado la discusión, pero se intercambiaron muchos tacos e insultos antes de que Jake soltara el primer puñetazo. Mark intervino, con poco éxito, y Stephen hizo un comentario sobre las aptitudes de Mark como padre.

Lo dije en broma, pero Mark se la devolvió y le preguntó qué coño sabía Stephen de criar hijos. Fue un golpe bajo. Stephen y su mujer Caroline no pueden tener hijos. Lo han probado todo, todas las pruebas que puedan hacerse. «Problemas de fertilidad desconocidos», dijo el especialista. Caroline se quedó embarazada una vez, pero perdió el niño en el segundo trimestre. Nunca averiguaron por qué. Ella se quedó destrozada y Stephen también. Me pareció que lo que Mark le había dicho estaba completamente fuera de lugar y así se lo hice saber. Al día siguiente volví a Wilkinson & Son como si no hubiera pasado nada. Mark no me puso ningún inconveniente, pero, por la forma fingidamente indiferente con que me saludó esa tarde, supe que por dentro le dolía. ¿Dónde estaba mi lealtad? ¿Por qué no me había puesto de su parte y le había dicho a Stephen que se metiera su trabajo donde quisiera? Porque estaba enfadada con él, ésa era la razón. Entre él y los chicos, me habían arruinado por completo el cumpleaños.

Mark y Stephen no han vuelto a hablar desde su discusión, aparte de algunas palabras bruscas durante la búsqueda de Billy, pero yo sé que Mark echa de menos a su hermanastro. Es sólo que es demasiado orgulloso para admitirlo.

—Y... perdona que te diga esto, Claire, pero no puedes decirme que el dinero no te vendría bien.

Liz tiene razón, una vez más. Hasta el último penique que habíamos conseguido ahorrar a lo largo de los años nos lo hemos gastado en la publicidad por la desaparición de Billy. Ya no queda nada. Mark propuso que canceláramos la suscripción a SkyTV y renunciáramos a algunos lujos que él cree que no necesitamos para vivir, pero ¿por qué hacer pasar a todos por eso cuando podría volver a trabajar por un tiempo? Podría aguantar algunas horas a la semana, al menos hasta que el doctor Evans me comunique el resultado del análisis de sangre.

—¿Entonces? —Liz deja de masajearme la espalda y me da una palmada

justo entre los omóplatos—. ¿Lo vas a intentar? Llama a Stephen y organízalo para volver al trabajo. Sólo tienes que hacer algunas horas, ver cómo te sientes.

Me doy la vuelta en la silla, levanto la cabeza y le sonrío.

—¿Y si no lo hago?

Me guiña un ojo.

—Te atropellaré con el coche y acabaré yo misma con tu agonía.

Capítulo 17

Las náuseas me invaden mientras pongo el intermitente derecho y giro con el coche para entrar en el patio de Wilkinson & Son, suministradores de materiales de construcción, y aparco. Han pasado tres días desde mi conversación con Liz sobre mi vuelta al trabajo. Nada ha cambiado desde la última vez que estuve aquí. El patio sigue lleno de carretillas elevadoras, furgonetas y camiones. En un rincón hay un montón alto de palés vacíos apilados. El cartel, un logo amarillo y azul que parece un triángulo hecho de ladrillos, domina el lateral del almacén. Dentro, y en el patio que hay más allá del edificio, más grande, decenas de constructores y proveedores estarán examinando madera, ladrillos, tuberías y herramientas eléctricas. John, el padre de Mark, estará en la tienda, asegurándose de que los clientes y el personal estén contentos. Y Stephen, el hermanastro pequeño de Mark, estará en el despacho, un teléfono en una mano, una taza de café manchada en la otra. Antes yo era la directora de la oficina, un título grandilocuente para describir lo que consistía básicamente en contestar el teléfono, imprimir y enviar las facturas, organizar el personal de limpieza y poner anuncios en la prensa local.

Lo bueno, si es que puede llamarse así, de trabajar para miembros de tu propia familia es que no tuve que justificar mi ausencia cuando Billy desapareció. John y Stephen tampoco fueron a trabajar. Se pasaron casi una semana conduciendo por Bristol, pegando pósteres con la cara de Billy en farolas y vallas publicitarias. Nuestra casa era un hervidero de actividad; todas las habitaciones estaban atestadas de amigos, vecinos y familiares. Mark era el epicentro; fue él quien tomó las riendas e indicaba a la gente donde buscar o pegar carteles. Descolgó el espejo que había sobre la chimenea y lo sustituyó por un mapa enorme de Bristol en el que clavaba chinchetas: rojas para las zonas que la policía ya había registrado, verdes para las que estábamos peinando.

Lo consultaba todo con el detective Forbes. «Ésa es la terminología correcta, ¿verdad, detective Forbes?». «Es importante establecer una cadena de mando, ¿no es así, detective Forbes?». «¿Qué noticias hay, detective Forbes?». Yo estaba orgullosa de él, de verlo asumir el control e interpretar el papel que tan desesperadamente había deseado, pero una parte de mí tenía ganas de gritar: «Esto no debería estar pasando. ¿Por qué está pasando? ¿Por qué nos merecemos esto? ¿Qué ha hecho Billy? Nadie debería sentir tanto miedo».

Ahora mi teléfono suena impaciente en mi bolso, y lo cojo.

–¡Claire Bear! –Me alejo un poco el teléfono porque la voz de Liz me atruena en los oídos—. ¿Estás en el trabajo?

–Casi. Estoy aparcada fuera.

–Oye, no tienes por qué volver. Sé que fue idea mía, pero...

–Estoy bien. Puedo hacerlo.

–¿Se lo has contado a Mark?

–Sí. Esta mañana.

–¿Y?

–Me ha dicho: «Haz lo que tengas que hacer, Claire». Y luego ha salido del cuarto.

–Menudo apoyo. Oh, mierda. Lo siento, preciosa, hoy hago el primer turno y me toca la caja. Será mejor que cuelgue. Te llamo en mi próxima pausa, ¿vale?

–Gracias, Liz.

–Buena suerte. Todo irá bien.

La comunicación se corta.

Miro la pantalla: las 9:25. Aún estoy a tiempo de escribir un mensaje a Stephen para decirle que al final no voy a ir.

Alguien golpea la ventanilla del conductor y el ruido me hace dar un respingo.

–¡Claire! –Stephen me indica con un gesto que baje la ventanilla—. ¡Me alegro de verte! –grita—. ¿Entras?

En cuanto cruzo las amplias puertas dobles, todas las miradas del edificio se vuelven hacia mí.

–¡Muy bien, Claire! –Wendy, una de las cajeras, levanta la mano. Su sonrisa es tensa, nerviosa.

–Me alegro de verla otra vez, señora W. –Tony, el especialista en madera.

Me saluda con la cabeza, pero es un gesto corto y abrupto, la clase de gesto que le haces a alguien en un entierro: es un placer verte pero no en estas circunstancias.

–¡Buenos días! –Uno de los habituales, cuyo nombre desconozco. Aparta la mirada antes de que pueda responderle.

–Stephen, ¿me disculpas un momento? –Echo a correr antes de que pueda oponerse y me dirijo al lavabo de mujeres.

Cuando salgo del cubículo me sorprende el reflejo que me devuelve la mirada desde el espejo deslustrado. Tengo la línea de nacimiento del pelo mojada de sudor y las mejillas encendidas. No me imaginaba así mi regreso al trabajo. No es que haya pensado mucho en Wilkinson & Son desde que Billy se fue, pero este lugar siempre ha representado la normalidad. Entro, hago mi trabajo, bromeo con mis colegas y con los clientes habituales. Intercambiamos comentarios sobre el tiempo y el tráfico, y sobre cómo hemos pasado el fin de semana. ¿Alguna vez seré capaz de volver a hacer todo eso?

Me acicalo lo mejor que puedo con el peine y los polvos compactos que encuentro en el fondo de mi bolso, pero es una batalla perdida y las cejas de Stephen se arquean en un gesto de sorpresa cuando entro en el despacho. Hay que decir en su favor que no me pregunta si estoy bien. En lugar de eso, retira la silla de mi antiguo escritorio y me señala la humeante taza de café que hay a la derecha del teclado.

–Con leche y un terrón de azúcar. Justo como te gusta.

Me siento, rodeo la taza con las manos y echo un vistazo al despacho: los mismos muebles, la misma moqueta, el mismo mostrador con manchas de té, el mismo calendario de la empresa de maquinaria JCB en la pared. Han pasado seis meses desde que me senté por última vez a esta mesa, y lo único que ha cambiado soy yo.

Stephen se deja caer en la silla del otro lado de la habitación, se tira del botón superior de la camisa y suspira cuando por fin se abre. Mide aproximadamente lo mismo que Mark, pero es más grueso, y da la sensación de haber ganado peso desde que me fui. Dejó de fumar cuando Caroline y él intentaban tener hijos, y ella lo enviaba a trabajar con un *tupper* lleno de tiras de zanahoria y apio para mascar. Los *tuppers* se apilaban en la nevera, unos encima de otros, hasta que al final de la semana Stephen tiraba el contenido a

la basura y escondía los paquetes de Maltesers que se había zampado en su lugar.

–Bueno –dice–. Entonces, ¿qué..., esto..., qué ha motivado tu decisión de volver a trabajar?

–Liz me lo sugirió y no me pareció una idea tan espantosa.

–Bien. Bien. –Asiente con la cabeza–. ¿Y cómo está Liz? ¿Descubrió por fin si Lloyd había tenido una aventura?

Casi me echo a reír de lo poco informado que está, pero entonces recuerdo que apenas hemos hablado desde que Billy desapareció.

–No se hablan desde hace un tiempo. Lo último que supe fue que él seguía negando que hubiera una tercera persona.

–Pero ella encontró mensajes en su móvil, ¿no? Explícitos.

–Sí.

–¿Y nunca llamó al número?

–Lo hizo, pero le saltó el buzón de voz. Era el mensaje genérico. Ya sabes, el que lleva incorporado el móvil.

–Ah. –Stephen se remueve en su asiento. Abre los labios y vuelve a cerrarlos. Creo que se le han terminado los temas intrascendentes de conversación–. Vale, perfecto. Bueno, hoy no te pondré en ningún aprieto. Hay algunas facturas que hacer y una pila de pedidos en la bandeja de entrada. Hemos subcontratado el servicio de limpieza desde la última vez que tú..., desde... –Hace una pausa para secarse la gota de sudor que se desliza por su sien–. El caso es que eso nos ha permitido recortar presupuesto, así que ahora tenemos nuevos encargados de la limpieza.

–Me pondré con algunas facturas –digo–. Gracias.

Por la pequeña radio de la esquina suenan canciones pop, y Stephen y yo nos sumergimos en un amigable silencio. Tardo una eternidad en convertir el primer formulario de pedido que cojo en una factura, porque no soy capaz de recordar mi contraseña del ordenador o qué teclas pulsar para que el *software* de facturación y todo el resto se active. Pero entonces, igual que cuando montas en bicicleta, empiezo a hacerlo por instinto y completo factura tras factura y los tensos pensamientos que han estado zumbando en mi cabeza como abejas coléricas se silencian.

–¿Otro café? –pregunta Stephen, y me sorprendo al mirar el reloj que hay en la esquina inferior derecha de la pantalla. Ha pasado media hora desde que encendí el ordenador.

–Por favor.

Stephen hace crujir sus nudillos, se pone de pie y cruza la habitación para encender el hervidor, que burbujea y luego pita mientras él abre un paquete de galletas. Por el rabillo del ojo lo veo meterse dos de golpe en la boca. Mastica rápido, y le caen migas de los labios en su prisa por comérselas.

–¿Alguna novedad después del llamamiento? –me pregunta, y me da la espalda para verter el agua hirviendo en dos tazas.

–No, todavía no.

No dice nada. La cucharilla repiquetea contra la taza mientras le da vueltas al café. Le tiembla la mano al echar el azúcar, y la mitad acaba en la encimera. ¿Está incómodo porque he vuelto al trabajo? ¿Por eso parece tan nervioso? ¿O es porque estamos hablando de Billy?

Cuando Billy desapareció, Stephen se quedó destrozado. No paraba de pedirme, una y otra vez, que le contara lo que había ocurrido la noche que desapareció. Billy siempre ha sido su sobrino favorito. Ambos compartían afición por la Fórmula 1 y durante la temporada de carreras Billy se pasaba todos los domingos en su casa. Jake también se apuntó las primeras veces, pero dijo que era aburrido ver coches dando vueltas y vueltas a todo trapo por la pista, y me pidió si podía quedarse en casa. Al presionarlo, me explicó que el tío Stephen le parecía raro. Que no le gustaba cómo lo abrazaba, que lo hacía demasiado fuerte. Aunque Jake nunca ha sido muy entusiasta de las expresiones físicas de afecto, su comentario me puso nerviosa. Empecé a preguntar a Billy sobre sus vivitas a casa de Stephen y busqué comportamientos anormales, como mentir o mojar la cama o pesadillas nocturnas, pero Billy parecía estar bien. De hecho, parecía más feliz al marcharse de casa de Stephen de lo que estaba cuando había llegado. Pero yo necesitaba asegurarme, así que una vez fui a recogerlo una hora antes, sólo para poder fisgonear por la ventana antes de llamar al timbre. Allí no había nada preocupante. Tan sólo Billy y Stephen sentados uno al lado del otro en el sofá, cada uno con una lata de Coca-Cola, y una caja de chocolates Roses entre ellos, la tele atronando en la esquina de la habitación y Caroline sentada a una mesa leyendo una revista.

Me seguía pareciendo raro que Stephen hubiera intimado con uno de los chicos y con el otro no, pero resultaba imposible negar lo mucho que tenían en común. Además de la Fórmula 1, ambos adoraban *Top Gear*, *The Gadget Show* y cualquier cosa relacionada con los robots. Stephen decía que con

Billy podía comunicarse mejor, ya que él también era el hermano pequeño. Que se veía reflejado en Billy en muchos aspectos, aunque no tenían lazos de sangre. Intentaba que su favoritismo no se trasluciera, pero lo veías en los regalos que les compraba a los chicos. Los de Billy siempre eran más caros, alguna cosa que él «deseaba desesperadamente», mientras que los de Jake eran «juguetes de chico» genéricos, de esos que les compras a los amigos de tus hijos para su cumpleaños. Yo no soportaba ver la mirada herida de los ojos de Jake, así que empecé a cambiar de sobre la postal navideña de Stephen, añadiéndole un billete de diez libras de mi propia billetera. Tuve que dejar de hacerlo cuando Jake le dio las gracias a su tío por el dinero y Stephen le contestó que no sabía de qué le hablaba.

Las visitas de Billy a casa de su tío se multiplicaron cuando empezó a meterse en problemas en la escuela. Decía que el tío Stephen entendía lo que suponía ser la oveja negra. Yo le contesté que eso era una sandez. Si Stephen se llevaba tan mal con su familia, ¿por qué trabajaba para su padrastro? Intenté que Billy me contara de qué hablaban Stephen y él, pero se negó: «¿Es que no se me permite tener secretos, mamá?».

—¿Y cómo está Jake? —pregunta ahora Stephen.

Después de ver el llamamiento por la tele, me mandó un mensaje para preguntar si todo iba bien. Yo no tenía energías para entrar en detalle sobre lo que había pasado, así que me fui por la tangente y le dije que Jake se encontraba mal ese día.

—Está bien. Con su trabajo de aprendiz y sus pesas. Ahora es bastante corpulento, músculos y más músculos.

—Lo habrá sacado de papá. Era grande como una casa, incluso de adolescente. A su lado, yo era un tirillas.

—Sí, Mark me lo ha dicho.

La espalda de Stephen se tensa al oír el nombre de su hermano.

—¿Y cómo está Kira? —pregunta.

—Sigue viviendo con nosotros y yendo a la universidad; según parece, el curso de fotografía le va bien.

—El año pasado me hizo unas fotos, no recuerdo por qué. Sería algún proyecto.

—Sí, siempre tiene su cámara a mano. Sacó una preciosa de mamá en su cumpleaños. También se hizo un *piercing* en la lengua hace unos meses. Kira, no mamá.

Él no se ríe.

—Un *piercing* en la lengua, ¿eh? Lo próximo será hacerse un tatuaje. ¿Qué les pasa a las chicas de hoy en día? Es como si estuvieran desesperadas por llamar la atención. Tetas fuera, morritos, faldas que apenas les tapan el culo. Eres una mujer muy confiada, Claire, es lo único que digo.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Bueno —continúa removiendo el café—, es una tentación, ¿no crees?

—¿Qué cosa?

—Meter a una jovencita atractiva como ésa en tu casa.

La boca se me abre de par en par. ¿Atractiva? El mero sonido de la palabra hace que se me erice el vello, por no hablar del atisbo de su lengua húmeda mientras la paladea en la boca.

—Mira —dice levantando las manos—, si a ti no te importa que Kira se pasee por tu casa medio desnuda delante de tu marido, por mí perfecto. No muchas mujeres serían tan confiadas.

Lo que antes me daba pavor de pronto me resulta divertido, y me echo a reír. ¿Se lo ha estado guardando desde que riñó con Mark el año pasado? Oh, ya lo entiendo. Le daré a mi hermano donde más le duele sugiriendo que se le van los ojos detrás de la novia de su hijo.

—¿Es una broma o algo así?

—No. —Niega con la cabeza, sinceramente desconcertado, y entonces parece que se abre la niebla—. Ah, ya lo pillo. ¿Crees que me estoy despachando? De verdad que no. Pregúntale a Caroline. Me dijo que ni de coña dejaría que una chica viviera con nosotros y se paseara por ahí envuelta en una toalla.

—Y tú estás de acuerdo con ella, ¿no?

—Sí... —Se interrumpe bruscamente al darse cuenta de lo que acaba de decir.

—Bueno, si no puedes confiar en ti mismo... —Dejo la frase flotando en el aire y sonrío inocentemente mientras me levanto de la silla—. ¿Sabes qué, Stephen? Creo que quizás he cometido un error al venir hoy. Aún no estoy preparada para volver a trabajar. Necesito estar con mi familia y tengo un montón de ropa sucia que lavar. Creo que Kira se ha duchado esta mañana. Será mejor que meta su toalla en la lavadora antes de que pille a Mark olisqueándola.

Cruzo la oficina, cojo el pomo de la puerta y entonces me doy la vuelta.

—Bueno, ¡pues adiós!

Stephen no contesta. Está echado hacia atrás en su silla, mirando como embobado, con una O perfecta dibujada en su boca.

Me meto en el coche y saco el móvil del bolso. No puedo creer que una vez me pusiera de parte de Stephen por encima de mi propio marido. Mark siempre ha dicho que Stephen estaba celoso de él, y yo creía que era su ego quien lo llevaba a decir eso. Pero Mark tenía razón. Para seguir disparando de esta manera contra Mark, tanto tiempo después de su discusión y ahora que además Billy ha desaparecido, tiene que estar muy jodido. No dejaré que me arrastre con él. Ya no.

Deslizo los dedos por la pantalla para teclear un mensaje de texto: «Mark. Lo siento. Ir a trabajar ha sido un error. ¿Podemos hablar cuando llegues a casa esta noche? Igual podríamos salir a cenar fuera, o al pub».

Estoy a punto de poner el motor en marcha cuando el teléfono me pita en la mano. Pero el mensaje no es de Mark, sino del buzón de voz. Alguien debe de haberme llamado después de silenciarlo al entrar a trabajar.

«Este mensaje es para Claire Wilkinson. Llamamos del Hartfield Road Surgery para informarla de que han llegado los resultados de sus análisis. Si pudiera llamarnos cuando...».

Pulso con el índice el icono del teléfono verde para devolver la llamada.

–Hola, Soy Claire Wilkinson. Llamo por los resultados de mis análisis. Sí, espero...

Capítulo 18

–Gracias, hijo –dice Mark mientras Jake recoge su plato vacío de la cena de la mesita de al lado del sillón y lo añade al montón de platos sucios que carga.

Kira sigue los pasos de Jake recogiendo los vasos, antes de que ambos desaparezcan por la puerta de la sala. Treinta segundos después oigo el ruido sordo de la puerta del lavavajillas al abrirse y el «cling, cling» de platos, vasos y sartenes colocadas con brusquedad. Desde que discutieron, Mark y Jake se han dedicado a evitarse. Se han mostrado educados, pero entre ellos ha desaparecido cualquier cordialidad.

–La cena estaba muy buena, amor –dice Mark mientras las escaleras crujen bajo el peso de Jake y Kira, que suben para desaparecer en su cuarto.

Espero a que el sonido de pasos en el descansillo se desvanezca antes de hablar.

–¿Mark?

Me contesta con un gruñido. Ninguno de los dos ha mencionado el hecho de que hoy he ido a Wilkinson & Sons. Cuando él ha llegado del trabajo, yo estaba pelando verduras en la cocina. Me ha dado un beso mecánico en la frente y entonces, justo cuando estaba a punto de contarle mi día, se ha ido arriba a cambiarse. Desde entonces no hemos estado solos en ningún momento.

–Hoy me han llamado del médico.

Sus ojos siguen clavados en la pantalla parpadeante que tiene justo enfrente.

–¿Ah, sí?

–Ya tienen los resultados de los análisis. Por mi laguna mental.

El programa que está mirando se queda congelado en la pantalla cuando pulsa el botón de pausa.

–¡Ah!

—La recepcionista no ha podido decirme si eran buenos o malos, sólo que debía hablar con el médico. Y tengo que esperar hasta la semana que viene para la visita.

—¿La semana que viene? Por todos los santos. Bueno, no puede ser nada grave. Seguro que te darían hora más rápido si hubiera algo de lo que preocuparse. —Estudia mi rostro—. Estás preocupada, ¿verdad?

—Tengo miedo de que vuelva a ocurrir.

—Oh, cariño. —Suelta un gruñido al coger impulso para incorporarse de su sillón. Yo me levanto a medias, esperando que me dé un abrazo. En lugar de eso, se deja caer en el sofá a mi lado y posa su pesada mano sobre mi rodilla—. No has dicho nada sobre el tema, así que suponía que lo llevabas bien.

Casi sonrío. Ni se le ha pasado por la cabeza preguntarme cómo me siento por lo que pasó. Una vez que el médico de Urgencias me dio el alta y Mark se dio cuenta de que yo no estaba en peligro inminente, archivó la experiencia en una caja de su cabeza con la etiqueta: «Episodio de amnesia de Claire», y al día siguiente se fue a trabajar. Puesto que desde entonces yo no lo he mencionado, no ha habido necesidad de que volviera a abrir la caja. Debe de ser tan agradable vivir en su mundo en blanco y negro, donde sólo tienes que reaccionar cuando la gente te dice que hay algo ante lo que reaccionar, donde no te pasas toda la vida dudando de cómo se sienten las personas a las que quieres.

—No quería preocuparte.

—Deberías haberme dicho algo. —Me aprieta la rodilla con más fuerza—. Me importa lo que te pase, Claire. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

Pongo mi mano sobre la de Mark y lo miro a los ojos. Él no aparta la mirada y, mientras el televisor resplandece en la esquina de la habitación, algo —tristeza, esperanza, rencor, no estoy segura— se acumula en mi pecho. Antes podía interpretar los sentimientos de Mark como si fueran los míos, pero ahora no tengo ni idea de qué sucede tras sus ojos. Lo único que veo es mi propia cara de preocupación reflejada en ellos.

—¿Puedo hablarte de otra cosa? —pregunto.

Él se tensa. Cree que voy a hablar de Stephen, estoy segura.

—¿Sería posible que arreglases las cosas con Jake? Por favor.

Su mano resbala de mi rodilla y él se reclina en el sofá.

—¿Tenemos que hacer esto ahora? He tenido un día infernal en el trabajo y sólo quiero relajarme.

—Pero es que Jake no es feliz, Mark. El otro día charlamos, en el garaje. Está preocupado por su relación con Kira y sé que se siente herido por las cosas que dijiste la semana pasada.

—¿Jake se siente herido? —Se desplaza en el sofá para volverse hacia mí—. ¿En serio, Claire? Se cabrea y monta un numerito en la conferencia de prensa, ¿y tú te metes conmigo? ¿Qué esperabas que hiciera, darle unas palmaditas en la espalda?

—Podríamos haberlo manejado de otra forma. En lugar de perder los papeles, podríamos...

—¿Hacer qué? ¿Sentarnos y mantener una agradable conversación? ¿Llevarlo a un terapeuta? Porque a ti te fue de maravilla, ¿verdad? Dejaste de ir al cabo de tres semanas.

—¿Por qué te pones contra mí así de repente?

—¡Porque tú eres la que ha sacado el tema! Jake es un hombre de diecinueve años, Claire. No es un niño. No pienso sobreprotegerlo. Alguien tiene que cantarle las cuarenta.

—Tú te enfrentaste con él, lo provocaste. Y se supone que tú eres el padre. Se supone que...

—¡No me digas lo que se supone que tengo que hacer! —Se levanta de un salto del sofá y me mira.

—Lo único que digo es que, si me hubieras escuchado desde un principio, si te moderaras en lugar de explotar siempre que te enfadas, no estaríamos en esta situación.

—¿Qué situación?

—Billy no habría desaparecido.

Mark se queda petrificado, con los puños aún cerrados a los costados, los ojos clavados en los míos, sus labios húmedos de saliva. Es como si alguien le hubiera dado a la pausa en medio de nuestra discusión.

—Lo siento. —No pronuncio las palabras lo bastante rápido—. No lo he dicho en serio; estaba enfadada. No estoy diciendo que sea culpa tuya. ¡Mark! ¡Mark!

Continúo gritando su nombre mientras él sale de la habitación. Segundos después, oigo un portazo en la puerta de atrás.

Martes 7 de octubre de 2014

ICE9: *Estoy teniendo un día de mierda. ¿Tú qué tal?*

Jackdaw44: 😞

ICE9: *¿Estás triste?*

Jackdaw44: *Porque tienes un día de mierda. ¿Qué pasa?*

ICE9: *Discusiones.*

Jackdaw44: *Las relaciones son un coñazo. Deberías estar soltera como yo. Sin mujeres. Sin dramas. ¡No falla!*

ICE9: *¿Sin dramas? ¿Y qué pasa con los grafitis de la escuela? (Si me envías a la mierda no vuelvo a escribirte nunca más).*

Jackdaw44: *Vete a la mmmm... (¡es broma!) Que le den a los grafitis. Me estoy expresando. Ningún capullo lo entiende.*

ICE9: *Puedes expresarte sin hacerlo en la propiedad de la escuela.*

Jackdaw44: *¡No empieces!*

ICE9: *Eres tú quien ha sacado el tema.*

Jackdaw44: *De hecho, has sido tú. En fin, al diablo con eso. ¿Quieres ir a tomar una cerveza?*

ICE9: *Ja, ja.*

Jackdaw44: *¿Qué es tan divertido?*

ICE9: *a) Son las tres de la tarde y b) Tienes quince años.*

Jackdaw44: *a) Nunca es demasiado pronto para una cerveza y b) Parece que tenga dieciocho.*

ICE9: *Bueno, la b) es verdad.*

Jackdaw44: *¿Entonces? ¿??*

ICE9: *Estás en la escuela.*

Jackdaw44: 😏

ICE9: *¿Has hecho campana otra vez?*

Jackdaw44: *Sí, y me aburro. Ven al pub conmigo.*

ICE9: *Estoy liada.*

Jackdaw44: *No, no es verdad. Estás teniendo un día de mierda. 😞 + 📺 = 😞*

ICE9: *Mírate, pareces un matemático de los emoticonos.*

Jackdaw44: *Todo es verdad. Entonces, ¿eso es un sí?*

ICE9: *Bah, a tomar por culo. ¿Qué daño puede hacerme una cerveza?*

Capítulo 19

Hay un espacio frío en la parte izquierda de la cama, donde debería estar la cálida huella del cuerpo de Mark.

Ayer por la noche, cuando se marchó, no lo seguí, sino que me senté en el sofá con los brazos cruzados y reviví la discusión mentalmente. ¿Cómo había pasado de pedirle que hablara con Jake a acabar sugiriendo que era responsable de la desaparición de Billy? Porque me provocó, ésa es la razón. Se lanzó directamente a la ofensiva al sacar el tema de mis sesiones fallidas con el terapeuta y dar a entender que no sabía de qué hablaba. Yo ni siquiera había mencionado la terapia, sólo que debía hablar con su hijo. ¿Qué tenía de malo?

Había ensayado todo lo que le diría a Mark cuando volviera del pub. Palabra por palabra. Sólo que no ha vuelto. Hay un hueco en la calle, delante de casa, donde antes estaba aparcado su Ford Focus. También se ha llevado su chaqueta y su maletín del recibidor. No sé adónde ha ido, pero está claro que tenía pensado quedarse a pasar la noche.

Lo llamé varias veces, pero me saltaba directamente el buzón de voz. Le mandé un mensaje tras otro.

«Lo siento. No pienso que sea culpa tuya».

«Por favor, Mark, no nos peleemos. Tenemos que estar unidos. Lo siento».

«Por favor. Por favor, habla conmigo».

Y entonces, tras una hora de silencio, me enfadé.

«Tú también has cometido errores. Has dicho cosas en el calor de una discusión y yo siempre te he perdonado. Sólo habla conmigo; podemos arreglar esto».

«Muy bien, vale. Ignórame. Porque eso va a mejorar mucho las cosas, ¿verdad?».

«Me voy a la cama».

Cualquier atisbo de enfado que hubiera sentido hacia él se ha evaporado

durante la noche. Ahora estoy cabreada conmigo misma. Fui un idiota por pagar mi estrés con él. No se lo merecía.

Miro el reloj de la mesita de noche. Las ocho y media. Con suerte, estará sentado en su coche antes de entrar en una reunión y lo cogeré a tiempo.

«Mark. Lo siento. Por favor. Solo mándame un mensaje para que sepa que estás bien. Sé que estás enfadado. Pero, por favor, dime que estás...».

Un ruido procedente de abajo me hace dar un respingo. He oído los pasos de Jake y Kira retumbando escaleras abajo hace media hora, así que no pueden ser ellos. Y Mark debería estar camino del trabajo. A menos que haya vuelto. ¿Habrá decidido tomarse la mañana libre y solucionar las cosas?

Retiro el edredón, saco las piernas de la cama, cruzo la habitación y bajo los escalones de uno en uno, sin hacer ruido. Lo lógico sería que me encontrara a Mark sentado a la mesa de la cocina o de pie junto al fregadero, mirando hacia la calle con cara de mal humor, pero hay una pequeña parte de mí que sigue albergando la esperanza de que sea Billy. Y si lo es, si ha ocurrido un milagro y está en casa y está cansado y sucio y traumatizado, no quiero ser yo quien lo asuste.

Pero no es Billy quien está encorvado sobre la mesa de la cocina con la cabeza baja. Es Kira, con un tapón para los oídos en una mano y la lente de una cámara en la otra; se dedica a mover la lengua adelante y atrás, y el *piercing* de su lengua repiquetea contra sus dientes frontales, un hábito que ha adquirido desde que se lo hizo meses atrás.

«Clac, clac, clac».

Parece sumida en sus pensamientos, totalmente concentrada en limpiar hasta la última manchita y hebra del cristal.

Me trago mi decepción y entro en la cocina.

—Te vas a estropear los dientes si sigues haciendo eso.

Da un respingo al oír mi voz y recoge entre los brazos todo su equipo fotográfico.

—Perdona, te he asustado. Creía que estabas en la universidad. ¿Una taza de té?

—No, gracias. —Se pone de pie y empieza a recolocar tapas, objetivos adaptables y cámaras en sus compartimentos—. Esta mañana tenía un par de horas libres, así que se me ocurrió limpiar mi equipo antes de ir a la ciudad a hacer fotos.

—No te preocupes por mí. Ésta también es tu casa.

He perdido la cuenta de las veces que se lo he dicho. Al principio, apenas era capaz de mirarme a los ojos. No sé si porque era tímida o porque el modo en que la había tratado su madre le había dejado una huella tan terrible que se sentía intimidada por las mujeres mayores. Ahora lleva dieciocho meses viviendo con nosotros y sigue sin sentirse cómoda conmigo cuando estamos a solas. De hecho, ha empeorado. Cuando se mudó, una pequeña, posiblemente estúpida, parte de mí creía que era posible que llegáramos a tener una relación en plan madre-hija. Pensaba que iríamos al cine a ver comedias románticas o a un local de estética de la ciudad a hacernos la manicura, pero es imposible forzar una relación que no existe. Hay gente que necesita tiempo para adaptarse a las situaciones nuevas, para acostumbrarse a las personas y confiar en ellas. Kira me importa de verdad. Me preocupo por ella, casi tanto como me preocupo por mis propios hijos, pero ella aún no está preparada para abrirse a mí.

Continúa metiendo sus cosas en una gran funda portátil a la velocidad del rayo, con el pelo rubio por encima de la cara.

—No pasa nada. Ya casi había acabado y lo cierto es que debería ir...

—No te vayas. Por favor. —Me acerco a la mesa, con las manos alrededor de una taza humeante de té—. Me gustaría hablar contigo.

Me mira a través de la cortina de pelo que le cuelga por delante de la cara.

—¿De qué?

—De ti, y de cómo lo llevas.

Retiro una silla y me siento. En realidad, no hemos mantenido una conversación desde que me ocurrió lo de Weston. Apenas la he visto y no he podido contárselo, pero supongo que Jake la habrá puesto al día. Cada noche, cuando paso por delante de su cuarto de camino a mi cama, el rumor de sus conversaciones en susurros se escurre desde detrás de la puerta.

—Estoy bien.

Dirige con brusquedad su mirada hacia la ventana de la cocina y el camino de acceso exterior, y enseguida lo capto. Cree que quiero tener otra charla sobre su relación con Jake y siente deseos de escapar.

—¿Podemos hablar luego? —Echa un vistazo al reloj de la cocina—. De verdad que tengo que llegar a la ciudad. Voy a sacarle fotos a una chica y tiene que irse a trabajar a las nueve y media.

—Vale, no te preocupes.

La miro atravesar la cocina, el cuerpo ladeado hacia la derecha bajo el peso

de la bolsa de su cámara y sus maltrechas deportivas rechinando sobre las baldosas del suelo. Sus piernas largas y delgadas están pálidas y descoloridas a pesar de que estamos en pleno verano.

—¡Kira! —La llamo al tiempo que ella agarra el pomo de la puerta.

—¿Sí? —Se da la vuelta.

—¿Alguna vez Stephen...? Stephen, el tío de Jake... ¿Alguna vez te ha dicho algo fuera de lugar?

Ella frunce el ceño.

—¿Como qué?

—Sobre..., no sé..., ¿tu forma de vestir?

—¿Mi aspecto? —Baja la vista y observa la camiseta negra que se le ciñe al cuerpo, la falda tejana que le llega hasta medio muslo y las Converse de un lila desvaído en los pies—. ¿Por qué iba a hacer un comentario sobre eso?

—No lo sé. Sólo quería comprobar que nunca ha dicho nada que te haya molestado.

—No. —Niega con la cabeza—. Nunca. Siempre ha sido muy amable conmigo.

—¿Y no hay nadie más en la familia que te haga sentir incómoda? ¿No te sientes incómoda cerca de Mark...?

—¡No!

Vuelve a mirar su ropa y me enfado conmigo misma por prestar atención a lo que me dijo Stephen. Ahora he hecho que se sienta avergonzada por cómo va vestida. Como si su autoestima no fuera ya lo bastante frágil.

—No —vuelve a decir, esta vez en voz más baja. Cuando alza la vista, me quedo sorprendida al ver brillar lágrimas en sus ojos—. Claro que no. Todos habéis sido encantadores conmigo. Estaría en la calle si no me hubierais acogido.

—Estoy segura de que eso no es cierto.

—Lo es. No sé qué habría hecho si no hubierais dicho que podía vivir aquí. Mamá estaba... Vivir con ella podía ser difícil, y Jake lo sabía. Él me salvó. Sé que hemos tenido nuestros problemas, pero lo quiero mucho. Lo es todo para mí y me moriría si lo perdiera. Me moriría de verdad.

—Oh, Kira.

Cruzo la habitación con los brazos extendidos, pero ella se escurre antes de que pueda abrazarla.

—Por favor, no lo hagas, Claire.

Abre con torpeza la puerta trasera y se escabulle por el hueco, haciendo que la bolsa de la cámara golpee la pared en sus prisas por escapar.

Miércoles 8 de octubre de 2014

Jackdaw44: *Ayer moló.*

ICE9: *Hasta que llegaron tus colegas.*

Jackdaw44: *¿Qué pasa con mis colegas?*

ICE9: *Son unos inmaduros.*

Jackdaw44: *¿Y yo no?*

ICE9: *¿Habría ido a tomar algo contigo si pensara eso?*

Jackdaw44: 😊

Jackdaw44: *Oye.*

ICE9: *¿Qué?*

Jackdaw44: *Deberíamos ir a tomar cervezas más a menudo. Me gusta hablar contigo. Me da la impresión de que me pillas.*

ICE9: *Igual es porque te pillo.*

Jackdaw44: 🙄

ICE9: *¿Por qué me das un puñetazo?*

Jackdaw44: *Te estoy saludando chocando el puño, ¡burra!*

ICE9: *Ja. ¡Ja!*

Capítulo 20

Estoy sentada en el suelo del descansillo del piso de arriba, con álbumes de fotos desperdigados a mi alrededor.

El mensaje ha llegado media hora después de que Kira se marchase.

«Supongo que todavía no has tenido tiempo de buscar esas fotos del colegio de los niños, ¿no? Ben, del *Bristol News*, dice que publicará el artículo, pero que las necesita YA. Si puedes, echa un vistazo y dime algo».

Aún no había salido de la cocina. Una parte de mí se veía reflejada en la efusión de emociones de Kira. A su edad, yo me sentía igual con respecto a Mark. De adolescente tus sentimientos son tan colosales, tan poderosos. Es como si fueran una tormenta violenta que te arrastrara de un día al siguiente. Mi mayor miedo es que Mark se diera cuenta de que podía aspirar a algo mejor y me dejase. Me entran ganas de zarandear a mi yo de dieciocho años. Eso no era miedo. Hasta que no tienes hijos no sabes lo que significa verdaderamente el miedo. Tras el nacimiento de Jake, tuve que dejar de mirar las noticias porque el mundo parecía un lugar aterrador. ¿Qué posibilidades tenía de mantener a mi pequeño bebé a salvo cuando tras cada esquina aguardaba un peligro? ¿Cómo demonios se suponía que debía protegerlo de eso?

He encontrado el álbum con un Mickey Mouse en la tapa que está lleno de fotos de los niños y nosotros en Eurodisney. También he encontrado el álbum azul un poco maltrecho con fotos de Jake de bebé, abarrotado de imágenes del diminuto y suave bultito tomadas desde cualquier ángulo imaginable. Estamos Jake y yo en la cama del hospital, Jake en el cochecito el primer día que salimos a pasear, Jake abrazado a la abuela, el abuelo sosteniéndolo boca abajo cogiéndolo por los tobillos, Jake en el baño, Jake bajando por un tobogán. Es como si hubiéramos registrado hasta el último instante que pasó despierto durante su primer año de vida.

Tenemos un álbum parecido para Billy, con las tapas de un verde pálido,

pero no hay tantas fotos. Me juré a mí misma que no seríamos una de esas familias que hacen menos fotos a su segundo hijo, pero, al tener que ocuparme también de Jake, no disponía de tiempo para recrearme con la primera sonrisa de Billy, su primera palabra, su primer paso. Ahora desearía haber grabado cada segundo de su vida.

Todos los álbumes de fotos están aquí excepto el que estoy buscando, el álbum gris atestado de fotos escolares de los niños: con poses ensayadas y fondos difusos, la única manera de distinguir un año del siguiente es el número de dientes que dejan al descubierto las sonrisas rígidas de Jake y Billy.

¿Dónde está?

¿Lo habrá cogido Mark? La policía nos pidió fotos de Billy tras denunciar su desaparición, pero yo no me encontraba en condiciones de ayudar, así que se encargó él.

Lo llamo, pero me salta directamente el buzón de voz. ¿Sigo buscando o espero a que vuelva a casa? Eso si vuelve.

Abro la puerta de la mesilla de noche de Mark y cubro el suelo con papeles manchados de café, luego me tiendo sobre el estómago y extraigo dos maletas polvorientas de debajo de la cama. Rebusco dentro. Luego reviso el armario y la cómoda. Registro hasta el último centímetro de nuestra habitación, pero no hay ni rastro de ese álbum.

¿Tal vez se lo ha llevado Jake? Igual quería enseñarle a Kira las fotos de ellos dos de niños y...

Kira. Fotografía. Teoría del cine. Billy. Fotos.

Y ahí está, un recuerdo que cobra vida con un destello: Billy hablándome de un trabajo que estaba haciendo en la escuela para la clase de Comunicación. Su profesor quería que hicieran vídeos y él se inspiró en algo que había visto en Facebook sobre un hombre que fotografiaba a su hija cada día de su vida y luego unía las imágenes en un vídeo a cámara rápida.

—Literalmente la ves crecer desde que era un bebé hasta los dieciocho años —explicó—. Y tú tienes un montón de fotos nuestras de la escuela. Quiero hacer un proyecto sobre cómo te cambia la escuela.

La primera vez que me lo pidió apenas le presté atención. Oí la palabra «¡Mamá!» y señalé con un gesto automático hacia la nevera.

Ahora respiro hondo varias veces antes de abrir la puerta de su cuarto. No está tal como él lo dejó. No hay un desbarajuste de ropa tirada por el suelo,

bolsas de patatas fritas vacías metidas por el borde de la cama y cuadernos de ejercicios y bolis esparcidos por el suelo. Está más ordenado de lo que lo había estado desde que era un bebé y yo le preparé una habitación de niño preciosa, con fotos enmarcadas de Winnie-the-Pooh en la pared y peluches alineados sobre la cómoda.

La policía registró cada centímetro de su habitación después de que denunciáramos su desaparición. Se llevaron su ordenador, su videoconsola y todos sus libros, cómics y libretas de dibujo. Yo me quedé en el piso de abajo, en la sala, y escuché crujir el parqué bajo el peso de sus pasos. Una vez que se marcharon, me atreví a subir. Lloré al ver la habitación. No porque la hubieran dejado desordenada –no era así–, sino porque era como si hubieran borrado de ella cualquier rastro de Billy. Lo único que quedaba era su cama y sus pósteres de grafitis, estrellas de rap y *skaters*.

Nos devolvieron sus cosas una semana después. Un examen forense de su ordenador no había revelado nada, aparte del hecho de que pasaba mucho tiempo navegando en busca de información de sus artistas de grafiti preferidos y viendo vídeos de *skaters* en YouTube. Además de entrar en páginas de porno duro.

–Cada vez es más común que los chicos accedan a esta clase de material –nos explicó el detective Forbes–. Para los adolescentes puede volverse compulsivo. Como una adicción. No estoy sugiriendo de ninguna manera que esto esté relacionado en algún sentido con la desaparición de Billy, pero se ha señalado en su informe.

Mark quiso saber qué clase de porno duro había estado mirando Billy y el detective Forbes se apresuró a asegurarnos de que no era nada ilegal, pero sí bastante extremo.

–¿Y su móvil? –pregunté yo–. ¿Lo han encontrado?

Él negó con la cabeza.

–El rastreo del GPS no consiguió revelarnos nada y la triangulación nos mostró que se utilizó por última vez en esta casa o en esta calle. Me temo que aún no lo hemos localizado.

–Entonces, ¿nada de lo que había en su cuarto les ha dado alguna pista de lo que puede haberle pasado?

–No, señora Wilkinson, lo siento.

Abro la puerta del cuarto de Billy y aspiro profundamente, pero cualquier rastro de él ha desaparecido. Yo le echaba la bronca por amontonar sus

apestosas deportivas detrás de la puerta, porque se olían desde el descansillo. Había también otros olores: ropa sin lavar, hamburguesas a medio comer exudando en sus cajas de poliestireno blanco metidas debajo de la cama y el penetrante olor químico de sus rotuladores de punta gruesa.

Reviso la estantería de Billy, pero no hay ni rastro del álbum de fotos desaparecido entre los cómics cuidadosamente ordenados, las novelas gráficas y el montón incongruente de libros de Harry Potter que leíamos juntos antes de ir a dormir. Al cumplir los ocho me dijo que eso de que le leyera cuentos en la cama cada noche era de niños, pero siguió insistiendo con Harry Potter cada noche. Llegamos hasta *Harry Potter y las reliquias de la muerte*. Me gusta pensar que lo hacía por mí.

Al abrir el cajón de su mesita de noche los blocs de dibujo que hay amontonados encima se desperdigaban por la moqueta. Apoyo uno en mi regazo y lo hojeo. A diferencia de lo que le pasó con la lectura, el interés de Billy en el dibujo nunca ha decaído, pero ha pasado mucho tiempo desde que dibujaba robots, dinosaurios y coches voladores. En los dos últimos años no ha hecho más que garabatear *tags* y grafitis en cualquier superficie disponible.

Fliy: ése fue el primer *tag* que se inventó, pero lo cambió a DStroy cuando Jake se burló de que quisiera llamarse así, diciendo que era porque hacía mucho ruido y era sucio y molesto, como las moscas.*

Y aquí está, una página tras otra cubierta de gruesos garabatos negros. «DStroy. DStroy. DStroy». Las letras resultan cada vez más ilegibles y se convierten en un jeroglífico afilado y oscuro a medida que él pule el diseño. No se esforzó en absoluto por ocultar el hecho de que él era DStroy; ésa es la razón de que al director le fuera tan fácil identificarlo como el responsable de los grafitis de la escuela.

La primera vez que nos convocaron al despacho del señor Edwards, Billy trató de explicar que el grafiti era su manera de dejar una huella en el mundo. Tal vez no lo recordaran por ganar un trofeo deportivo o un premio de teatro, pero todo el mundo sabía quién era DStroy. A DStroy no le importaba lo alto que fuera un edificio o los riesgos que corriera al cubrirlo de *tags*. DStroy pensaba que sus profesores y la policía eran ovejas sonámbulas que ejecutaban las órdenes de la escoria de políticos hipócritas que nos gobernaban. ¿Quiénes eran ellos para decir que no podía expresarse como quisiera? El grafiti no era vandalismo: era un arte.

Mark le dijo que era un puto imbécil. Que el respeto se ganaba trabajando duro, no llenando de garabatos las propiedades de la escuela, y que le avergonzaba que fuera su hijo. Vi a Billy encogerse por un instante, antes de murmurar «Vaya uno para hablar de respeto...», por lo bajo. Mark no lo oyó y yo no estaba dispuesta a pedirle a Billy que lo repitiera.

Esperaba que fuera una etapa, lo de los grafitis y su actitud desafiante. Yo misma me peleé con mi madre cuando tenía más o menos la edad de Billy. Me creía muy mayor e independiente, y me agobiaba que mis padres siguieran teniendo tanto control sobre mi vida. Si mamá insistía en que papá me recogiera de una fiesta a las diez en lugar de dejarme quedar hasta las once, o me confiscaba un carmín que yo había comprado porque era «de zorra», yo discutía como si me fuera la vida en ello. Era yo quien sabía qué era lo mejor para mí, no ella. ¿No era consciente de lo patética que quedabas delante de tus amigas cuando te recogían antes que a ninguna? ¿No se acordaba de lo importante que era tener el mismo tono de pintalabios que todo el mundo?

No me ablandé cuando Billy se metió en problemas en la escuela. Apoyé a Mark al cien por cien cuando le dijo que estaba castigado durante un mes, pero también sentía que era importante hablar con él para entender por qué había hecho lo que había hecho y poder evitar que sucediera de nuevo. Mark me acusó de sobreprotegerlo, pero yo no di mi brazo a torcer. Gritarle y chillarle tan sólo serviría para agrandar el abismo que nos separaba, y yo no quería ser una extraña en la vida de mi propio hijo. Pero él no me dejó entrar.

Paso otra página del bloc de Billy y me seco la lágrima que me cae por la mejilla, pero soy demasiado lenta y acaba sobre el papel. La tinta se sale del borde del dibujo y se extiende, como una hoja de helecho, a través de las fibras de la hoja. Nunca debería haber pasado la noche en casa de mamá. Si hubiera sido más fuerte. Si me hubiera mantenido firme y en lugar de eso le hubiera dicho a Mark que se apartara, entonces Billy nunca habría desaparecido.

Yo me habría despertado. Lo habría oído escabullirse por las escaleras. Le habría dicho que lo queríamos hiciera lo que hiciera.

La policía dijo que no había pruebas de que hubieran forzado la puerta esa noche. Ni signos de pelea. A Billy no lo habían asfixiado en la cama y lo habían sacado de la casa. Se había marchado él por propia voluntad. ¿Vino a buscarme a casa de mamá y siguió caminando al ver que nadie contestaba al

timbre? ¿Se fue a casa de un amigo y se metió en problemas por el camino?
¿Alguien se ofreció a llevarlo y luego...?

Dejo caer la libreta y me aprieto la sien con la mano, al tiempo que un pensamiento oscuro me reptó por el cerebro.

—No. —Digo la palabra en voz alta, para intentar bloquearlo—. No está muerto.

Billy está vivo. Huyó porque se sentía avergonzado, poco querido y rechazado. Está escondido con un amigo. Ha visto los llamamientos por la tele, pero sigue enfadado, herido. O está durmiendo en la calle y no ha visto los llamamientos. Cree que no nos importa lo suficiente como para ir a buscarlo. Pero han pasado seis meses. Después de tanto tiempo, ¿no se habría puesto en contacto? Sabe lo mucho que lo quiero. No me haría pasar por este tormento. La única razón por la que no sé nada de él es porque...

—¡No! —vuelvo a decir—. ¡No! ¡No!

—¿Claire?

—No. No pienso creerlo. No lo haré.

—¿Claire? —Esta vez la voz suena más alta, y cierro los ojos con fuerza.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

—¡Claire! —Noto el peso de una mano en un hombro—. Claire, ¡basta!
¡Basta! Deja de gritar.

Mark está en cuclillas frente a mí. Lleva pantalones de traje y una camisa blanca. El botón superior está desbrochado y luce una barba de dos días.

—¿Qué haces? ¿Por qué gritabas?

Lo miro mientras sigue moviendo los labios, aunque no logro entender las palabras que pronuncia. Es como si alguien me hubiera despertado en medio de una pesadilla y hubiera una pared de vidrio entre la realidad y yo.

—Claire. Oh, Dios, Claire. —Me atrae hacia él y me rodea con sus brazos, y el olor de su *aftershave* me llena las narinas; un intenso aroma cítrico mezclado con el tufo de tabaco. Mark no fuma desde hace años. Debe de haber empezado a hacerlo a escondidas—. Claire, lo siento. —Me pasa una mano por el pelo, una vez y otra y otra; caricias firmes desde lo alto de la cabeza hasta la nuca—. Siento que discutiéramos ayer por la noche. Y siento no haber contestado a tus mensajes. Estaba tan enfadado que necesitaba tranquilizarme.

Muevo los brazos, que tengo doblados y atrapados contra mi pecho, y

luego deslizo mis manos por su espalda y aprieto con mis palmas sus omóplatos. El tacto de la camisa es fresco y suave.

–Yo también lo siento –susurro, y me aparto para que pueda verme la cara, pero no lo suelto. Abrazarme a él hace que me sienta real. Anclada a la tierra. Si lo suelto, saldré volando–. No sé por qué dije eso. Me he sentido tan culpable y...

–Claire, no hay un solo día en que no me sienta culpable por lo que le dije a Billy esa noche. Tenías razón cuando me pediste que me comportara como un padre y me controlara. Cabría esperar que a estas alturas ya hubiera aprendido eso. Ya he perdido a un hijo.

Aparta la mirada y los dientes le castañean al tratar de evitar las lágrimas. Lo atraigo hacia mí y le acuno su cabeza entre las manos.

Su cuerpo se sacude contra mí mientras llora en silencio. Luego tose, respira hondo y se aparta, tiende las manos, coge las mías.

–Estoy tan enfadado conmigo mismo... Juré que no sería esa clase de padre. Que no me reiría de las ambiciones de mis hijos. Que no les diría que un trabajo en el patio de una tienda de suministros para la construcción era lo mejor a lo que podían aspirar en la vida. Iba a decirles a mis hijos que podían ser lo que quisieran ser, joder.

–Y lo hiciste. Siempre se lo has dicho a los chicos, desde que eran lo bastante pequeños para tener ambiciones. ¿Te acuerdas de cuando Billy anunció que quería ser astronauta? Le aseguraste que, si se esforzaba en la escuela, no había ninguna razón para que no pudiera hacerlo. Ahorraste para llevarlo al centro espacial de la NASA en Florida si se sacaba las mates en el certificado de secundaria, ¿te acuerdas?

–Claire, ¡tenía ocho años!

–Pero le dijiste que creías en él. Lo convenciste de que podía conseguir cualquier cosa.

–¿Y dónde se torció todo? –La luz de sus ojos se apaga–. ¿Por qué echármelo todo en cara? ¿Por qué saltarse las clases? ¿Por qué recurrir al vandalismo? Robar en las tiendas, por el amor de Dios. No creo que mi padre hiciera un gran trabajo criándome, pero he salido bien. ¿En qué me he equivocado yo tanto?

–No te has equivocado en nada. Billy tiene quince años. Era una etapa; la habría superado.

–¿Seguro? ¿Y si lo siguiente hubiera sido coquetear con las drogas? ¿O

robar coches? Claire, algunos de los chicos con los que salía eran estudiantes fracasados. Con dieciocho años, viven de las ayudas sociales, cubren los puentes de grafitis y huyen de los polis. Billy los admiraba ¡y creía que el gilipollas era yo!

»En fin... –Sacude la cabeza como si quisiera despejarse–. Siento que discutiéramos. Estaba estresado y la tomé contigo. Creía que el llamamiento proporcionaría nuevas informaciones y entonces Jake... –Se interrumpe bruscamente–. Mejor no volver a empezar con eso.

–Mejor. Me alegro de que hayas venido pronto a casa –añado al tiempo que Mark me coge las manos y me ayuda a levantarme del suelo.

Mientras me lleva hacia la puerta, vuelvo la vista hacia los blocs de dibujo del suelo.

–Mark, ¿por casualidad has visto el álbum de fotos? El gris con las fotos del colegio de Billy y Jake.

–No. –Tira levemente de mí–. Ya aparecerá. Nada se pierde para siempre.

Capítulo 21

Ya no puedo ver un programa de televisión entero. Soy incapaz de quedarme sentada tanto rato y tengo que ponerme a hacer algo: recoger, limpiar, charlar o navegar por Internet. No sé si es porque la maternidad y la falta de sueño han socavado mi capacidad de concentración o porque he olvidado cómo relajarme. Echo de menos poder desconectar el cerebro y perderme en una película o una serie. Cuando los chicos eran más pequeños, mirábamos *Factor X* o *I'm a Celebrity* en familia. Nos sentábamos en el sofá, Mark y yo encajados en las esquinas con los niños apretujados en medio, entre nosotros. Pedíamos pizza, bebíamos Coca-Cola densa y pegajosa, y comentábamos las actuaciones o nos metíamos con los famosos. Mark y yo intercambiábamos una mirada ante los chistes más picantes de Ant y Dec, y luego nos echábamos a reír, lo que provocaba miradas de desconcierto de los niños y un coro de «¿Qué? ¿Qué hace tanta gracia?». Daría cualquier cosa por echar el tiempo atrás y volver a hacer eso. Cualquier cosa.

Mark ha subido arriba a trabajar hace media hora, y Jake y Kira desaparecieron en su cuarto después del té, así que estoy sola sentada frente al televisor, medio viendo un programa sobre la adopción, medio leyendo la revista que tengo en el regazo. No puedo dejar de pensar en la libreta de dibujo que he encontrado antes en el cuarto de Billy, con su *tag*, DStory, garabateado en todas las páginas. El detective Forbes aún no me ha dicho nada de la oficina de correos abandonada, aunque ya no estoy tan convencida de que Billy esté allí. Y no puedo dedicarme a conducir por Gloucester Road y llamar a la puerta de las casas ocupadas. Eso me deja sólo el último sitio de la lista de Billy: Avonmouth. Hay un pub cerca del río, el Lamplighters. Podría proponerle a Mark que vayamos a pasear por la orilla del río y a tomarnos una cerveza después.

Subo los escalones de dos en dos. La puerta de nuestro cuarto está entreabierta. Las cortinas siguen descorridas y Mark, tendido en la cama con

un archivador sobre el pecho y la boca levemente abierta, está bañado en una luz suave. Un ronquido se le encalla en la garganta antes de quedarse en silencio otra vez. Con cuidado, lo cubro con el edredón y luego vuelvo al descansillo. No puedo despertarlo, no si está cansado. Trabaja mucho.

Miro mi móvil: apenas han dado las 19:30. Si quiero llegar a Avonmouth antes de que se ponga el sol, tengo que salir ya. Cruzo el descansillo hacia el cuarto de Jake y Kira, y me quedo en silencio ante la puerta. A través de las rendijas se cuelan pequeños fragmentos de conversación. Un segundo después, ambos estallan en carcajadas. El sonido es tan extraño, tan maravilloso, que hace que me dé un vuelco el corazón. Suenan tan felices... No puedo pedirles que vengan conmigo a buscar a Billy.

Regreso a la sala y llamo a Liz, que coge al segundo timbre.

—¿Estás bien?

—Sí. Me preguntaba si te apetecía venir conmigo al Lamplighters, en Avonmouth.

—¿Ahora?

—Sí.

—Vaya, lo siento, compañera. Estoy en la ciudad. He quedado con Caleb y su nuevo novio para tomar algo. —Casi chilla las palabras «nuevo novio».

—¿Te lo va a presentar?

—¡Lo sé! Tengo instrucciones estrictas de no hacer, o decir, nada que pueda avergonzarlo, así que básicamente tendré que quedarme sentada muda en una esquina toda la noche, pero sí, ¿a que es increíble?

—Es una gran noticia, Liz.

—Podemos ir a tomar algo mañana si te apetece. Pero, oye, ¿por qué quieres ir a Avonmouth?

—No importa; mañana te lo cuento. Pásalo bien esta noche.

—Lo haré. ¡Cuídate!

Dejo el teléfono y vuelvo a hundirme en el sillón. El reportaje ha acabado y ha empezado un programa para perder peso. Hago *zapping*. Las imágenes centellean en la pantalla y luego se desvanecen: una mujer con dolores de parto, un padre y un hijo jugando al fútbol, una mujer embarazada, una familia cenando, un adolescente en una cama de hospital. Apago el televisor. El repentino silencio hace que me piten los oídos.

Cojo mi revista.

La vuelvo a dejar.

Cojo mi móvil y entro en Facebook.

Fotos de gatos. Fotos de comida. Fotos de puestas de sol. Quejas por un mal día en el trabajo, por grifos que gotean, por vecinos molestos y el Gobierno.

Cierro la aplicación.

Mi pie golpetea sobre el suelo, «tap, tap, tap», mientras echo un vistazo a la sala: las fotos de Jake y Billy sobre la repisa de la chimenea, los DVD y libros de la estantería, la reproducción enmarcada que le compré a Mark por nuestro primer aniversario.

«Tap, tap, tap». «Tap, tap, tap».

No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada.

No puedo.

La voz de Liz me resuena en los oídos mientras aparco el coche y bajo por la calle hacia el pub Lamplighters: «No vayas sola a ninguna parte. Tienes que dejar a la policía hacer su trabajo».

Aparto su voz de mi mente.

No hay ni una sola mesa vacía fuera del pub. Allí donde miro hay hombres y mujeres con camisetas y pantalones cortos, tops y vestidos; todos beben, fuman, charlan y disfrutan de los últimos vestigios del verano. El sol está bajo en el cielo, y las nubes son franjas anaranjadas y rojas. Aunque no hace frío, me estremezco con mi chaqueta fina, mi vestido largo y las sandalias. Debería haberme cambiado antes de salir de casa.

Giro a la derecha frente al pub y cruzo la cancela que lleva a Lamplighters Marsh, el sendero que corre paralelo al río Avon. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí. Fue antes de que nacieran los niños; en aquella época Mark tenía una moto y salíamos los dos a la aventura: descubríamos partes de Bristol donde nunca antes habíamos estado, pasábamos horas alargando las claras (él) y los vasos de Martini con limonada (yo), mientras descubríamos todo lo que había que saber sobre el otro.

Estoy flanqueada a ambos lados por arbustos espinosos y densos helechos que ocultan de la vista el río y la ciudad. En la distancia está el puente de Avonmouth, un corte de metal gris que divide el cielo. Una gaviota vuela en círculos y luego se lanza hacia el suelo y desaparece de la vista. Sigo andando hacia el puente. Si Billy iba a dibujar su *tag* en alguna parte de por aquí, ése habría sido su objetivo.

A lo largo de varios metros sigo oyendo las risas y las conversaciones del pub que queda a mi espalda, y luego desaparecen y son sustituidas por una ráfaga de aire que parece no venir de ninguna parte y el zumbido sordo de los coches que cruzan raudos el puente. A medida que avanzo aparecen curvas y recovecos en el camino, y el sol se hunde más en el cielo. Me cruzo con un caminante solitario que pasea a su perro. Me saluda con la mano y luego desaparece también. Avanzo por el sendero durante cinco, tal vez seis minutos más, y entonces descubro un hueco entre los arbustos y un solitario banco verde al borde de una orilla pantanosa. Me paro al ver algo flotando en la superficie del agua. Algo negro, voluminoso, como una prenda de ropa hinchada por el aire. Cuando Billy desapareció se habló de dragar el río. Fui incapaz de soportarlo. Tuve que salir de la habitación.

Me quedo petrificada, apretándome el pecho con una mano mientras el río acerca su tesoro cada vez más, y entonces dejo escapar el aire de mis pulmones al verlo darse la vuelta en el agua y distinguir el nudo de una bolsa de basura rasgada que aparece en la superficie. Es una bolsa. Sólo una bolsa.

Al darme la vuelta, noto algo en el dedo del pie. Bajo la vista. Hay una zona con la hierba quemada junto al banco, con piedras en los bordes y tres o cuatro troncos chamuscados en el centro, donde alguien debió de hacer una fogata. Me agacho y pongo la mano encima. Está frío. Quien encendió el fuego se marchó hace mucho. Pero había alguien aquí, alguien que necesitaba encender un fuego para mantener el calor. El sonido de unas voces atraviesa el silbido del aire y el rugido del tráfico, y yo me quedo inmóvil, con el brazo aún extendido hacia los troncos. Las voces están demasiado cerca para llegar desde el bar. Y son voces masculinas, de chicos jóvenes. Al regresar al camino mi paso se convierte en un trote, y luego en un *sprint* al darme cuenta de que el sonido procede directamente de debajo del puente.

A medida que me acerco, bajo el ritmo hasta pararme. Sigo oyendo las voces, pero no veo una manera clara de llegar hasta ellas. Aquí la vegetación es más densa, con arbustos y árboles que se alzan hasta mucho más arriba de mi cabeza. Y entonces lo veo, una alteración entre los helechos y un sendero abierto con los pies que lleva directamente debajo del puente. Las voces aumentan de volumen a medida que me abro paso entre los matorrales y entonces alguien grita: «Vaya», al verme aparecer en un pequeño claro junto a la orilla del río. Cuatro adolescentes, sentados alrededor de un fuego con las piernas cruzadas, y las mochilas y las bicis desperdigadas a su alrededor, me

devuelven la mirada. Se hace un silencio de estupefacción, y luego uno de ellos suelta una risita. Me mira con sus ojos grandes y redondos, y entonces se echa hacia atrás rodeándose el cuerpo con los brazos y estalla en carcajadas.

—¡Naz, cabrón! —El chico de su derecha coge una lata de cerveza que hay junto a la cabeza de su amigo y la vuelve bocabajo—. Era mi última cerveza.

—¿Ha perdido su perro? —pregunta otro de los chicos, que agacha la cabeza y le da una calada al porro que tiene escondido en la mano medio cerrada.

—No, yo...

Detrás de los chicos hay un pilar de cemento. A pesar de la escasa luz, distingo en la base las curvas y espirales de un grafiti.

—¿Así que es aficionada a los grafitis? —dice el chico del porro mientras rodeo al grupo con un gran círculo para mirar más de cerca.

En dos sitios alguien ha escrito las iniciales «DBK» con un grueso trazo naranja. Hay algunas letras sin sentido dibujadas con espray lila a lo largo del centro de la columna. «CNCSC» es todo lo que logro descifrar. Con espray negro han escrito «ZYNC» en la base del pilar, y hay algo rodeado de una burbuja blanca con el borde negro. No reconozco ni una sola palabra.

—¿Vosotros...? —Me vuelvo hacia los chicos—. ¿Alguno de vosotros hace grafitis?

—¿Hacéis grafitis? —repite Mister Porro, con cara de póquer, y Risitas chilla divertido.

Hubo una época en que un grupo de chicos jóvenes como éste me habría resultado amenazante. Habría cruzado la calle antes que arriesgarme a llamar su atención, pero ahora ya no tengo miedo. No me importa que crean que soy vieja y doy pena y que no molo nada.

Apoyo la mano en el pilar. Lo noto frío y húmedo bajo mi palma.

—¿Alguno conoce a Billy Wilkinson?

—¿Por qué?

—Es mi hijo. Lleva seis meses desaparecido.

—Yo lo conozco —interviene el chico más menudo del grupo.

Es lo primero que dice desde que he aparecido en el claro, pero he visto cómo me observaba y me seguía con los ojos medio cerrados.

—Cállate, Gray. No sabemos quién es esta mujer. Parece una poli.

—Una mamá infiltrada —dice Mister Porro.

El chico de la lata de cerveza le da una colleja.

—No seas capullo.

—Éste es Billy.

Desdablo el impreso que llevo conmigo a todas partes y me acerco a ellos. Es casi de noche ya, los últimos restos de luz solar se desvanecen, y ellos miran la cara de Billy a la luz del fuego.

—Tiene quince años. Hace... Está muy metido en el mundo de los grafitis. ¿Lo habéis visto? Hace poco, me refiero.

Mi pregunta recibe como respuesta encogimientos de hombros y ojos vidriosos.

Rodeo al grupo y me agacho junto a Gray. El aire que lo envuelve está cargado de olor a humo de madera, maría y cerveza.

—Has dicho que lo conocías. ¿De qué?

Él se aleja un poco, apretándose contra el chico sentado a su lado.

—Sé quién es —dice mientras el otro lo aparta de un empujón—. He oído hablar de él.

—¿Dónde?

—En las noticias y tal.

—¿Estás seguro? —Le clavo la mirada, pero él es incapaz de sostenérmela, o no quiere hacerlo, y juguetea con los cordones de sus zapatillas—. Por favor, es importante. Y sé que ha estado aquí antes. Sé que quería pintar su *tag* en el puente. ¿Has visto u oído algo raro?

—La cara de Naz es rara —dice Míster Porro, y todos se ríen.

Todos menos Gray, que retuerce el cordón una y otra vez alrededor de su mano izquierda. Si los demás no estuvieran aquí, me contaría la verdad. Estoy segura.

Inclino la cabeza hacia él y bajo la voz.

—¿Podría hablar contigo? ¿Solos? ¿Un minuto?

Le toco el hombro y se aparta de mí de un salto, como si se hubiera electrocutado, y por poco se quema con el fuego al ponerse de pie.

—¡Blanca al canto! —grita Naz mientras Gray corre hacia el río, cae de rodillas y vomita sobre sus manos.

Se me cae el alma a los pies. No me estaba ocultando nada: sólo intentaba no devolver.

Me pongo de pie sin saber muy bien si debería comprobar que está bien o largarme. Entonces, por el rabillo del ojo, veo que Naz le susurra algo a Risitas al oído. En cuanto vuelvo la cabeza, deja de hablar.

—¿Qué pasa? —digo—. Es Billy, ¿verdad? ¿Sabes algo sobre él?

Se oye un sonido desde los arbustos que hay a mi espalda. Un sonido de alguien que avanza haciendo ruido por el sotobosque, apartando ramitas mientras otras lo arañan en su desesperación por huir.

—¿Billy?

Arbustos y zarzas me arañan el pecho, los brazos y las manos mientras me abro camino entre ellos, siguiendo el sonido. El vestido se me engancha en una espina. Se rasga mientras trato de soltarlo y sigo corriendo.

—¡Billy, para! ¡Para!

Es rápido, mucho más rápido que yo. Mis sandalias de suela plana no tienen tracción sobre el suelo accidentado, y en varias ocasiones tropiezo mientras avanzo a tientas a través de la penumbra. El ruido de risas me persigue. Se me clavan espinas en las manos y algo punzante me azota la mejilla mientras me sobrepongo y avanzo dando traspiés tras mi hijo. Ha estado todo el rato entre los arbustos, mirándome, escuchándome hablar con los chicos. ¿Por qué tendría que huir? ¿Por qué?

—¡Soy mamá! ¡Billy, soy mamá!

Y entonces se interrumpe. De forma casi tan repentina como empezó, el ruido de chasquidos desaparece. El único sonido que se oye es el «bum, bum, bum» de mi corazón latiéndome en las orejas.

No, también oigo pasos. El leve eco de alguien que corre. Debe de haber alcanzado el sendero.

—¡Billy, espera!

Me cubro la cabeza con los brazos y me adentro entre los helechos en dirección al sonido. Mi pie alcanza terreno sólido: el camino.

—¡Billy, soy...!

Una mano me agarra por la cintura y una cara preocupada me observa. Es una mujer, más o menos de la misma edad que yo, con el pelo recogido en una coleta. Lleva un top fluorescente, *shorts* y zapatillas de correr.

—¿Estás bien? He oído gritos entre los arbustos y...

—¿Lo has visto?

Miro a un lado y otro del camino, pero lo único que veo es la penumbra que se aleja de mí en ambos sentidos.

—¿Si he visto a quién?

—A mi... —Algo me roza los tobillos; un border terrier con la lengua colgando y trozos de ramitas metidos en el pelo.

—¿Has perdido tu perro? —pregunta la mujer, que mira en mi misma dirección—. Yo creía que un perro sería una gran idea. Puede salir a correr conmigo, le dije a mi marido, pero creo que voy a tener que empezar a dejarlo en casa. Es muy malo: ha desaparecido entre los arbustos. No te habría oído gritar si no hubiera regresado a ver dónde se había metido—. Se agacha y coge un trozo de ramita de su pelo—. Eres muy malo, ¿a que sí? Muy travieso.

Capítulo 22

No reconozco a la mujer que me devuelve la mirada desde el espejo del baño. Tiene ojeras oscuras bajo los ojos, la piel cetrina y dos profundos surcos en el ceño donde, tan sólo seis meses atrás, había dos leves marcas de expresión. Pero, cuando me doy unos suaves golpecitos con los dedos en los pómulos para ver si me duele, la mujer del espejo hace lo mismo.

Antes de irme a dormir me embadurné de crema Savlon y de árnica, y el arañazo de la cara ha desaparecido durante la noche dejando tan sólo una levísima marca roja a lo largo de mi pómulo derecho. También tengo un moratón en la clavícula, allí donde una rama me dio de pleno en el pecho, pero por suerte es pequeño. Me aplico maquillaje en ambas zonas: unos toquecitos de corrector sobre las marcas moradas, que fijo con polvos. Es imposible disimular los profundos arañes de los antebrazos –parece que me haya peleado con un gato salvaje–, así que me cambio la camiseta de manga larga del pijama que me puse antes de meterme a la cama ayer por la noche y me visto con una camisa azul cielo. Mark no ha comentado nada sobre mis heridas esta mañana, al levantarse de la cama. Mi mejilla derecha estaba enterrada en la almohada y el resto del cuerpo, oculto por el pijama y el edredón.

Intento sonreír y la mujer del espejo responde curvando los labios, pero la sonrisa no le llega a los ojos. Se la ve cansada y preocupada. Yo me siento igual. Fue una idiotez salir sola ayer por la noche. Tuve suerte de toparme con un grupo de adolescentes bajo el puente, y no con alguien más peligroso. ¿Y si me hubiera dado otra de mis lagunas? Nadie sabía adónde había ido. Me podría haber pasado cualquier cosa.

La mujer del espejo niega con la cabeza.

Liz estaba en lo cierto, tengo que abandonar la búsqueda de Billy y dejar que la policía haga su trabajo.

Cojo mi teléfono de encima de la tapa bajada del váter y leo los mensajes

que me he perdido mientras dormía.

Mamá. 23:35: «Espero no despertarte. Supongo que no has encontrado las fotos, ¿no? El periodista amenaza con no publicar el artículo si no se las mandamos pronto. No sé qué mandangas de su calendario laboral y fechas de entrega. ¿Quieres que venga y te ayude a buscar?».

Liz. 7:10: «Supongo que no puedo pedirte otra vez tu destornillador sónico, ¿no? Me están saliendo ampollas en las manos intentando montar una puta estantería».

Stephen. 7:15: «Claire, dije lo que dije por una razón. Tenemos que hablar. Llámame, por favor. S.».

El mensaje de Stephen me pone nerviosa. Aún no le he contado a Mark lo que pasó cuando volví al trabajo. Quiero hacerlo, pero no encuentro el momento adecuado. Nuestra relación es tan frágil que soy reacia a sacar cualquier tema que pueda provocar otra discusión.

Tecleo mis respuestas a mamá y Liz: «Hola, mamá. El otro día estuve mirando pero no encuentro el álbum. ¿Te sirve alguna otra foto? Tenemos muchas de los dos jugando en el jardín o de vacaciones. Beso».

«Por supuesto, Liz. Está en alguna parte del garaje. ¿Sigues haciendo el último turno? Paso a dejártelo dentro de un rato».

Reflexiono sobre el mensaje de Stephen. ¿Quiero contestarle? No. ¿Quiero hablar con él? No. ¿Me preocupa que me despida y tener que buscar un nuevo trabajo? Definitivamente no. Es un cizañero y un liante. No vale la pena aguantar eso por conservar ningún trabajo.

Jake y Kira están en la cocina. Ella lleva una bata de felpa y se deleita con un trozo de tostada, mientras que él prepara té, vestido ya con su uniforme marca de la casa para empezar el día: vaqueros desaliñados, sudadera y deportivas. Me recuerdan a Mark y a mí cuando vagueábamos en la cocina de nuestra primera casa, emocionados por haber escapado de la de nuestros padres, y nos reíamos por estar jugando a ser adultos.

Contemplo desde el pie de las escaleras cómo Kira se termina la tostada y deja su plato en la pila. Jake la mira mientras ella abre el grifo, y entonces se olvida del té y cruza la cocina. Se aprieta contra ella y la rodea con sus brazos, y luego se inclina para besarla en el lado del cuello. Ella da un respingo de sorpresa y se vuelve a medias con la más dulce de las sonrisas en el rostro, y ladea la cabeza para besarlo. Las manos de Jake se deslizan hacia

el cuello de la bata; ella se la baja hasta los hombros y entreveo un moratón o una marca de nacimiento en lo alto de su columna vertebral.

Doy un paso atrás, súbitamente avergonzada por estar contemplando un momento tan tierno e íntimo entre mi hijo y su novia.

—¡Jake, no!

El grito de Kira es como un latigazo que corta el aire, y yo choco contra la mesa del recibidor y estampo una planta en el suelo.

—¡Mamá! —Jake se da la vuelta y Kira se aparta de él al tiempo que se cierra el cuello de la bata.

—Lo siento. —Me agacho a recoger la maceta. Era de plástico y no se ha roto, pero hay tierra por toda la moqueta—. No quería entrometerme... Sólo estaba... —Noto que me pongo roja—. Lo siento, yo...

—Está bien, mamá. —Jake mira a Kira y luego menea la cabeza—. No pasa nada. Además, ya me iba al trabajo.

Coge su cinturón de herramientas y se lo abrocha a la cintura, luego saca el recogedor y la escoba de debajo del fregadero y barre la tierra que hay a mis pies.

—¿Estás bien? —pregunta al incorporarse.

—Sí.

—Vale. Entonces nos vemos luego, mamá. —Ni siquiera le dedica una mirada a Kira mientras cruza la cocina—. Ah. —Se para y mientras alarga el brazo hacia la puerta de atrás se vuelve a mirarme—. Hoy trabajo hasta tarde y como pronto llegaré a las ocho. No hace falta que me prepares la cena. Me pillaré una hamburguesa o algo.

Mientras la puerta trasera se cierra con un clic tras él, Kira aprovecha para escaparse.

—Lo siento —murmura muy bajito escurriéndose junto a mí, y empieza a subir los escalones de dos en dos—. Lo siento mucho, Claire.

Me abro paso a través del garaje, poniéndome de lado para pasar junto al banco de pesas de Jake, pisando la mancha de aceite del cortacésped que Mark todavía no ha limpiado, y me acerco a los estantes. Están atestados de artículos de jardinería y bricolaje: latas llenas de tornillos, botes medio vacíos de pintura, brochas con pintura seca, tijeras de podar oxidadas, paletas, malla y macetas de plástico. Muevo las cosas de sitio mientras busco. Encuentro el taladro y varios juegos de carracas y llaves inglesas que los chicos le

regalaron un año a Mark por su cumpleaños, pero no la caja de plástico negra con el destornillador eléctrico que me ha pedido Liz.

Sobre el suelo hay varias cajas de cartón llenas de ropa. Llevamos queriendo llevarlas a la tienda de beneficencia desde que hicimos una limpieza general de la casa hace un año, pero nadie se ha decidido todavía.

Abro las solapas de la caja que tengo más cerca y escarbo dentro: todo es ropa, en su mayor parte mía. Abro otra caja y meto la mano por si encuentro cualquier cosa dura y de plástico, pero en mi búsqueda sólo encuentro más ropa. Se me hace un nudo en la garganta al ver asomar a la superficie el brazo de una sudadera de fútbol de un rojo vivo. Es de Billy. Mark se la compró cuando tenía doce años, después de un partido del Bristol City un fin de semana. Era imposible convencerlo de que se la quitara. Siguió llevándola incluso cuando las muñecas empezaron a asomarle por debajo de las mangas y le resultaba imposible abrocharse la cremallera sobre su amplio pecho. Decía que la guardaría siempre y que luego se la pasaría a sus propios hijos. Al encontrarla en una de las grandes bolsas negras durante la limpieza, no me lo podía creer. Creí que era un error y volví a meterla en su armario.

—¡Mamá! —gritó Billy un par de horas después—. ¿Qué hace esto en mi cuarto?

Salí de la sala y lo vi sujetando la sudadera por encima de la barandilla.

—Es tu jersey favorito.

—No lo es. Odio el fútbol.

Siempre había sido el primero en salir por la puerta los días de partido, con un gorro de lana en la cabeza y una bufanda enrollada alrededor del cuello sin importar el tiempo que hiciera, pero llevaba una buena temporada sin ir a un partido del City con Mark y Jake. Ni siquiera se molestaba en despedirse cuando se marchaban.

Intenté no darle demasiada importancia. Las pasiones de los jóvenes pueden ser caprichosas. De pequeña, yo quería ser bailarina de ballet un año y azafata de avión al siguiente, y había perdido la cuenta de los juguetes con los que los niños se habían obsesionado durante meses y que luego habían abandonado para no jugar nunca más con ellos; sin embargo, el fútbol era lo único que unía a los tres hombres de mi vida. Era su obsesión compartida. Y de repente Billy ya no quiso ir más. Yo no sabía si alguien se había burlado de él en la escuela por su sudadera achicada o si su afición a los juegos de

ordenador había superado su afición por el fútbol, pero cada vez que intentaba sacar el tema, él se cerraba como una ostra.

Al tirar del brazo de la sudadera, algo más emerge de la caja. La esquina de un álbum de fotos gris. El que estaba buscando. Sujeto el jersey de Billy bajo el brazo y lo abro.

Ahí están Jake y Billy en primaria: Jake, con nueve años, enseñando orgulloso sus grandes dientes, y Billy, que tenía cinco, con el pelo oscuro despeinado en ángulos ridículos. Vuelvo la página mientras sonrío debido a los recuerdos e intento ignorar las náuseas de mi estómago. Al llegar a la mitad del álbum, terminan las fotos escolares. En la página siguiente hay fotos de nuestras últimas vacaciones familiares. Billy tenía trece años; Jake, diecisiete. Fuimos a Weston a pasar el día, y luego cogimos el coche hasta Bude, en Cornwall, para pasar una semana en una caravana. Hay una foto de ellos dos sentados en el muro cerca de la playa de Weston, ambos mirando los móviles. Fueron unas vacaciones espantosas. El tiempo fue horrible y, con todos encerrados en una caravana diminuta, las disputas alcanzaron nuevas cuotas. Jake pinchó a Billy llamándolo niño pequeño y Billy se la devolvió diciéndole que era un capullo aburrido. Mark se hartó antes que yo. Al cabo de tres días lo cargó todo en el coche y anunció que nunca más en su vida iríamos de vacaciones familiares.

Vuelvo la página, preguntándome qué vendrá ahora.

Me quedo sin respiración.

Hay una foto de Mark y Jake tomando una cerveza debajo del toldo mientras los cielos se abren. Otra de Billy y Mark pasando el rato en la piscina. Otra de nosotros alrededor de una mesa en el auditorio, con los pulgares hacia abajo mientras escuchamos al peor cómico del mundo. También hay fotos más recientes: Mark y Jake cuando éste se graduó en el instituto; Mark, Kira y yo cogiéndonos por los hombros en actitud victoriosa, después de haber ganado una partida de bolos a los chicos.

Sólo que Mark ya no está en las fotos. Lo han tachado; su cara y su cuerpo han desaparecido bajo un grueso rotulador negro. Y hay palabras garabateadas sobre cada foto: «GILIPOLLAS», «CABRÓN», «CAPULLO». Paso una página y otra y otra, pero todas son iguales: han tachado a Mark de todas y cada una de las imágenes. Es como si ya no existiera.

Viernes 10 de octubre de 2014

Jackdaw44: *¡Eh!*

Jackdaw44: *¿Hola?*

Jackdaw44: *¿Estás ahí?*

Jackdaw44: *Sé que estás leyendo los mensajes.*

Jackdaw44: *¡Eo!*

Jackdaw44: 🙄

Jackdaw44: 😞

Jackdaw44: *Qué chungo eres. Igual que todas las personas de mi vida. Creía que eras distinta.*

Capítulo 23

¿Por qué está Mark tachado en todas las fotos del álbum? ¿Quién lo ha hecho? ¿Y por qué esconderlo en el fondo de la caja para la beneficencia? No tiene ningún sentido.

Siento un calambrazo de dolor en un lado de la cabeza y cierro con fuerza los ojos para bloquearlo.

¿Ha sido Billy? Pero ¿por qué? ¿Qué demonios puede haber hecho Mark para hacerlo enfadar tanto?

¡CLAIRE!

Doy un respingo al oír mi nombre y me golpeo la rodilla con la barra de dirección del coche, pero no hay nadie sentado a mi lado. Las ventanillas siguen cerradas a cal y canto. Nadie está llamando al cristal. No hay nadie mirando desde fuera del coche. La calle continúa tranquila y las llaves se balancean en el contacto. De atrás adelante. De atrás adelante.

¿Acaso volvió Mark pronto del pub, borracho y enfadado? ¿Le dijo Billy algo desagradable? ¿Algo tan desagradable como para que Mark perdiera los papeles? ¿Es por eso por lo que Billy pintarrajeó sus fotos? ¿Porque su padre le pegó? Pero ¿para qué iba a esconder el álbum en el garaje? ¿Por qué no destruirlo?

El dolor se extiende por mi frente y me agarro la cabeza con las manos. Mi cerebro está atrapado en un tornillo de banco que lo aprieta cada vez más y más. Puedo oírlo. El tornillo. Emite un sonido chirriante muy agudo, como el del metal al rozar el metal. Me meto los dedos en las orejas, pero el sonido aumenta de volumen.

«¡CLAIRE! ¡SOY CLAIRE!» LA VOZ ATRAVIESA EL CHIRRIDO metálico y yo mantengo los ojos cerrados. Necesito pensar. Si fuera capaz de pensar con claridad, podría desentrañar qué significa todo esto.

¿Amenazó Mark con volver a pegarle? ¿Por eso se marchó Billy? ¿Es ésa la razón por la que no se llevó nada? Tenía miedo y huyó. ¿O se lo llevaron?

¿Lo golpeó Mark con demasiada fuerza? ¿Le entró el pánico? ¿Trató de llevarlo al hospital y luego...?

«¿Mamá? ¡Ayúdame, mamá!».

El grito me atraviesa, traspasando los chirridos y los rechinos del tornillo. Los frenos chirrían. Algo vuela por el aire precipitándose hacia el coche, y yo hundo la cabeza entre los brazos. Algo golpea el capó con un ruido sordo y todo el coche se sacude. A continuación, algo se rompe con un crujido y una lluvia de cristales me cae encima.

Y luego silencio.

Un silencio que parece durar una eternidad.

Sea lo que sea lo que acaba de pasar es tan horrible, tan traumático, que sé que es imposible que haya sobrevivido.

Silencio.

El tráfico no ruge. La carretera no vibra. Los pájaros no cantan y nadie habla.

Suelto el volante y levanto la cabeza.

Hay un cuerpo tendido sobre el capó, con un brazo retorcido en la espalda y el otro alargado hacia mí. No veo la cara, sólo la parte de atrás de una cabeza con el pelo negro apelmazado de sangre. La cara está vuelta hacia el lado opuesto, hacia las puertas de la consulta del médico.

Intento torpemente desabrocharme el cinturón con una mano temblorosa. Los cristales rotos me ruedan por los muslos y se me meten en los pies mientras yo me sujeto al volante y me yergo en el asiento.

—¿Billy? ¿Billy, eres...?

Me agarro la cabeza con las manos cuando un dolor que no se parece a nada que conozca me rasga el cerebro. Y entonces todo se vuelve negro. Hay algo duro y con tacto de cuero bajo las yemas de mis dedos. Curvado, sólido. Me agarro a ello mientras mi visión abre el foco y cierra el foco, abre el foco y cierra el foco. Enfocado, borroso, enfocado, borroso. El parabrisas, limpio salvo por una cagada de pájaro, una calle, un edificio, una carretera, el parabrisas. ¿Por qué no dejo de mirar el parabrisas? Una imagen me cruza la mente, la imagen del cuerpo sin vida de Billy sobre el capó. Creía que lo había atropellado. Pero no puede ser. No hay vidrios ni sangre, y el parabrisas está intacto. Me asalta una oleada de náuseas. Es tan potente, tan repentina, que vomito sobre el salpicadero, el volante y mis manos. El mundo da vueltas y cierro los ojos con fuerza al tiempo que el coche se llena de olor a vómito.

Una voz susurra: «Has vuelto a perder el conocimiento. Oh, Dios. Otra vez no».

Mi voz.

Me llamo...

Busco mi nombre, algo sólido a lo que aferrarme y que me revele mi identidad, pero mi mente está tan confusa, tan gris. Detrás de mis ojos no hay nada más que una oscuridad negra.

¿Quién soy?

El pecho se me cierra y me lleno de aire los pulmones. Respiro más despacio.

¡Claire!

Abro los ojos.

Claire. Me llamo Claire Wilkinson. Llevo una alianza de oro y un reluciente anillo de compromiso en el dedo anular de mi mano izquierda, manchado de bilis. Estoy casada con Mark. Tengo dos hijos, Jake y Billy. ¡Billy!

Desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta del conductor. Veo un centelleo de color y se oye el chirrido de unos frenos y alguien que maldice a gritos.

—¡Me cago en todo! —Una cara con un casco de bicicleta encima se vuelve hacia mí, una cara de hombre, con los ojos muy abiertos por el enfado, los labios curvados en un gruñido. Agita la mano delante de mi cara, cortando el aire—. Ten más cuidado, joder. Casi me tiras de la bici.

Estoy tan aturdida, tan aterrorizada, que saco una pierna del coche y le doy una patada. Mi zapato contacta con su rodilla y él se aparta y se dobla sobre sí mismo, agarrándose la rodilla con una mano y con la otra alrededor de la maneta de la bici.

Cierro la puerta antes de que se recupere y hago girar la llave en el contacto. Piso el acelerador y el coche sale disparado. Detrás de mí, alguien toca la bocina. El sonido reverbera en mi cabeza mientras me alejo y veo por el retrovisor al ciclista agitar su puño. Hay una mujer a su lado y un Vauxhall Astra parado detrás de ella. Tiene el móvil en la mano.

Conduzco por una calle tras otra. No sé dónde estoy o adónde voy. En mi mente no hay pensamientos, tan sólo un zumbido colérico, como si mi cabeza fuera una colmena llena de abejas.

Hay una luz roja que parpadea en el salpicadero. Me estoy quedando sin

gasolina. Tengo que parar. Tengo que encontrar una estación de servicio. El zumbido de mi cabeza se amortigua al entrar en una gran estación de Tesco, pero, en lugar de aparcar junto a uno de los surtidores, entro en el *parking* y apago el motor. Saco un paquete de toallitas de la guantera y me limpio las manos, así como el volante y los vaqueros. Trabajo metódicamente; primero froto y luego tiro las toallitas usadas en una bolsa de plástico vacía hasta que acabo limpia. Entonces alargo el brazo hacia mi bolso. Está en el asiento del acompañante. Debajo hay un álbum de fotos y una agenda tamaño A4, abierta en la página de esta semana.

La agenda con las reuniones de Mark.

¿Por qué la tengo yo? Normalmente la deja sobre su escritorio, en una esquina de la sala. ¿Me la he llevado? Mark es muy metódico para mantenerla al día; lo apunta todo aquí además de en el móvil, por si éste se queda sin batería o se lo roban. La abro y repaso con el dedo las reuniones que tiene programadas para hoy:

9:45 – Centro Médico Fallodon Way, Fallodon Way, 3, BS9 4HT

10:45 – Consultorio Nevil Road, Nevil Road, 43, BS7 9RR

11:45 – Centro de Salud Hortfield, Lockleaze Road, BS7 9RR

14:00 – Centro Médico Gloucester Road, BS7 8SA

¿Dónde estoy? Abro mi bolso y saco el móvil. Son las dos y media de la tarde del viernes 14 de agosto. Han pasado cinco horas desde que entré en el garaje a buscar el kit del destornillador y...

Me viene a la mente una imagen de un álbum de fotos, con las imágenes tachadas y garabateadas, pero nada más. No hay nada más.

Debo de haber vuelto a la casa y haber cogido la agenda de Mark, aunque no lo recuerdo. Ni tampoco haberme metido en el coche y conducido. Oh, Dios mío. Podría haberme matado. O haber matado a alguien.

Vuelvo a mirar el teléfono y abro Google Maps. El punto rojo de localización parpadea varias veces y luego el mapa se enfoca. Tesco Lime Trees Road. Así que sigo en Bristol. Introduzco uno de los códigos postales de la agenda de Mark en la aplicación y aparece una cortísima línea roja que conecta mi ubicación con la dirección que acabo de introducir. Está a tres minutos en coche. Aplico el zum sobre la ubicación y me paso a Street View. Ahí es donde estaba aparcada, frente al Centro Médico Gloucester Road.

¿Acaso me llamó Mark y me pidió que le llevara la agenda? Es la única explicación lógica, pero en coche se tardan sólo veinticinco minutos en ir de Knowle a Gloucester Road. ¿Qué más he hecho en las últimas cinco horas?

Salgo de la aplicación de Google Maps y estoy a punto de llamar a Mark cuando veo el icono del Whatsapp en lo alto de la pantalla. Alguien me ha mandado un mensaje en esas cinco horas. Pulso el icono y el nombre de Liz aparece en lo alto de la lista. Tres mensajes nuevos:

«¿Dónde es?».

Ha contestado a una foto de una hilera de casas que debo de haberle mandado yo. Delante de una de ellas hay un cartel en el que se lee: «Centro Médico Falloodon Way».

«¿Por qué me has mandado una foto de la consulta de un médico? ¿Quieres que te recoja o algo?».

Luego hay otra imagen. Una que debo de haber mandado yo. Encima de la puerta se lee: «Consultorio Nevil Road».

«¿Claire? ¿Ése es Mark? ¿Con quién está?».

Miro la foto más de cerca. Sí, es Mark, y está frente al Consultorio Nevil Road con una rubia esbelta. Con la mano sobre su brazo. Amplió la imagen y tardó varios segundos en darme cuenta de quién es. Es Edie Chrítian, la extutora de Billy. Y se la ve preocupada.

Viernes 24 de octubre de 2014

Jackdaw44: *¿Por qué has empezado a ignorarme?*

ICE9: *No es verdad. Estoy ocupada.*

Jackdaw44: 🤔

ICE9: *¿Y eso qué significa?*

Jackdaw44: *Gilipolleces. No estás ocupada.*

ICE9: *Vale, es verdad. Esto es un poco raro.*

Jackdaw44: *¿Qué quieres decir?*

ICE9: *Esto. Nosotros. Que nos escribamos. Que nos escapemos para tomar cervezas en secreto. Es... raro.*

Jackdaw44: *No estamos haciendo nada malo. Sólo hablamos. No pasa nada por hablar.*

ICE9: *Me parece peligroso.*

Jackdaw44: *¿En qué sentido?*

ICE9: *Ya sabes lo que quiero decir.*

Jackdaw44: 🙄

ICE9: *Así que no sabes de qué hablo.*

Jackdaw44: *Yo no sé nada. Me gusta quedar contigo. Punto.*

ICE9: *A mí me sigue resultando raro.*

Jackdaw44: *Hay un remedio para eso. ¡👊!*

ICE9: *Hoy no.*

Jackdaw44: *Qué aguafiestas, joder.*

Capítulo 24

–¿Claire?

Doy un respingo al oír los golpes de Liz en la ventana del coche. Lleva el pelo recogido de cualquier manera en un moño alto y tiene restos de lápiz de ojos incrustados en las arrugas de debajo del ojo derecho. Parece que acabe de despertarse de la siesta.

–¿Puedes abrirla? –leo en sus labios mientras me hace gestos para que baje la ventanilla.

Agarro la manilla del coche.

–Oh, Dios mío, Claire. –Se introduce por el hueco, me rodea la cabeza con los brazos y al tirar de mí para abrazarme me aplasta hacia arriba contra la puerta–. No puedo creerme que haya vuelto a pasar.

Me suelta, mira las llaves que se balancean en el contacto y levanta una mano como si me advirtiese de que no las toque.

–Voy por el otro lado.

Rodea el coche por delante, abre la puerta del acompañante, coge mi bolso, el álbum de fotos y la agenda de Mark, y se deja caer en el asiento.

–¿Estás bien? –Parece estar sin resuello después de haber corrido por el aparcamiento–. ¿No estás herida ni nada?

–No estoy herida.

Me mira de arriba abajo como si no pudiera creerse lo que ve.

–¿Has cruzado Bristol en coche y no te acuerdas? ¡Joder, Claire! Eso da mucho miedo.

–Lo sé.

–¿No recuerdas nada en absoluto?

–Nada.

–Vale. –Me dedica una larga mirada. Me doy cuenta de que está aterrada, aunque se esfuerza mucho para que no se le note–. Creo que será mejor que

te lleve al médico. ¿Estás bien para conducir? Qué pregunta más tonta. Yo conduciré. Caleb puede recoger mi coche después.

Mientras nos dirigimos de vuelta a Knowle le cuento todo lo que recuerdo: el álbum de fotos, cómo me he encontrado sentada en una calle que no reconocía, el chico de la bicicleta y cómo he salido disparada con el coche, me he quedado sin gasolina y he comprobado el teléfono. No le cuento que he visto el cuerpo muerto de Billy sobre el capó de mi coche.

–Y entonces te he llamado.

–Por Dios santo, Claire. –Pisa el acelerador en cuanto el semáforo se pone verde–. No sé qué decir. Cuando me mandaste la primera foto por Whats pensé que a lo mejor la habías hecho por error o que te habías equivocado de tecla o algo así, pero luego me has mandado más y he pensado que te estabas echando unas risas, aunque yo no pillaba el chiste. –Me mira de reojo–. ¿Quién es la rubia que sale en la foto con Mark?

–Eddie Christian, la tutora de Billy.

–¿Por qué les has sacado una foto? ¿Tienen una aventura o qué?

–No lo sé. No puedo recordar nada. Oh, Dios mío. –Me cubro la boca con las manos mientras los coches de delante reducen la velocidad casi hasta pararse y un ciclista nos adelanta–. ¿Y si el ciclista me ha denunciado a la policía por darle una patada? La mujer que se paró con el coche tenía el móvil en la mano. Seguro que sacó una foto de mi matrícula. La prensa se pondrá las botas si se entera de lo que he hecho.

–No pasa nada. –Liz me da unos golpecitos en la rodilla y luego vuelve a colocar la mano sobre el volante–. Estás enferma. No sabías lo que hacías. ¿Ése es el álbum del que hablabas? –Mira los dos cuadernos que tengo en mi regazo–. ¿Puedo verlo?

–Claro.

Abro por una página y lo sostengo para que pueda ver. El tráfico sigue detenido frente a nosotras.

–Dios mío, Claire. ¿Quién ha hecho esto?

–Billy, creo. La letra parece suya. Y es la misma clase de rotulador negro de punta gruesa que él utiliza.

–Pero ¿por qué?

–No lo sé.

–Creía que la policía había registrado la casa...

–Lo hicieron, pero sólo los sitios en los que creían que podía estar oculto.

Luego se llevaron el portátil y la Xbox de su habitación, pero no revisaron nuestras cosas. No se acercaron al garaje.

–Es bastante macabro. –Pasa un dedo por encima de una de las figuras tachadas y su mirada se cruza con la mía–. Creo que deberías contárselo, ¿no te parece?

Lunes 3 de noviembre de 2014

ICE9: *No puedo seguir con esto.*

Jackdaw44: *Oh, me cago en todo. Otra vez no.*

ICE9: *No, esto no. Con mi relación. Siento claustrofobia, me siento atrapada. No soy feliz.*

Jackdaw44: *Pues vete.*

ICE9: *No puedo.*

Jackdaw44: *Podríamos encontrar un sitio para vivir juntos. Odio de cojones vivir en casa.*

ICE9: *Tú vives en otro planeta.*

Jackdaw44: *¿Y eso qué se supone que significa?*

ICE9: *Es una idea ridícula.*

Jackdaw44: *¿Por qué?*

ICE9: *Estoy fatal y tú no me estás ayudando.*

Jackdaw44: *Lo siento.*

Jackdaw44: *¿Por qué no nos escapamos y vamos a tomar una cerveza?*

ICE9: *Nos vemos en el Victoria a las nueve.*

Capítulo 25

Todos los asientos de la sala de espera están ocupados y el aire, cargado de toses, estornudos y el bostezo ocasional de un niño aburrido o un bebé hambriento. Liz ha tenido que batallar con la recepcionista para conseguirme una cita. Yo habría renunciado después del «No hay horas disponibles» inicial, pero ella no se ha desalentado. Ni siquiera cuando la recepcionista ha sugerido que quizá sería mejor que fuéramos al dispensario si yo estaba sufriendo un «episodio psiquiátrico», tal como lo ha calificado Liz. Al final, la pobre mujer ha cedido cuando Liz ha comentado que me habían hecho un análisis de sangre en un consultorio y que, si alguien podía saber lo que me sucedía, sería el médico que tenía esos resultados en su ordenador. Llevamos aquí unos cuarenta minutos y, durante este tiempo, mi mejor amiga me ha preguntado dos veces si quiero que llame a mamá o a Jake, y cuatro si me va a «dar otra blanca» porque me ve «rara».

–Mira esto. –Da unos golpecitos con la uña sobre un artículo de la revista que está leyendo—. Es Tinder, esa aplicación de la que me habló Marco.

–¿Cómo?

–La aplicación para ligar. Para heteros. No sé por qué Caleb no me contó que lo había conocido en Grindr. A mí qué más me da si lo conoció en un pub o por Internet. Mientras esté a salvo...

–Claro.

Durante los últimos diez minutos, Liz me ha puesto al corriente de cómo fue la noche con su hijo y su nuevo novio. Según Liz, Marco es un puntazo; ni ella misma podría haber elegido a alguien mejor para Caleb. Sus palabras exactas han sido: «Marcos es joven, moreno y tiene un cuerpazo. Si no fuera gay, le habría entrado yo».

Me da un codazo.

–Entonces qué, ¿crees que debería bajarme la aplicación? ¿La pruebo?

–Claro, ¿por qué no?

–¿Qué pasa? –Cierra la revista y se vuelve en la silla para mirarme mejor.

–Sólo... –Bajo la voz–. Sólo intentaba decidir qué hacer con el álbum.

–¿Quieres que te lleve a comisaria cuando acabemos aquí?

Niego con la cabeza.

–Antes tengo que hablar con Mark.

–¿Seguro que es una buena idea?

–No, pero ¿y si hay una explicación completamente inocente? Mark siempre me calienta la cabeza porque él queda como el malo, y si voy directamente a la policía será justo lo que haga, ¿no? Pintarlo como el malo sin darle la posibilidad de explicarse. Ni siquiera sé si fue Billy quien pintarrajeó las fotos.

–¿Quién iba a hacerlo si no?

Pienso en Kira, pero no lo digo. Me aborrezco por el mero hecho de pensar en lo que Stephen dijo de Mark y el hecho de que haya una chica paseándose por nuestra casa en varios grados de desnudez, pero ahí está: se me ha metido en la cabeza y no va a marcharse. Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que Stephen hizo ese comentario porque es un cizañero, pero ¿y si me equivoco? ¿Y si Mark ha hecho o dicho algo inapropiado? No quiero creerlo. No me voy a permitir creerlo, pero alguien destruyó esas fotos y necesito ver la expresión que pone Mark cuando se las enseñe.

–¿Señora Wilkinson? –La doctora Evans asoma la cabeza por la puerta.

–¡Soy yo! –Recojo mi bolso y mi rebeca, y me apresuro hacia ella–. Ésta es mi amiga Liz –digo al acercarme–. ¿Puede entrar conmigo? ¿Para darme apoyo moral?

–Por supuesto. –La doctora Evans hace un gesto para que la sigamos a su consulta–. Pasen.

Mientras ella rodea el escritorio y Liz se sienta en una de las sillas para los pacientes, las palabras brotan de mi boca como agua de una presa.

–Muchas gracias por hacerme un hueco, doctora Evans. Sé que está ocupada y que no tenía hora hasta dentro de un par de días, pero he vuelto a tener otro de esos «desmayos» y...

–Un segundo. –Levanta una mano y observa la pantalla–. Señora Wilkinson. Claire. ¿Puedo llamarte Claire?

Asiento con la cabeza.

–Perdona por interrumpirte, Claire. Sólo quiero ponerme al día. –Se vuelve hacia el ordenador y frunce el ceño a medida que baja por la pantalla–. Vale.

—Se vuelve de nuevo hacia nosotras—. Entonces has venido por los resultados de los análisis de sangre, ¿no? ¿Tuviste un episodio de amnesia el 6 de agosto?

—Sí, hace ocho días. Así es.

—Vale. Entonces... —Se inclina hacia delante y apoya su peso en los codos, y de manera instintiva me echo hacia atrás en la silla, y me abrazo mientras espero el veredicto—. La buena noticia es que todos los resultados están bien.

Liz me aprieta la mano.

—Bueno, es una buena noticia.

—Sí, lo es. —La doctora Evans no aparta los ojos de mi cara—. Aunque me gustaría derivarte y que te hicieran un TAC, sólo para asegurarme.

—¿Cree que es un tumor cerebral?

—Creo que es más probable que esté relacionado con el estrés, pero no haría bien mi trabajo si no descartara cualquier posibilidad.

—¿Para cuándo me darán hora?

—Para dentro de varias semanas. Tal vez seis o siete.

—¡Seis semanas! —exclama Liz, y la hago callar.

—El caso, doctora Evans, es que ya me ha pasado dos veces. He tenido otro episodio hoy, hace un par de horas. He estado conduciendo y ni siquiera recuerdo haberme subido al coche. ¿Y si me pasa otra vez?

La doctora Evans adopta una expresión seria.

—Ya veo. De acuerdo. —Mira hacia la ventana y se da golpecitos con la uña en los dientes—. Claire, ¿has tenido otros pensamientos anormales o has visto otras cosas anormales?

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas que normalmente no estarían ahí.

—¿Como una alucinación?

—Sí.

—Durante el último episodio, vi... —No puedo contarle que me imaginé que atropellaba a mi hijo—. Vi algo que no era real.

Liz me mira de reojo, pero no dice nada.

—De acuerdo —dice la doctora Evans—. ¿Y alguna vez has visto algo a lo que has atribuido un significado especial?

—No sé a lo que se refiere.

—¿Algunas vez has interpretado lo que veías como una especie de señal, un mensaje especial dirigido a ti?

Liz está muy quieta y me mira fijamente, al tiempo que yo me tiro de las mangas de la camisa. No le he contado que ayer por la noche salí a buscar a Billy.

–En un par de ocasiones me ha parecido ver a Billy –digo bajito, deseando no haber traído conmigo a mi mejor amiga. No soporto que me vea así. Debe de pensar que me estoy derrumbando–. Billy es mi hijo; está desaparecido. Vi a alguien con su bicicleta y lo perseguí.

–Ajá. –La doctora Evans frunce más el ceño–. ¿Y alguna vez has escuchado voces, Claire?

–No. –Niego con la cabeza, súbitamente inquieta–. No soy esquizofrénica. No estoy loca. Yo..., yo lo único que quiero es que no me vuelva a pasar.

–Nadie dice que estés loca, Claire, pero en los últimos tiempos te has visto sometida a un gran estrés, y creo que podría ser de ayuda derivarte al equipo de salud mental.

¿Equipo de salud mental? Resulta escalofriante. Liz se inclina hacia delante en la silla.

–¿La lista de espera es muy larga?

La doctora Evans hace un mohín.

–¿Peor que para el TAC?

–Podría indicar que la derivación es urgente. Tal vez te cojan en las próximas semanas.

Me agarro a los brazos de la silla. Podría pasarme cualquier cosa durante las próximas semanas.

–¿No hay nadie más? No podemos permitirnos una mutua, pero podría pedir dinero.

La doctora Evans me dedica una sonrisa comprensiva.

–Lo lamento, Claire. Es tan frustrante para ti como para mí, y ojalá hubiera una forma de acelerar el proceso, pero el Sistema Nacional De Salud está bajo mínimos...

–¡Yo lo pagaré! –dice Liz–. Tengo algo de dinero ahorrado, de cuando murió mamá. Es tuyo, Claire.

–No. –Niego con la cabeza–. No podría.

–Considéralo un préstamo, si así te sientes mejor. En algún momento volverás a trabajar, y entonces puedes devolvérmelo.

La doctora Evans mira a Liz y luego a mí, y aprieta los labios.

–Si quieres que te visiten con urgencia, podrías buscar en Google

terapeutas de Bristol especializados en estrés y trastornos de ansiedad. Me temo que no puedo recomendaros a nadie en concreto, pero asegúrate de que estén acreditados. Y mientras tanto, yo me ocuparé del papeleo para que te deriven. Haré todo lo que pueda para que te cojan lo antes posible.

–Pues ya lo tenemos –dice Liz, que empieza a levantarse de su silla–. Todo va a ir bien, ¿verdad, Claire?

–Sí. –Me obligo a sonreír.

No estoy segura de a quién le miento, si a ella o a mí.

Capítulo 26

Kira olisquea el aire al entrar por la puerta de atrás, casi doblada bajo el peso del equipo fotográfico, pero no hay pollo en el horno ni espaguetis a la boloñesa hirviendo al fuego. No hay cuchillos ni tenedores dispuestos sobre las bandejas. Ni libros de cocina sobre la encimera abiertos y marcados con una cuchara. Ha transcurrido media hora desde que me marché de casa de Liz y llegué aquí. Hemos pasado lo que quedaba de la tarde juntas, en su salita, mirando episodios antiguos de *Friends* y bebiendo té. Ha dicho que no iba a dejarme sola hasta que Jake llegara a casa, así que he mentido y le he dicho que hoy volvía pronto de trabajar. La verdad es que necesitaba un rato para estar sola, un rato para pensar.

–Oh. –Kira se detiene en la entrada de la cocina y alza la vista hacia el reloj. Su piel pálida parece casi translúcida bajo la luz del foco, el pelo suelto sobre los hombros, un pasador con un nenúfar de seda negro tras la oreja izquierda–. ¿Me he perdido la cena? Siento llegar tarde, pero el bus iba con retraso y...

–Esta noche no vamos a cenar.

–Ah. –Deja con cuidado su equipo fotográfico sobre el suelo y se frota el codo derecho con la palma de la mano izquierda–. Pediremos algo, ¿no? ¿O quieres que cocine yo?

Mi pie derecho se agita sobre la barra baja del taburete en el que estoy sentada. Sacudida, sacudida, sacudida. Sacudida, sacudida, sacudida. Me concentro en él para que pare y lo hace durante una milésima de segundo, antes de empezar de nuevo.

–¿Podría pedirte un favor, Kira?

–Claro.

Cambia el peso de un pie a otro. Me recuerda a un caballo, inquieta, asustadiza, impredecible. Necesita que la traten con delicadeza, una mano hábil y de confianza, y yo no soy la persona adecuada para hacerlo. Nunca he

montado a caballo. Tampoco he criado nunca a una hija. No es que la madre de Kira lo hiciera mucho mejor. Me pone de mal humor pensar en el daño que esa mujer le hizo a su propia hija.

—¿Tienes alguna amiga con la que puedas salir unas horas? Puedo darte dinero para ir al pub o al cine, o donde queráis.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Mira por la ventana de la cocina y sus labios se entreabren levemente y oigo el característico «clac, clac, clac» del *piercing* de la lengua contra la parte de atrás de sus dientes.

—¿Dónde está Mark?

¿Por qué pregunta eso? ¿Se siente incómoda estando sola en casa conmigo? ¿O espera que él no esté en casa?

—Mark sigue en el trabajo —contesto—. Pero volverá pronto.

—Vale. Muy bien, pues. —Se agacha, agarra la correa de su bolsa de fotografía y vuelve a colgársela del hombro—. Dejaré todo esto arriba y me cambiaré, y luego...

—Kira—. Me pongo de pie—. Tengo que preguntarte una cosa.

—Oh, Dios. —Agacha la cabeza y se encoge sobre sí misma.

—No tiene nada que ver con lo que vi esta mañana —añado enseguida—. De hecho, debería disculparme contigo. Sé que Jake y tú no tenéis mucha intimidad en esta casa y...

—No tienes que preocuparte por eso —dice, y trata de pasar junto a mí.

Yo doy un paso a la izquierda y la obligo a pararse.

—Espera un segundo.

—¿Qué pasa?

En su rostro se refleja ahora una expresión afligida. Es la misma que veía en la cara de Billy siempre que le preguntaba si podíamos hablar de la escuela o si tenía novia.

—¿Sabes algo de esto? —Señalo el álbum de fotos que hay sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué es?

—Un álbum de fotos.

Ella niega con la cabeza.

—¿Debería?

—Alguien ha pintarrajeado algunas fotos. ¿Sabes algo al respecto?

—No. —Me mira con los ojos como platos, una expresión de incompreensión en ellos—. ¿Por qué tendría que saber algo? Soy estudiante de fotografía: hago fotos, no las destrozo. Eso va contra...

—Vale. —Alargo la mano para tocarla, para tranquilizarla, pero vuelvo a dejarla caer a mi costado antes de contactar con su brazo—. No te acuso de nada. Sólo me preguntaba si Jake o Billy o... —tengo la garganta tan seca que me duele al tragar— Mark te han dicho algo.

Una vez más se mueve para rodearme y alarga el brazo para coger el álbum.

—No, por favor.

Ella aparta la mano.

—¿Por qué?

—Preferiría que no lo hicieras.

Avanza poco a poco con la mirada clavada en el álbum, su cuerpo delgado rígido salvo por los dedos de su mano derecha, que retuercen la fina tela tejana de su falda.

—¿Qué hay dentro?

—Sólo fotos familiares. Los niños en la escuela, vacaciones familiares, esa clase de cosas.

Me muevo hasta quedar entre el álbum y ella; el taburete me presiona la parte trasera de los muslos. Como señaló Liz antes, si es una prueba ya la hemos contaminado al tocarla. La policía querrá buscar huellas dactilares. Eso si al final se lo doy.

—Has dicho que las habían pintarrajeado —comenta—. ¿Cómo?

—Ya he hablado demasiado, Kira. Lo siento. No sé qué significa nada de esto, tan sólo he encontrado el álbum esta mañana. Aún estoy intentando decidir qué hacer.

Su mirada se cruza con la mía.

—¿Vas a llevarlo a la policía?

—No lo sé.

Vuelve a dirigir la mirada hacia la ventana de la cocina. El único coche de la calle es el de Liz.

—¿Mark lo sabe?

—Todavía no. Por eso sería más fácil si tuviéramos la casa para nosotros. Toma. —Hurgo en mi bolso y saco el billetero—. Veinte libras. Cógelas. Es lo mínimo que puedo hacer después de echarte.

Kira niega con la cabeza.

–No lo quiero, Claire. De verdad, no hace falta.

Vuelve adonde ha dejado el equipo fotográfico, lo recoge y se dirige al pasillo. Se detiene en la entrada y se vuelve a mirarme a mí y luego al álbum, y a continuación se va a su cuarto y sus pasos retumban en las escaleras.

* * *

–Bueno, ¿qué piensas? –pregunta mamá, y no tengo ni idea de qué habla.

Aunque ha pasado media hora desde que Kira se marchó de casa con una mochila pequeña al hombro y expresión resignada, yo sigo de pie junto a la ventana de la cocina. Le he escrito un mensaje a Jake para explicarle que he tenido otro episodio de amnesia pero que estoy bien. No tenía sentido contarle lo que he encontrado en el garaje o en mi teléfono hasta que sepa de qué se trata. No he escrito a Mark; tengo que hablar cara a cara con él sobre lo que pasó. Segundos después de enviar el mensaje a Jake, el teléfono ha sonado.

–Lo siento, mamá. Tenía la cabeza en otra parte. ¿Qué pienso de qué?

–De lo del vidente.

–¿Qué vidente?

Suelta el aire con fuerza y el sonido sibilante se me clava en el oído.

–Del que te acabo de hablar.

–Lo siento, mamá, no te escuchaba. Estaba...

–No seguirás preocupada por la escasa repercusión del llamamiento, ¿no? Ya te he dicho que lo tengo todo controlado. Te estaba hablando del *mail* que he recibido de una vidente. Lo tengo en el bolso. ¿Te lo leo?

Oigo el sonido de una cremallera al abrirse y luego un repiqueteo, supongo que al darle la vuelta al bolso para tirar el contenido sobre el suelo o la mesa. La tendencia de mamá a llenar su bolso de porquerías constituye el último vestigio de un terrible trastorno de almacenamiento compulsivo que se alargó hasta mi adolescencia. Cuando la gente me pregunta cómo fue mi infancia, le cuento que la compartí con mi madre, mi padre, un perro, dos gatos y «el desorden». Según papá, la primera casa que compraron se mantuvo limpia y ordenada durante una hora entera. Y en ese momento apareció papá con su furgoneta desvencijada y empezó a sacar caja tras caja de cosas de mamá. Se lo llevó todo: sus juguetes de la infancia, todos y cada uno de los libros y

revistas que le habían regalado, todos los dibujos que había hecho en la escuela, maquillaje seco, botellitas de aseo vacías y una montaña de ropa. La familia de mamá era pobre y ella heredó la mentalidad de «reciclaje» de su madre, pero, a diferencia de la abuela, que arreglaba y utilizaba las cosas de las que no se desprendía, mamá lo guardaba todo y lo amontonaba en bolsas de basura que llenaban el salón, el lavadero y cualquier espacio libre en nuestros dormitorios.

En aquella época, mamá y papá discutían mucho: por el desorden, porque papá pasaba la mayoría de las noches en el pub. Yo vivía con un miedo constante a que se separaran. Ahora parecen más felices de lo que han sido nunca. Tal vez papá se acostumbró al desorden de mamá, o tal vez ella se esforzó por cambiar, o quizá tan sólo aprendieron a llevarse bien. Llevan cuarenta y cinco años juntos.

Me llevo una mano a la sien y me la presiono.

–Mamá, te lo dije. Nada de videntes. Por favor.

–Pero aquí dice que ha trabajado con la policía en algunos casos destacados y ha colaborado en la recuperación de los cuerpos de...

–¡Mamá!

–No todos estaban muertos, ojo –añade rápidamente–. También ha encontrado gente que había huido. Lo único que necesita es algo de Billy, algo que él...

–Llevara o quisiera y tocara con frecuencia, para que ella pueda sintonizar con su vibración. Lo sé, mamá. Lo hemos escuchado todo antes.

Ella suspira.

–Pero si ha enviado una página entera de testimonios de personas a las que ha ayudado...

Tras la desaparición de Billy nos vimos inundados por ofertas de esperanza por parte de videntes. Yo las recibía con recelo en mi cocina y sollozaba a moco tendido mientras ellas consultaban sus cartas o sus runas o sus piedras o sencillamente se quedaban en medio de la habitación con los ojos cerrados y me decían lo mucho que sintonizaban con mi dolor y que los espíritus nos guiarían hasta Billy. Me dijeron que estaba vivo y a salvo, y que vivía en una casa ocupada en Milton Keynes. Me dijeron que estaba atrapado en una cueva subterránea en Gales del Norte o que lo retenían en un sótano contra su voluntad. Dijeron que estaba bajo el agua, en tierra, al otro lado del mar.

Vivo. Muerto. Vivo. Muerto. Esperanza. Desesperación. Esperanza. Desesperación.

Fui de vidente en vidente, esperando con desesperación que la siguiente que encontráramos no fuera un fraude. Me gasté la mitad del dinero que habíamos ahorrado a lo largo de nuestros veinte años de matrimonio para que Jake fuera a Gales, Milton Keynes y Dover a buscar a su hermano. Fui a sesiones de espiritismo. Decenas de ellas. Mark se negaba a acompañarme, así que iba con Liz o con mamá. Estaba convencida de que la siguiente sesión sería la que me revelaría el paradero de Billy. Y entonces un vidente me dijo que Billy se había suicidado. «¿Por qué no me salvaste, mamá? –gimoteó con la voz de un niño mucho más pequeño–. Podrías haberme salvado, mamá». Después de eso dejé de ir.

–Vale. De acuerdo. –Oigo un crujido mientras mamá mete el trozo de papel de nuevo en el bolso–. Lo entiendo. No es que quiera agarrarme a un clavo ardiendo, pero ha pasado bastante tiempo desde la última vez que recibimos un *mail* a través de la web. Y la página de Facebook también está muy parada.

Me sobresalto al oír unos neumáticos sobre la grava. El Ford Focus de Mark está aparcando fuera.

–No te preocupes, mamá. Sé que intentas ayudar y lo siento si me he puesto borde. Es sólo que ha sido un día duro.

–¿Hay algo que tu padre o yo podamos hacer?

–Ya estáis haciendo mucho. Sería incapaz de salir adelante sin vosotros, ¿lo sabéis, verdad?

–Sí, cariño. Sólo deseáramos que nada de todo esto hubiera ocurrido.

–Lo sé –digo mientras el coche se detiene y el ruido del motor se desvanece–. ¿Puedo llamarte mañana, mamá? Y hablamos más rato.

–Por supuesto.

–Te quiero, mamá. Y a papá también.

–Hablamos pronto, cielo. Cuídate.

Al tiempo que pulso la tecla de colgar, Mark entra por la puerta con el maletín en una mano, la chaqueta echada sobre el hombro y el cuello de la camisa desabrochado.

–¿Va todo bien? Te he visto al teléfono desde el camino... –Desvía la mirada hacia la mesa de la cocina y el álbum que descansa encima–. ¿Qué es eso?

–Uno de nuestros álbumes de fotos.

Llevamos casados poco más de veinte años y, en ese tiempo, he visto decenas de emociones manifestadas en el rostro de mi marido: miedo, remordimientos, ira, felicidad, tristeza y orgullo, pero no lo he visto demasiadas veces con el aspecto que tiene ahora, con las mejillas desprovistas de color.

No me pregunta dónde lo he encontrado o quién creo que lo metió ahí. En lugar de eso, deja el maletín en la silla que hay junto a la puerta y dobla cuidadosamente la chaqueta sobre el brazo. Pasa un dedo por el borde del álbum, pero no lo coge.

–Has visto lo que hay dentro, ¿no? –Su pregunta es poco más que un susurro.

–Sí.

–¿Has llamado a la policía?

–Todavía no.

–La palabra clave es «todavía» –dice, y se ríe secamente.

Una gota de sudor se desliza por la parte baja de mi espalda.

–Dime qué significa, Mark.

Él vuelve a reírse. Es un sonido vibrante que sale del fondo de su garganta.

–Dímelo tú.

–¿Por qué te estás riendo?

Su risa se interrumpe y él cierra los labios, aunque con los extremos curvados hacia arriba y las mejillas hinchadas por una sonrisa.

–Mark, habla conmigo. Cuéntame lo que sabes del álbum. Dime qué significa o llamo a la policía.

Su sonrisa se desvanece instantáneamente.

–Adelante, pues. –Señala con la cabeza el teléfono de mi mano—. Llámalos.

¿Por qué se comporta de una manera tan extraña? Me había preparado para cualquier reacción: negación, culpa, sorpresa, remordimiento, pero no para ésta. No para una sonrisa y una mirada extraña, vidriosa.

–No, Mark, ¡llámalos tú!

Él se agacha al tiempo que yo lanzo el teléfono a través de la cocina. Éste golpea contra la pared y cae al suelo. La tapa de la batería se suelta y se desliza sobre las baldosas hacia mí, mientras el teléfono de vueltas y vueltas antes de quedar finalmente debajo de la mesa.

–¡Por Dios santo, Claire!

Mark me mira perplejo y yo me siento satisfecha. Por fin se comporta con normalidad.

–¡Cuéntame lo que sepas sobre esto! –La mano me tiembla al señalar el álbum de fotos–. Ahora. O nuestro matrimonio se ha acabado.

–¿Para qué? Tú ya has decidido que soy el malo de la...

–¡Vale ya de la mierda de que eres el malo, Mark! ¿Qué te pasa con esa palabra? Me la sueltas cada vez que discutimos, y estoy harta. –Me dejo caer sobre las rodillas y extendiendo el brazo para coger el teléfono de debajo de la mesa–. Si no vas a hablar conmigo, tal vez hables con la policía.

–No. –La madera roza las baldosas al apartar él la silla de la mesa y alargar la mano por debajo para coger la mía. Sus gruesos dedos rodean los míos antes de que éstos puedan alcanzar el teléfono–. No lo hagas.

–Dime qué es lo que pasa.

–De acuerdo. –Relaja la presión de su mano–. De acuerdo.

Martes 4 de noviembre de 2014

Jackdaw44: *Me besaste.*

ICE9: *Estaba borracha.*

Jackdaw44: *No tanto.*

ICE9: *La he cagado. Lo siento.*

Jackdaw44: *No me puedo creer que me besaras.*

ICE9: *Por favor, no se lo digas a nadie.*

ICE9: *¿Sigues ahí?*

ICE9: *¡Dime algo! Lo siento.*

Jackdaw44: *Eso ya lo has dicho.*

ICE9: *Por favor, no le cuentes a nadie lo que pasó. Estaba borracha y me sentía sola, y noté una conexión contigo. Cometí un error. No volverá a pasar.*

Jackdaw44: *Tranquila. No se lo contaré a nadie.*

Jackdaw44: *P. D.: Ahora los dos tenemos un secreto.*

Capítulo 27

–Encontré el álbum en el cuarto de Billy –dice Mark, sentado en el sofá e inclinado hacia delante, con los dedos cruzados entre las rodillas–. Antes de que desapareciera.

Yo estoy sentada en el extremo opuesto del sofá con un cojín abrazado al pecho.

–¿Cuándo?

–Unos meses antes. Fue un par de días después de que el señor Edwards nos llamara para hablar de los grafitis. La segunda vez que nos llamó. Quería asegurarme de que Billy no tenía rotuladores o botes de grafiti escondidos en su cuarto.

–¿Dónde estaba Billy?

–En la ciudad, contigo. Era sábado y le ibas a comprar unos zapatos nuevos para la escuela.

Recuerdo ese día. Arrastré a Billy de tienda en tienda mientras él rechazaba todos y cada uno de los zapatos que yo le señalaba, diciendo que eran tristes o de gay, y argumentando que deberíamos dejarle comprar las deportivas negras «vomitivas» que le gustaban porque «todo el mundo las lleva» y al fin y al cabo «la ropa tiene que expresar quién eres». Llevar el mismo uniforme suponía una conformidad forzada, me dijo. «Si quisiera eso, me alistaría en el puto ejército».

Al final del trayecto estábamos los dos hartos e irritables. Él se negó a ponerse los zapatos que le compré y prefirió arrastrarse por ahí con sus zapatillas viejas y hechas polvo, con los tacones desgastados.

–Encontré el álbum debajo de su cama, bocabajo –continúa Mark–. Vi lo que había hecho con las fotos.

–¿Y no lo mencionaste cuando llegamos a casa? ¿Ni a mí ni a Billy? No es propio de ti evitar echarle una bronca por algo así.

Mark suelta el aire con fuerza.

–Tú no eres la única que se harta de discutir, Claire.

–No me lo trago. Ni de coña.

–Mi padre todavía se estaba recuperando del ataque al corazón, el trabajo era una pesadilla y nosotros discutíamos mucho. No me hacía ninguna falta más estrés. Y a ti tampoco. Pensé que lo mejor era esconder el álbum hasta tener tiempo de revisar las fotos y quitar las que Billy había rayado, y luego devolverlo a la estantería.

–¿Por qué esconderlo en las cajas del garaje?

–Porque estaban allí. Me limité a meterlo en el fondo, donde nadie lo viera. No quería que te disgustaras.

–¿Y si hubiera llevado las cajas a la tienda de beneficencia?

Mark se encoge de hombros.

–No lo pensé. Era algo sólo temporal. Mi intención era recuperarlo y entonces... pasaron cosas, la vida siguió y me olvidé. Simplemente me olvidé, Claire.

Le dedico una larga mirada. Meses antes de la desaparición de Billy estaba sometido a un estrés increíble, pero, siendo como es, Mark se negaba a hablarlo conmigo. A lo mejor encontrar el álbum fue la gota que colmó el vaso.

–Pero ¿por qué iba a hacer Billy algo así? ¿Tacharte de las fotos y escribir esas cosas?

Mark desenlaza sus dedos y se mira las manos, como si las respuestas estuvieran en sus palmas ahuecadas.

–¿Por qué dejó de apetecerle ir al fútbol conmigo? ¿Por qué empezó a salir de una habitación cada vez que yo entraba? No... –Se le rompe la voz y, mientras tose para intentar recuperarla, un pozo de tristeza se abre en mi interior–. No dejo de decirme que fue una de esas cosas que pasan entre padres e hijos. Yo mismo chocaba con mi padre cuando era adolescente. Lo llamaba cosas mucho peores que «capullo» y «gilipollas», aunque nunca a la cara, y me prometí que nunca me pasaría eso con mis hijos.

–No te pasó con Jake.

–No, no me pasó con Jake. Por eso no podía entenderlo. Imagínatelo, Claire. Imagínate que abres ese álbum y ves lo que yo vi, pero que fueras tú la que hubiera tachado. Imagínate que fuera a ti a quien Billy odiara.

¿Fue la comida del domingo? ¿Fue eso lo que encolerizó de tal manera a nuestro hijo menor? ¿Que Mark separara a los chicos gritando que eran una

vergüenza para la familia? ¿O fue cuando el señor Edwards nos citó en la escuela para hablarnos del incidente de los grafitis y Mark le dijo a Billy: «¿Qué coño te pasa? ¿Por qué no puedes seguir las normas y hacer lo que te dicen?». El señor Edwards se quedó visiblemente perplejo. Dijo que no creía que los tacos y las acusaciones fueran a ser de mucha ayuda, pero yo me di cuenta del efecto que las palabras de Mark tenían en Billy. De más pequeño, tenía un intenso sentido de la justicia. Una vez, cuando Jake vino a casa de la escuela con un ojo morado, Billy se disgustó tanto que se echó a llorar. Mark estaba horrorizado y no dejaba de decirle que se recompusiera, y repetía una y otra vez que sólo las niñas lloran y que tenía que curtirse si quería ser un hombre. Billy miró a su padre a la cara y se esforzó por controlar su barbilla temblorosa, tragándose las lágrimas que sacudían su pequeño cuerpo.

—Buen chico —dijo Mark cuando por fin él se calmó—. Estoy orgulloso de ti.

La carita de Billy se iluminó y yo sentí un pinchazo de dolor en el corazón. ¿Por qué no podía llorar? Sólo tenía ocho años.

—Deberías...

La frase se evapora en mi lengua. Quiero decirle a Mark que debería haber hablado con Billy al respecto, que debería haber llegado al fondo de lo que quiera que fuese que había hecho enfadar a Billy hasta el punto de sentir la necesidad de rayar el álbum de fotos, pero soy incapaz de obligarme a pronunciar las palabras. Eso no hará más que añadir sal a la herida y no conseguirá que Mark se sienta mejor. Más bien hará que se sienta peor. Y no nos devolverá a Billy.

Me echo atrás en el sofá, súbitamente agotada.

—¿Estás seguro? —pregunto—. ¿Estás completamente seguro de que no pasó nada que llevara a Billy a hacerle eso a tus fotos? ¿Una discusión de la que no me hayas hablado? ¿Una pelea? ¿Un castigo que yo desconozca? ¿Algo que le quitaste?

Frunce el ceño mientras sigue contemplándose las manos, y luego vuelve la cabeza para mirarme a mí. Parpadea lentamente, varias veces, y su ceño se acentúa.

—¿De qué me estás acusando, Claire?

No lo sé. Mark nunca le ha levantado la mano a Billy, nunca ha pegado a ninguno de los dos chicos. Ha perdido los estribos incontables veces, pero nunca ha llegado más allá de chillarles.

—Crees que soy el causante de su desaparición, ¿verdad? —dice—. Lo que

dijiste el otro día iba en serio.

Cuando recibí la llamada de la escuela para informarnos de que Billy no había ido, supuse que habría hecho campana con unos amigos, algo que se había repetido varias veces en los meses previos. Cuando esa noche no volvió a casa, yo seguí sin dejarme llevar por el pánico. Estaba enfurruñado por la discusión que había tenido con Mark la noche antes, me dije. Estaba escondido en casa de un amigo, lamiéndose los sentimientos heridos y el orgullo magullado. Pero, cuando dieron las once y media y seguía sin venir a casa, empecé a preocuparme.

Subí a su habitación y busqué entre sus cosas. Su mochila no estaba, y tampoco su móvil. Lo llamé varias veces, pero todas mis llamadas se desviaron directamente al buzón de voz. Traté de contactarlo por mensaje, pero no me contestó. Yo tenía el número de las madres de varios de sus amigos de primaria, así que las llamé y les pregunté si sus hijos habían visto a Billy, pero ninguno lo había visto.

Cuando Kira volvió de la universidad y Jake del trabajo, con una resaca espantosa tras una sesión en el pub el día antes, Mark les preguntó si sabían algo de Billy. Ambos dijeron que no. Jake añadió que estábamos exagerando.

—Ésta es exactamente la clase de reacción que Billy espera conseguir —dijo—. Vuelve tarde adrede para que os preocupéis. Así, cuando por fin llegue a casa, estaréis aliviados en vez de enfadados.

El comentario de Jake pareció tranquilizar a Mark, pero a mí no me convenció. Billy no era tan manipulador. Era imposible que me pusiera en semejante trance sólo para castigar a su padre y, cuando el reloj de la sala pasó de la medianoche a la una de la madrugada, empecé a ponerme cada vez más nerviosa e insistí en que Mark saliera conmigo en el coche para intentar encontrarlo.

—Joder, cuando lo encuentre lo voy a matar —murmuró él mientras metía las llaves en el contacto—. Dentro de cinco horas tengo que levantarme para ir a trabajar.

Dimos vuelta y vueltas con el coche, y nos paramos en todos los lugares que solía frecuentar Billy: todos los parques y los pasos subterráneos donde practicaba con sus amigos con el *skate*, y cualquier sitio que se nos ocurrió donde un chico de quince años pudiera resguardarse del viento glacial que me había levantado la falda y me la había pegado a las pantorrillas al subir al

coche: paradas de autobús, McDonald's, la estación de tren y los portales del cine y de la bolera de Avonmeads.

—Apuesto a que se ha tumbado en el sofá de un amigo a pasar la noche —se quejó Mark mientras yo insistía en que diéramos vueltas con el coche por Knowle y Totterdown una última vez—. Lo más probable es que sea uno de esos vagabundos con los que sale. Si por la mañana aún no ha llegado a casa, llamaremos a la policía.

—¿Y si no está allí? Apenas me atrevo a hacer la pregunta.

—Entonces la policía hablará con todos sus conocidos y averiguará dónde se esconde. Claire, está bien. Te lo garantizo.

Parecía tan convencido, tan seguro, que accedí a ignorar el nudo de miedo que tenía en las entrañas y nos fuimos a casa.

Mark se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Yo permanecí despierta, tendida a su lado, marcando el número de Billy una y otra vez, hasta que cerca de las cinco de la madrugada me dormí con el móvil apretado entre la oreja y la almohada.

—¿Eso es un sí? —pregunta Mark ahora. El tono cortante de su pregunta hace que me agarre al cojín—. Crees que le hice algo a Billy, ¿verdad?

Quiero creer que mi marido jamás haría daño a nuestros hijos, pero la verdad es que se oyen tantas cosas de hombres así: «No parecía de ésos», «Siempre se portaba tan bien con los niños», «Lo querían mucho».

La policía interrogó a todo el mundo después de que se diera a Billy por desaparecido: sus amigos, sus profesores, sus familiares, incluso a Liz y a Caleb, que viven en la casa de al lado. Yo hablé con Josh, uno de sus amigos de la escuela, y me contó lo que le habían preguntado. «¿Cuánto hace que conoces a Billy? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Se te ocurre dónde podría haber ido? ¿Qué redes sociales utiliza Billy?». La policía habló con su abuela y sus abuelos, con su tío Stephen, y con el señor Edwards y la señora Christian, de la escuela.

Mark.

Pasaron mucho tiempo hablando con Mark, junto a mí y a solas. Le pidieron que les relatara la discusión de la noche anterior, palabra por palabra, y le plantearon una pregunta tras otra sobre la reacción de Billy y si Mark creía que lo ocurrido podía bastar para provocar su huida.

Un niño no desaparece sin razón, eso es lo que me repetía a mí misma. Pero nunca hubo ninguna razón. No hasta que he encontrado el álbum de

fotos. No voy a..., no puedo... permitirme creer que Mark sea capaz de hacerle daño a Billy, pero nunca podré perdonarme si la verdad se esconde entre las tapas de ese álbum gris. Tengo que contárselo a la policía. Tengo que entregárselo.

–Por el amor de Dios, Claire, ¡di algo!

Me obligo a mirarlo a los ojos. Luego le digo una mentira flagrante:

–No, no creo que tú fueras el responsable.

–Gracias a Dios. –Se hunde en sí mismo y se cubre la cara con las manos–. Gracias a Dios por eso.

Durante varios minutos ninguno de los dos dice una palabra; luego yo me meto la mano en el bolsillo, saco el teléfono y lo hago girar en mis manos.

–¿Mark?

–¿Mmm? –Emite un sonido grave y gutural desde detrás de sus manos.

–¿Te has encontrado con alguien hoy, mientras estabas en el trabajo?

Los dedos le resbalan por las mejillas y vuelve su rostro hacia mí.

–¿Qué quieres decir?

–¿Te has encontrado con alguien a quien conozcamos?

Él cierra los ojos y se frota las sienes con los dedos pulgar e índice, como si le doliera pensar.

–Sí. Me..., me he encontrado con la tutora de Billy. ¿Cómo...?

–Eddie Christian.

–Eso. Me la he encontrado delante de una de las consultas. El Consultorio Nevil Road, creo. ¿Por qué?

Dejo el teléfono sobre el brazo del sofá.

–Por nada. Curiosidad.

–¿Qué pasa? –Me dedica una mirada inquisitiva.

–Nada. –Miro el álbum de fotos, apoyado en el sofá entre nosotros–. Nada en absoluto.

Cenamos en silencio un pastel de carne con puré de patatas descongelado, que voy moviendo por el plato con el tenedor mientras el parloteo de un concurso resuena desde el televisor, en la esquina de la habitación, y nosotros tratamos de simular que es un viernes por la noche normal. Yo no dejo de mirar el reloj, con la esperanza de que Jake vuelva más pronto de lo que ha dicho, para que haya alguien más en la casa. No porque Mark me dé miedo. No me lo da. No me lo ha dado nunca. Sólo temo soltar algo desagradable si me quedo callada un segundo más. Si Jake aparece, hablaremos de cosas

normales, cómo de lo mucho que le ha hecho trabajar su jefe o lo exigentes que son los clientes. En cuanto vuelva, podré dejar de imaginar la expresión de la cara del detective Forbes a medida que pasa las páginas del álbum de fotos.

Mi teléfono me pita desde el brazo del sofá. Un mensaje de Liz.

«¿Cómo estás?».

«Cansada –le contesto–. Y con la cabeza completamente destrozada».

«No me sorprende. ¿Has hablado con ya sabes quién?».

«Sí. Dice que encontró el álbum en el cuarto de B y lo escondió en el garaje para que no me disgustara. Dice que no sabe por qué lo hizo Billy».

«¿Le crees?».

Alzo la vista y miro el plato que hay en la mesita auxiliar, junto al sillón de Mark. Apenas ha tocado el pastel, y hay un plastón de puré en el tenedor abandonado.

«No lo sé –le contesto–. Creo que voy a llevar el álbum a la comisaría mañana, pero no paro de cambiar de opinión. ¿Y si lo llaman y resulta que no es nada?».

«Entonces podrás dejar de agobiarte».

Miro a Mark, la leve protuberancia de su barriga bajo su camisa, el mechón de pelo blanco en las sienes y el tono gris de su piel. Ha envejecido mucho en los últimos seis meses. Los dos lo hemos hecho. Deslizo el pulgar por el teclado de mi teléfono:

«Podría significar el final de mi matrimonio, Liz».

«¿Sería lo peor del mundo? (No me odies por decir esto)».

No contesto. En su lugar, contemplo el teléfono y me obligo a no llorar. Estas noticias aparecen sin parar en los periódicos: la cantidad de matrimonios que no sobreviven a una tragedia como la desaparición o el asesinato de un hijo. No quiero formar parte de esa estadística.

¿Es mi orgullo el que habla o es que sigo queriendo a mi marido? Mucho antes de que Billy desapareciera, daba la sensación de que nos estábamos alejando. Vivíamos en la misma casa y compartíamos la misma cama, pero poco más. No sé si era porque habíamos llegado a esa fase de nuestra relación en que ya no valorábamos al otro, o si se trataba de algo más serio. En las semanas y meses posteriores a la desaparición nos aferramos el uno al otro, pero la brecha que nos separa ha vuelto a ensancharse. Hay momentos en los que me siento unida a él, pero estoy tan cansada... Tan increíblemente

cansada... Cuanto más me esfuerzo por mantener unida a esta familia, más débil me siento. Me estoy derrumbando por dentro. Si Mark es responsable de la desaparición de Billy, creo que eso acabaría conmigo.

El móvil vibra con un nuevo mensaje de Liz.

«¿Le has contado lo del desmayo?».

«No».

Esta noche le he estado dando vueltas a miles de cosas, pero lo que me ha pasado a mí no es una de ellas.

Liz manda otro mensaje.

«¿Quieres que te acompañe mañana a la comisaría?».

«Gracias, te lo agradecería. Te paso a buscar a las nueve si te va bien, ¿vale? Besos».

Pulso la tecla de ir hacia atrás y miro la lista de mensajes que he enviado recientemente. El nombre de Stephen está casi en lo más alto. Se crecería insoportablemente si supiera lo del álbum de fotos.

—Me voy al pub —anuncia Mark al tiempo que se levanta del sillón, recoge su plato y luego extiende el brazo para coger el mío. Arquea las cejas al ver mi comida sin tocar—. ¿Todo bien?

¿Bien? ¿Acaso no le preocupa lo más mínimo lo que pueda hacer con el álbum de fotos? ¿Cómo es posible que no tenga ni idea de lo que me pasa por la cabeza?

—No tengo hambre.

—Me refería a si te molesta que vaya al pub. ¿No deberían haber vuelto ya Jake y Kira?

Dios mío, Kira. Me he olvidado por completo de que le he pedido que se marchara para poder hablar con Mark. Tengo que enviarle un mensaje y decirle que ya puede volver.

—Jake trabaja hasta tarde y Kira ha ido a casa de una amiga. Ve al pub.

Dirige la mirada hacia el álbum de fotos, que sigue apoyado en el sofá, a mi lado.

—Lo siento —dice.

—¿Qué?

—Haberme reído. Cuando me has preguntado en la cocina si sabía algo de esto. Después de todo lo que nos ha pasado en las últimas semanas, no pensaba que nada más pudiera ir mal. Y entonces, al ver el álbum y la expresión de tu cara, he pensado: «Joder, ahí vamos otra vez». Y me he reído.

No porque sea divertido, sino porque parecía una broma macabra. Lo siento, Claire. No debería haberme reído. Te he asustado.

–Estoy demasiado cansada para seguir hablando de esto.

–Lo sé. Por eso me voy al pub. Para darnos espacio a los dos.

Asiento con la cabeza.

–Sí.

–Muy bien, pues. –Su mirada se demora en mi rostro–. Volveré a las diez.

Mañana entro pronto a trabajar y...

El ruido del timbre lo interrumpe.

Me muevo para ponerme de pie, pero Mark niega con la cabeza.

–Tranquila. Yo abro.

Mientras desaparece por el pasillo, el presentador del programa de entrevistas de la televisión cruza a saltitos el plató, como si tuviera los pies en llamas. Oigo ruido de platos en el fregadero y el murmullo grave de la voz de mi marido al abrir la puerta.

Segundos después un hombre aparece en la puerta de la salita.

–Hola, Claire –dice el detective Forbes–, perdone por pasar tan tarde. ¿Le importa que me siente?

Capítulo 28

El detective Forbes sabe lo que he hecho. Lo veo en su mirada seria y en el gesto tenso de su boca. Ha venido a detenerme por atacar al ciclista. Me han denunciado, él o la mujer que se detuvo con el coche. Tengo que hablarle del desmayo, ese del que aún no le he hablado a Mark. Le diré al detective Forbes que hable con la doctora Evans. Y con Liz. Ella sabe lo que pasó. Ella vio el estado en que me encontraba cuando me recogió. Testificará que mi estado mental no era el normal.

–No era mi intención hacerle daño. –Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

–¿Hacerle daño a quién? –El detective Forbes da un paso hacia mí y Mark lo sigue.

–Al ciclista. No pretendía tirarlo de la bici al abrir la puerta del coche. No lo vi, de verdad.

–Claire. –Mark pasa rápidamente junto al detective Forbes y se reúne conmigo en el sofá. Me rodea los hombros con el brazo y me acerca a su lado–. El detective Forbes ha venido a hablar de Billy. Tiene novedades.

–¡Billy! ¡Oh, Dios mío! –Me llevo las manos a la boca.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y se me erizan miles de pelos en la superficie de la piel. Son malas noticias. Lo veo en la expresión del detective Forbes. En sus ojos.

–¿Les importa si me siento? –Se acomoda en el sillón de Mark sin esperar respuesta–. Claire, Mark. –Mira hacia el televisor, que sigue centelleando en la esquina de la habitación. No recuerdo que haya utilizado nunca nuestros nombres de pila–. ¿Les importa apagarlo?

Oigo el sonido de la voz de Mark, pero se pierde en el ruido blanco que resuena en mi cabeza.

El televisor se queda en negro. El detective Forbes se aclara la garganta y luego se pasa la lengua por los labios: la punta rosa asoma por su boca al

humedecerse el labio superior. Cada gesto, cada pequeño gesto que hace parece gigantesco. Me siento como si le estuviera mirando a través de una cámara de televisión que hace zum sobre su cara. Quiero pulsar la tecla de parar y rebobinar hasta sacarlo de la habitación. Y luego quiero rebobinar mi vida hasta la noche en que Billy se marchó y más allá, saltarme mi salida de casa hecha una furia, la discusión, la visita a comisaría para recogerlo, su primer día de escuela, todo hasta llegar al momento en que nació. Cuando estaba en mis brazos. Cuando no lo perdía de vista ni siquiera un segundo. Cuando estaba a salvo.

—Claire, Mark. Ha habido un avance en el caso de Billy y me temo que no son buenas noticias.

La imagen de Billy a salvo en mis brazos se vuelve gris y se distorsiona a medida que el ruido blanco de mi cabeza se cierra a su alrededor y él se desvanece. Una voz grita en mi cabeza a través del ruido blanco: «¡Detenlo! Detén a ese hombre, que no hable. No quiero escuchar lo que está a punto de decir».

—¿Les suena de algo el nombre de Jason Davies?

¿Jason Davies? Cierro los ojos y escarbo en mi memoria buscando a alguien, quien sea, a quien haya conocido con ese nombre, pero lo único que veo son las caras de mis amigos y mi familia, dando vueltas en la oscuridad.

—No —dice Mark, y me da un codazo—. ¿Claire?

Me he quedado paralizada, pero de algún modo consigo abrir los ojos y niego con la cabeza.

—¿Debería sonarnos de algo? —pregunta Mark.

—Tengo una foto.

El detective Forbes se agacha y coge un maletín negro que tiene a sus pies. ¿Lo llevaba en la mano cuando ha entrado? No lo recuerdo. No recuerdo nada aparte de la expresión sombría de su cara cuando ha aparecido en la puerta.

—¿Conocen a este hombre? —Nos tiende una hoja de papel A4.

La fotografía se agita al cogerla Mark de manos del detective Forbes, antes de volver con ella al sofá sujetándola con mano vacilante por los bordes, como si fuera una bomba a punto de explotar. La deja sobre sus muslos. Un hombre de cuarenta y bastantes años nos mira desde ella. Tiene la cara alargada y chupada por debajo de los pómulos, ojos soñolientos y labios largos y finos. Su pelo entrecano ralea por delante y lo lleva bien cortado. Su

rostro es anodino. Parece alguien que podría vivir en la casa de al lado, o trabajar tras el mostrador en el centro de jardinería, o tocar la guitarra en el pub un viernes por la noche. Pero es en sus ojos en lo que me concentro: vacíos, sin expresión, dos fríos pozos grises con pupilas afiladas. Quiero apartar la vista antes de que su cara se me quede grabada en la cabeza, pero no puedo dejar de mirar.

–No. –Mark agarra la foto y se la devuelve al detective Forbes.

Yo inspiro, llenándome los pulmones de aire. ¿Cuánto rato llevo aguantando la respiración?

–¿Claire? –El detective Forbes me mira–. ¿Lo conoce?

–No lo he visto nunca. ¿Quién es?

Se frota la barbilla, ensombrecida por una barba de dos días, y Mark me coge de la mano. Yo aprieto la cara contra su hombro y cierro los ojos con fuerza. Oh, Dios, por favor. Por favor, no dejes que diga...

–Ha confesado haber matado a Billy. Y aunque todavía no tenemos pruebas de que él fuera el responsable, hemos iniciado una investigación...

Un grito ahogado se me queda atrapado en la garganta, seguido por un gemido de angustia que me nace en las entrañas y me recorre el cuerpo antes de salir por mi boca.

No.

No.

No.

NO.

Un rugido resuena en la habitación; primario y terrorífico. Me aferro a Mark instintivamente, pero el sonido procede de él.

–Claire. Mark. –Percibo una mano en el hombro y oigo la voz del detective Forbes en mi oído.

Mark se sume en el silencio, pero yo me noto tensa. Quiero que el policía se vaya. Lo quiero fuera de nuestra casa para poder dejarme caer al suelo y golpearme la cabeza contra él hasta que me desmaye.

–Mark. –La mano sigue en mi hombro, pero la voz suena un poco más baja–. Mark, escúcheme. Por ahora es sólo una confesión. Jason Davies está en la cárcel; le confesó a su compañero de celda que estaba implicado en la desaparición de Billy; luego oyeron al compañero comentarlo con otro recluso y...

–Entonces, ¿puede ser que mienta?

—Es una posibilidad, Mark. Pero debemos tomarnos muy en serio las confesiones de esta clase.

—¿Lo ha hecho antes? —Percibo el miedo y la ira en la voz de mi marido—. ¿Por eso está en la cárcel? ¿Ha atacado antes a niños?

—No puedo compartir información con usted, Mark. Lo lamento.

—Pero ¡sí puede decirme que ha confesado que mató a nuestro hijo!

—Mark, sé que esto es difícil...

—¿Difícil? Acaba de anunciarme que alguien ha confesado haber matado a nuestro hijo, nuestro hijo, y usted cree que es difícil. Yo...

—Esto no es fácil para nadie, Mark. Tenía que informarlos de las novedades. Necesitábamos saber si ustedes o Billy conocían a este hombre.

Aparto mi cara del hombro de Mark.

—¿Qué está insinuando?

—Es una línea de investigación, Claire —contesta en voz baja—, y tenemos que seguirla.

—Ese tal Jason Davies, ¿es un pedófilo?

—Billy no es el único chico al que ha confesado haber secuestrado o matado. También dio otros nombres.

—Oh, Dios mío. —Me llevo las manos a la cara. Tengo las mejillas húmedas bajo las yemas de los dedos.

Mark no dice nada. Está mirando al detective Forbes con los labios entreabiertos y los ojos anegados de miedo.

El detective Forbes se balancea hacia atrás sobre los talones y nos mira alternativamente a Mark y a mí.

—Es muy importante que guarden en secreto las novedades, y les insto a que no se lo revelen a nadie aparte de su familia más cercana, sobre todo a los medios, pues podría entorpecer nuestra investigación. Tampoco deben tomar represalias o llevar a cabo sus propias pesquisas, ya que podría perjudicar cualquier cargo que planteáramos en el futuro contra este hombre. ¿Lo entienden?

—Sí. —La voz de Mark es apenas un susurro.

—¿Claire? —El detective Forbes me mira—. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Los mantendremos informados de cualquier novedad, y tengan presente que es posible que lleve un tiempo. Por lo menos unas cuantas semanas. —

Mira de nuevo a Mark—. ¿Quieren hacerme alguna pregunta? Teniendo en cuenta lo que he dicho antes de que hay información que no puedo divulgar.

Mark niega con la cabeza. Parece ido.

—¿Claire?

—No.

—De acuerdo. —Se levanta del sillón y gruñe al estirar las piernas—. Ahora les dejaré un poco de espacio. Lamento no haber podido traerles noticias más positivas. No se levanten —añade, aunque tanto Mark como yo seguimos paralizados en el sofá—. Sé dónde está la puerta.

Cruza la salita en seis largas zancadas y desaparece por el pasillo. Yo aprieto los dientes y me clavo las uñas en las palmas de la mano, pero es imposible retener la oleada de dolor que crece en mi interior, y suelto un aullido de aflicción.

Capítulo 29

Jake y Kira entran dando traspiés por la puerta de atrás a las 23:12, riendo y haciéndose callar el uno al otro. Se oye un ruido sordo y luego la madera rechinar sobre las baldosas, como si uno de los dos se hubiera dado un golpe con la mesa de la cocina.

–Mierda –grita Jake–. Se me ha caído el kebab.

–Seguro que así está más bueno.

Sus voces suben de volumen hasta el once* y ambos chocan con las paredes, alegres y borrachos, mientras Mark y yo permanecemos sentados el uno al lado del otro en la salita a medio iluminar, cogidos de la mano. Deben de haber quedado en el pub cuando Jake ha acabado de trabajar. Tengo la palma de la mano pegajosa de sudor y me duelen los dedos, pero de ninguna manera puedo soltar la mano de Mark. Hace unas horas le pedí que apagara la lámpara del techo y encendiera una lamparita en su lugar. Me siento como un nervio expuesto. Los ruidos de la cocina hacen que me duelan los oídos. Tengo la garganta seca y siento como si mi lengua fuera demasiado grande para mi boca. No recuerdo cuándo he bebido algo por última vez.

–Dios, esto apesta –dice Kira, cuya voz suena cada vez más cerca–. El cuarto va a oler como un matadero.

–Ya, ya. Si te encanta la carne...

–¡Jake!

Él se ríe.

–Vale, vale –dice–. Me lo comeré en la sala. Podemos mirar...

Entra en la salita. Y entonces se para.

–Ups. –Kira choca con él y la risa se le congela en la garganta al mirar por encima del hombro de él. Su mirada se cruza con la mía.

–¿Qué pasa? –dice Jake–. Mamá, ¿qué ha pasado?

–Sentaos, chicos.

Jake no mueve un músculo. Un trozo de lechuga marchita se cae de la caja

que sostiene sin mucha fuerza en la mano derecha y acaba en la moqueta.

–Mamá –repite Jake–, ¿qué ha pasado?

Todavía lleva puesto el uniforme de trabajo: sus vaqueros deshilachados por el dobladillo y sus deportivas con los bordes llenos de polvo. Tiene la barbilla punteada con una barba de dos días y el pelo rubio retirado de los ojos. Detrás de él, el labio inferior de Kira está manchado de rojo, por una bebida o restos de su pintalabios.

–Sentaos –repite Mark, pero su voz está ya desprovista de autoridad y nadie se mueve–. Jake. Kira. El detective Forbes ha venido hace un rato. Tenía novedades sobre Billy.

Jake se balancea sin moverse del sitio y una gruesa loncha de carne del kebab cae al suelo. Por un segundo pienso que va a desmayarse, pero luego se recompone.

–Un pederasta... –dice Mark–, un pedazo de basura que está en la cárcel le contó a su compañero de celda que había secuestrado y matado a Billy. También ha confesado haber matado a otros niños.

Kira es la primera en reaccionar. Suelta un grito ahogado y sale corriendo de la habitación hacia las escaleras, con la bolsa rebotando contra su hombro.

Jake no da señales de ir a seguirla. La conmoción se dibuja en cada línea de su rostro.

–¿Mamá?

Me gustaría decirle que no es verdad, que es el peor de los chistes malos. Que Billy está en su cuarto, en el hospital, en la comisaría. Me gustaría decirle cualquier cosa excepto la verdad.

–¿Mamá? –La palabra está cargada de miedo.

–Es verdad, cariño.

–La policía está investigando –continúa Mark–. Dicen que es posible que no sepamos nada más hasta dentro de unas semanas. No podemos compartir las novedades con nadie que no sea de la familia, y no sueltes ni una palabra en Facebook.

El tictac del reloj suena en la esquina de la sala, como un mecanismo de relojería amarrado dentro de mi hijo. Me abrazo a mí misma, esperando su explosión de cólera y furia.

Pero no llega.

Se agacha doblando las rodillas y estoy segura de que se va a derrumbar, pero entonces recoge la loncha de carne y el trozo de lechuga de la moqueta y

vuelve a meterlos en el recipiente de poliestireno. Luego lo cierra poniendo de nuevo la tapa de plástico con sus grandes manos temblorosas, se da la vuelta y sube los escalones de uno en uno.

Capítulo 30

A diferencia del terapeuta que la policía me asignó tras la desaparición de Billy, Sonia trabaja en casa. Estamos sentadas en la habitación interior de su casa adosada en Bedminster, no en un bloque de oficinas en la ciudad. Es una habitación luminosa y aireada, decorada en distintos tonos de marrón y beis, con pequeños toques de naranja: los cojines del sofá, la pantalla de la lámpara de pie en la esquina de la habitación y una hortensia solitaria en un jarrón sobre la chimenea de hierro negro. A primera vista parece una sala de estar, pero está ordenada con demasiada meticulosidad. No hay juguetes acumulando polvo bajo el sofá ni libros abiertos en el brazo del sillón ni una Coca-Cola *light* abandonada en la mesa del centro de la estancia. Es acogedor, pero no hay indicios de la personalidad de Sonia. Me imagino que está hecho a propósito.

Mark no fue a trabajar ayer. Jake tampoco. Lo oí hablando con Kira en voz baja tras la puerta cerrada de su dormitorio al ir al baño, poco después de las siete de la mañana.

El viernes por la noche Mark y yo nos quedamos muchas horas despiertos en la salita. Los dos lloramos y nos turnamos para abrazarnos y consolarnos, susurrando tópicos como: «De peores cosas hemos salido», «Podemos superarlo» y «Seguro que es un malentendido. Jason Davies ha confundido a nuestro hijo con el de otra familia».

Ninguno de los dos quería irse a la cama, pero el agotamiento acabó calándonos los huesos y nos arrastramos escaleras arriba poco después de la una de la madrugada. Yo dormí mal; me despertaba a cada hora, igual que cuando Billy era pequeño. Sólo que esta vez no era su carita, vuelta hacia mí desde su cuna mientras él maullaba para pedir leche, lo que me despertaba de golpe. Billy se me aparecía en sueños, llorando, gritando, alargando la mano hacia mí, suplicándome que lo salvara. Al despertarme el sábado por la mañana, pasé directamente de la cama cálida al frío teclado del ordenador.

Busqué en Google «psicoterapeuta cualificado Bristol», como me había sugerido la doctora Evans, y el primer nombre que apareció fue el de Sonia. De alguna manera logré pasar el resto del fin de semana. Ahora todo está borroso. Ayer por la mañana llamé a Sonia en cuanto el reloj de la sala dio las nueve de la mañana.

Sonia apoya la espalda en el respaldo de la silla y entrelaza los dedos sobre el regazo. Me dedica una mirada apreciativa, pero es cálida y compasiva más que fría y desapegada. Antes, por teléfono, he llorado a mares al explicarle por qué necesitaba con urgencia una cita, así que ya tiene una idea de en qué se ha metido.

Es unos años mayor que yo, diría que está cerca de los cincuenta, pero tiene el rostro tirante y chupado de alguien mayor. Su vestido multicolor tipo caftán es diáfano, pero sus muñecas imposiblemente pequeñas asoman por las mangas y sus clavículas son tan prominentes que podría echar agua en los huecos triangulares de cualquiera de los dos lados de su cuello y no gotearía. Su pelo rojo intenso está recogido en un moño alto sujetos con dos palos de madera. De las orejas le cuelgan unos pendientes con cuentas.

—Cuéntame cómo te sientes, Claire.

Desde que Billy desapareció me han preguntado miles de veces cómo estoy, y sigo sin saber la respuesta. Estoy agobiada pero vacía, desesperada y al mismo tiempo insensible.

Meneo la cabeza.

—No lo sé.

—Muy bien, no pasa nada. En vez de eso, ¿por qué no me cuentas qué ha pasado? Tómate tu tiempo.

Son las once y cuarto cuando por fin termino de hablar y bebo un poco de agua. He estado hablando mientras Sonia escuchaba y asentía, sin apartar los ojos de mi cara ni un momento durante media hora.

—Gracias, Claire —dice al tiempo que yo dejo el vaso en la mesita baja que tengo enfrente—. Debe de haber sido muy difícil para ti revivir esa experiencia.

Asiento en silencio.

—Últimamente te han pasado muchas cosas, ¿no?

Se me parte el corazón. No quiero su lástima, quiero esperanza. Pero ella no pueda dármele. Nadie puede.

—Tenemos dos aspectos en los que hay que trabajar —continúa—. Los

episodios de amnesia que has sufrido y el dolor que sientes como resultado de la desaparición de Billy. Me gustaría tratarlos por separado, si a ti te parece bien. Y empezar con la amnesia.

–Vale.

–Eres una cliente privada –dice al tiempo que apoya los codos en las rodillas y se inclina hacia mí–, así que no tengo acceso a tu historial médico. Pero, por lo que me has contado de tus visitas al médico, parece probable que los episodios de amnesia que has sufrido sean de origen psicológico y no físico.

–La doctora Evans cree que pueden deberse al estrés.

–Sí –asiente–. Aunque creo que lo que te ha ocurrido se parece más a un trauma que ha dado como resultado dos episodios de amnesia psicógena.

–¿Psicógena? ¿Eso significa que estaba drogada?

–No. Quiere decir que el trastorno tiene un origen psicológico y no físico. También se conoce como amnesia disociativa.

¿Amnesia disociativa? Repito las palabras una y otra vez en mi cabeza, pero no significan nada para mí. Creía que recibir por fin un diagnóstico me tranquilizaría, pero lo único que siento es pánico.

–¿Amnesia? Pero si no me golpeé la cabeza. Oh, Dios, es... –un pensamiento me viene a la cabeza–, ¿son los primeros síntomas del alzhéimer?

Sonia niega con la cabeza.

–No, no tiene nada que ver con el alzhéimer. Se trata de un trastorno psicológico que suele producirse como resultado de un acontecimiento traumático: una guerra, abusos o una situación extremadamente estresante.

–¿Puedo evitar que vuelva a pasar? ¿Hay algún medicamento?

–No, medicamentos no. Aunque tengo la esperanza de poder evitar que tengas más episodios tratando la causa original. La fuente del trauma –añade.

–Amnesia disociativa. –Repito sus palabras, pero siguen resultando extrañas y ajenas–. Nunca había oído hablar de ella.

–Eso es porque sólo afecta a una parte muy pequeña de la población. Aunque una famosa la padecía: se cree que Agatha Christie desarrolló amnesia psicógena como resultado de la muerte de su madre y la infidelidad de su marido. Viajó a un hotel balneario en Harrogate y se registró con un nombre distinto. Dijo que era una madre afligida de Sudáfrica llamada Teresa Neele.

—¿Qué le pasó?

—Varios clientes del balneario la reconocieron, así que la policía llevó a su marido a Yorkshire para que la identificara. Ella regresó a casa y no volvió a hablar del tema.

—Dios. ¿Durante cuánto tiempo desapareció?

—Once días.

Once días.

Sonia percibe el miedo en mi cara y levanta una mano.

—No pasa nada, no tengas miedo. Estos períodos de amnesia temporal, o fugas, como se los denomina a menudo, pueden durar desde horas hasta días o meses. A veces la gente se construye una vida completamente nueva, igual que Agatha. Y no tienen ni idea de quiénes eran antes. Por eso te sientes tan desorientado al salir de una fuga: tu sentido de la identidad cambia por completo.

Aferro la bola mojada a la que he reducido el pañuelo de papel que tengo en la mano.

—Fue como despertarse en medio de una pesadilla. No sabía si estaba despierta o dormida. Estaba aterrorizada.

—Claro, es normal. Por lo general, alguien que padece una fuga se siente angustiado y desorientado, y desarrolla sentimientos de vergüenza, culpa, depresión e ira cuando termina. Has comentado por encima que hablaste con el recepcionista del motel al salir del primer episodio. ¿Qué clase de emociones experimentaste en ese momento?

No tengo que esforzarme mucho para evocar el bigote pelirrojo, la camisa a punto de explotar y la tablilla sujetapapeles que mantenía fuera de mi alcance.

—No pasa nada, Claire. —Sonia me mira la mano, con la piel tensa sobre los nudillos—. Sé que es duro revivir todos esos recuerdos, pero no hay nada que no puedas compartir conmigo.

—Estaba enfadada —digo—. Agresiva. Quería arrebatarme la tablilla y golpearle la cabeza con ella por ir tan lento. Me daba la sensación de que lo hacía adrede para impedir que yo buscara a Billy. —Hago una pausa—. ¿Ves? Sabía que te escandalizarías.

Los pendientes de Sonia se balancean de un lado a otro mientras ella niega con la cabeza.

—No estoy escandalizada en absoluto, Claire. ¿Te has sentido agresiva

hacia alguien desde entonces?

La miro directamente a los ojos.

–Sí.

–¿Y has materializado ese sentimiento?

–Le di una patada a un ciclista después de golpearlo al abrir la puerta del coche. Creía que iba a pegarme.

No hace ningún comentario; en su lugar, me indica que continúe con un gesto de la cabeza.

–¿Puedo...? –Hago una pausa, sin saber muy bien si tengo fuerzas para hacer la pregunta que me acosa desde mi segundo episodio.

–¿Qué ocurre, Claire?

–Cuando..., cuando volví en mí la segunda vez, tuve una visión de Billy tendido en el capó de mi coche. Estaba muerto. Pensé que lo había atropellado, pero es imposible. El parabrisas no estaba roto, el coche no había sufrido ningún daño y no había... –trago saliva–, no había sangre.

–¿Y te preocupa la posibilidad de haber tenido algo que ver con la desaparición de Billy? ¿Crees que podrías haber hecho algo que no puedes recordar?

Me clavo las uñas en la palma para dejar de llorar y asiento con un gesto brusco.

–Claire –dice Sonia en tono suave–. Estabas en casa de tus padres cuando Billy desapareció.

–Pero ¿y si tuve un episodio de éstos y no lo recuerdo? ¿Y si conduje de vuelta a casa e hice huir a Billy?

–¿Por qué ibas a hacer eso?

–No lo haría. –Niego con la cabeza–. Nunca le haría daño. Jamás.

–¿Tenía tu coche algún daño el día después de que él desapareciera? ¿Tuviste que llevarlo a un garaje para que te arreglaran el parabrisas?

–No, fui..., fui con el coche a trabajar y volví a casa al acabar el día.

–Creo –Sonia junta las palmas de las manos– que la visión que tuviste mientras estabas saliendo de tu fuga se parece más a una pesadilla inducida por los sentimientos de culpa.

–¿Por haber ido a casa de mis padres la noche que Billy desapareció?

Ella asiente.

–Creo que el sueño también manifiesta tu peor miedo.

–¿Que Billy esté muerto? No. Sigue con vida, estoy segura.

–De acuerdo. –Me mira, pensativa, y luego se reclina en la silla por primera vez desde que he empezado a hablar–. Dentro de un minuto haremos unos cuantos ejercicios para ayudarte a manejar tu ansiedad, pero antes tengo que asegurarte que lo que has experimentado, lo que has sentido y sigues sintiendo como resultado de tus fugas, es completamente normal. Y que los pensamientos agresivos que has tenido también son normales.

Normales.

El alivio que experimento es tan repentino, tan intenso, que me echo a llorar.

–¿Estás bien para continuar? –pregunta Sonia mientras mi llanto se calma y yo me apoyo en el respaldo del sofá, exhausta.

Asiento con la cabeza. Tengo que reunir hasta el último gramo de energía que me queda para hacerlo.

–¿Qué es lo que te ha hecho llorar justo ahora?

–El alivio por no haberme convertido en una especie de psicópata.

Una sonrisa comprensiva asoma a su rostro.

–No eres una psicópata, Claire. Estoy segura al noventa y nueve por ciento.

Cierro los ojos y respiro hondo para sosegarme. Mientras lo hago me viene a la cabeza una imagen de Billy tumbado en su cama con los auriculares cubriéndole las orejas y el portátil en la cama, a su lado. Alza la vista, como si de repente se hubiera dado cuenta de que estoy en la puerta, y luego me guiña un ojo. «¿Sólo al noventa y nueve por ciento, mamá? Eso significa que todavía hay un uno por ciento de posibilidades de que seas una psicópata».

Mi sonrisa debe de haberse materializado en mi cara, porque cuando abro los ojos de nuevo Sonia me está mirando con curiosidad.

–¿En qué estabas pensando, Claire? Justo cuando has cerrado los ojos.

–En Billy. Me imaginaba lo que diría si... –Mi voz se apaga.

En estos momentos de pensamientos felices que rompen la tristeza constante siento la necesidad de estrecharlos contra mi pecho y abrazarlos. Compartir la imagen de Billy con Sonia sólo serviría para diluirla.

–No pasa nada. –Esboza una sonrisa tranquilizadora–. No tienes que compartir lo que piensas si no quieres. Ahora –cruza las piernas y se echa hacia atrás en la silla– me gustaría dejar el tema de la amnesia si tienes fuerzas y hablar contigo de las novedades que el detective Forbes compartió con vosotros el otro día.

–¿Quieres que hable sobre lo que ha dicho Jason Davies?

–Sí.

Respiro hondo y cierro los ojos. Sólo que esta vez Billy no aparece por ninguna parte.

Sábado 8 de noviembre de 2014

Jackdaw44: *¿Está mal que quiera que vuelvas a besarme?*

Capítulo 31

No tengo ni idea de si mi sesión con Sonia ha sido efectiva o no. No he sufrido otro ataque de amnesia desde que la vi hace seis días, pero sigo teniendo sueños espantosos. Sueño que conduzco por Bristol buscando a Billy y entonces lo veo: está al final de la calle, con una gorra de béisbol calada en la cabeza y los hombros echados hacia delante frente al potente viento y la lluvia torrencial. Hay una furgoneta cuatro coches por delante de mí, y va lenta, tan lenta que maldigo al conductor para que pise el pedal del gas para poder alcanzar a mi hijo antes de que desaparezca. Entonces la furgoneta se detiene. La puerta del acompañante se abre y Billy sube. Yo grito y tiro de mi puerta, pero está atascada y no consigo salir. La furgoneta se aleja y yo no puedo dejar de gritar.

La falta de sueño ha borrado mis recuerdos de los últimos seis días. Ha venido gente y luego se ha ido. Mamá, papá, Liz. Ha habido abrazos, muchos abrazos. E incontables tazas de té. Los días se han sucedido mientras todos tratamos de aceptar lo que el detective Forbes nos contó sobre Jason Davies. En un par de ocasiones he cogido las llaves del coche con la intención de salir a buscar a Billy, sólo para dejarlas en su sitio unos segundos después, incapaz de respirar.

Mark regresó al trabajo al día siguiente de mi sesión con Sonia.

–Me quedo –dijo después de estirar el brazo para apagar la alarma del despertador–. Claire, si quieres me quedo contigo.

Yo negué con la cabeza. Se había pasado todo el día anterior dando vueltas por la casa como un animal enjaulado: se acomodaba unos minutos enfrente de la tele y se volvía a levantar para ir a la cocina a buscar una taza de té; luego al garaje y luego de nuevo a la casa. Se pasó mucho rato de pie junto a la ventana, mirando el parque que hay frente a nuestra casa. Me recordó a uno de los tigres del zoo de Bristol, que recorren arriba y abajo el mismo pedazo de hierba desgastada y miran a los visitantes que hay al otro lado de la

pared de cristal. Pueden ver cómo es la libertad, pero no tienen forma de escapar.

–No –le dije–. Tienes que ir a trabajar. Estaré bien. Jake me hará compañía.

–Si estás segura... –Percibí el conflicto en su voz al tiempo que estiraba los brazos y me atraía hacia él. Apreté la cara contra su pecho sin pelo e inspiré su cálido y soñoliento olor a almizcle–. ¿Entonces Jake va a tomarse otro día libre?

–Sí. Ayer por la noche me dijo que era incapaz de ir a trabajar.

–Estoy preocupado por él. Ayer se pasó todo el día en su cuarto.

–Saldremos a dar un paseo.

Mark me apartó el pelo de la cara y me besó en la frente.

–Creo que a los dos os vendrá bien tomar el aire.

Nunca llegamos a dar ese paseo. Cuando llamé a la puerta de Jake, me dijo que le dolía la cabeza y que igual podíamos ir más tarde. Llamé a mamá y fuimos con el coche a Chew Magna y dimos un paseo alrededor del lago. Ella no hizo alusión a la página web, el llamamiento o las fotos. Lo que hicimos fue cogernos de la mano y hablar de papá y sus partidas de bridge y el tiempo y la mujer de la tienda de la esquina a cuyo marido le habían diagnosticado un cáncer de próstata. Luego mamá me dijo que estaba muy preocupada por mí.

Le conté que había empezado a ir a una terapeuta otra vez, pero no mencioné la amnesia. Ella me apretó la mano y me di cuenta, no por primera vez, de lo duro que debe de ser todo esto para papá y ella. Soy su hija, Billy es su nieto. Deben de sentirse tan impotentes como yo. Por eso mamá se vuelca tanto en la web: es su manera de ayudar, de demostrar su preocupación.

Cuando regresé a casa, justo después de las once, Jake seguía en su cuarto. A las doce llamé a su puerta por si quería comer. Me dijo que no tenía hambre. A la hora del té me preguntó si Kira y él podían comer en su cuarto. Mark y yo nos comimos nuestro bistec con patatas y guisantes frente al televisor. Ni siquiera recuerdo si estaba encendido.

Al día siguiente recibí una llamada de Ian, el jefe de Jake, para preguntar si éste se había recuperado ya de la gastroenteritis. Yo vacilé antes de contestar, no muy segura de si debía mentir y decir que seguía enfermo o explicarle que habíamos recibido malas noticias. Ian sabe lo de Billy; Jake llevaba sólo unos

meses trabajando allí cuando desapareció, pero yo no podía contarle la verdadera razón por la que Jake no había ido a trabajar. No estábamos autorizados a contar lo de Jason Davies a nadie aparte de la familia. Ian no hizo preguntas cuando le dije que Jake estaba pasando un mal momento, pero lo dejó faltar al trabajo unos días más. Me sentí agradecida cuando se despidió.

Esta mañana ha vuelto a llamar. Que si podía decirle si Jake iba a volver al trabajo esta semana, pues tenían planificado un trabajo grande y necesitaba saber si debía contratar a alguien más o no. Le he pedido que esperara un momento y he llamado a la puerta de Jake. La ha abierto en cuestión de segundos, con los mismos calzoncillos largos que lleva puestos desde hace días, los ojos vidriosos y la mandíbula sin afeitar. Tras él, al otro lado del cuarto, las cortinas seguían corridas; la única luz era el brillo azulado de la pantalla de su portátil, que tenía la tapa medio cerrada.

–Ian quiere saber cuándo volverás al trabajo.

–¿Eh?

–Ian. Tu jefe. Tienen un encargo importante y quiere saber cuándo vas a volver o tendrá que contratar a alguien.

Jake se encoge de hombros.

–Pues vale.

–Perderás el trabajo si no vuelves pronto, Jake.

–¿A quién le importa?

–A ti. Te encanta tu trabajo.

–Toda esa mierda ya no importa para nada.

–¡Jake!

–Mamá –se ha pasado una mano por la cara–, ahora mismo no puedo ocuparme de esto. ¿Puedes decirle que ya lo llamaré?

Ha cerrado la puerta antes de que me diera tiempo a contestar. Me he quedado mirando la madera nudosa, con manchas grises semicirculares – restos de las pegatinas que ponía en su puerta de niño–, y he levantado la mano para volver a llamar, pero entonces me he acordado de que había dejado a Ian colgado al teléfono y he corrido escaleras abajo.

–Hola, Ian. ¿Te parece bien que Jake te llame esta noche?

Ha suspirado.

–Jake me cae bien. Y sé que tiene que enfrentarse a una situación familiar difícil, pero yo necesito un equipo en el que pueda confiar. Si no me llama en

las próximas dos horas, voy a tener que contratar a alguien. Lo siento, Claire. El negocio es el negocio.

No puedo ayudar a encontrar a Billy, pero todavía puedo cuidar a uno de mis hijos. Todavía puedo ayudar a Jake.

Capítulo 32

Resulta casi imposible encontrar un sitio para aparcar cerca de la Escuela de Arte de Bristol, así que dejo el coche en el aparcamiento de Trenchard Street y voy andando desde allí. A lo mejor Kira no es la persona adecuada para hablar de Jake. Quizá debería hablar con un médico. En enero vi cómo Liz se hundía en una depresión tras la marcha de Lloyd, y percibo los mismos síntomas en Jake. Está irritable, no tiene energía, no muestra ningún interés por las cosas con las que antes disfrutaba y se pasa todo el tiempo metido en su cuarto. Pero los antidepresivos no hacen efecto hasta al cabo de unas semanas y, si también pierde el trabajo, se pondrá peor. Estaba tan orgulloso cuando le ofrecieron su contrato de aprendizaje, tenía tantos sueños de poner en marcha su propio negocio y conseguir un sitio para vivir con Kira... Ella lo conoce mejor que cualquiera de nosotros. Si alguien puede convencerlo de que llame a su jefe, es ella.

Al acercarme a la gran puerta de entrada marrón de la Escuela de Arte de Bristol miro mi reloj: las 13:03. Es lunes, el día preferido de Kira porque sólo tiene clase hasta el mediodía.

Riadas de estudiantes salen del edificio. Ninguno me presta la más mínima atención a mí, una mujer de cuarenta y pocos con unos vaqueros de pitillo y una camisa blanca. A medida que la multitud se dispersa, se reducen mis esperanzas de encontrar a Kira. ¿Y si ha decidido quedarse a trabajar en su proyecto?

Doy un salto atrás cuando un camión baja atronando por la calle, levantando toda el agua del chaparrón de ayer por la noche con sus enormes ruedas, y por el rabillo del ojo veo un destello rosa.

—¡Kira! —Corro hacia ella, que se apresura calle abajo hacia el Triangle—. Kira, espera un momento. Tengo que hablar contigo.

Se detiene en seco y se vuelve lentamente, lastrada por el peso de la bolsa

para la cámara que lleva colgada al hombro y la gran carpeta negra que le cuelga de la mano derecha.

—¿Claire? —Está sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo de Jake. ¿Podemos ir a tomar un café?

Kira vierte agua caliente en la tetera de acero inoxidable, y luego mete una cucharita y remueve. Se pone roja al darse cuenta de que la miro.

—Me encantan las cosas antiguas como ésta. Me habría encantado vivir en los cuarenta o los cincuenta. La vida entonces era tan glamurosa... —Cierra la tapa de la tetera—. ¿Le pasa algo a Jake?

Doy un sorbo a mi café. Está ardiendo y me quemó los labios.

—¿Te ha comentado algo sobre lo que nos contó el detective Forbes?

—La verdad es que no. Pero sé que está enfadado. Y también se siente culpable.

—¿Culpable? ¿Por qué?

—Cree que debería haber protegido a Billy. Cree que ha muerto por su culpa.

—¿Piensa que Billy está muerto?

—Ya le he dicho una y otra vez que no. Está vivo. Necesito creerlo casi tanto como tú.

Se le crispan los dedos sobre la mesa al tiempo que dirige la mirada hacia la ventana y la animada calle fuera de la cafetería. Está pensando en su padre. Murió hace un par de años. De cáncer, creo que dijo Jake.

—Lo siento, Kira. Sé que esto también es duro para ti.

—Mmm. —Aprieta los labios con fuerza.

Abro la cremallera de mi bolso y le tiendo un pañuelo de papel por encima de la mesa.

—Toma.

—Gracias. —Se lo pasa por debajo de los ojos y luego respira hondo—. Es sólo que... ojalá nada de esto hubiera pasado. Sois una familia maravillosa y tú has sido tan buena conmigo que me destroza veros tan infelices. Ha sido horrible ver a Jake hecho polvo tras la desaparición de Billy. Hace poco me dio la sensación de que se estaba recuperando: disfrutaba en el trabajo y volvía a salir con sus amigos, pero entonces el llamamiento le hizo revivirlo todo y...

—Y luego apareció el detective Forbes.

—Sí. Me sabe muy mal por él, pero nada de lo que diga o haga sirve... —

Lágrimas nuevas ocupan el lugar de las que se han secado en sus mejillas—. ¿Alguna vez desearías poder huir, Claire?

Pienso en mi conversación con Sonia, cuando me dijo que mi primera fuga era mi subconsciente intentando huir de todo el estrés de mi vida. Es posible que Kira tenga diecinueve años, pero le han pasado ya tantas cosas: un padre muerto, una madre alcohólica y ahora esto. Está cargando con el dolor de Jake y yo he estado tan agobiada con mi propia pena que no me he parado a pensar que ella también podía estar sufriendo.

—Igual lo que necesitáis Jake y tú es pasar un fin de semana fuera. Alquilar una habitación de hotel, ir a Bath o a Weston...

Ella niega con la cabeza.

—Vale, tal vez no. Demasiado cerca de casa. —Me obligo a sonreír—. ¿Y Gales del Sur? Mi padre conoce a alguien que tiene una casita allí. Seguro que hace precios especiales para los amigos. Le diré a Jake que esta semana no hace falta que me pague el alquiler; podemos apañárnoslas. ¿Qué te parece? Los dos necesitáis daros un respiro.

—No estoy segura de que Jake quiera ir. Ni siquiera puedo sacarlo de la cama por las mañanas.

—Eso es porque no hay nada que lo motive, pero Jake haría cualquier cosa por ti, Kira. Eres todo su mundo. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente sin hablar, las lágrimas aún brillando en sus ojos.

—Quiero que vosotros dos seáis felices. Quiero que tengáis vuestro pisito y algo de independencia. Por eso he venido a buscarte. Hace un rato ha llamado el jefe de Jake: si no le devuelve la llamada esta tarde, perderá el trabajo. Si conseguimos convencer a Jake de que vaya tan sólo un par de días, luego podrá irse contigo. Así tendrá algo que lo motive. ¿Qué te parece?

Ella coge la tetera y abre la tapa. Luego vuelve a cerrarla, atrapando la voluta de vapor que intentaba escapar.

—No lo sé.

—No tienes por qué decidirlo ahora. Piénsatelo mientras vuelves a casa.

—Vale. —Vuelve a mirarme—. Si crees que puede ayudarlo, le preguntaré.

Una oleada de alivio me recorre.

—Sí lo creo. ¿Vas a beberte eso? —Señalo el té—. ¿O nos vamos ya?

—Vamos. —Asiente con la cabeza en un gesto decidido—. Antes de que me eche atrás.

Casi hemos salido por la puerta de la cafetería cuando un grupo de

adolescentes aparece en la acera y nos obliga a retroceder.

–Perdón, perdón. –Una rubia con cara de agobio me lanza una mirada de disculpa y luego se fija mejor–. Es usted, ¿verdad? La señora Wilkinson, la madre de Billy.

Tardo un par de segundos en ubicar su cara.

–¿Señorita Cristian?

–Sí. –Al tenderme la mano, media docena de brazaletes de plata bailan en su muñeca–. Vi el llamamiento televisado hace unas semanas. ¿Hay alguna novedad?

–No –contesto antes de que Kira pueda intervenir–. Por desgracia no.

–¡Rosie! –La señorita Christian me suelta las manos y hace un gesto en dirección a una mujer que está un poco más arriba–. Luego os alcanzo, ¿vale?

No reconozco a Rosie, pero, por la forma en que los adolescentes se reúnen a su alrededor, está claro que es una profesora. No recuerdo haberla visto en ninguna de las reuniones de padres de Billy. Debe de ser nueva.

–Los llevamos al día de puertas abierta de la Escuela de Arte –explica Edie, como si me hubiera leído el pensamiento–. Estoy convencida de que la mitad de los chicos no tiene el menor interés, pero son unas horas fuera de la escuela y... –Se encoge de hombros.

Estudio las caras de los alumnos que rodean a Rosie, pero no reconozco a ninguno. Un chico le susurra algo al oído a otro y se ve recompensado con una risa y un puñetazo en el hombro. Eso es lo que debería estar haciendo Billy: pasar el rato con sus amigos, contar chistes y picarse con ellos. ¿Dónde está?, susurra una voz en mi cabeza. ¿Dónde está?

–Billy tenía mucho talento artístico –dice Edie Christian con voz ahogada.

«Tiene», siento ganas de decir. Billy tiene mucho talento. Pero es como si alguien me hubiera colocado una banda alrededor del pecho que no me deja hablar.

Edie dirige su mirada hacia Kira.

–¡Kira Simmons! Dios mío, no te veía desde...

–Acabé la escuela hace tres años –dice Kira–. Estudio Fotografía aquí. – Señala la facultad con un gesto.

–Claro, claro. Tu proyecto de graduación iba sobre el deporte, ¿verdad? ¿Chicos que montan en BMX y *skaters*?

–Más o menos. El tema era la perseverancia.

–Eso es. Montones de imágenes de rodillas con rasguños y puños al aire en

gesto de alegría, si no recuerdo mal.

Kira desliza su mano por dentro de mi brazo doblado y me aparta levemente de Edie Christian. Al mismo tiempo, los dos chicos a los que estaba mirando desaparecen en medio de un grupo de gente que cruzaba la calle, y la presión de la banda alrededor de mi pecho se reduce.

—No sabía que os conocíais —dice Edie, mirando sin disimulo la mano de Kira en mi brazo.

—Kira vive con nosotros. Es la novia de mi hijo Jake.

—Recuerdo a Jake. Se esforzaba mucho. Vaya. —Se da la vuelta para mirar el grupo de estudiantes que está al otro lado de la calle—. Será mejor que me marche. Me alegro de haberla visto, señora Wilkinson. Supongo que está en contacto con el señor Edwards, pero, si hay algo que pueda hacer para ayudar, hágamelo saber.

—¡Señorita Christian! —la llamo mientras ella empieza a subir la calle.

—¿Sí? —Se da la vuelta.

—Usted se encontró con mi marido Mark cerca de Gloucester Road.

—¿Ah, sí? —Su expresión cambia. Es la misma expresión de preocupación que vi en la foto—. Sí, delante del médico. Me acuerdo.

—¿Cómo lo vio?

—Vaya. —Parece desconcertada—. Parecía estar bien. Lo lamento mucho, señora Wilkinson, de verdad que debo irme. Rosie no está legalmente autorizada que hacerse cargo ella sola de tantos chicos y... —Levanta la mano para despedirse y luego sale disparada para cruzar la calle mientras el semáforo pasa del verde al rojo.

—¿A qué ha venido todo esto? —pregunta Kira.

—No lo sé —contesto—. ¿Cómo era? De profesora, quiero decir.

Me interrumpe el sonido apagado de mi móvil, que suena dentro del bolso. El detective Forbes dijo que podían pasarse semanas avanzando en la nueva línea de investigación. Si la llamada es de él, sólo pueden ser malas noticias.

Un nombre aparece en la pantalla. Cuelgo sin contestar.

Martes 25 de noviembre de 2014

ICE9: *Tenemos que ir con cuidado. La otra noche me pareció ver a tu madre en la ventana.*

Jackdaw44: *Seguro que se preguntaba dónde estaba mi padre.*

ICE9: *¿Y dónde está?*

Jackdaw44: *En una conferencia. Eso si «conferencia» es una nueva palabra para decir que se está follando a otra.*

ICE9: *¿De verdad crees que engaña a tu madre?*

Jackdaw44: *¡¿Hola?!*

ICE9: *Sí, lo sé, pero a lo mejor lo que viste fue algo aislado.*

Jackdaw44: *Y tú dices que el ingenuo soy yo.*

ICE9: *Nunca he dicho eso.*

Jackdaw44: *Crees que soy demasiado joven para ti.*

ICE9: *¿He dicho yo eso?*

Jackdaw44: *No, pero sé que lo piensas.*

ICE9: *¿Así que ahora lees el pensamiento?*

Jackdaw44: *Ayer por la noche parecías un poco nerviosa.*

ICE9: *a) Me estaba congelando. b) ¡Estábamos en el parque de enfrente de tu casa!*

Jackdaw44: *Me gusta correr riesgos.*

ICE9: *No te andas con chiquitas.*

Jackdaw44: *Pero fue emocionante, ¿no? Sé que te excitó, el riesgo de que nos pillaran.*

ICE9: *No fue eso lo que me excitó.*

Jackdaw44: *👍*

ICE9: *¡Retiro el comentario de que no eres inmaduro!*

Jackdaw44: *Pero soy bueno, ¿no? En la cama.*

Jackdaw44: *(toses).*

Jackdaw44: *(toses más fuertes).*

ICE9: *Sí, lo eres. Capullo engreído.*

Jackdaw44: *Vayamos a Weston mañana. Reservaremos una habitación.*

ICE9: *Tengo que trabajar y tú has de ir a la escuela.*

Jackdaw44: *¡Escaquéate!*

ICE9: *Vives en un mundo de fantasía.*

Jackdaw44: *Y tú necesitas divertirte más.*

Capítulo 33

Me paso todo el camino de regreso a casa esperando que el teléfono vuelva a sonar, pero permanece silencioso en mi regazo durante todo el trayecto. Debería haberme imaginado que Stephen acabaría por tratar de llamarme al no recibir respuesta a su mensaje de texto. Si lo que busca es empezar de nuevo, tendré que contarle a Mark lo que dijo cuando fui a Wilkinson & Son.

No me sorprende ver que la furgoneta de Jake sigue aparcada en la calle, pero sí el coche de Mark. Cuando vuelve pronto, por lo general significa una cosa: va a ir a una conferencia o a un curso de formación, y ha venido a casa para ducharse, cambiarse y preparar una bolsa para pasar la noche.

En efecto, cuando entro en la cocina con Kira, Mark está sentado a la mesa con una montaña de papeles del trabajo apilados en una de las sillas, a su lado. Se pone de pie al verme y me da un fuerte abrazo antes de apartarse un poco sin dejar de abrazarme, para mirarme. Resulta tan tierno, tan cariñoso, se parece tanto al hombre del que me enamoré, que toda mi preocupación por Edie Christian y él se desvanece.

–¿Has tenido un buen día? –me pregunta.

–Interesante. –Bajo la voz mientras Kira pasa junto a nosotros para irse por el pasillo–. Fui a recogerla a la universidad para poder hablarle de Jake. Ian llamó esta mañana. Si Jake no vuelve pronto al trabajo, va a tener que contratar a otra persona.

–Oh, por el amor de Dios. –Pone los ojos en blanco y luego suspira–. No te preocupes, no voy a explotar de primeras. Tan sólo desearía...

–Lo sé. –Le pongo la mano en un lado de la cara–. Superaremos esto, igual que lo hemos superado todo.

Su mirada se suaviza.

–Eres una buena mujer, Claire. Lo sabes, ¿verdad?

–¿Y eso a qué viene?

–Hoy pensaba en ti mientras volvía a casa, en lo fuerte que eres. Lo siento.

—De repente se lo ve avergonzado—. No se me dan muy bien las cursiladas, pero quería que supieras lo mucho que te valoro, lo mucho que te quiero.

—No es una cursilada. Necesitaba oírlo.

—Entonces debería decirlo más a menudo, ¿no crees?

Me besa dulcemente en los labios y una de sus manos se desliza alrededor de mi cintura. Me atrae hacia él mientras el beso se vuelve más intenso y yo le rodeo el cuello con los brazos y se lo devuelvo. Cierro los ojos al tiempo que meses de miedo, frustración y agotamiento se esfuman, y me pierdo en el abrazo. Sus manos se desplazan de mi cintura a los lados de mis pechos y luego bajan a mi culo. Echo la cabeza hacia atrás mientras su boca viaja de mi boca a mi cuello y un gemido sordo se ahoga en el fondo de su garganta.

Un grito procedente del piso de arriba hace que nos separemos de un salto.

—¿Qué coño?

Mark sale primero de la habitación, corre por el pasillo y sube las escaleras de dos en dos, mientras yo me coloco bien el tirante del sujetador y lo sigo.

—¿Una escapada de fin de semana? —chilla Jake—. ¿Quieres que me vaya de vacaciones cuando un pervertido asqueroso le ha hecho Dios sabe qué a mi hermano? ¿Estás pirada o qué? ¿Cómo se te ocurre proponérmelo?

—¡Jake! —grito—. No ha sido idea de Kira, sino mía. Yo... ¡Kira! —Alargo el brazo cuando ella pasa por mi lado escaleras abajo—. Kira, ¡espera!

Corro tras ella y la cojo por la cintura al mismo tiempo que ella agarra el pomo de la puerta.

—¡Déjame en paz! —Se aparta de mí con los ojos enrojecidos. Churretones de maquillaje negro le bajan hasta la barbilla—. Por favor, Claire. Por favor. Déjame ir.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. —Tira de la maneta de la puerta—. Todo está jodido. Estoy pirada. Jake tiene razón.

—No. Tú no has hecho nada malo. Eres una chica atenta y considerada. Una buena chica.

—No, no lo soy. —Suelta la maneta de la puerta, pero sigue dándome la espalda—. Mi padre me decía que era una buena chica. Me decía cada día lo orgulloso que estaba de mí y cuánto me quería. Aunque eso no le impidió suicidarse, ¿verdad?

Se me ponen de punta todos los pelos de los brazos.

—Oh, Dios mío, Kira. No tenía ni idea.

–Me voy a casa de Amy –dice en tono monótono.

Tardo media hora en convencer a Jake de que salga de la leonera que es su cuarto y baje a la salita, donde Mark está sentado en el sofá sujetándose la cabeza entre las manos.

–¿Dónde está Kira? –pregunta Jake mirando hacia la cocina–. Tengo que hablar con ella.

–Se ha ido a casa de una amiga. –Le indico con un gesto que se siente en el sillón–. Y tú vas a tener que disculparte en serio si quieres que vuelva.

–No tiene otro sitio adonde ir –replica él en tono inexpresivo mientras se deja caer en el sillón.

–Dale un toque después de llamar a Ian. –Le tiendo el teléfono inalámbrico–. Dile que esta misma semana volverás al trabajo.

–¿Y si no quiero?

–¿Y si no quieres? –Mark salta del sofá con las manos cerradas en un puño a ambos costados–. ¿Te crees que a mí me gusta levantarme al amanecer para meterme en un atasco una hora cada día? ¿Crees que me gusta que una recepcionista amargada me diga que los médicos no pueden acudir a la reunión que programé hace tres semanas y para la cual he tenido que cruzar media ciudad? ¿De verdad te crees que prefiero ir a trabajar cuando podría quedarme aquí y cuidar de tu madre? Alguien tiene que traer dinero a casa. Alguien tiene que alimentar a esta familia y conservar un techo sobre nuestras cabezas.

Jake junta las manos y le dedica una lenta y sarcástica ronda de aplausos.

–Bueno, pues felicidades. El premio al padre del año es para Mark Wilkinson.

–Jake, ¡basta! –digo.

–¿Basta de qué? ¡Menuda gilipollez! Toda esa mierda de mantener a la familia... No lo hace por nosotros, lo hace por él. Y si no seguimos las normas, nos la llevamos caliente. No es un padre, es un puto dictador, y no estará contento hasta verme a mí también muerto y enterrado.

Le pongo las manos en los hombros y le grito a la cara: «¡BASTA!».

Él me mira con tal expresión de sobresalto, con un pavor tan desconcertado, que es lo único que puedo hacer para no echarme a llorar.

–Llama a Ian. –Me tiembla la mano al señalar el teléfono–. ¡Llama a tu jefe! –El corazón me late con tanta fuerza en el pecho que lo oigo en mis oídos–. Siento haberte gritado, pero sabes que tú vales más que esto. Que eres

más fuerte. Y no voy a quedarme parada mirando cómo te destruyes a ti y a todo lo que has querido. Ya he perdido a un hijo y no voy a perderte a ti también. ¿Jake? –digo mientras Mark sale silenciosamente de la habitación–. Tienes que llamar a Ian y decirle que esta semana volverás al trabajo. Y luego quiero que llames a Kira y te disculpes por haberle gritado. ¿De acuerdo?

–Vale. –Su voz es apenas un susurro.

Mark está en el dormitorio, sentado al borde de la cama con la maleta para pasar la noche fuera preparada y cerrada a sus pies.

–Pídeme que me quede –dice mientras yo ajusto la puerta con cuidado a mi espalda–. Sólo tienes que pedírmelo y me quedaré.

La cama chirría bajo mi peso al sentarme a su lado.

–No. Deberías ir. Y no te sientas culpable.

–Pues así es. –Son sólo tres palabras, pero están tan cargadas de dolor y pena que Mark parece doblarse bajo su peso.

–Tienes que ir a trabajar. Tenemos que mantener esta casa.

–Tú eres más importante que esta casa. Jake es más importante que esta casa. –Su voz se rompe al pronunciar el nombre de su hijo y yo lo rodeo con mis brazos.

–Me siento fatal –digo al tiempo que aprieto la cara contra el hueco de su cuello–. Le grité como una desquiciada.

–Me estabas defendiendo. Nunca antes habías hecho algo así.

Me revuelvo entre sus brazos para poder verle la cara.

–¿No?

Él niega con la cabeza. Hay tanta tristeza en sus ojos que soy incapaz de soportarla.

–Lo siento mucho.

–Antepones a los chicos, y así es como debe ser.

–No. –Meneo la cabeza–. No es cierto. Deberíamos haber sido un equipo. Debería haberte apoyado.

–No importa. –Me aparta un mechón de pelo de los ojos–. Al menos hemos vuelto a hablar. A hablar de verdad, quiero decir.

–Mark. –Me aparto un milímetro de él–. Tengo que hablar contigo de Stephen.

Se pone tenso.

–¿Qué pasa con él?

–No voy a volver más a Wilkinson & Son. Aún no se lo he dicho, al menos

de manera oficial.

Mark se inclina hacia delante y tira de la cremallera de su bolsa de viaje, aunque ya está cerrada.

–Vale.

–¿No quieres saber por qué?

–La verdad es que no. –Me dedica una mirada larga e inquisitiva y yo me ruborizo. Sabe que le estoy ocultando algo, pero, al igual que yo, no quiere más discusiones. Estamos más unidos de lo que hemos estado desde hace meses, y ninguno de los dos quiere hacer añicos nuestra frágil tregua—. ¿Y qué tienes pensado hacer ahora? ¿Buscar otro trabajo o esperar a que el detective Forbes vuelva a ponerse en contacto con nosotros para...?

Unos golpes en la puerta del dormitorio lo interrumpen.

–¿Sí?

La puerta se abre poco a poco y Jake aparece en el umbral con el teléfono fijo en la mano. Se pasa el peso de un pie a otro.

–He llamado a Ian –dice mirándome directamente a mí—. Volveré esta semana, dentro de unos días. También he llamado a Kira. Esta noche duerme en el piso de Amy. Le he dicho que la recogería por la mañana.

Se lo ve tan destrozado, tan contrito, tan profundamente avergonzado, que se me hace un nudo en el corazón. Uno de mis hijos ha desaparecido y el otro se está derrumbando ante mis ojos. Nunca en mi vida me había sentido tan impotente.

–Espera... –Levanta una mano con la palma hacia fuera al ver que voy a levantarme para abrazarlo—. Tengo que decir algo más. Papá. Yo..., esto..., sólo quería decirte que lo siento. Estaba... –Baja la vista al suelo y traga saliva—. Estaba fuera de mí. Lo siento. Sólo..., sólo estaba enfadado y...

–No pasa nada, hijo. –Mark pasa por encima de la maleta y cruza la habitación—. Lo entiendo.

«Abrazalo –le insto en silencio—. Por favor, sólo abrazalo». Pero Mark se limita a tender uno de sus brazos hacia su hijo.

–Cuida de tu madre –le dice al tiempo que le da un apretón en la parte superior del brazo—. Tengo que irme. –Se vuelve hacia mí—. Volveré el domingo por la noche. Llámame si pasa algo. Estoy aquí al lado, en Gloucester.

–Claro –contesto—. Estaremos bien, ¿verdad, Jake?

Pero nuestro hijo ya se ha escabullido entre las sombras.

Capítulo 34

–Entonces, ¿qué? ¿Estamos preparados para ver a unos cuantos vampiros en acción? –anuncia Liz al tiempo que entra en la sala, con un DVD bajo la axila derecha, una botella de prosecco en cada mano y dos copas cogidas con los dedos. Una de las botellas ya está abierta y el vino chorrea por el cuello y le moja la mano mientras ella se deja caer en el sofá. Son las 18:30.

–Has empezado pronto.

–Ya, ya lo sé. –Hace una mueca–. He cambiado un turno y estoy hecha polvo. ¡Oh, pizza! –Señala la caja abierta sobre la alfombra, frente al televisor–. ¿Puedo comer una porción?

–Claro. Jake se está comiendo la suya en su cuarto y yo no tengo hambre.

–Ah, ¿no va a bajar con nosotras?

–No. Creo que está mirando algo en su ordenador.

–¿Y Kira? –Da un bocado a una porción de pizza y se mete un trozo extraviado de *pepperoni* entre los labios antes de que caiga al suelo.

–Está fuera. –No le he explicado lo que ha pasado antes.

–Qué pena. Aunque seguramente ya la ha visto.

–¿Cómo está Caleb?

–Ha salido con su novio. –Sonríe al tiempo que vuelve a acomodarse en el sofá–. ¡Dios, qué falta me hace esto! –Me tiende las copas y luego vierte el vino tan rápido que las burbujas suben hasta el borde y se derraman por los lados–. ¡Perdón! Voy a por un paño.

–No pasa nada, no te preocupes.

Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que vi a Liz así de excitada. Sólo puede significar una cosa: Lloyd se ha puesto en contacto con ella.

–¿Estás bien, Liz?

–Genial. –Deja una copa sobre la mesa que hay junto al sofá y luego trata de introducir el devedé en el reproductor.

–¿Con qué te ha venido ahora Lloyd?

–Ay, Dios. –Suelta un profundo suspiro y se balancea hacia atrás sobre sus talones, sujetándose al televisor para mantener el equilibrio–. No hace falta que aguantes mis rollos.

–Sí la hace. ¿Qué quería?

–Los papeles de la hipoteca. Y sus extractos del banco y las cosas de la pensión. Creo que va a pedir el divorcio. Es un gilipollas. ¿Qué puedo decir? En fin. –Hace un gesto despectivo con la mano–. No voy a dejar que también me arruine esta noche. Tenemos vino para beber y una peli que ver, y no voy a pensar más en él. ¿Y tú qué, cómo estás?

Le doy un sorbo al vino.

–Digamos que tengo muchas ganas de ver la película.

–Genial. –Me dedica una sonrisa radiante–. Sabía que me caías bien por alguna razón.

Durante treinta minutos no hacemos nada más que beber vino y contemplar en la pantalla cómo una chica se cae repetidamente y un tipo de aspecto macilento y su familia igualmente macilenta se comportan de forma distante y misteriosa a la menor oportunidad. Después de acabarnos la primera botella, Liz pone el DVD en pausa para que yo pueda ir a la cocina a coger la otra de la nevera.

–Está para mojar pan –dice ella mientras yo vuelvo a llenarle la copa.

–¿Quién?

–Robert Pattinson. –Hace un gesto hacia la pantalla, donde la imagen congelada ha capturado al actor en actitud melancólica y torturada.

–Pero ¡si debe de tener doce años!

–De hecho, tenía veintidós cuando rodó esta película.

–Pero en la película va al colegio, así que se supone que tiene ¿cuántos? ¿Dieciséis?

–Ahora en serio, Claire. –Pone la pausa y luego hurga en el bolso buscando su móvil. Pulsa algunas teclas y gira la pantalla hacia mí–. Mira esto.

–¿Es el Tinder? ¡Así que te lo has instalado!

–Sí. Quiero demostrarte algo. Mira... –le da un golpecito a la pantalla–, aquí están todos los hombres de por aquí que tienen más o menos la misma edad que yo. Pega un grito si ves alguno que crees que valga la pena.

Va pasando una foto tras otra, todas ellas de hombres de mediana edad. Algunos son calvos, otros tienen una buena mata de pelo, algunos están gordos, otros delgados, algunos van mal vestidos, otros con traje y otros

apenas llevan nada. Con la salvedad del hombre medio desnudo que flexiona el bíceps frente al espejo del lavabo y frunce el ceño a la cámara, me sorprende lo normales que parecen todos. Es la clase de hombres que verías en el pub, en el súper o en el trabajo.

–Sigo esperando que des un grito cuando veas uno apropiado –dice Liz, y continúa pasando las fotos de una enciclopedia de hombres.

–Ése –digo.

–Vale.

Mira al hombre que he elegido. Está sentado sobre una manta de pícnic con un vaso de cerveza en una mano y la cabeza echada hacia atrás en una carcajada. Tiene el pelo entrecano por encima de las orejas, pero largo y espeso por arriba. Una mandíbula fuerte, nariz romana y buena piel. Por encima de cualquier otra cosa, parece alguien con quien te echarías unas risas.

–Vale, te concedo éste. –Desliza el dedo por la pantalla hacia la derecha y se ríe–. O mejor me lo concedo a mí. A ver, ahora cambiaré las edades y pondré de dieciocho a treinta. Grita si ves alguno que esté bueno.

Aparece una foto de un tipo bronceado de pie junto a una piscina y Liz me arquea una ceja.

–¿Está bueno o no?

–Bueno, sí, pero...

Desliza el dedo hacia la derecha.

–¿Y éste?

–Sí, pero...

–¿Y éste?

–Vale, vale. –Levanto una mano–. Lo pillo. Crees que los tipos jóvenes están más buenos, y quizá lo estén, pero tienes cuarenta y tres años, Liz. ¿De qué vas a hablar con un chaval de dieciocho?

Ella suelta una risita.

–¿Quién ha dicho nada de hablar? Claire, he estado con Lloyd veintidós años. Creo que me merezco un poco de diversión.

–Y así es, pero sigo pensando que el chico *Crepúsculo* es demasiado joven.

–Igual para ti. –Se ríe al ver la expresión de mi cara y coge el mando a distancia–. Venga. Vamos a ver la peli.

Liz cruza la calle haciendo eses y sube por el camino que lleva a su casa. Se detiene para saludarme al llegar a su puerta, y luego se le cae la llave al suelo

y maldice elevando el tono. Tras cuatro intentos, logra introducir la llave en la cerradura. Miro el reloj mientras ella cierra la puerta a su espalda: las 21:15. Se ha quedado dormida durante el último cuarto de hora de la película, con la copa de vino todavía en la mano y el teléfono iluminándose en su regazo cada vez que recibía una notificación de Tinder. He tardado una eternidad en despertarla. Repetir su nombre no funcionaba, así que la he sacudido con delicadeza por el hombro, lo cual le ha hecho murmurar: «Déjame en paz, estoy demasiado cansada para el sexo». Mis risas la han despertado.

Meto nuestras copas de vino en el lavavajillas y las botellas vacías en el cubo de reciclaje. Pese a la cantidad de vino que he bebido, me siento extrañamente lúcida mientras paso la bayeta por las superficies de la cocina y recojo todo. Al terminar, vuelvo a la sala de estar. Hace varias horas que no sé nada de Mark, y tengo que comprobar si está bien.

Mi móvil no se encuentra donde creía haberlo dejado, sobre la mesita auxiliar al lado del sofá, así que me pongo a gatas y miro debajo, por si acaso lo he hecho caer al levantarme y sentarme varias veces para ir a buscar más vino.

Me pongo de nuevo de pie. No hay nada debajo del sofá aparte de una gruesa capa de polvo y pelo en la moqueta, y varios pasadores de Kira. Y el móvil tampoco está en mi bolsillo. ¿Quizá debajo de un cojín?

El parqué cruje encima de mí cuando Jake va de su cuarto al baño. Mis uñas se llenan de migas al meter la mano por el borde del sofá, pero tampoco hay rastro del móvil. Eso quiere decir que, o bien está entre el cojín y el brazo del sillón, o bien en mi bolso, en la cocina. Me dirijo a la butaca y quito el cojín de un tirón.

Un teléfono sale volando y cae a los pies del sillón. Es un iPhone, pero no es el mío, sino un modelo nuevo. Pulso la tecla redonda de la parte de abajo y la pantalla cobra vida revelando la vista previa de un mensaje nuevo. Aunque el teléfono está bloqueado, puedo leer el corto texto palabra por palabra:

«Sé guardar un secreto si tú también sabes».

Capítulo 35

¿Dónde estoy?

¿DÓNDE ESTOY?

Está oscuro. Como la boca del lobo. No veo nada.

–¡Jake! –grito su nombre–. ¡Mark!

No viene nadie.

–¡Por favor, que alguien me ayude! –grito otra vez.

El sonido reverbera a mi alrededor.

–¿Hola? –La palabra se me queda atascada en la garganta–. ¿Alguien me oye?

Me tiemblan las manos al levantarlas del regazo y extender los brazos, vacilante. Avanzo a tientas en la oscuridad, dando manotazos en el aire. No hay nada, nada, y entonces los dedos de mi mano izquierda rozan algo frío y sólido, y me las llevo con brusquedad al pecho. Al mismo tiempo, algo afilado me pincha la barriga. ¡Está en mi regazo! Le doy un manotazo y me alejo de un salto. Mi espalda golpea contra una pared y los tacones me resbalan sobre el suelo.

Se oye un ruido fuerte, como si algo metálico hubiera golpeado las baldosas, y me quedo petrificada.

Quiero gritar para pedir ayuda, pero no puedo. No puedo hablar. Apenas puedo respirar.

Noto el trasero frío y mojado, como si un líquido me hubiese empapado la parte de atrás de los vaqueros hasta alcanzar mi piel. El aire está cargado de olor a orina y hierro.

Tengo que tranquilizarme. Si no, me desmayaré.

Me concentro en respirar, e inspiro y me lleno los pulmones de aire antes de espirarlo.

Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Poco a poco, mi respiración se calma y mis uñas, aferradas a la pared a la

que estoy pegada, interrumpen su incesante tamborileo.

—¿Hola?

La palabra resuena contra las paredes. Estoy en una habitación, en una habitación vacía. Toco con las yemas el suelo bajo mis pies. Las paredes y los suelos están embaldosados.

Vale. Vale. Estoy en una habitación. Estoy sola. Tiene que haber una puerta o una ventana, una forma de salir.

A medida que mi pulso se calma, la oscuridad que me rodea parece desvanecerse y los objetos emergen de la penumbra. Hay dos pilas a mi derecha, dos cubículos a mi izquierda y un urinario metálico en el otro extremo de la estancia. A su lado hay una puerta por debajo de la cual se cuele una rendija de luz.

Me pongo de pie y me acerco a ella. Al hacerlo, le doy con el tacón a algo que hay en el suelo y que sale disparado por las baldosas hacia las pilas. Emite un sonido grave y sordo al golpear la pared, y luego se queda quieto. Avanzo lentamente y miro debajo de las pilas.

Un cuchillo.

No grito. No caigo de rodillas. Y no corro hacia la puerta que hay más allá de las pilas.

Me pongo de pie.

Ahora sé dónde estoy. Sé lo que pasa.

Estoy soñando. Estoy dormida en el sofá de casa y busco a Billy. En cuanto lo encuentre, el sueño se acabará y yo me despertaré. Doy un paso hacia los cubículos con una mano extendida y empujo la puerta, con fuerza. El cerrojo golpea la pared con un sonido metálico.

Vacío.

Por supuesto. Billy nunca está en el primer sitio donde lo busco. Siempre tengo que insistir. Doy tres pasos hacia la derecha y empujo la segunda puerta.

Vacío.

—¿Mamá?

Me doy la vuelta, pero la persona con la piel pálida que me mira desde el espejo que hay sobre la pila tiene mis ojos, no los de Billy. Me llevo una mano a la frente y me aparto el pelo de la cara. En mi piel aparecen cuatro huellas dactilares ensangrentadas. Un sueño culpable. Una pesadilla en la que descubro que yo fui la responsable de la desaparición de Billy.

Me agacho y alargo la mano hacia el cuchillo que hay bajo la pila. Es uno de mis cuchillos de cocina. El mango está manchado de sangre. No lo toco, sino que abro mi bolso, colgado en bandolera, y saco un pañuelo de papel. Envuelvo el cuchillo con él, lo meto cuidadosamente en mi bolso y luego me lavo las manos. La sangre da vueltas en la pila antes de desaparecer por el desagüe.

Billy no está aquí. Tengo que seguir buscando.

En cuanto salgo por la puerta hacia la luz, dos figuras se acercan a mí a paso vivo. Un hombre y una mujer, sus rostros tensos por la preocupación. La mujer lleva un teléfono pegado a la oreja.

—Oh, Dios mío. —El hombre me alcanza antes y se para en seco—. ¿Qué ha pasado?

La mujer se acerca resoplando, sin dejar de hablar por teléfono; su respiración consiste en pequeñas y potentes exhalaciones.

—Ya la veo..., la tengo justo delante..., está de pie..., no parece que esté herida...

—¿Está bien? —me pregunta el hombre.

Sus dedos me rozan el brazo y yo lo aparto con brusquedad, y me doy un golpe en la mano con el marco de la puerta.

Siento un dolor intenso en la muñeca y me la llevo al pecho. Intento hablar, pero las palabras son un batiburrillo en mi boca y las rodillas me fallan.

—¿Qué ha dicho? —pregunta la mujer con el teléfono en la mano, mientras el hombre me coge por los hombros y me hace descender poco a poco hasta dejarme sobre el suelo.

—Algo de que es imposible sentir dolor en una pesadilla y «Oh, Dios, estoy despierta».

—¿Para qué has llamado a una ambulancia?

—Porque ese hombre parecía muy preocupado por ella.

—¿Por qué no has esperado hasta que la encontráramos? Como si el Servicio Nacional de Salud no tuviera bastantes problemas para que encima llamen al personal de ambulancias sin ningún motivo. Parece encontrarse bien y no está herida.

—Malcolm, que se haya puesto de pie otra vez no quiere decir que no esté herida. Sólo ha dejado de temblar.

—Seguramente es una prostituta. ¿Por qué si no iba a estar en el lavabo de

hombres a las diez de la noche?

Mientras ellos continúan discutiendo en susurros, aunque no lo suficientemente bajo como para que no los oiga, yo miro a mi alrededor. La pared es de un tono claro y está mugrienta, y unas escaleras grises con los bordes pintados de amarillo se abren hacia arriba y hacia abajo desde el pequeño cuadrado de cemento donde estamos los tres. Una barandilla de metal negro bordea la escalera y, en la pared, hay un cartel azul donde se lee: «¿Ha pagado y mostrado su tique?».

Estoy en un aparcamiento.

—¿Dónde estamos? —Toco a la mujer en el brazo.

—¡Oh! —Se aparta de mí dando un respingo y se agarra al brazo de su marido.

Él da un paso hacia mí al tiempo que esconde a su mujer a su espalda, protegiéndola. De mí.

—En Bristol. Se encuentra en un *parking* de varias plantas en el centro.

—¿Quién parecía preocupado?

—¿Disculpe?

El hombre me dedica una sonrisa comprensiva, pero en sus ojos se refleja ahora una emoción distinta. Cree que estoy drogada o borracha.

—Han dicho que alguien estaba preocupado. ¿Hablaban de mí?

—Hemos visto a un hombre —dice la mujer—. Ha pasado junto a nuestro coche gritando que una mujer se había desmayado en el baño de hombres.

—¿Era joven? —Mi corazón se encoge con esperanza—. ¿Como de unos quince años?

—No lo sé. —Mira a su marido.

—Llevaba ropa oscura, igual una sudadera con capucha, pero no le he visto la cara.

—Tengo que llamar a mi familia —digo—. Tengo que decirles dónde estoy.

Al abrir la cremallera de mi bolso veo algo envuelto en mi pañuelo de papel y el suelo parece abrirse a mis pies. El cuchillo es real. Eso tampoco lo he soñado.

—Se ha puesto muy pálida —señala la mujer—. Creo que se va a desmayar.

—¿Quiere sentarse en el escalón? —El hombre me tiende una mano con gesto vacilante—. Mi mujer ha llamado a una ambulancia. No debería tardar.

—Deje que le coja el bolso —se ofrece la mujer, pero yo lo aparto con rapidez antes de que pueda tocarlo.

El movimiento brusco hace que mis piernas cedan. Me agarro a la barandilla, pero el descenso es demasiado rápido y caigo a plomo, golpeándome la base de la columna con el borde afilado del primer escalón.

–No se mueva –dice el hombre al tiempo que se agacha junto a mí–. Es posible que esté herida.

–Me encuentro bien.

Me incorporo con cuidado hasta quedar sentada y me froto la parte baja de la espalda, que se contrae por el dolor.

–Oiga... –El hombre hace una pausa–. Perdone, ¿cómo se llama? Yo soy Malcolm y ella es Mandy.

Me mira expectante, esperando a que le diga mi nombre.

Yo intento ponerme de pie, pero las piernas me flojean demasiado como para soportar mi peso.

–Lo único que necesito es ir a mi casa. Creo que mi coche podría estar por aquí, en alguna parte.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta que lleva al aparcamiento, pero no tengo ni idea de dónde está mi coche, ni siquiera si está aquí o no. Es posible que haya venido andando o haya cogido un taxi, o que alguien me haya traído. Tengo una laguna en la cabeza.

–Tiene que esperar a la ambulancia –dice la mujer detrás de nosotros–. Es posible que se haya golpeado la cabeza al caer en el lavabo, y una contusión puede ser grave. Mi prima Sarah se cayó por las escaleras hace años y...

–¡Mandy! –Malcolm niega con la cabeza–. Ahora no.

–Pero le puede...

–Todavía no nos ha dicho cómo se llama. –El hombre vuelve la vista hacia mí.

Yo agarro el bolso que tengo pegado a mi pecho. Aunque el cuchillo esté envuelto en varias capas de pañuelos de papel y escondido bajo un pliegue de cuero, para mí es como si fuera un faro encendido. Si la policía aparece junto con la ambulancia, van a empezar a hacer preguntas que no puedo responder. ¿De quién es la sangre del cuchillo? ¿Quién ha sido apuñalado? ¿De dónde ha salido el cuchillo?

–Me llamo Kate –digo–. Kate Sawyer.

–Genial. –El hombre sonrío–. No creo que la ambulancia tarde mucho, Kate. Nos quedaremos a esperar contigo hasta que llegue.

–No. Nada de ambulancias, por favor. Lo único que quiero es irme a casa.

Gracias por vuestra ayuda. –Me obligo a ponerme de pie y, agarrada a la barandilla, bajo los escalones de uno en uno.

–¡Espera! –me llama Malcolm–. Por lo menos déjanos llevarte. Mandy puede cancelar la ambulancia.

–Cogeré un taxi.

–Pues déjanos acompañarte hasta la parada. Seguro que tu familia está preocupada por ti; por favor, déjanos al menos hacer eso.

Estoy demasiado cansada para volver a decir que no.

Capítulo 36

–¡Aquí estás! –Jake entra corriendo en la cocina al tiempo que yo cruzo la puerta principal dando un traspié–. Dios mío, tienes muy mal aspecto. Vas coja. ¿Por qué vas coja?

Tiene los ojos inyectados en sangre, como si hubiera llorado, la frente cubierta por una película de sudor y el pelo sucio, peinado hacia atrás con grasa o con algún producto capilar, no estoy segura. Lleva un jersey gastado, remangado por encima de las manos. Tengo la sensación de no haberlo visto desde hace años, y una vez más me sorprende lo desesperado que parece.

–¿Mamá? –dice otra vez, y su hermoso y fuerte rostro parece derrumbarse sobre sí mismo–. Di algo, mamá.

–He tenido otro episodio de amnesia. –Es todo lo que consigo decir antes de derrumbarme entre sus brazos.

Jake me atrae hacia él y yo pego mi rostro a su pecho, reconfortada por el familiar olor a almizcle de su piel a través de la camiseta.

–Oh, Dios mío, ¿otra vez? –dice–. ¿Qué ha pasado? Cuéntame todo lo que recuerdes.

–Y entonces me han acompañado a una parada de taxis y he venido a casa –termino–. Y he entrado.

Estoy en el sofá y hay una taza de té en la mesita, a mi lado. El vapor ha dejado de elevarse desde ella. No he dado más de dos o tres sorbos desde que nos hemos sentado.

–¿Y ya está? –pregunta Jake–. ¿No recuerdas nada más? ¿Cómo llegaste a los lavabos?

–Jake, yo...

Quiero explicarle lo horrorizada que estaba. Que creía que me había despertado en un ataúd o que me habían encerrado en una caja. Pero no puedo contarle lo desorientador, lo realmente aterrador que es no saber dónde

estás ni quién eres, porque no quiero asustarlo. No quiero que se preocupe por mí. Ya está hecho polvo sin necesidad de eso.

—No —digo—. No recuerdo nada más.

Mi bolso está encajado entre el brazo del sofá y yo. No le he dicho a Jake nada del cuchillo. ¿Cómo voy a hacerlo si no sé lo qué significa? Parece uno de los míos, de los que usamos para la carne, pero debe de haber cientos o miles de personas que tienen uno igual. Lo compré en el B&M del centro comercial Broadwalk, no en una tienda cara.

Sólo caben dos posibilidades: o bien alguien utilizó el cuchillo contra mí, o yo lo usé contra alguien. Pero no he sangrado; tenía sangre en los dedos, pero no estoy herida. Mientras iba en el asiento trasero del taxi he comprobado disimuladamente si tenía alguna herida.

Así que la sangre es de otra persona.

—¿Mamá? —dice Jake—. ¿No vas a contestar?

—¿Perdona?

—Tu teléfono. —Señala mi bolso—. Está sonando.

Inclino el bolso hacia mí ocultando su contenido a Jake, que está sentado en la butaca al otro lado de la habitación, abro la cremallera y saco mi móvil con cuidado.

Es Mark.

—Hola, cariño. —Arrastra las palabras, como si estuviera cansado o hubiera bebido—. Sólo quería asegurarme de que estás bien y darte las buenas noches antes de irme a la cama. He pensado en ti todo el camino de Bristol a Gloucester.

—Entonces ¿ya has llegado?

—Sí, claro. —Se ríe—. ¿Dónde creías que estaba?

—En ningún sitio. Me..., me alegro de oír tu voz.

—Y yo la tuya. —Vuelve a reírse. Definitivamente, está borracho. Antes siempre se ponía sentimental cuando salíamos por la noche. Sentimental y cariñoso—. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que te llamé para darte las buenas noches, ¿eh? ¿Te acuerdas de cuando salíamos y yo quedaba por la noche con mis amigos y tú con tus amigas? Siempre te llamaba antes de irme a dormir. Bueno, más bien antes de desmayarme y...

Sigue hablando y riéndose de sus recuerdos unilaterales, su voz un murmullo grave en mis oídos. Jake mete la mano en el bolsillo de su chándal, saca su teléfono y empieza a pulsar la pantalla con su pulgar.

Yo interrumpo a Mark, que sigue a lo suyo.

–Tengo que colgar. Mañana tienes un día muy ocupado.

–Sí. –Suspira–. Es verdad. Vale. Que duermas bien, Claire. Te quiero.

–Yo... –Hago una pausa. Hace tanto tiempo que no le digo a Mark que le quiero que las palabras me resultan extrañas–. Yo también te quiero.

–¡Adiós!

La comunicación se corta y Jake alza la vista de su móvil.

–¿Era papá?

–Sí.

–No le has explicado lo que ha pasado.

–No. –Niego con la cabeza–. No quería preocuparlo y... –Una imagen me viene a la cabeza y hace que me interrumpa. Una imagen de lo último que vi antes de perder la conciencia.

–¿Mamá? –dice Jake–. ¿Qué pasa?

La habitación flota y el aire se vuelve espeso y cálido.

–¿Mamá? –Jake vuelve a meterse el teléfono en el bolsillo al tiempo que hace ademán de levantarse–. No te está pasando otra vez, ¿no? ¿Quieres que llame a alguien?

–No.

–¿Qué quieres que haga?

–Contarme el secreto que me estás ocultando.

Jake se remueve en el sillón.

–¿Secreto? No sé de qué me hablas.

–Sí que lo sabes.

–No, yo...

–Entonces dame tu teléfono.

–¿Qué? –Se pone pálido–. No. Es..., es algo personal.

Me inclino hacia delante con la mente repentinamente lúcida.

–Leí uno de tus mensajes: «Sé guardar un secreto si tú también sabes». ¿Quién te lo mandó?

–Em... –Se lleva la mano al bolsillo, como para comprobar que el teléfono sigue allí–. Nadie.

–Lo leí. Dime quién te lo mandó, Jake. ¿Fue Billy? ¿Sabes dónde está?

–¿Billy? –Abre los ojos de par en par por la sorpresa–. Dios..., no..., no, claro que no fue Billy. ¿Cómo podría...?

–Entonces, ¿quién? ¿Quién lo envió? Dímelo o llamaré a la policía.

Es un farol, pero Jake no lo sabe. No puedo llamar a la policía, no hasta que haya comprobado si el cuchillo es uno de los míos.

Jake mira la foto de Billy que hay sobre la repisa de la chimenea.

–Es de una chica.

–¿Qué chica?

–Una chica que conozco.

–Hace días que no sales de casa. ¿Cómo puedes haber conocido a una chica?

–Bueno, yo... –Se frota las palmas contra los muslos–. Todavía no la he conocido en persona, pero..., pero la conozco.

–¿Cómo?

–Por... –Se aclara la garganta–. Por Tinder.

–¿Tinder? ¿La aplicación para ligar?

–Sí.

–Pero ¿y Kira? Pensaba que la querías.

–Y la quiero, la quiero más que a nada en el mundo, pero no deja que me acerque a ella. Hace meses que no tenemos relaciones. –Baja la vista a la moqueta al tiempo que el rubor se le extiende por la base del cuello–. Sólo quería divertirme un poco, charlar un rato.

Tiendo una mano hacia él.

–Enséñame el teléfono.

–No.

–Enséñame el teléfono, Jake.

–Mamá, los..., los mensajes son..., son bastante explícitos.

–Enséñame el teléfono.

–Vale. Pero no te va a gustar. –Tarda lo que parece una eternidad en cruzar la salita y sentarse conmigo en el sofá. Inclina el teléfono para que yo no lo vea y lo desbloquea, y luego me muestra la pantalla–. ¿Lo ves? Tinder.

Señala un icono blanco con una llama roja dentro. Es la misma aplicación que me ha mostrado Liz.

–Enséñame los mensajes.

Jake se encoge y se aparta de mí, abochornado.

–Mamá, por favor.

–Ahora mismo, Jake.

–Vale.

Suspira al tiempo que pulsa el icono y en la pantalla aparece una lista con

los mensajes más recientes. El de arriba de todo dice: «Sé guardar un secreto si tú también sabes».

Es el que he visto antes. Debajo hay otro que envió Jake: «No debería hacer esto. Me pone muy nervioso que alguien lo descubra».

El anterior dice: «Me muero de ganas de verte. Ayer por la noche me dormí pensando en tu polla en mi boca y tus dedos en mi pelo».

Debajo, otro mensaje de Jake: «Te deseo mucho. Sé que no debería, pero no puedo pensar en nada que no seas tú. Me haces sentir cosas que no había sentido antes. Quiero follarte sin parar y...».

–Vale. –Aparto el móvil–. Ya he leído bastante.

–Te lo he dicho. –Jake no se atreve a mirarme a los ojos–. Te he dicho que estaba mal.

–¿Mal? –Siento una oleada de cólera al pensar en Kira llorando en la puerta de atrás por lo mucho que lo quiere–. ¡Vete! –Señalo la puerta de la sala–. ¡Fuera de mi vista antes de que haga algo de lo que me arrepienta!

Capítulo 37

En cuanto oigo cerrarse de un portazo la puerta del cuarto de Jake, me dirijo a la cocina y abro el cajón de los cubiertos. Revuelvo los distintos compartimentos y cuento los cuchillos de carne.

Encuentro tres y los deajo sobre la mesa de la cocina, y luego abro el lavavajillas. Está a mitad de lavado –Jake debe de haberlo puesto en marcha poco antes de que yo llegara a casa– y una nube de vapor me da de lleno en la cara. Una vez que el vapor se ha disipado, saco el cesto de los cubiertos y rebusco entre las cucharas, tenedores y cuchillos.

Saco dos cuchillos de carne por el mango y los alineo con los otros sobre la mesa. Cinco cuchillos.

Vuelvo a revisar el cajón de los cubiertos y levanto la bandeja metálica para comprobar si alguno se ha metido debajo, pero no hay nada salvo un abridor de botellas oxidado. Miro en el lavavajillas, esta vez en ambas bandejas, y luego saco la de abajo y palpo el tambor de la máquina. Nada.

Lo siguiente son los botes con utensilios que hay junto al horno. El cuchillo desaparecido no está entre las cucharas de madera y las espátulas, ni tampoco en el bloque de los cuchillos. Hurgo en el cajón de los trastos debajo del microondas, pero ahí tampoco hay cuchillo alguno. El único sitio donde me queda por buscar es el cuarto de Jake.

Tengo que llamar tres veces antes de que mi hijo conteste.

Al abrir la puerta, lo veo tumbado sobre la cama con sus calzoncillos largos, sus gruesos brazos cruzados sobre el pecho, las manos metidas en las axilas. Soy consciente del recelo de su mirada. Cree que he venido a echarle otra bronca por engañar a Kira.

–¿Qué pasa, mamá?

–Sólo busco platos sucios.

Por lo general me encuentro platos sobre la moqueta, tazas en la cómoda y

cuencos de desayuno apilados en su mesita de noche, pero en su habitación no parece haber ni rastro de vajilla ni de cubiertos.

–He puesto el lavavajillas hace un rato.

–Sí, lo he visto.

–No necesitas una excusa para venir a hablar conmigo, ¿sabes?

–Yo... no...

–Me lo merecía –dice en tono inexpresivo–. Que me gritaras. Se veía venir. Me extraña que no me hayas pegado.

–Nunca lo haría.

–Lo sé, y siempre me ha parecido extraño. Cuando Billy y yo íbamos a primaria, a veces los demás chicos venían y le contaban a todo el mundo que la noche antes los habían zurrado por haber robado algo o por haber contestado mal a sus padres. No era sólo un niño: a muchos niños de mi clase les pegaban sus padres, y yo no lo entendía. Billy y yo os respondíamos a ti y a papá todo el rato. Nos portábamos mal. No os obedecíamos. Una vez Billy incluso te cogió dinero del monedero y...

–¡Eso no lo sabía!

–Porque era muy hábil. –Sonríe–. Y yo también. Éramos dos mierdecillas, como el resto de los chicos de la escuela a los que sus padres pegaban, pero vosotros nunca nos pusisteis la mano encima.

–Eso es porque nuestros padres nos pegaban, y prometimos que no haríamos lo mismo con nuestros hijos.

–Billy y yo... no éramos lo que se dice unos angelitos.

–Ya lo sé –digo en voz baja–, pero aun así os quiero. Es imposible que hagáis algo que no pueda perdonaros.

–¿En serio? Entonces, si te dijera que Billy ha matado a alguien o que yo he violado a alguien, ¿nos perdonarías?

Lo miro horrorizada.

–¿Qué intentas decirme?

–Nada que sea tan malo..., pero... –Agacha la cabeza hasta que la barbilla le toca el pecho–. La noche que Billy huyó, dije e hice cosas espantosas.

Apoyo una mano en el marco de la puerta.

–¿Como qué?

–Después de que papá se fuera al pub y tú a casa de los abuelos, Billy empezó a hacer el imbécil con el mechero; lo puso debajo de un cojín y dijo que iba a incendiar la casa para vengarse de papá. Se me fue la olla. Le dije

que todo lo que había dicho papá era verdad. Que era un perdedor y una vergüenza para la familia.

–Eso no es peor que lo que le dijo tu padre.

–Luego sí. Billy me dijo que yo salía con la zorra de la ciudad, que todo el mundo se la había tirado y se reía a mis espaldas. Perdí los nervios y le pegué. Le di un puñetazo en la cara. Le partí el labio.

Intento disimular mi conmoción con la mano, pero soy demasiado lenta y Jake oye mi grito ahogado.

–Kira lo escuchó todo. –Se vuelve para mirarme–. Estaba en lo alto de las escaleras. Corrí hacia ella, pensando que me daría las gracias por haberla defendido, pero ella..., ella se quedó como petrificada, así que le pregunté si era verdad. No dijo nada. Simplemente se quedó allí de pie.

»Yo estaba tan enfadado que me fui a mi cuarto, abrí una botella de whisky y me la pimplé. Lo siguiente que recuerdo es que era por la mañana y Kira estaba en la cama a mi lado y yo tenía tal resaca que apenas podía abrir los ojos.

No puedo creer lo que estoy oyendo.

–¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¿Lo sabe papá? ¿Se lo has contado a la policía?

–Creía que Billy volvería. Pensaba que lo había hecho para llamar la atención y no estaba dispuesto a seguirle el juego. –Respira hondo–. Cuando nos dimos cuenta de que no estaba haciendo el burro y la policía nos interrogó, les conté la verdad. Me preguntaron si alguien podía corroborar mi declaración y les dije que Kira. Nunca volvieron a hablar del tema conmigo. Debería habérselo contado a papá y a ti, pero los dos estabais tan hechos polvo que yo no..., no quería que me odiarais.

–Oh, Jake.

–No, mamá. No me abras; no me lo merezco. Si no hubiera pegado a Billy, él no se habría ido y Jason Davies no le habría echado el guante. Han asesinado a mi hermano, y todo por mi culpa. ¡Por mi puta culpa!

Se mueve como un relámpago. Estaba sentado en la cama y de repente está arrodillado, blande el brazo hacia atrás y estampa el puño derecho en la pared del cuarto, para a continuación dar un puñetazo con la mano izquierda.

–¡Para, Jake, para! ¡No lo hagas!

Utilizo todo el peso de mi cuerpo para intentar apartarlo, pero es como

luchar con un toro que golpea la pared una y otra y otra vez, estampando los puños en ella, manchándola de sangre.

–¡Por favor! ¡Para! ¡Por favor!

Se detiene con el puño echado hacia atrás y, con la misma rapidez con que se ha desatado, su rabia se desvanece. Jake se tira sobre la cama y se encoge en posición fetal, con los nudillos en carne viva y sangrando.

–Jake. –Me pego a la curva de su espalda y lo rodeo con mis brazos–. Jake, no es culpa tuya. Escúchame, por favor. Nunca podría culparte por lo que ha pasado. Nunca. Jamás.

Él suelta un gemido de angustia y luego rompe a llorar. Lo abrazo mientras llora y su cuerpo se estremece entre mis brazos igual que cuando era un niño.

Capítulo 38

Sonia me indica con un gesto que me siente y me dedica una sonrisa afectuosa. La caja de pañuelos de papel que suele estar en el alféizar de la ventana, a su espalda, ha sido reubicada en la mesita auxiliar que hay a mi lado. No sé si se debe a que su último cliente era un llorón o a que espera que yo lo sea.

–Gracias por recibirme –digo–. Si no hubieras tenido una cancelación, no sé qué habría hecho.

–Ningún problema. –Se coloca un mechón de pelo tras la oreja y se acomoda en su asiento, cruzando un tobillo sobre el otro con habilidad–. Cuéntame qué es lo que te pasa, Claire.

Escucha en silencio mientras le cuento lo ocurrido después de leer el mensaje en el móvil de Jake. Casi todo. No digo nada sobre la sangre o el cuchillo.

–Luego, cuando Kira vino a casa, conseguí hablar un momento con ella antes de que subiera al cuarto de Jake. Le dije que Jake estaba mal. Que se sentía culpable por la desaparición de Billy, pero que eso no le daba derecho a hablarle a ella como lo había hecho. Le dije que, si volvía a hablarle así, tenía que contármelo.

–¿Cómo reaccionó ella?

–Se sorprendió.

–¿Le preguntaste sobre la noche que Billy desapareció?

–Sí. Dijo que todo sucedió tal y como me lo había descrito Jake. Me explicó que ella también se había enfadado con Jake por creer que ella le había engañado. Por eso no le hablaba.

–¿Cómo te sientes, Claire? Ahora que sabes más cosas sobre esa noche.

–Confusa. –Me paso una mano por la cara. La ventana del otro lado de la habitación está entreabierta, pero el aire resulta demasiado denso para

respirar—. Si Billy huyó, tenía muchas razones para hacerlo, no sólo porque tuviera problemas con la policía y con nosotros.

—¿Y cómo te sientes ahora por haber pasado esa noche en casa de tu madre?

—No lo sé. —Me late la cabeza, así que cierro los ojos.

—¿Qué pasa, Claire? ¿Qué ocurre?

—Es sólo... que me pasan tantas cosas por la cabeza y ninguna tiene sentido... Creía que las fugas se acabarían cuando empezara a verte, pero la última ha sido espantosa.

—¿Por el sitio en el que estabas?

¿Se lo cuento? Cuando Mark volvió a casa, no le expliqué nada de mi episodio. No sé por qué. Quizá porque hay una parte muy pequeña de mí a la que le preocupa que me mintiera sobre el álbum de fotos. ¿Y si hay más pruebas que lo vinculan con la desaparición de Billy? Pero ¿qué? Nada de todo esto tiene ningún sentido. Mark quería a Billy. Le gritaba y le echaba unas buenas broncas, pero no es un hombre cruel ni violento. Entonces, ¿por qué hay una parte de mí que sospecha de él? ¿Qué es lo que no sé?

—¿Claire? —dice Sonia—. ¿Qué ocurre?

La miro a través de mis dedos. Si le cuento lo del cuchillo, ¿informará a la policía? ¿A mi médico de cabecera? ¿Podría hacer que me internaran si cree que soy un peligro?

—Si... —Titubeo—. Si te digo que cabe la posibilidad de que haya cometido un crimen, ¿se lo contarás a la policía?

—¿Cabe la posibilidad?

Me inclino hacia delante en la silla.

—¿Se lo contarás a la policía?

Por primera vez desde que me he sentado, Sonia parece alterada.

—No estoy legalmente obligada a denunciar los delitos que puedan confesar mis clientes, pero me supondría un dilema ético.

—Entonces, ¿lo harías?

—No. —Recupera su compostura—. Yo no he dicho eso. Utilizaría mi criterio profesional para decidir qué hacer, y qué aconsejarte a ti.

—¿Me dirías que fuera a la policía?

—Bueno, sí. Es más probable que te aconsejara que fueras a la policía que no que fuera yo misma. Pero, si denunciara el crimen a la policía, no lo haría a tus espaldas. Y antes lo discutiría con mi supervisor.

Sopeso mis opciones. Puedo mantener silencio y deshacerme del cuchillo. Podría hablar con Liz al respecto. Sí, eso es lo que debería hacer. Debería contárselo a Liz. Pero, si he cometido un crimen, eso la convertiría en cómplice. Y además, ¿qué podría hacer ella aparte de decirme que fuera a la policía, se lo explicase a Mark o guardara silencio, todas las posibilidades que ya he valorado por mí misma?

Si se lo explico a Sonia, tendré el punto de vista de un psicólogo acerca de lo que pasó. Y si no puede ayudarme, ¿tal vez debería ir a la policía? La única manera de saber a quién pertenece la sangre del cuchillo es que ellos la analicen para determinar el ADN y le pidan a la empresa del *parking* los vídeos de las cámaras de seguridad. Pero ¿y si eso demuestra que he apuñalado a alguien? Al salir de mi segunda fuga le di una patada a un ciclista. ¿Y si soy capaz de hacer algo peor? Si he matado a alguien, me meterán en la cárcel por asesinato.

—Claire. —Sonia aleja de mí la caja de pañuelos—. Claire, no pasa nada.

Hay un montón de pañuelos usados en el suelo, frente a mí. No recuerdo haber tocado la caja. ¿Cómo es posible que haya destrozado tantos sin darme cuenta?

—No sé qué ha pasado. —Sonia se pone en cuclillas a mi lado, con una mirada dulce y sin prejuicios—. Pero está claro que te ha alterado mucho. ¿Has hablado con alguien de ello? ¿Un miembro de tu familia, una amiga?

Niego con la cabeza.

—Has dicho que es posible que hayas cometido un crimen, no que lo hayas hecho —dice en voz baja—. Hay una diferencia. Cuéntame qué pasó.

—No puedo. —Meneo la cabeza—. No me acuerdo.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que cabe esa posibilidad?

—Había un cuchillo —la palabra se me atraganta— en el suelo, junto a mí, en el lavabo del *parking*. Estaba cubierto de sangre.

Ella asiente, instándome con delicadeza a que continúe.

—Era uno de mis cuchillos de carne. Comprobé el cajón cuando llegué a casa. Tendría que haber seis, pero ha desaparecido uno.

—Ya veo. —Su rostro permanece impassible—. ¿Y cuándo fue la última vez que contaste los cuchillos? ¿Cuándo comprobaste por última vez que había seis?

—Creo que nunca. Los compré hace años y los metí en el cajón. Nunca me he preocupado de contarlos porque nunca necesitamos más de cinco.

–¿Eres la única persona de tu familia con acceso a los cuchillos?

–No, claro que no.

–Claire –dice en voz baja, al tiempo que apoya la mano sobre la mesa–, ¿y si no fuiste tú quien cometió un crimen? ¿Y si otra persona cogió ese cuchillo?

–Pero no puede haber sido nadie –replico–. Jake estaba en casa; Kira, en casa de una amiga, y Mark, de viaje.

–No me refiero a eso. –Las rodillas de Sonia chasquean al incorporarse y volver a la silla–. Puede ser que el cuchillo desapareciera del cajón hace meses y tú no te hubieras dado cuenta.

–¿Crees...? –El corazón me da un vuelco en el pecho–. ¿Crees que Billy pudo cogerlo?

–Creo que podría haberlo cogido cualquiera. Pero lo que más me interesa es por qué has llegado a la conclusión de que fuiste tú quien utilizó el cuchillo para cometer un crimen.

–Porque estaba justo a mi lado y yo estaba sola. ¡Espera! –Doy un respingo en mi silla–. La pareja que me encontró vio a un hombre corriendo por el *parking* que les dijo que me había desmayado. Yo creí que era Billy.

–¿Por qué?

–No lo sé.

–Pero ¿podría haber sido otra persona?

–Sí.

–Lo que significa que existe la posibilidad de que presenciaras un crimen. Claire, voy a ser totalmente sincera contigo. Creo que deberías ir a la policía y contarles lo que pasó. ¿Sigues teniendo el cuchillo?

Ayer, antes de que Mark viniera a casa, envolví el cuchillo con una bolsa de plástico y lo escondí en una bolsa grande de tela al fondo de mi armario.

–Pero ¿y si te equivocas? ¿Y si..., no sé..., y si el hombre que corría era un testigo y yo apuñalé a alguien?

–¿Por qué iba a huir un testigo? ¿Y por qué iba a pedir a unos completos desconocidos que te ayudasen?

–No lo sé.

Durante unos minutos ninguna de las dos dice nada.

Si informo a la policía es posible que les entregue a alguien a quien quiero, sin saber lo que ha hecho o por qué. Ayer mismo Jake me preguntó si los seguiría queriendo, a Billy y a él, aunque hicieron algo malo. ¿Y si fue él? ¿Y

si lo pillé apuñalando a alguien? Pero él no habría huido dejándome en tal estado de confusión. ¿O sí? No, no pienso ir por ahí. No puedo.

–Claire –dice Sonia–. Me gustaría proponerte algo. En nuestra última sesión tratamos de establecer la causa de tus fugas para poder centrarnos en evitar que se repitan. Por desgracia, parece que no ha surtido demasiado efecto, así que tengo otra propuesta.

La miro con recelo.

–¿Qué clase de propuesta?

–¿Accederías a que te hipnotizara?

Tomo la decisión en una milésima de segundo.

–Sí, sin duda.

Capítulo 39

Mi mente se ha cerrado en sí misma. Por lo general mis pensamientos están en la parte frontal de mi cerebro y zumban y dan vueltas unos alrededor de otros, pero ahora estos pensamientos se encuentran muy lejos. Este lugar dentro de mi cabeza al que he llegado está oscuro. Es como si estuviera en las profundidades de un túnel. Los laterales son grises y nubosos, pero hacen que me sienta protegida, no asustada.

La voz de Sonia me rodea, me dice que me relaje, que me sumerja un poco más con cada respiración. Hago lo que me pide y mi cuerpo se vuelve blando y pesado, y el corazón deja de martillearme en el pecho. Mientras Sonia continúa hablando, pensamientos fortuitos acuden a mi mente; pensamientos que me dicen que debería estar preocupada, que tengo que mantener el control. Tomo nota de ellos y, como me indica Sonia, los dejo pasar.

–Voy a hacer que vuelvas a los momentos previos a tus fugas –dice–. Estabas en casa de Liz y fuiste al baño. Recuérdalo ahora, recuerda cómo es su baño. Mira a tu alrededor y dime cómo te sientes.

Estoy tan relajada que tengo que esforzarme para que las palabras se formen en mi garganta, pero la necesidad de contestar su pregunta es más intensa que mi deseo de permanecer callada.

–Liz acaba de sugerir que es posible que Billy nunca vuelva a casa y yo tengo náuseas.

–Deja pasar esa sensación –dice Sonia–. Déjala pasar. Ya no tienes náuseas. Has abierto el grifo. Experimenta la sensación del agua sobre tu cara.

Me oigo suspirar.

–¿Qué ocurre ahora, Claire?

–Veo..., veo un periódico que asoma de la papelera. El nombre de Billy está en la portada.

–¿Qué más dice?

–Hay una declaración de alguien, un vecino. Dice..., dice...

–Tranquila, Claire. Aquí estás segura. Puedes contarme qué dice.

–«Quizás alguien de esa familia sabe más de lo que aparenta sobre la desaparición de Billy».

–¿Cómo te sientes ahora, Claire?

El pánico me atenaza el pecho y me corta la respiración.

–Relájate. Relájate y sumérgete más. Esos recuerdos ya no pueden hacerte daño. Escucha mi voz y sumérgete más, Claire. Deja que todo tu cuerpo se relaje. Estás a salvo.

–No, no lo estoy. Ellos lo saben.

–¿Quiénes? ¿Qué es lo que saben?

–Todos. Saben qué es lo que temo.

–¿Qué temes, Claire?

Oigo un gemido grave. Debe de provenir de mí.

–Que alguien a quien conozco haya hecho daño a Billy.

–¿Y por qué temes eso, Claire?

–No lo sé.

–Creo que sí lo sabes. Sigue ahondando, Claire. Mientras escuchas mi voz, permítete sumergirte más. Deja que tu cuerpo y tu mente se relajen. Estás a salvo. No tienes nada que temer.

Las paredes grises se cierran sobre mí y me dejo llevar hacia atrás, sumergiéndome en mí misma. Está oscuro pero es seguro. Estoy a salvo. Quiero quedarme aquí.

–¿Por qué crees que alguien de tu familia le hizo daño a Billy?

–Instinto. Un presentimiento.

–¿Es por algo que alguien ha dicho o ha hecho?

No quiero hablar más. Estoy cansada. Quiero irme a dormir.

–¿Claire? ¿Es por algo que alguien ha dicho o ha hecho?

–No lo sé.

Hay una pausa, silencio, y me dejo llevar por él hasta que la voz de Sonia me vuelve a llamar.

–Muy bien, de acuerdo. Vamos a la siguiente fuga. Encontraste un álbum de fotos con las imágenes de Mark tachadas e insultos garabateados en las hojas. Fuiste a buscar a Mark, ¿verdad?

Intento rebuscar en mi memoria, contestar su pregunta, complacerla, pero no encuentro nada.

–No lo sé.

–¿Qué sentiste al ver esas fotos?

–Miedo. Sorpresa.

–¿Y se te pasó por la cabeza que tal vez Mark le hubiera hecho daño a Billy? ¿Que tenía algo que ver con su desaparición?

–Mmm.

–¿Eso es un sí?

–Sí.

–Y la siguiente fuga, cuando viste el mensaje en el móvil de Jake. ¿Qué pensaste?

–Un secreto. Relacionado con Billy.

–¿Pensaste que Jake y alguien más sabían lo que le había pasado a Billy?

–Sí.

–¿Y quién pensaste que fue el que le mandó el mensaje a Jake?

–No lo sé.

–¿Quién pudo ser, Claire?

A través de la oscuridad veo pasar varias caras. Kira. Mark. Liz. Caleb. Stephen. Lloyd. Edie Christian. Caroline. Ian.

–¿Alguien a quien conoces? –pregunta Sonia, y no sé si he dicho todos esos nombres en voz alta o si puede leerme el pensamiento—. Crees que tu familia y tus amigos te ocultan secretos, ¿verdad, Claire?

–Sí.

–Dentro de un minuto voy a sacarte del trance, Claire, pero antes me gustaría hacerte una pregunta más. Es difícil, pero quiero que me des la primera respuesta que te venga a la cabeza. ¿Puedes hacer eso por mí?

Trato de asentir con la cabeza, que noto pesada y rígida.

–Sí.

–Claire, ¿crees que Billy está vivo o muerto?

No quiero hablar. No quiero decir ni una palabra, pero la necesidad de contestarle es demasiado intensa. Mis labios se separan y mi lengua roza el paladar.

–Muerto.

Capítulo 40

Atravesamos Bristol en silencio y subimos por Wells Road. Las calles pasan volando a nuestro lado. Hay madres dobladas por la cintura que empujan jadeantes sus cochecitos cuesta arriba, mientras los alumnos pasan zumbando junto a ellas con sus patinetes. Viejos sentados en la parada del autobús que contemplan el horizonte con la mirada perdida, mientras sus mujeres parlotean a su lado sin que nadie las escuche. Hay compradores agotados que salen en tropel de la cooperativa, cargados con pesadas bolsas que se les clavan en las palmas, y hombres que abandonan el barbero toqueteándose el pelo. Allí donde miro hay vida, pero la mía ha terminado.

–Ya hemos llegado, cariño –dice mamá al tiempo que apaga el motor, y descubro con sorpresa que estoy frente a su casa adosada de dos dormitorios en las afueras de Knowle–. Será mejor que entremos.

Extiende la mano y me desabrocha el cinturón de seguridad, luego sale del coche y desaparece de la vista. Un segundo después está a mi lado y una ráfaga de aire frío me da en la cara mientras ella me coge la mano.

–Vamos, cielo. Entremos en casa.

Me lleva hasta la puerta y yo la sigo dando traspiés, como un niño que acaba de aprender a dar sus primeros pasos. Hace girar la llave en la cerradura y me hace pasar a la sala con delicadeza. Me inclina hacia el sofá y yo me dejo caer al tiempo que mis pies desaparecen debajo de mí.

–Té –dice mi madre por lo bajo, y desaparece de nuevo por la puerta de la sala.

Me llegan sonidos de la cocina: un grifo abierto, una tetera con agua hirviendo, tazas que repiquetean y mi madre hablando en voz baja.

–He llamado a Mark y a Jake –dice al reaparecer a mi lado, con dos copas humeantes de té en las manos–. Les he dicho que te quedarías conmigo un tiempo. Los dos se han preocupado mucho, por supuesto. Quieren venir a verte, pero les he dicho que necesitas descansar, al menos por unos días.

»He puesto azúcar en el tuyo –añade al tiempo que encaja la taza entre mis manos–. Va bien para los sobresaltos.

No sé qué le ha contado Sonia. Cuando ha venido a buscarme, se la ha llevado a otra habitación. Al volver, mi madre tenía los ojos rojos y brillantes. Sonia me había prometido que cualquier cosa que le contara era estrictamente confidencial, pero, en ese momento, no me importaba que se lo explicara todo a mamá. Lo único que quería era que me sacara de esa habitación.

Me bebo el té y apuro hasta la última gota mientras mi madre se sienta a mi lado sin apartar los ojos de mi cara. Cuando acabo me coge la taza vacía y la deja en el suelo, delante del sofá.

–¿Quieres hablar? –pregunta–. ¿Crees que te irá bien?

Estoy tan cansada que sólo soy capaz de articular una sola palabra:

–Dormir.

–Claro. He preparado la habitación de invitados.

Me coge de la mano y me ayuda a ponerme de pie.

Subimos juntas las escaleras, mamá delante y yo tras ella, acariciando con la mano la misma barandilla por la que me deslizaba cuando era pequeña.

Mi madre retira la colcha de la cama de matrimonio que ocupa casi todo mi cuarto de niña. Pilas de cajas de cartón llenas de ropas, juguetes y adornos ocupan el resto del espacio. Para subirme a la cama tengo que sentarme en el borde y arrastrarme hasta la almohada.

–Vamos a sacarte las sandalias –dice mamá, que toquetea las tiras y a continuación me las quita.

Se queda a los pies de la cama mientras yo me llevo las rodillas al pecho y me tapo hasta los hombros con la colcha.

–Duerme –dice al tiempo que yo cierro los ojos–, duerme, cariño, duerme tanto como te haga falta.

Jueves 27 de noviembre de 2014

Jackdaw44: MIERDA.

ICE9: *¿Qué?*

Jackdaw44: *Pillada.*

ICE9: *¡¡¡¿Qué?!!!*

Jackdaw44: *Mi madre encontró un puñado de vales de las máquinas del muelle de Weston. Registró los bolsillos de los vaqueros antes de hacer la colada. Sabe que no estaba en la ciudad con mis amigos cuando me salté las clases la semana pasada.*

ICE9: *¡Dios! Pensaba que querías decir que nos habían pillado a nosotros. Casi me da un ataque.*

Jackdaw44: *Te estás haciendo mayor.*

ICE9: *Eres un imbécil.*

Jackdaw44: *Y tú haces unas mamadas increíbles. No puedo dejar de pensar en la semana pasada. Eres una jodida profesional.*

ICE9: *Encantador.*

Jackdaw44: *No lo digo en ese sentido. Estuviste increíble que te cagas. Y no fue raro.*

ICE9: *¿Creías que sería raro que te la chupara?*

Jackdaw44: *Bueno, sí. Aunque tú también parecías pasártelo muy bien.*

ICE9: *No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación.*

Jackdaw44: *Eso quiere decir que es verdad.*

ICE9: *Creo que ya sabes la respuesta.*

Jackdaw44: *👍 🗨️ 📧*

Capítulo 41

Cuando me despierto todo está oscuro; la única luz es un débil resplandor que se cuela por debajo de la puerta del dormitorio. Durante un segundo aterrador, tengo la convicción de que he sufrido otra fuga, pero entonces distingo las formas de las cajas que hay junto a la cama y el fardo de ropa colgado del marco de metal de la puerta, y caigo en la cuenta de dónde estoy. Al mismo tiempo, el recuerdo de lo que ha pasado antes en el despacho de Sonia me inunda la cabeza. Me froto el pecho con el puño, pero el dolor no se disipa. No se puede mitigar como un chichón en el codo o un morado en la rodilla de un niño. Es implacable.

Muerto.

Billy está muerto. Lo sé con la misma certeza que sé que me llamo Claire Wilkinson.

Mi hijo menor se ha ido y no va a volver nunca. Nunca volveré a abrazar su cuerpo anguloso entre mis brazos, ni a aspirar su olor ni a oír su voz. Nunca veré cómo se enamora. Nunca contemplaré la expresión de adoración y terror en su rostro cuando su futura esposa avance por el pasillo. Nunca podré ver cómo su cara se ilumina de amor y miedo al sostener en sus brazos a su primer hijo. Mi niño. Mi hijo. Mi hermoso hijo. Estuve a su lado cada vez que se hacía un rasguño en la rodilla, cada vez que se peleaba en el parque, cada vez que veía un monstruo en la oscuridad, cada vez que tenía una pesadilla, pero no cuando más me necesitó.

Una vez vi un documental sobre un surfista al que un tiburón le arrancó un brazo. No sintió ningún dolor hasta que los socorristas lo arrastraron fuera del agua. El médico que lo atendió explicó que el dolor era un mecanismo de supervivencia, y que no debería sorprendernos que, allí donde el dolor haga la supervivencia aún más difícil, éste no aparezca. ¿Es por eso por lo que ahora es tan insoportable? ¿Porque Sonia ha sacado a la luz mis verdaderos sentimientos, que mantenía en el subconsciente, de la misma forma que los

socorristas sacaron al surfista de entre las olas? Pero mi calvario no ha terminado. Ni de lejos.

–Hola, cariño. –Papá me dedica una sonrisa mientras guarda en el armario una taza y un vaso para cerveza–. Mamá me ha dicho que has tenido un día complicado.

–Sí, ha sido duro.

Mamá deja de remover la olla con un mejunje marrón que tiene al fuego y también me dedica una sonrisa.

–¿Una taza de té?

–He bebido suficiente té como para no volver a probarlo en lo que me queda de vida. Tomaré un poco de agua.

–Yo te la pongo.

Los dos se vuelven al instante, pero papá llega antes al fregadero y llena un vaso cervecero. Ambos me observan mientras bebo. Papá coge el vaso vacío antes de que me dé tiempo a dejarlo en el fregadero.

–¿Por qué no vas a ponerte cómoda y miras un rato la tele?

–Igual dentro de un rato. Antes hay algo que tengo que hablar con vosotros.

Intercambian una mirada y percibo el miedo en los ojos de mamá.

–No hay novedades –añado enseguida–. El detective Forbes no se ha puesto en contacto con nosotros. Es sobre mí. Tengo que contaros algo.

–¿Por qué demonios no nos lo explicaste? –dice mamá.

–Chis, Maggie. –Papá levanta una mano.

–No quería preocuparos. –Coloco bien la silla, acercándome más a la mesa de la cocina, y apoyo las plantas de los pies sobre las baldosas. El frío resulta balsámico–. Sabía lo disgustados que estabais los dos porque el llamamiento televisivo salió mal.

–Eso es verdad, lo estábamos –dice papá, y esta vez es mamá la que lo hace callar con un «chis».

–Creía que la fuga en la que acabé en Weston era algo aislado, y lo mismo pensaban mi médico de cabecera y mi terapeuta. Nadie creía que volvería a pasar.

–Pero ya ha pasado tres veces –dice mamá–. ¿Cuántas más vas a tener? Seguro que te pueden dar algo para remediarlo. Un medicamento o algo.

Mi madre, la adicta a las pastillas. Cuando yo era pequeña, bastaba con que me sorbiera los mocos para que le pidiera antibióticos al médico.

—¿Qué lo provoca? —pregunta papá—. ¿Y por qué has ido a sitios tan extraños?

Aunque les he explicado a mis padres cómo me he despertado en Weston, Gloucester Road y un *parking* en el centro de la ciudad, no he mencionado las fotos que le saqué a Mark ni el cuchillo que encontré. No estoy preparada para contárselo todo.

El cuchillo.

En algún momento tendré que ir a casa a buscarlo. Tengo que llevárselo a la policía, aunque todavía no. El día de hoy me ha chupado toda mi energía, y sería incapaz de enfrentarme a las consecuencias.

—¿Claire? —dice papá—. ¿Sabes qué te provoca esta especie de desmayos?

—Sí, perdona. Sonia cree que la causa es el estrés. Según ella, he estado reprimiendo mis sentimientos.

—De niña siempre lo hacías —dice mamá, que mira a papá en busca de un gesto de asentimiento—. Te lo guardabas todo dentro. No teníamos ni la más remota idea de que en la escuela te acosaban hasta que fuimos a una reunión de padres. ¿Verdad, Derek?

Mi padre menea la cabeza.

—Sabes que puedes hablar con nosotros siempre que quieras, Claire. —Mamá me coge la mano y me la sujeta entre las suyas—. No hay nada que no puedas explicarnos a tu padre y a mí. Siempre estaremos a tu lado. ¿Verdad, Derek?

—Cualquier cosa que necesites, cariño, cualquier cosa.

—Me llevé un buen susto cuando Sonia me llamó con tu móvil —explica mamá—. Dijo que estabas demasiado alterada para hablar y que si podía ir a recogerte. ¿Qué es lo que ocurre, cielo?

Me dedica una mirada escrutadora, pero no estoy segura de poder responderle. Son mis padres. Quieren a Billy tanto como yo. No quiero hacerlos sufrir.

—Vamos, cielo —dice papá.

—Recuerda lo que dijo tu terapeuta: no debes quedarte las cosas dentro, Claire, o acabarás por ponerte enferma. Dinos qué es lo que hizo que te alteraras tanto.

Bajo la vista hacia mi mano, que empieza a palpar bajo la fuerza de su apretón.

—Le dije que creía que Billy está muerto.

—¡Oh! —Mamá se lleva las manos a la cara.

—Ah, no, no, no. —Papá niega con la cabeza—. No debes decir esa clase de cosas, cariño. Tienes que ser positiva. Seguimos albergando esperanzas, ¿verdad, Maggie?

Mamá no le contesta. Sigue mirándome a mí, con los dedos temblorosos sobre sus labios.

Papá rodea la mesa y me pone una mano en el hombro.

—Sé que pasaste un mal trago cuando a ese mal bicho se le ocurrió decir... lo que dijo... Pero, si la policía aún no lo ha confirmado, entonces... —Se interrumpe; él mismo duda de sus palabras a medida que salen de su boca.

Los miro a los dos, a mis fuertes, luchadores y decididos padres, y me embarga una oleada de tristeza. No deberían pasar por esto. Deberían estar disfrutando de su jubilación, ganando la liga del club de bridge y chismorreando sobre quién tiene una aventura con quién y sobre el hecho de que vuelven a hacer obras en Wells Road.

Intento descifrar la mirada de mi madre para averiguar si su consternación se debe a que no está de acuerdo con lo que acabo de decir o a que sí lo está, pero no veo nada más allá de la capa de lágrimas.

—Mamá. Por favor, no...

Me interrumpe el sonido del teléfono fijo, que suena en la salita. Papá desaparece por el pasillo y vuelve al cabo de unos segundos con él en la mano.

—Es para ti —dice—. Es Mark.

Capítulo 42

–¿Qué ha pasado? –grita Mark.

Oigo el rugido del tráfico de fondo. Debe de estar aparcado en alguna parte.

–Tu madre me ha llamado –me explica–. Dice que has tenido una especie de crisis nerviosa en casa de tu terapeuta. Le he dicho que venía a buscarte, pero se ha negado. ¿Está ahí?

–Sí, en la cocina. Con papá.

–Bien. Eso está bien. Bueno, ¿qué ha pasado?

Empujo la puerta de la sala hasta cerrarla, consciente de que mis padres se han quedado súbitamente callados en la cocina, a sólo unos metros.

–He tenido una sesión difícil, eso es todo. Sonia me ha hipnotizado. Quería averiguar la causa de mis desmayos.

–¿Ha funcionado? ¿Qué has dicho?

Que no confío en nadie más que en mis padres.

–Según Sonia, tengo muchos miedos a los que no me he enfrentado.

–¿Qué tipo de miedos?

–Miedos respecto a lo que le ha pasado a Billy.

Hay una pausa, lo bastante larga para que me pregunte si la llamada se ha cortado.

–Mark, ¿sigues ahí? ¿Me oyes?

–Sí, te oigo. Sólo estaba... –Oigo el chasquido de un mechero y el sonido de mi marido al inhalar profundamente el humo de un cigarrillo–. Lo siento. Sé que no soportas que fume, pero...

–Tranquilo, no pasa nada.

–Así pues –vuelve a aspirar su cigarrillo–, ¿de qué clase de miedos se trata? Porque el otro día estuvimos hablando de esto. No puedes dar nada por hecho hasta que el detective Forbes vuelva a comunicarse con nosotros, cielo.

Y si resulta que es lo peor, tendremos que enfrentarnos a ello. Lo superaremos.

—Sí.

—¿Te has disgustado por eso?

Ahora me toca a mí hacer una pausa.

—¿Claire? ¿Estás ahí?

—Sí.

Me siento en el sofá, cojo un cojín, me lo acerco y hundo la cara en él. La suave tela se escurre entre mis labios y me tapa los agujeros de la nariz, pero aún puedo respirar. Aprieto más fuerte. Espero a que el pánico se desate en mi pecho, a sentir la urgencia de apartarlo de mi cara, pero no sucede ninguna de las dos cosas.

—¿Claire? ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

Me aparto el cojín.

—¿Crees que Billy está vivo o muerto?

—¿Perdón?

—Billy. ¿Crees que está muerto?

No hay una inspiración seca al otro extremo de la línea. Ni un grito de horror ahogado. Tan sólo un largo y pausado suspiro.

—¿Mark?

—Creo que deberíamos mantener esta conversación en persona. Cara a cara.

—Quiero tenerla ahora.

—Claire, ¿tu madre está ahí? ¿Puedes pasarle el teléfono?

—¿Por qué?

—Estoy preocupado por ti.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Voy a venir.

—¡No! —Pronuncio la palabra con brusquedad—. Necesito pensar. Necesito estar aquí. Sola.

Otra pausa. Otro suspiro.

—No lo entiendo. ¿He hecho algo mal? ¿O Jake? Lo he llamado al trabajo y me ha dicho que el otro día os peleasteis. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Qué te dijo? ¿Algo que te disgustara?

—No tiene nada que ver contigo ni con Jake. Es sólo que... Mark, por favor, por favor, contéstame esta pregunta: ¿crees que Billy está muerto?

Cuento los segundos.

Uno.

Dos.

Tres.

–Sí –dice en voz baja–. Sí, Claire. Creo que lo más seguro es que Billy esté muerto.

–¿Por qué? ¿Por qué lo crees?

–Lleva mucho tiempo desaparecido. El llamamiento ha salido en las noticias, en los periódicos. No hay mucha gente que no haya oído su nombre o visto su foto. Si hubiera estado en casa de alguien, habrían ido a la policía. Si estuviera herido, alguien lo habría encontrado. Lo siento, cielo. Sé que no es lo que quieres oír, y no me puedo creer que estemos teniendo esta conversación por teléfono. Por favor, déjame ir a verte. Deja que te lleve a casa. Te necesito. Necesito verte.

No hay palabras. Mi cabeza está vacía y llena al mismo tiempo.

–¿Claire? Por favor, habla conmigo. Estoy muy preocupado por ti.

–Estaré bien. –Susurro las palabras–. Y pronto volveré a casa, te lo prometo. Sólo necesito unos días.

–¿Puedo llamarte? No has contestado cuando te he llamado al móvil.

–Lo tengo en el bolso. No lo he oído.

–¿Estás segura de que todo esto no es por algo que he hecho? ¿O que he dicho?

–Seguro.

No soporto mentirle así. En nuestra relación ha habido mentiras antes, por supuesto, pero eran mentirijillas: con cuántos hombres me había acostado antes de conocerlo, lo bien que se portaban los chicos cuando él se iba de viaje a una conferencia, cuántas botellas de vino me bebía con Liz cuando salíamos por la noche, pero nada parecido a esto. Nada tan colosal.

–Te quiero –susurra Mark–. Lo sabes, ¿verdad? Nunca he dejado de quererte, no importa lo que nos haya pasado; nunca, ni por un segundo.

–Lo sé –digo.

–¿Tú todavía me quieres? –Sus palabras están cargadas de miedo.

Cierro los ojos y busco dentro de mí la respuesta a su pregunta a través del miedo y las dudas y las noches pasadas tumbados en silencio en la cama espalda contra espalda.

–Sí –digo–. Te quiero.

Capítulo 43

Llevo una sudadera tan larga que las mangas me cubren las manos, y unos pantalones de chándal enrollados en la cintura y remangados por encima de los tobillos. Después de pasar dos días vestida con la misma ropa, me he visto obligada a saquear el armario de mi padre. Mamá usa una talla varias veces más pequeña que la mía, y es imposible que me ponga su ropa de la 38 sin desgarrarla. Ha sido extraño pasar tanto tiempo con mis padres, con todas sus idiosincrasias al descubierto: papá mirando un concurso televisivo tras otro cada tarde, cambiando de canal en cuanto suena la sintonía que indica el final, mientras mamá se acomoda en una silla de la cocina y llama a un número aparentemente interminable de amigas para «ponerse al día».

Durante las primeras veinticuatro horas andaban de puntillas a mi alrededor, me preguntaban si estaba bien o si podían traerme algo, pero ahora me dejan a mi aire. Aunque no hay mucho que hacer aparte de mirar la tele. Me he pasado casi todo el tiempo en la habitación de invitados, repasando los acontecimientos de las últimas semanas, intentando, sin conseguirlo, darles un sentido. Sonia me diría que debería permitirme llorar mi duelo por Billy, pero no puedo. Todavía no.

Al levantarme esta mañana, el primer pensamiento que me ha venido a la cabeza ha sido: «Hoy voy a la policía». El segundo ha sido: «Antes tengo que llamar a Jake y a Mark».

Estos dos últimos días he llamado a Jake en varias ocasiones. La primera vez que llamé me preocupaba que se estuviera desmoronando sin mí allí pendiente de él, pero parecía más centrado de lo que ha estado en mucho tiempo. Su principal preocupación era la razón por la que me he marchado de casa. Él creía que era porque me había confesado que había pegado a Billy, y se sintió muy aliviado cuando le dije que no era por eso. Me explicó que había vuelto a trabajar y que había arreglado las cosas con Kira. No

mencionó específicamente a su «amiga» de Tinder, pero me aseguró que no iba a repetir sus errores y que no tenía que preocuparme por él.

Mark también parecía estar bien. Me explicó lo extraño que le resultaba despertarse y encontrar un espacio vacío allí donde debería estar yo, y que echaba de menos ver mi cara al llegar a casa del trabajo. Le pregunté si comía bien y él bromeó con el hecho de que, dado que Jake y Kira ni siquiera sabían cómo encender el horno, ahora él era el responsable de alimentar a todos, y que si por favor podía volver a casa antes de que quemara el fondo de todas nuestras sartenes. Me contó que Jake y él estaban bien; que comían juntos y que Kira y Jake se habían sentado a ver una película con él una noche.

—Hasta hemos mantenido un par de conversaciones —dijo—. Y no han degenerado en una discusión ni en insultos. Jake no es mal chico. Para la edad que tiene, ha tenido que enfrentarse a muchas cosas. Y aunque fuera mayor...

Percibí la ternura en su voz al pronunciar el nombre de su hijo, y eso me tranquilizó. Me pase lo que me pase a mí, ellos estarán bien. Mark y Jake tirarán adelante juntos y se cuidarán mutuamente. Lo que queda de mi familia permanecerá intacto.

Mark contesta al primer timbre.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien. Sólo quería darte los buenos días antes de que te fueras a trabajar.

—¡Buenos días a ti también! —Puedo notar la sonrisa que hay tras sus palabras. Y el alivio, también—. Bueno, ¿y qué vas a hacer hoy?

Respiro hondo. Ésta será la última mentira que le cuente. Una vez que hable con la policía, no habrá más secretos.

—Había pensado en ir a la ciudad, de compras o a tomarme un café en el paseo marítimo.

—¿Vas a salir? —Parece sorprendido—. Qué gran noticia. Yo tengo varias reuniones en Cheltenham esta tarde. Me imagino que no llegaré a casa hasta las ocho. ¿Estarás...? —No acaba la frase, pero sé lo que quiere preguntarme.

—No tengo claro cuándo volveré a casa. Espero que pronto.

—¿Quieres hablar con Jake? Creo que se ha levantado. Al menos, en el baño hay alguien.

—No te preocupes. Lo llamaré al móvil.

—Perfecto, cielo. Disfruta de las compras y del café, y ya nos veremos cuando sea. Cuídate. Te quiero.

—Lo haré. Adiós, Mark.

La llamada se corta antes de que pueda decirle que yo también lo quiero.

A continuación llamo a Jake. A diferencia del teléfono de Mark, el móvil de Jake suena y suena hasta que salta el buzón de voz. Vuelvo a intentarlo y al final me contesta.

—Mamá —dice; está sin resuello—. Lo siento, estaba en la ducha. Kira no se ha molestado en decirme que me estaba sonando el teléfono.

Percibo la irritación en su voz, y me pregunto con preocupación en quién podrá confiar si yo acabo en la cárcel. No soy la única de nuestra familia que reprime cosas.

—¿Qué pasa?

—Me ha dicho que no puedo ir a su exposición de fotos la semana que viene. Que es demasiado personal.

—A lo mejor tiene que ver con su padre.

Él suspira.

—Igual. ¿Quién sabe?

—Sea cuál sea el tema de su exposición, está claro que la hace sentir vulnerable, y tienes que respetarlo.

—Pero me da la sensación de que me oculta un secreto.

—¿Y tú no le ocultas ninguno?

—Tienes razón.

Los dos nos quedamos callados.

Entonces él dice:

—Vas a volver a casa, ¿verdad, mamá?

Trato de no pensar en el cuchillo de mi armario y en lo que pasará cuando se lo entregue a la policía.

—Sí, hijo. Voy a volver.

Viernes 19 de diciembre de 2014

Jackdaw44: *No paro de pensar en ti.*

ICE9: *Yo tampoco.*

ICE9: *Pero me siento muy culpable. No deberíamos estar haciendo esto.*

Jackdaw44: *Entonces no lo hagas.*

ICE9: *¿En serio?*

Jackdaw44: *Sí. Si quieres que lo dejemos, lo dejamos.*

ICE9: *Creía que me lo pondrías más difícil.*

Jackdaw44: *No si no eres feliz.*

ICE9: *Pero es que lo soy. Ése es el problema.*

Jackdaw44: *No creo que quieras acabar esto de verdad, ¿a que no?*

ICE9: *Sé que debería...*

Jackdaw44: *Pero...*

ICE9: *Me gusta cómo me siento cuando estoy contigo.*

Jackdaw44: *¿Y cómo te sientes?*

ICE9: *Feliz. Y libre.*

Jackdaw44: *Yo también. ¡Muak!*

Capítulo 44

Paso tres veces por delante de la casa antes de aparcar enfrente. Hay un sitio en la calle donde Jake suele dejar su furgoneta, y el coche de Mark no se encuentra en el camino de entrada. El camino que lleva a casa de Liz también está vacío. No hay luces encendidas en nuestra casa, pero de todos modos observo durante unos minutos la puerta delantera y la de atrás, por si Kira aparece de repente con el pelo sin cepillar y la camiseta resbalándole por el hombro bajo el peso de su equipo fotográfico, cansada y con retraso.

Como nadie sale de la casa, miro mi reloj: las 10:17 de la mañana, y luego abro la puerta del conductor.

Al regresar a casa esperaba encontrarme una torre de platos en el fregadero, el cubo de basura rebosante y un montón de cajas de pizza apiladas en la mesa, pero el lavavajillas está lleno, hay una colada limpia y doblada en la cesta, y comida en la nevera. La salita también está ordenada; han pasado el aspirador por la moqueta, la manta que hay sobre el respaldo del sofá está recta y bien doblada, y no hay tazas ni platos en las mesitas auxiliares.

Me imaginaba que mi casa se vendría abajo sin mí, pero de algún modo se las han apañado bien. Parece que ha pasado una eternidad desde que interrogué a Jake en el garaje acerca de su relación con Kira y él me dijo que era una obsesa del control. Durante toda mi vida he tenido que controlar: a mi familia, el trabajo en la oficina, mi mente. Durante los últimos meses he perdido el control de todo. Ya sólo tengo el control sobre una última decisión: hablarle o no a la policía del cuchillo.

La bolsa de tela está justo donde la dejé, enterrada en un rincón del armario, debajo de una pila de jerséis de invierno. Miro dentro para comprobar que el cuchillo sigue ahí, y luego agarro la bolsa y bajo apresuradamente las escaleras. Al llegar a la cocina me suena el móvil, pero no me detengo a contestar.

Deja de sonar mientras salgo a toda prisa por la puerta de atrás y cruzo la

calle a la carrera hasta mi coche. Y se pone a sonar de nuevo al abrir el bolso para coger las llaves, así que lo abro, convencida de que en la pantalla verá «Mamá», «Jake» o «Mark». En su lugar lo que aparece es: «Número oculto». Seguramente será alguien que quiere comprobar si he reclamado un PPI* o si alguna vez he resultado herida en un accidente de tráfico. Desplazo los dedos hacia la tecla de colgar, pero entonces cambio de opinión. Podría ser el detective Forbes.

—¿Sí?

—Claire, soy Stephen. Por favor, no cuelgues. ¡Por favor! Es urgente.

La irritación me embarga. Ha ocultado su número porque sabe que no habría contestado una llamada suya.

—Lo siento. No es un buen momento.

—Caroline me ha dejado.

—¿Qué?

—Acabo de llegar a casa y todas sus cosas han desaparecido.

—¿Has llegado a casa desde dónde?

—Yo... salí ayer por la noche. He dormido en el sofá de un amigo. Por favor, Claire, necesito que me ayudes.

Miro por la ventana el tráfico que pasa junto a mi coche y a la vecina de tres puertas más abajo, que intenta arrastrar el cubo de basura de la calle a su casa. Siempre he sabido que el matrimonio de Stephen y Caroline era inestable, con el estrés añadido de la fecundación asistida y demás, pero daba por hecho que habían conseguido superarlo cuando decidieron dejar de buscar un hijo.

—Por favor, Claire, a Caroline le caes bien. ¿Podrías llamarla? ¿Convencerla de que me llame?

—No estoy segura de ser la persona adecuada.

—No puedo pedírselo a nadie más. Estoy..., no puedo... —Se le rompe la voz y se echa a llorar.

Mientras solloza por el teléfono, miro la bolsa de tela que hay en el asiento del acompañante, a mi lado. Lo siento por Stephen, de verdad, pero no puedo posponer mi visita a la policía. Ya la he retrasado demasiado.

—Y... hablé... Billy... —Los sollozos apenas me dejan entender qué dice Stephen—. Fue culpa mía.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Billy me contó que se había enamorado de alguien, pero yo pensé que

sólo era un capricho tonto. Le dije que se comportara como un hombre y siguiera con su vida.

—¿Billy estaba enamorado de alguien? ¿De quién?

—No lo sé —moquea—. De alguien con quien no podía estar, eso fue todo lo que dijo, y yo cambié de tema. Y no debería haberlo hecho, porque entonces desapareció y ese puto pederasta de Jason Davies lo pilló por la calle y lo mató.

—¿Sabes lo de Jason Davies?

—John me lo contó. No puedo..., no puedo creer que no vaya a volver a ver a Billy nunca más.

Sus palabras se acumulan mientras habla y de repente me doy cuenta. Está borracho. A las once y cinco de la mañana.

—¡Stephen! ¡Stephen, escucha! —Levanto una mano, aunque él no puede verla—. Cálmate. Primero, no sabemos con seguridad si Jason Davies tiene algo que ver con la desaparición de Billy. Y segundo, ¿por qué es culpa tuya que Billy desapareciera?

—Te lo acabo de decir. —Se sorbe los mocos ruidosamente—. El día antes me contó que estaba enamorado de alguien y yo le dije que se comportara como un hombre, en lugar de hablar con él.

—¿Y crees que huyó por eso? ¿Para estar con la persona a la que quería? ¿O por qué no podía estar con ella?

—No lo sé. ¿Por qué otra razón iba a desaparecer en plena noche? Debería haber hablado con él. Debería haberle aconsejado en lugar de decirle que...

—Se comportara como un hombre, sí, lo has dicho. —Mi corazón se acelera mientras proceso lo que acaba de explicarme. Esto es nuevo. Que Billy estuviera enamorado de alguien. Podría proporcionarnos respuestas—. Stephen, piensa. ¿Billy te dio alguna pista de quién podía ser esa persona? ¿Mencionó un nombre? ¿Te dijo cómo la había conocido?

—No. Nada. —Se suena la nariz—. Y yo no dejo de pensar en ese día... cuando comimos en el Lodekka. Fue culpa mía que Billy se llevara un puñetazo. Le dije que le contara a Jake lo de Mark.

—¿Contarle a Jake lo de Mark? ¿De qué estás hablando, Stephen?

—Estoy en el pub Ostrich. Reúnete conmigo y llama a Caroline, y entonces te lo explicaré.

La llamada se corta y yo me quedo mirando el teléfono, esperando a que vuelva a sonar. Los minutos pasan, pero el móvil permanece en silencio sobre

mi palma. Al llamarlo yo, me salta directamente el buzón de voz. Lo intento de nuevo. El mismo resultado. Vuelvo a mirar la bolsa del asiento del acompañante. Si la llevo a la policía y me detienen, nunca averiguaré lo que sabe Stephen. Pero ¿y si no tiene nada que ver con la desaparición de Billy? ¿Y si tan sólo está borracho y autocompadeciéndose, y utiliza el recuerdo de Billy para manipularme y que llame a Caroline por él? Tengo que ir a la comisaría. Ahora, mientras todavía me queda coraje.

Miro por el retrovisor y veo a Jane Hargreaves, la vecina de tres puertas más abajo, saludarme con la mano, y tomo una decisión.

Capítulo 45

Stephen ni siquiera hace el gesto de levantarse cuando me ve cruzar el pub hacia él. No sonríe, ni me saluda ni habla. Se limita a coger su cerveza, rodear el vaso de cristal con sus gruesos dedos y bajársela entera en cuatro o cinco tragos desordenados.

–Te preguntaría si quieres otra –digo mientras él deja el vaso vacío sobre la mesa–, pero creo que probablemente ya has bebido suficiente.

–Sí, ¡claro! –Se pasa una mano por la reluciente frente y luego se la seca en la sudadera azul, dejando una mancha de sudor. Tiene bolsas oscuras bajo los ojos, y la piel manchada y con las arrugas marcadas–. Adelante; te has ofrecido tú.

Ignoro su petición.

–Así qué, ¿hoy no trabajas?

Mira por encima de mi hombro hacia la barra, señala su vaso de cerveza vacío y sonríe al ver que el camarero le dedica un gesto cansado de asentimiento.

–Me lo tomaré como un no.

Él se encoge de hombros.

–¿Vas a explicarme por qué te ha dejado Caroline?

–Ni puta idea. –Empuja su móvil por encima de la mesa hacia mí, deslizándolo sobre un charco de cerveza–. Pregúntale a ella.

Cojo el teléfono y lo seco con el dobladillo de mi rebeca.

–Antes necesito que me cuentes qué sucedió el verano pasado.

–¿Eh? –Parece desconcertado.

–Cuando Jake y Billy se pelearon en la terraza del Lodekka, el día de mi cumpleaños. Has dicho que le pediste a Billy que le contara a Jake algo sobre Mark.

–No. Antes llama a Caroline.

Cruza los brazos sobre el pecho. Tal vez esté bebido, pero no lo suficiente

para olvidar la conversación que hemos tenido hace quince minutos.

–Stephen, ahora mismo tendría que estar en otro sitio.

–Llama a Caroline.

–Muy bien. –Empujo el teléfono hacia él–. Pero si ha ignorado tus llamadas, será mejor que use mi móvil.

Contesta al tercer timbre.

–Hola, desconocida. Hace una eternidad que no sé nada de ti.

–Estoy con Stephen. Me ha pedido que te llame.

Deja escapar un suspiro de exasperación.

–No me lo digas, ¿estáis en el pub?

«Pregúntaselo», articula con los labios Stephen, al tiempo que se echa adelante dando un bandazo. Le indico con un gesto que me deje.

–Por lo visto está disgustado por una discusión que habéis tenido hace poco. Dice que te has ido de casa.

–Sí, así es. No sé lo que te ha contado, Claire, pero ya estoy harta. No pasa un solo día sin beber. Y la cosa va a peor. La otra noche se meó en el armario al volver del pub, y estoy casi segura de que bebe en el trabajo.

Miro a Stephen, con sus mejillas sonrojadas, su cara hinchada y su prominente barriga, y todo encaja: la razón por la que le temblaban las manos al preparar el café, por que se lo veía tan nervioso cuando entré en la oficina. Tenía *delirium tremens*. Sólo Dios sabe si lo que había en la botella que tenía sobre la mesa era agua o vodka.

–No lo sabía, Caroline.

–Ya, bueno, ¿cómo ibas a saberlo? Tú no tienes que vivir con él.

«Por favor», articula Stephen.

–Por favor.

Bajo la vista, pero sigo notando su mirada taladrándome la coronilla.

–¿Y si accediera a ir a Alcohólicos Anónimos? ¿O a hacer terapia de pareja?

–No lo sé, Claire.

Hay algo en su forma de suspirar que me recuerda a mí misma. Está agotada. Ya no aguanta más.

–No sé si es porque no podemos tener hijos o por el trabajo. O por la desaparición de Billy –añade tras una pausa–. Pero tiene que solucionar sus problemas. No puedo seguir viviendo así, sin saber dónde está o qué hace. Estoy harta de despertarme cuando entra tropezándose en la habitación a

cualquier hora de la noche. ¿Por qué no puede parecerse un poco a Mark? Él no se derrumba, ¿a que no?

Todos nos estamos derrumbando, pienso, pero ninguno lo demuestra.

El camarero deja un vaso de cerveza *lager* en la mesa y yo me doy la vuelta en la silla, de modo que Stephen no me pueda ver los labios, y bajo la voz.

—¿Aún lo quieres?

Caroline vacila.

—No lo sé. No es el mismo hombre con el que me casé. Ha cambiado, y no para mejor. Creo que sería más feliz sola.

—No es demasiado tarde. Puede cambiar. —Vuelvo la vista hacia Stephen, que asiente con la cabeza—. Todavía te quiere.

No sé por qué estoy comportándome como una consejera matrimonial para un hombre que ha insultado a mi marido, criticado a la novia de mi hijo y admitido haber incitado a uno de mis hijos para que pegara a su hermano. Esto no tiene que ver con darle respuestas a Stephen. A lo mejor estoy cansada de vivir rodeada de infelicidad. A lo mejor veo sombras de mí misma en Caroline. O a lo mejor me identifico con su situación. Perdieron a un niño. Aún no han superado el luto.

Caroline vuelve a suspirar.

—Lo siento, Claire. Sé que intentas ayudar, pero no estoy exagerando después de un par de noches de borrachera. Hace tiempo que las cosas van mal. Lo que pasó ayer por la noche fue la gota que colmó el vaso. Creo que se ha acabado.

El corazón me da un vuelco, y no sólo porque sepa que ésa no es la respuesta que espera Stephen.

—¿Estás bien? —me pregunta Caroline—. Stephen me contó lo de Jason Davies y lo que dijo. ¿Hay alguna novedad? Por lo que sé, hace un tiempo que no vas a trabajar. ¿Ha dicho la policía...?

—No. No hay novedades. —Miro hacia la puerta, por donde dos hombres entran en el pub riendo y haciendo aspavientos con las manos. Mi coche está aparcado en una calle sórdida de sentido único cerca de aquí, con la bolsa de tela metida debajo del asiento del acompañante. Creo que la he escondido suficientemente bien como para que si alguien pasa caminando no la vea, y diría que los ladrones de coches no trabajan tan pronto, pero no puedo arriesgarme—. Lo siento mucho. Tengo que colgar, Caroline.

–¡Oh! –Parece ofendida–. Vale, pues.

–Te llamaré pronto. Para hablar como Dios manda.

–No te preocupes. Cuídate, Claire. Adiós.

Stephen coge su cerveza y se bebe la mitad de un trago.

–¿Y? –pregunta mientras yo vuelvo a meter mi móvil en el bolso–. ¿Qué ha dicho?

–Aún está enfadada. Vas a tener que currártelo para convencerla.

–Pero ¿me dará una oportunidad?

Deseo mentir. Deseo decirle que ella lo quiere y que sólo está un poco cabreada, pero no puedo hacer eso, a ninguno de los dos.

–No lo sé.

–Oh, ¡por el amor de Dios! No me has servido de mucho, la verdad.

–Stephen, lo he intentado.

–Gilipollices. –Apura la cerveza y le hace una seña al camarero–. Otra cerveza y un chupito de whisky.

Luego se sube las mangas de la sudadera y deja al descubierto sus antebrazos tatuados.

–No sé a santo de qué hablas con ese tono de superioridad –dice.

–¿Yo?

–Sí. Tú y Pelotas de Oro. Compadéceme todo lo que quieras, Claire, pero no tienes ni la más remota idea de quién es el hombre con el que te casaste. Eres tú quien merece compasión, no yo.

–No pienso escuchar esto. –Echo mi silla hacia atrás y me pongo de pie–. He intentado ayudarte y ahora te dedicas a insultar a mi marido porque sientes lástima de ti mismo. Quédate aquí y ahoga tus penas, Stephen. Yo tengo cosas más importantes que hacer.

Cojo mi bolso y empiezo a alejarme, pero no he dado más de tres pasos cuando me coge de la muñeca.

–¡Espera! –Se cierne sobre mí apestando a pedos, sudor y cerveza–. Tienes que oír esto.

–No. –Retuerzo el brazo para soltarme–. La verdad es que no.

–Hay algo que no sabes sobre Mark.

Me doy la vuelta. El camarero, los dos hombres de la esquina del local y un chico que juega a la máquina del millón se vuelven a mirar.

–Tienes que oír esto, Claire.

Me acerco a él con paso airado y lo empujo hacia abajo, sobre su asiento.

–No subas la voz, joder.

–Mark besó a la profesora de Billy.

–¿Qué? –Me hundo en una silla.

–Ya me has oído. Por eso los chicos la emprendieron a puñetazos en el patio del Lodekka el verano pasado. Mientras Liz y tú estabais en el baño, Mark recibió una llamada de su jefe. Al alejarse para contestar, Billy dijo que esperaba que no volvieran a echarle la bronca a su padre, porque la señorita Christian no estaba ahí para darle un beso de consuelo. Lo dijo en voz baja, así que sólo lo oí yo, y me eché a reír. Jake quiso saber qué era tan divertido, así que le pedí a Billy que se lo contara.

Stephen se queda callado mientras el camarero se acerca a nuestra mesa y deja una cerveza y un vaso de whisky frente a él, pero la sonrisita de satisfacción que curva sus labios no desaparece. Quiero decirle que está borracho y que no suelta más que gilipolleces, pero no puedo.

–¿Por qué iba Billy a decir eso sobre la señorita Christian?

Stephen menea la cabeza.

–Ya he hablado bastante.

Lo miro con repugnancia.

–No, ni hablar. Cuéntame qué quería decir Billy.

–No. He cambiado de idea.

Al tiempo que él alarga la mano para coger su cerveza, una oleada de ira me embarga y la barro de encima de la mesa. El vaso cae al suelo y explota, y una lluvia de cerveza y cristales me cae sobre la pantorrilla.

–Dímelo. Ahora. O luego llamaré a Caroline y la convenceré de que no te deje volver nunca.

Stephen se mantiene erguido en la silla, negándose a que lo intimide, pero cuando aparta su mirada de la mía sé que he ganado.

–Te lo diré –accede–, pero no te gustará.

El camarero se acerca con un cepillo y un recogedor en las manos, y una expresión de hartazgo en la cara. Yo vuelvo a sentarme.

Stephen espera a que el camarero haya recogido el estropicio y entonces se echa adelante en su silla, con los codos apoyados en la mesa.

–Yo quería a Billy –dice–. Lo quería de verdad. Pero no siempre estuvimos unidos, ya lo sabes. Él adoraba a Mark como si fuera un héroe, pero me di cuenta de que eso cambió cuando Billy entró en la adolescencia. Ya había visto cómo a Jake le pasaba lo mismo. Es lo que ocurre con los chicos cuando

se vuelven más grandes y más fuertes. Se sienten hombres, no niños, y cuestionan la autoridad de su padre. Mark lo hizo con su padre. Yo también lo habría hecho con el mío, si no la hubiera cagado. –Suelta una risa irónica–. Pero me cabreeé algunas veces con John, aunque sólo era mi padrastro. Fui el primer sorprendido cuando al final acabé trabajando yo en la empresa en lugar de Mark.

Su mirada triste se pierde en el horizonte y yo me aclaro la garganta.

–Sí, ya. –Coge su whisky y se lo bebe de un trago–. Así que no me sorprendió que un domingo Billy se pasara por mi casa y me dijera que su padre era un capullo. Me explicó que Mark le había echado una buena bronca porque le iba mal en la escuela. Pero luego siguió hablando, que si Mark era débil y que no lo respetaba. –Se rasca la nuca–. Dijo que lo avergonzaba.

–¿Que lo avergonzaba? ¿Por qué?

Coge su vaso vacío de whisky y se lo lleva a los labios. Una gota solitaria cae en su boca.

–Por lo que había visto.

No me gusta el derrotero que está tomando esta conversación. Quiero marcharme. Quiero salir del pub antes de que Stephen diga otra palabra, pero me obligo a permanecer sentada.

–Continúa.

–Billy fue al pub una noche, el verano pasado. Había quedado con un amigo que pensaba sacar un par de botellas de extranjis para poder emborracharse en el parque. Billy vio a Mark y a algunos de sus profesores en el pub, y se escondió detrás de un contenedor para que no lo descubrieran.

–¿Mark estaba con los profesores de Billy?

–No. Estaba solo. El caso es que salió para contestar una llamada. Billy dijo que era de su jefe. Mark parecía muy borracho y trataba de mantener un tono desenfadado, pero entonces empezó a suplicar.

–¿A suplicar qué?

–Que no lo echaran del trabajo. Dijo que John había tenido un ataque al corazón y que creía que iba a morir, y que por eso no había cumplido sus objetivos, y que lo sentía. Le imploró a su jefe que no lo despidiera. Dijo que tenía una mujer y dos hijos que mantener, y una hipoteca que pagar.

Lo contemplo horrorizada. ¿El jefe de Mark casi lo despidió y él no me lo ha contado?

–Eso no es lo peor –continúa Stephen, malinterpretando la expresión de mi

cara—. Mark se puso a llorar. En serio, lloriqueaba al teléfono, supuestamente con su jefe. Billy me explicó que nunca en su vida se había sentido tan avergonzado como ese día al oír a su padre sollozar por teléfono. Dijo que su padre era un hipócrita por la forma en que le había atacado por los problemas que tenía en la escuela. Mark se comportaba como si fuera alguien, como si fuera un pilar fuerte y responsable de la comunidad al que sus hijos podían admirar, cuando en realidad era un ser débil y sin carácter. Un llorica de mierda, dijo Billy. Me explicó que no podía respetar a un hombre así, un hombre que prefería suplicar que enviar a su jefe a la mierda. Según Billy, Mark seguía llorando cuando entró de nuevo en el pub. Fue entonces cuando se le acercó una de sus profesoras y él la besó.

—¿Mark besó a Edie Christian?

Stephen aparta la mirada.

—Sí. Billy no se lo tomó muy bien. Primero las súplicas y los llantos, y luego su padre se morrea con su profesora. Lanzó un ladrillo contra la ventana del coche de Mark.

—¿Fue Billy? Mark me dijo que había sido un gamberro.

—Mark no sabía quién lo había hecho. No lo vio. Billy dijo que al volver a casa más tarde estaba tan enfadado que quería romper más cosas de Mark, pero tú estabas en la cama, así que destruyó el álbum de fotos o algo así.

—Tachó todas las fotos de Mark. Lo he visto.

—Ah, vale. Bueno, hay otra cosa que también deberías saber.

Aprieto los dientes.

—¿Qué?

—La verdadera razón por la que Mark no entró en la policía.

—¿A los diecinueve años? ¿A santo de qué sacas eso ahora?

—Porque tienes que saber la verdad.

—Sé la verdad. No entró porque un par de tíos suyos tenían contacto con delincuentes. Mark me lo explicó.

Stephen arquea las cejas.

—Mintió. Pensaste que yo era un gilipollas por decirte que te anduvieses con ojo con Mark y Kira, con el hecho de que vivan en la misma casa. Créiste que estaba metiendo mierda, pero no soy yo quien tiene antecedentes por haber mantenido relaciones con una menor. —Se remueve en el asiento y yo suelto un grito ahogado y me cubro la boca con las manos—. Vaya... Creía que me sentiría bien al sacarme este peso de encima, pero me siento como el

culo. –Se echa hacia delante, con la cabeza entre las manos, y deja escapar un gemido grave—. Con razón me ha dejado Caroline. Soy un capullo integral.

Yo no digo nada. No hay ni una pizca de compasión en mi corazón hacia el hombre que está sentado frente a mí. ¿Cómo podría haberla cuando acaba de hacerlo pedazos?

Viernes 2 de enero de 2015

Jackdaw44: *Ayer por la noche te vi discutir.*

ICE9: *¿Dónde?*

Jackdaw44: *Delante del pub Southside.*

ICE9: *¿Me estás acosando?*

Jackdaw44: *Había quedado con Archie. Te vi desde el otro lado de la calle.*

ICE9: *Tenemos que acabar con esto. Me encanta estar contigo, pero no soporto los engaños. Me paso todo el tiempo mintiendo y no puedo hacerlo más. Me siento como si tiraran de mí en dos direcciones. Esto me está destrozando.*

Jackdaw44: *Pues elige.*

ICE9: *Ya lo he hecho.*

Jackdaw44: *¿Y?*

ICE9: *Lo siento.*

Jackdaw44: *¿Me estás dejando?*

ICE9: *No es para tanto. Sólo era una diversión. No ha sido algo real.*

Jackdaw44: *Pues a mí me ha parecido real de la hostia.*

ICE9: *Lo siento muchísimo. No quiero hacerte daño.*

Jackdaw44: *Bueno, pues me lo has hecho, ¿vale?*

ICE9: *Dijiste que podíamos acabar con esto en cualquier momento. Que yo podía ponerle fin si no era feliz.*

Jackdaw44: *Eso fue antes de que dijeras que era sólo una diversión. Creía que sentías algo por mí.*

ICE9: *Y lo sentía. Lo siento. Pero no funcionaría. Eres demasiado joven y somos demasiado distintos.*

Jackdaw44: *A la mierda lo de JOVEN. No te quejabas de lo joven que era cuando tenías mi polla en el culo.*

Jackdaw44: *TE QUIERO, joder.*

Jackdaw44: *¿Ya está? ¿¿¿Te digo que te quiero y tú me ignoras???*

ICE9: *No te estoy ignorando. Es sólo que no sé qué decir.*

Jackdaw44: *Podrías empezar por decirme que tú también me quieres.*

ICE9: *Sabes que no puedo hacer eso.*

Jackdaw44: *¿Por qué? ¿Por qué quieres a otro? ¡La gente que está enamorada no engaña a su pareja!*

ICE9: *Estás enfadado y tienes razones para estarlo, y de verdad lo siento.*

Jackdaw44: *Queda conmigo en el parque hoy a las ocho.*

ICE9: *No puedo.*

Jackdaw44: *Por favor. Me lo debes. Sólo quiero volver a verte. Necesito despedirme como Dios manda.*

ICE9: *No sé...*

Jackdaw44: *Te quiero. Sólo déjame despedirme.*

ICE9: *Vale, esta noche. Pero no podré quedarme mucho rato.*

Capítulo 46

¿Un agresor sexual? ¿Mi marido es un agresor sexual y además me ha engañado? ¿Cuántas más cosas ignoro sobre él?

Estoy sentada en la cocina, contemplando la puerta trasera. Han pasado seis horas desde que salí del Ostrich y dejé a Stephen con la cabeza entre las manos.

Lo primero que he hecho al llegar a casa ha sido registrar los bolsillos de todas las chaquetas y abrigos de Mark. Luego he revisado su cómoda. No tenía ni idea de qué buscaba: un informe policial, una nota de amor de Edie Christian, una factura de hotel, una entrada de cine, un recibo de la gasolinera, algo, cualquier cosa que explicara lo que Stephen me ha contado. No he encontrado nada incriminatorio. He llamado a la escuela de Billy, pero he colgado en cuanto la recepcionista ha contestado. He hecho lo mismo con el número del detective Forbes.

Tengo que hablar con mi marido, con nadie más. Necesito preguntarle cara a cara si lo que me ha contado Stephen es cierto. Si me miente, lo sabré. Por lo general lo delata la media sonrisa que sobrevuela las comisuras de sus labios.

Después de que Lloyd la dejara, Liz se informó sobre las señales que indican que alguien miente. Por lo visto, todo ese rollo de mirar hacia arriba y a la izquierda es mentira. No es posible saber si alguien miente rellenando una hoja con preguntas sobre expresiones faciales; hay que buscar diferencias respecto al modo en que se comporta normalmente esa persona. Por eso creí a Mark cuando dijo que no sabía por qué Billy lo había tachado en las fotos y...

No. No fue eso lo que pasó. Cuando le pregunté si se le ocurría una razón por la que Billy pudiera haberlo hecho, no contestó realmente la pregunta. Dijo algo de que los padres y los hijos chocaban, y me recordó que él tampoco se llevaba bien con su padre. Luego me preguntó si lo estaba

acusando de hacerle algo a Billy. Desvió mi atención. Dos veces. Le pregunté dos veces y él cambió de tema en ambas ocasiones. En realidad, no mintió. Me viene a la cabeza otro pensamiento. Billy estaba haciendo un trabajo de arte para la escuela. Por eso lo pidió prestado. ¿Cuándo fue? Abro el cajón de los cachivaches y escarbo en el fondo, donde guardo los calendarios familiares. Nunca he sabido qué contestar cuando los niños me preguntaban qué quería por Navidad, así que siempre les decía que un calendario, porque eran baratos y útiles, y porque así no tenía que meter a escondidas bombas de baño carísimas que me provocaban urticaria en la bolsa de caridad el Boxing Day.*

Mark siempre me tomaba el pelo por guardar los calendarios viejos.

–Te estás convirtiendo en una acaparadora como tu madre –bromeaba mientras yo guardaba otro en el cajón el 1 de enero, después de haber copiado el cumpleaños y los aniversarios de todo el mundo en el nuevo.

Yo no le hacía caso. Me gustaba mirarlos y recordar todo lo que habíamos hecho cada año: las clases de natación de los niños, las fiestas de cumpleaños a las que habían ido, las vacaciones que habíamos hecho. Estaba todo registrado con mi letra pequeña y pulcra. Billy y Jake no soportaban que los persiguiera para sacarles información sobre las fechas de los exámenes y de las entregas de trabajos.

–Mamá, deja de controlarlo todo –me recriminaban a coro.

Otra vez la misma acusación.

Saco un fajo de calendarios. El del año pasado está encima de todo. Voy pasando las hojas, no encuentro nada y empiezo de nuevo, leyendo cada entrada con atención.

5 de enero – Cumpleaños de mamá.

16 de enero – Reunión de padres (Billy).

21 de enero – Dentista para Jake y Billy.

30 de enero – ITV del coche (mío).

Paso la hoja.

4 de febrero – Cumpleaños de Caleb.

17 de febrero – Médico (Mark).

24 de febrero – Fecha de entrega del trabajo de arte de Billy para el certificado de secundaria.

¡Ahí! ¡Ahí está! A finales de febrero. Y fuimos al pub a celebrar mi cumpleaños el...

Paso las hojas y clavo el dedo en el día en cuestión. Domingo 31 de agosto. En algún momento entre el 24 de febrero y el domingo 31 de agosto, Mark fue al pub, casi perdió su trabajo y besó a la profesora de Billy. Stephen ha dicho que fue el verano pasado, pero no ha dicho cuándo. Paso la hoja.

5/6 de julio – Viaje de Mark a Londres para la junta general anual.

2/3 de agosto – Mark – Conferencia.

13/14 de septiembre – Fin de semana de formación de Mark.

25 de noviembre – Reunión del equipo de ventas de Mark.

¿Cuántas de estas citas eran reales? ¿Acaso estaba Mark revolcándose en un hotel con Edie Christian, después de haber encerrado en una caja el hecho de estar casado y con dos hijos, antes de cerrarla con llave y archivarla?

Me tiemblan las manos al dejar el calendario y el álbum de fotos sobre la mesa.

Son casi las cinco en punto. El cuchillo sigue metido en la bolsa, debajo del asiento del acompañante de mi coche. No puedo acudir a la policía hasta que no haya averiguado la verdad. Dios sabe a qué hora llegará Mark a casa del trabajo, pero no voy a ir a ningún lado hasta que venga.

Capítulo 47

–¡Aló! ¡Soy yo! Claire, ¿estás en casa? ¿Qué haces aquí sentada a oscuras?

Liz alarga la mano por detrás de la puerta y acciona el interruptor. Yo parpadeo mientras la habitación se llena de luz fluorescente.

–¿Claire? –Cruza la cocina y aparta la silla que hay frente a mí–. ¿Estás bien? He visto tu coche en el camino de entrada. No me habías dicho que volvías hoy.

Le mandé un mensaje a Liz desde casa de mis padres el día después de mi sesión con Sonia. Le dije que en casa había mucha tensión y que necesitaba unos días de paz y tranquilidad. Me contestó enseguida, preguntándome si necesitaba hablar. Le dije que no, pero que la llamaría al cabo de un par de días.

–Yo tampoco sabía que volvería hoy –digo.

Quiero contárselo todo. Quiero expulsar hasta el último miedo y preocupación, pero no tengo energía. Debo guardar la poca que me queda para mi conversación con Mark.

–Liz –digo en cambio–, ¿Caleb te mencionó alguna vez algo de que Billy estaba enamorado de alguien? A lo mejor Jake se lo contó y...

Me interrumpe el sonido de la puerta de atrás al abrirse.

–¡Claire! –dice Kira–. Has vuelto.

–Por ahora. –Mantengo la sonrisa inalterada en mi cara–. ¿Cómo van las clases? Tu exposición debe de ser pronto.

–Sí. –Deja en el suelo la carpeta de dibujo que lleva y mueve los dedos de la mano izquierda, que se le han quedado dormidos.

–¿Podemos ir a verla? –pregunta Liz–. ¿Hay algún desnudo? No recuerdo la última vez que vi a un hombre desnudo.

El rubor se extiende por el cuello de Kira y Liz se ríe con ganas.

–No, la verdad es que no –dice Kira.

–Entonces, ¿de qué va?

Kira mueve la lengua adelante y atrás dentro de la boca y hace repiquetear el *piercing* contra los dientes.

–Tatuajes.

¿Tatuajes? Jake me dijo que Kira no le dejaba ir a su exposición porque era demasiado personal. ¿Qué tienen de personal unas fotos de tatuajes?

–¡Mira, Kira! –Liz se levanta la camiseta y enseña su barriga–. Podrías haberle hecho una foto a mi delfín. Aunque ahora que estoy como un tonel parece una ballena.

–¿Te arrepientes? –le pregunta Kira mientras lo mira.

–Mira la niña, qué impertinente...

–No, no. Ése es el tema de mi proyecto: tatuajes y arrepentimiento. He tomado fotos de tatuajes a personas que se arrepentían de habérselos hecho, y luego las he entrevistado. El proyecto es una mezcla de fotos y palabras. Todo es anónimo. No hay ni caras ni nombres.

–Entonces deberías haber llamado a Lloyd. Tiene una burrada de tatuajes, la mayoría espantosos. Menos el de mi nombre. Por supuesto, ése es precioso, ¡aunque estoy segura de que ahora se arrepiente que te cagas! Ah, Claire, eso me recuerda algo. ¿Sabes quién me envió un mensaje ayer?

–¿Lloyd?

–Ajá. Este fin de semana viene a Bristol.

–¿A tu casa? –pregunta Kira, que parece tan horrorizada como Liz.

–Bueno... –Liz asiente–. Le he dicho de quedar en el Charlie's Bar, pero no quiere. Insiste en venir a casa.

–¿Por qué?

–Igual quiere volver contigo... –dice Kira.

–Ni hablar. No lo dejaría volver ni aunque me lo suplicara. No, yo creo que lo que quiere es que quedemos en casa para no arriesgarse a tener una trifulca en público. O lágrimas –añade con rapidez–. Creo que me va a pedir el divorcio.

–¿Y por qué no te lo dice por teléfono?

–¿Porque es un sádico?

–¿Se pasará por aquí? –pregunta Kira. Teniendo en cuenta que por lo general aprovecha la primera oportunidad para huir de la cocina y subir a su cuarto, se la ve extrañamente interesada en esta conversación.

–Sí. –Liz se ríe–. Había pensado en celebrar una fiesta de bienvenida en su

honor y salir a pasearlo en procesión por las calles. ¡El regreso del hijo pródigo! ¿Para qué coño iba a pasarse por aquí?

Kira se encoge de hombros.

–¿Para ver a Mark?

–Sí, claro, como son tan amigos... Creo que sólo se toleraban porque Claire y yo somos muy buenas amigas. –Me mira—. ¿Verdad, Claire?

–Sí.

Es mentira, pero lo digo para no herir sus sentimientos. A nuestros maridos les costó un tiempo empezar a caerse bien, pero al final congeniaron y, para cuando el matrimonio de Lloyd y Liz estaba ya en las últimas, sin duda eran amigos. Aunque Mark no ha sabido mucho de Lloyd desde que se marchó de casa de Liz; un par de respuestas a sus mensajes, pero nunca nada más allá de un sucinto «Estoy bien, colega» o «Estoy viviendo hacia el norte».

–Kira, ¿te encuentras bien? Estás un poco pálida, cielo. –Liz aparta una silla—. Siéntate.

–Estoy un poco mareada. –Se lleva una mano a la sien—. Creo que voy arriba a tumbarme un rato.

Hace un movimiento en dirección al pasillo, pero yo me levanto para interceptarla.

–Kira, antes de que te vayas, ¿podría hablar contigo de una cosa?

–Bueno... –Vuelve a tocarse la sien—. De verdad que no me encuentro muy...

–Sé lo que pasó en el Lodekka el año pasado. Sé por qué Jake pegó a Billy.

Ella no dice nada, pero su mirada va de derecha a izquierda, como si mirara cada uno de mis ojos alternativamente. Intenta averiguar cómo me siento.

–Fue por Mark, ¿verdad? –digo—. Porque había besado a la tutora de Billy.

Oigo a Liz inspirar bruscamente a mi espalda, pero no me doy la vuelta.

Kira baja la vista hacia sus pies.

–Sí –dice con un hilillo de voz.

–¿Jake te lo contó?

–Bueno..., sí. Me dijo que era una sandez y que Billy estaba removiendo la mierda porque no tenía nada mejor que hacer. Que quería destrozarse la vida a todo el mundo porque no soportaba que nadie fuera feliz.

–¿Jake le preguntó a Mark si era verdad?

Se mordisquea un lado del labio y no dice nada.

—¿Kira? ¿Jake le preguntó a Mark si era verdad?

Asiente con la vista todavía baja.

—¿Y? ¿Mark lo reconoció?

Levanta la vista y su mirada se cruza con la mía.

—Sí —susurra—. Sí, lo reconoció, pero...

—Una pregunta más —añado rápidamente antes de que pueda marcharse—.

¿Billy te dijo alguna vez que estuviera enamorado de alguien?

Su mirada se desvía hacia Liz, que sigue sentada a la mesa de la cocina con una expresión de perplejidad en la cara, y luego vuelve a fijarse en mí.

—Una vez oí a Caleb y Jake hablando sobre una chica que le gustaba a Billy. Creo que se llamaba Jess. ¿Te refieres a eso?

—¿Billy la quería?

Se encoge de hombros.

—No lo sé.

Capítulo 48

–¿Cómo te encuentras? –me pregunta Liz por la que parece la enésima vez.

Físicamente estoy bien. Sentada en una silla de madera frente a mi amiga, con la mesa entre las dos y los brazos cruzados sobre el pecho. Emocionalmente estoy aturdida. No soy capaz de procesar lo que me ha contado Stephen. Billy se había enamorado de alguien con quien no podía estar y a Mark lo han juzgado por acostarse con una menor. Y me ha engañado con otra. Más secretos. Más malditos secretos.

Mark y yo llevamos juntos casi veinte años, y siempre ha estado ahí: ese miedo a que en algún momento de nuestra relación pudiera haberse descarriado, pero nunca creí seriamente que fuera capaz de un engaño de tal calibre.

–Los hombres son unos capullos –dice Liz–. Te lo juro. Voy a desinstalarme el Tinder y me haré célibe. ¿Crees que habrá alguna aplicación que te enseñe cómo ser monja, cómo diseñar tu hábito, cómo conseguir ese aspecto de cara lavada? Ya sabes, esa clase de cosas. –Aparta la silla de la mesa y suspira–. El problema no es el folleteo en sí, ¿verdad? Son más las mentiras y los cuentos. Sé que mienten a sus amantes y les dicen que en casa no tienen nada de sexo, pero Lloyd y yo seguimos haciéndolo hasta el mes antes de que...

–Nosotros estuvimos nueve meses sin hacerlo.

–¿Perdona? –Arrastra la silla para acercarla a la mesa.

–El verano pasado Mark y yo llegamos a cumplir nueve meses sin hacerlo. Recuerdo que en ese momento pensé que era la temporada más larga que había pasado sin sexo desde que era una adolescente.

–¿Te estás echando la culpa? Porque si es así, nos las vamos a tener. Es completamente normal que las parejas tengan épocas de sequía cuando llevan tanto tiempo casadas como vosotros dos. Hay parejas que dejan de follar del todo. Eso no es excusa para tener una aventura.

–Lo sé. Y Mark no me presionó para mantener relaciones. Tampoco parecía muy preocupado, si te soy sincera. Él estaba cansado, yo estaba cansada, y de repente habían pasado nueve meses.

–Bueno, a veces pasa, ¿no? –Se encoge de hombros–. Lo siento. Eso no te ayuda mucho, ¿verdad?

Me obligo a sonreír.

–Hablar contigo me ayuda, pero no tiene sentido analizarlo hasta la saciedad.

Miro el reloj de la cocina.

–Mierda. –Liz también mira el reloj–. La moto de Caleb está en el taller, y le he dicho que lo recogería en el trabajo y lo llevaría al mecánico. ¿Estarás bien? –Asiento y ella dice–: Pase lo que pase, siempre me tendrás a mí. Puedes quedarte en mi casa si quieres. La habitación pequeña está patas arriba, pero si no te apetece el sofá y quieres compartir mi cama, yo encantada. Te prometo que no te acosaré en plena noche con mi polla empalmada.

–Gracias. –Le cojo la mano y la aprieto–. No sé lo que haría sin ti.

–Bueno, seguramente beberías menos –dice, y se ríe–. En serio, Claire, si hay algo que...

La interrumpe el sonido de un coche que se acerca por la calle. El familiar sonido de un tema de *drum and bass* de los noventa entra por la ventana y luego se interrumpe.

Intercambiamos una mirada.

–Es Mark –digo.

Capítulo 49

Si a mi marido le sorprende encontrarme a la mesa de la cocina tras pasar dos noches en casa de mi madre, no dice nada. Me saluda con un gesto de la cabeza al entrar en la habitación. Viste un traje azul oscuro con una camisa blanca y una corbata a rayas grises y blancas. Sus zapatos negros están lustrosos. Lleva el pelo bien cepillado hacia atrás, con la cara despejada. Lo único que está fuera de lugar es la posición de la bolsa de su portátil. Por lo general la lleva colgada informalmente de un hombro, pero hoy la sujeta pegada al pecho.

Liz entorna los ojos al verlo entrar en la cocina.

–¿Todo bien, Mark? –pregunta en tono tenso.

Él la ignora.

–Claire, ¿puedo hablar contigo? A solas.

Liz me mira y arquea una ceja. Hay tantas emociones reflejadas en esa mirada –irritación, enfado, preocupación– que una sola palabra inapropiada de mi marido bastará para que estalle.

La cojo de la mano.

–Vendré a verte más tarde, ¿vale?

Ella asiente con los labios apretados y se pone de pie.

Sale de la cocina rodeando expresamente a Mark desde lejos. Él apenas repara en su marcha. Mantiene la mirada clavada en mí mientras se sienta con rigidez a la mesa, con el portátil abrazado al pecho.

–¿Está en casa?

–¿Jake? No, pero Kira está arriba.

–Vale. –Desvía la mirada del pasillo a la ventana de la cocina–. No podemos hablar aquí. Vamos al garaje.

Estoy tan atónita, tan descolocada por la expresión de su rostro, que hago lo que me dice y lo sigo fuera de la casa, al garaje. Él enciende la luz y luego

se sienta en el banco de pesas de Jake. Da unos golpecitos justo a su lado y espera a que yo me siente. Parece sorprenderse cuando niego con la cabeza.

–Claire. –Coloca el ordenador sobre sus rodillas y hace presión sobre él con las palmas de las manos–. No sé cómo decirte esto.

–Tienes una aventura.

Las palabras resultan ridículas al salir de mi boca. Me siento como si estuviera interpretando el papel de la esposa engañada en un culebrón.

–¿Qué?

–Con Edie Christian.

–Edie Chr... –Echa la cabeza hacia atrás y se pone a reír.

La irritación me hierve por dentro.

–Mark, lo sé. Stephen me lo ha contado. Billy te vio besándola en un pub el año pasado.

La risa de Mark se corta tan rápido como había empezado.

–¿Qué?

–Billy estaba ahí. Fuera, esperando a Alfie. Te vio, escuchó tu conversación telefónica con tu jefe delante del bar, vio el beso.

–Pe...

–Estaba escondido detrás de un contenedor. Lo oyó y lo vio todo. Por eso te tachó en todas las fotos del álbum. He comprobado las fechas con el calendario. Fue el verano pasado.

Mark no dice una palabra. Me mira en silencio, el labio inferior húmedo de saliva. Parpadea varias veces y luego baja la vista hacia el portátil que descansa en su regazo.

–¿Mark?

La nuez de su cuello sube y baja al tragar.

–No..., no entiendo nada. He venido a casa para hablar contigo de otra cosa. No me esperaba esto.

–¿Cuándo empezó la aventura?

–¿Aventura? –Frunce el ceño–. No he tenido ninguna aventura.

–No tiene sentido que lo niegues. Le preguntaré a ella.

–¿Preguntarle a quién?

–A Edie Christian.

–Oh, Dios mío. –Se pasa una mano por el pelo–. Claire, no tengo una aventura con Edie Christian, ni con nadie más, ya puestos.

–Entonces, ¿niegas que la besarás? Estás diciendo que Billy mintió.

–No, no mentía. Pero no vio lo que creyó ver.

–Bueno, entonces cuéntame qué pasó.

–Dios, Claire, no fue..., no fue algo tan chungo como parece.

–Besaste a otra mujer.

–Lo intenté.

–¿Y se supone que eso va a hacerme sentir mejor?

–No... –Deja el portátil sobre el banco, a su lado, y se pone de pie para quedar frente a mí–. Hacía un tiempo que no estábamos bien y...

–Ah, entonces es culpa mía, ¿no?

–¡No! ¡Por Dios, no! Fue cosa mía, mía y sólo mía. Estaba estresado. Papá me había estado llamando lamentándose de que no podía confiar en Stephen, y cuando llamé a Stephen él empezó a atacarme. Dijo que estaban sobrepasados de trabajo y no tenían suficiente personal, y que, si me importaba algo papá, tenía que hacer lo correcto: entrar en la empresa. Y luego a papá le dio el ataque al corazón y me asusté mucho. Creí que se iba a morir y que era culpa mía por ser ambicioso y pensar que valía más que para vender suministros para la construcción. Además estaba el trabajo, mi trabajo, y la presión a la que me veía sometido para cumplir los objetivos. En casa los chicos se peleaban. Tú y yo no estábamos bien. Y yo no era capaz de enfrentarme a todo, Claire. No tenía a nadie con quien hablar.

–Tienes amigos.

–Lo sé. Pero nadie quiere ser el capullo aburrido que agua la fiesta cuando salimos por la noche quejándose de lo estresado que está.

–Podrías haber hablado conmigo.

–¿Tú crees? Día sí y día no nos lanzábamos a la yugular del otro.

–¿Y pensaste que besar a otra mujer serviría de algo?

–¡No! –Extiende el brazo hacia mí, pero me aparto antes de que pueda tocarme–. Me emborraché. Estuve bebiendo solo y entonces me llamó Phil Jones. Dijo que no estaba cumpliendo, que mis cifras eran una porquería y que tendría que dejarme marchar. Le supliqué. Le supliqué que no me echara y se lo conté todo, todas las razones de mis dificultades, y me dijo que me daría una última oportunidad. Un aviso por escrito, y si la cagaba una sola vez ya podía irme. Al entrar otra vez en el pub estaba hecho polvo. Edie Christian había ido también al bar con unas amigas y se acercó a la barra para ver si todo iba bien. Fue tan amable conmigo y yo estaba tan borracho y tan estúpidamente agradecido de que alguien se preocupara por mí que..., que...

–Que intentaste besarla.

–Sí. –Cierra los ojos un momento–. Ella me apartó. Se quedó alucinada. Y muy cohibida. Yo intenté suavizar las cosas, pero echó a correr hacia sus amigas y entonces alguien que estaba junto a la ventana se puso de pie y preguntó si alguien tenía un Ford Focus, porque acababan de lanzarle una piedra a la ventana.

–Fue Billy.

–¿Qué?

–Stephen me lo ha contado.

–¿Stephen sabía todo esto y no me dijo nada?

–Trataba de proteger a Billy. Billy confiaba en él. Tú más que nadie deberías entenderlo.

Mark sacude la cabeza con las mejillas rojas por la ira.

–¿Y por qué?

–Porque, por lo visto, tú tampoco tenías a nadie con quien hablar.

–Claire. –Me coge la mano–. Por favor, no llores. Por favor. No puedo soportarlo.

–No lloro porque esté disgustada. Estoy enfadada. Estoy enfadada de la hostia y...

–En realidad ni siquiera fue un beso.

–¡No es eso! –Me suelto de su mano y se la aparto–. Eres tú. Tú y Billy y Stephen y Jake. Las cosas se tuercen en vuestras vidas y, en lugar de hablar de ello, las destrozáis y bebéis y engañáis y mentís. ¿Qué os pasa? ¿Qué coño os pasa a todos? –Mark se mira los pies mientras yo grito, frustrada–: ¿Por qué ninguno vino a hablar conmigo? Podría haberos ayudado.

–¿De verdad lo crees? –pregunta Mark en voz baja.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Hay cosas que no puedes controlar, Claire, cosas que no puedes arreglar. Tal vez no tenga sentido para ti la forma en que manejamos nuestras miserias, pero es así como las superamos.

–Entonces Billy hizo bien lanzándote una piedra al coche, ¿no? ¿Llenar su escuela de grafitis fue algo bueno? ¿E hincharle las pelotas a su hermano e insultarte a ti?

–No lo sé. –Vuelve a dejarse caer en el banco de pesas y apoya la cabeza en las manos–. Ya no sé nada. Sabía que esta noche íbamos a tener una conversación difícil, pero no pensaba que fuéramos a hablar de esto.

–¿De qué querías hablar?

–De esto. –Toca la bolsa del portátil que está en el banco, a su lado.

–¿De qué hablas?

–He encontrado unas fotos dentro –murmura a través de los dedos—. Fotos de niños. Desnudos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

–¿De quién es ese portátil, Mark?

Él alza la vista hacia mí.

–Es de Jake.

Capítulo 50

Ninguno de los dos habla mientras miramos hacia el exterior del garaje. El portátil, que descansa encima de la bolsa, está en el suelo frente a nosotros. Ninguno de los dos quiere tocarlo.

Mark me ha explicado que lo cogió de la habitación de Jake esta mañana, después de que el suyo no se encendiera tras instalar una actualización. Jake ya se había ido a trabajar y Kira seguía dormida en la cama. Cuando Mark llamó a la puerta, ella se revolvió y luego le indicó la mesa con un gesto de la mano para responder a la pregunta de Mark de si podía coger prestado el portátil de Jake.

Mark no ha introducido la contraseña hasta llegar a una estación de servicio en la M4, de camino a Chippenham. Compramos los portátiles de los dos chicos para las Navidades de hace dos años. Mark los configuró: creó sus cuentas y les dio a ambos la misma contraseña: BRISTOLCITY123. Jake no se había molestado en cambiar la suya, así que Mark ha entrado sin problemas y se ha descargado de OneDrive unas imágenes de PowerPoint que necesitaba. Ha sido entonces cuando ha descubierto las fotos en la carpeta de Descargas de Jake.

Niños. Montones y montones de imágenes de niños preadolescentes. Algunos de pie en una pose despreocupada frente a la cámara, con los brazos cruzados sobre el pecho y mostrando con orgullo su polla erecta. Otros adoptando diversas posturas, inclinados hacia delante, a gatas o chupando vibradores o los penes erectos de un hombre o de un chico que queda fuera de plano.

Mark me ha mostrado el historial de búsquedas.

«Cómo conocer a niños».

«Chats donde se reúnen niños».

«Cómo ganarse la confianza de menores».

«Redes sociales para conocer niños».

La lista seguía y seguía.

—¿Podría ser de otra persona? —he preguntado—. A lo mejor Jake le dejó el portátil a alguien del trabajo.

Pero, por las fechas y las horas, hemos deducido que Jake estaba en casa cuando se realizaron las búsquedas. La mayoría de ellas son de cuando estaba de baja por el estrés. Mientras estaba en su cuarto, y yo sentada en el piso de abajo sin tener ni idea de en qué andaba metido.

—Claire —sisea Mark al ver una furgoneta blanca que se detiene en la calle y por cuyas ventanillas abiertas retumba una canción de rap—. Ha vuelto.

Jake se ríe mientras sube por el camino de entrada hacia nosotros.

—¿Qué hacéis? ¿Un poco de ejercicio?

—Jake —empieza Mark, pero yo lo interrumpo.

—¿Podemos hablar un momento?

Jake se detiene en seco frente al garaje.

—¿Ahí dentro?

—Kira está en casa —digo—. Y será mejor que mantengamos esta conversación en privado.

—Bueno, pues entonces vamos al pub. —Señala su furgoneta con la cabeza—. A menos que... ¿Tiene algo que ver con Billy? ¿Hay novedades?

—No —contesta Mark—. Es sobre ti. Cierra la puerta del garaje, por favor.

Jake hace lo que le ha pedido y luego se da la vuelta para mirarnos. Tiene los ojos muy abiertos y en ellos se refleja el miedo.

—Papá ha cogido prestado tu portátil esta mañana. —Señalo el ordenador, que está en el suelo entre nosotros—. Ha encontrado unas imágenes.

—Fotos —dice Mark—. De niños.

El color se desvanece de la cara de Jake. La puerta del garaje hace un sonido metálico cuando él retrocede tambaleándose y choca con ella.

—No es lo que creéis.

—¿Qué es lo que creemos, Jake?

—Que soy un pedófilo. Y no lo soy. De verdad.

—Jake. —Me esfuerzo por evitar que la emoción se refleje en mi voz—. Esos mensajes que me enseñaste en tu móvil, ¿eran mensajes entre un niño y tú? ¿Estabas organizando un encuentro?

—¿Qué mensajes? —Mark me mira de refilón. Le pedí a Jake que no le contara lo que pasó la noche de mi fuga que acabó en el *parking*. Y está claro que no lo ha hecho.

–No. –Jake levanta una mano–. No lo entendiste bien. Iba a quedar con alguien, pero no con un niño. Yo era el niño.

Mark y yo intercambiamos una mirada.

–Me estaba haciendo pasar por un niño. Joder. –Jake se da una bofetada en el lado de la cabeza–. Mira, estaba enfadado, ¿vale? Me explicaste lo de ese cabrón que está en la cárcel y lo que decía que le había hecho a Billy y no pude..., no pude soportarlo. Me estaba jodiendo el cerebro. No podía dormir. No paraba de... Tenía pensamientos horribles, sobre las cosas que le había hecho a mi hermano, y sentía que era culpa mía. Si no le hubiera pegado a Billy, él no se habría escapado y el pederasta no lo habría cogido..., no habría... –Se vuelve hacia un lado y da un puñetazo a la puerta del garaje.

–Eso no tiene ningún sentido –dice Mark–. Jason Davies está en la cárcel, y los presos no tienen acceso a los ordenadores. ¿Por qué ibas a hacerte pasar por un niño?

–Para atrapar a uno. Sabía que no podía acceder a Davies, pero aun así quería hacerle daño a alguien. Para vengarme por Billy.

–Pero no sabemos si Jason Davies tuvo algo que ver con la desaparición de Billy –digo–. La policía aún lo está investigando y...

–¡Llevan casi siete meses investigando y no han descubierto una mierda! – Jake se frota el puño–. Tenía que hacer algo.

–¡No puedes tomarte la justicia por tu mano, hijo! –dice Mark, pero, si Jake lo oye, no le presta atención.

–Creía que, si ponía una foto mía en Tinder de cuando tenía trece o catorce años, todos los pederastas vendrían como moscas, pero no fue así. Algunas mujeres mayores me enviaron mensajes diciéndome que debías tener dieciocho años para estar en Tinder, y de repente suspendieron mi cuenta. Alguien debió de denunciarme.

»Así que investigué un poco por Internet. Y sé que resulta sospechoso – mira a Mark–, pero ¿qué iba a hacer? No soy un pedófilo; no sé dónde quedan o cómo hacen las mierdas retorcidas que hacen, pero tenía que informarme, ¿no? Para saberlo, y así poder fingir que era un niño.

Se pasa una mano por la frente. En el garaje hace calor y falta el aire, y Jake no es el único que suda.

–Me obsesioné con el tema. Seguí lanzando el anzuelo, esperando a ver quién picaba, pero van con mucho cuidado. No acceden a quedar contigo sólo porque digas que tienes catorce años. Primero necesitan fotos, fotos en

muchas posturas diferentes para que demuestres que eres quien dices que eres.

–Pero esas fotos... Joder, hijo. –Mark menea la cabeza como si tratara de apartar de su mente las imágenes del disco duro de Jake.

–Lo sé, lo sé. Yo tampoco podía mirarlas, pero tenía que hacerlo. Tenía que atrapar a uno.

–Pero ¡eso es trabajo de la policía, Jake! ¡No tuyo! –Miro a mi marido en busca de apoyo. Él se pasa las manos por la cara y me mira por encima de las puntas de los dedos. Se lo ve tan perplejo, exasperado y exhausto como me siento yo.

–¿Ah, sí? Bueno, la policía hizo un trabajo de cojones con Jason Davies, ¿eh, mamá? Dejaron que cogiera a Billy.

–¡Eso no lo sabemos! –exclama Mark–. No sabemos qué le ha pasado a Billy. Nadie lo sabe.

–Pero ¿y si lo hizo él, papá? Dijo que había sido él. Ha abusado de otros niños, por eso está en la cárcel. Busqué su nombre en Internet y leí sobre sus procesos judiciales. No podía llegar hasta Davies, pero creí que, si destapaba a uno, a un pederasta, si lo jodía lo bastante, se asustaría tanto que no volvería a intentarlo. Y habría salvado a un niño. Habría salvado al hijo de alguien, al hermano de alguien, pero entonces... –Se frota los ojos con una mano y respira hondo varias veces.

–¿Qué pasa, Jake?

–Que me seguiste.

–¿Qué? –Mark me mira.

–¿Al *parking*? –pregunto–. ¿Te seguí hasta el *parking*?

–¿Claire? –dice Mark–. ¿De qué habláis? ¿Qué *parking*? ¿Qué ocurrió?

–Mamá me siguió. Yo fui a encontrarme con este tío, al que había pillado, en el lavabo de hombres de un *parking* que hay en la ciudad, y de repente apareció mamá.

Se me ponen de punta todos los pelos del brazo. Estaba allí. Jake estaba allí. Y se marchó corriendo y me dejó atrás.

–Oh, Dios, mamá. Lo siento, lo siento mucho.

Jake camina alterado de un lado a otro del garaje, respirando pesadamente por la nariz y mirando el techo.

–¡Cuéntanos qué pasó! –ruge Mark, y Jake deja de andar y me mira a los ojos.

–Al tipo ese, Graham, lo conocí en una sala de chat para adolescentes. Me puse Jaime de nombre y dije que tenía catorce años. Al principio empezamos a hablar de fútbol, pero no tardó mucho en preguntarme si tenía novia. Le dije que no, que no me interesaban mucho las chicas y que estaba bastante deprimido porque mi familia no me entendía y...

–Oh, Dios. –Mark se deja caer hacia delante y apoya la cabeza en las manos otra vez.

–Continúa, Jake –le pido.

–Graham dijo que lo entendía. Que él tampoco se había llevado bien con sus padres y que sabía lo que era sentirse como la oveja negra y bla, bla, bla. El caso fue que intentó hacer que confiara en él. Me pidió fotos, así que le mandé algunas de un chico que había encontrado en Internet. Me dijo que era muy guapo y que deseaba de verdad poder darme un abrazo para que me sintiera mejor y... –Hace un movimiento con la mano de un lado a otro—. Para resumir, que es una historia muy larga, me preguntó si podía escribirme un *mail*, así que abrí una cuenta falsa. Y entonces fue cuando las cosas empezaron a ponerse sexuales.

–¿Te pidió fotos tuyas desnudo?

–Sí. Así que tuve que buscar algunas.

Mark señala el portátil.

–Sabes que podrías ir a la cárcel por lo que tienes ahí, ¿verdad?

–Sí, pero las estaba usando para pillar a pederastas, no para hacerme pajas.

–¿Y crees que la policía se lo habría tragado?

–¡Basta! –Levanto una mano—. Cuéntanos que pasó después, Jake.

Mark suspira, pero no dice nada. A Jake se lo ve aliviado.

–Bueno, pues le mandé las fotos y él me pidió el número del móvil. Entonces fue cuando propuso que quedáramos. Dijo que traería *popper* y vodka. El plan era quedar en los lavabos de un *parking* y luego ir a los Downs con su coche y celebrar una pequeña fiesta, nosotros dos solos. Cogí la furgoneta. No tenía ni idea de que me seguías; cuando me marché de casa creí que estabas en el baño. Debías de estar mirando por la ventana o algo así.

–¿Y qué pasó luego, cuando llegaste al *parking*?

–Entré en el baño de hombres, donde se suponía que debía encontrarme con él. Y ahí estaba el pequeño hijo de puta, enclenque y con el pelo gris y barriga. Llevaba una bolsa de plástico, y vi que dentro había una botella de

vodka. Cuando me acerqué hizo ver que se lavaba las manos, pero entonces dije: «¿Graham?», y me miró. Y entonces fui a por él.

La imagen del cuchillo ensangrentado deslizándose sobre las baldosas destella ante mis ojos.

—¿Lo apuñalaste?

—Le pegué. El cuchillo estaba en mi bolsillo trasero; sólo por si acaso era un psicópata.

—Por Dios santo —dice Mark por lo bajo.

Jake mira con recelo a su padre y continúa:

—Oí gritar a alguien mientras le daba una paliza a Graham, y vi a mamá de pie junto a la puerta, con el cuchillo en la mano. Debió de caérseme del bolsillo. Me sorprendió tanto verla que me quedé como paralizado. Graham intentó escapar. Se puso a chillar que iba a llamar a la policía, corrió hacia mamá y la apartó de un golpe para poder salir por la puerta. Ella chocó contra uno de los cubículos y el cuchillo cayó al suelo. Yo lo recogí y dije que iba a perseguirlo, pero mamá no me dejó. Dijo que le daba miedo que apareciera la policía y que yo acabara en la cárcel. Me dijo que me marchara a casa y que ella se reuniría aquí conmigo, así que dejé caer el cuchillo y eché a correr.

—Eras tú. —Lo miro con incredulidad—. ¿Eras tú la persona a la que Malcolm y Mandy vieron marcharse corriendo? ¿El hombre con una sudadera con capucha?

—No quería irme, te lo juro. Pero me gritaste que ya habías perdido un hijo y que no tenías ninguna intención de perder otro. Parecías normal, mamá. Si hubiera sabido que estabas teniendo uno de tus ataques, nunca te habría dejado sola. Nunca.

Es tan grande, tan increíblemente fornido y fuerte, pero en sus ojos veo destellos del Jake niño. Jake, que lloraba en cuanto yo alzaba la voz, porque estaba desesperado por no decepcionarme. Nunca lo había visto tan asustado.

—¿Por qué había sangre en el cuchillo, si se te acababa de caer del bolsillo? —pregunto.

Jake evita mi mirada.

—Era suya —murmura—. Le di un buen repaso. Diría que le rompí la nariz y le partí el labio. Tenía las manos cubiertas de sangre suya.

Lo miro horrorizada.

—¿Tienes idea de lo que me asusté al volver en mí? No sabía dónde estaba ni qué había pasado. Al ver el cuchillo, creí que había apuñalado a alguien. Y

tú lo sabías. Sabías lo que había pasado, pero no me dijiste ni una palabra cuando volví a casa. Fingiste que habías estado aquí todo el rato. ¡Incluso pusiste el lavavajillas!

–No sabía qué hacer. –Se pasa el dorso de la mano por los ojos–. Iba a decírtelo, te lo prometo. Pero, al darme cuenta de que no te acordabas de nada, yo... pensé que sería mejor quedarme callado. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

Mientras Jake solloza, yo miro a Mark. Su cuerpo se sacude por la ira.

–Mark –digo en voz baja–. Entra un momento en casa. Deja que me ocupe yo.

–No. –Niega con la cabeza–. Me quedo. Somos una familia. Basta de secretos, Claire. Basta.

Capítulo 51

La bombilla que cuelga encima de nosotros parpadea y emite un zumbido mientras Mark, Jake y yo seguimos hablando. Fuera está oscuro, y hay una franja negra debajo de la puerta, por donde antes se colaba la luz del sol.

–¿Dónde está el cuchillo? –pregunta Mark.

–En una bolsa de tela, debajo del asiento del acompañante de mi coche.

–¿Qué vas a hacer con él? –pregunta Jake.

Ninguno de los tres se ha movido desde hace como una hora y media. Mark y yo seguimos sentados el uno al lado del otro sobre el banco de pesas. Jake está sentado en el suelo. El portátil nos separa.

–Si quieres llevarlo a la policía, lo entenderé. Tienes que hacer lo que sea correcto.

Jake parece totalmente deshinchado, como si le hubieran arrancado hasta la última gota de enfado. Por su parte, Mark parece viejo. Cansado y viejo. No ha alzado la voz ni una sola vez desde que Jake ha empezado a llorar sin consuelo. Parece como si las lágrimas de su hijo lo hubieran desarmado por completo.

¿Y yo? Siento una calma que hace mucho que no sentía. Una calma y un vacío. Tengo respuestas, pero no son las que esperaba. Creía que me llevarían hasta Billy, pero sigue tan lejos como ha estado siempre.

–¿Qué quieres hacer? –pregunta Mark, y yo meneo la cabeza.

–No lo sé. Si ese tal Graham presenta cargos contra Jake, entonces tenemos que guardar el cuchillo, el portátil y los mensajes del móvil de Jake. Los necesitará para su defensa.

–Pero es probable que en el cuchillo también haya sangre mía –dice Jake–. Al llegar a casa tenía las manos bastante destrozadas.

–Pero yo me habría dado cuenta si hubieras tenido alguna herida... –digo, y me interrumpo.

Cuando llegué a casa él llevaba un jersey que le cubría las manos y luego

se las metió en las axilas al entrar en su cuarto. Y después dio un puñetazo a la pared. ¿Lo hizo adrede para que no preguntara por sus nudillos desgarrados, o estaba de verdad alterado por Billy?

–Lo siento, mamá –vuelve a decir–. Lo siento muchísimo.

Mark se frota la mandíbula con la mano. Su barba de dos días hace un sonido raspante bajo su palma.

–Sigue siendo un arma. Podría parecer intento de asesinato.

–Lo más probable es que no presente cargos –continúa Mark–. Ya han pasado varios días desde que ocurrió. Sabe que Jake tiene copias de los *mails* y los mensajes. Sería demasiado arriesgado por su parte

¿Qué hacemos? ¿Se lo contamos a la policía o lo ocultamos? Mark ha dicho que basta de secretos, pero ¿a qué precio? Si el detective Forbes descubre lo que pasó, Jake podría ir a la cárcel, y todo por ser incapaz de enfrentarse a su propio sentimiento de culpa por la desaparición de Billy. ¿Acaso es justo? El hombre al que pegó había hecho daño a niños, o pretendía hacer daño a un niño. ¿Acaso es mi hijo quien debe recibir un castigo por ello?

Se oyen unos golpes en la puerta y una voz bajita se cuele en el garaje.

–¿Hola? ¿Jake? ¿Estás ahí? ¿Puedo entrar?

Jake se pone de pie de un salto al tiempo que un par de manos aparecen por debajo de la puerta y Kira la levanta por encima de su cabeza.

–¡Oh! –Mira sorprendida primero a su novio y luego a Mark y a mí–. No me había dado cuenta...

–No pasa nada. –Jake le pasa un brazo por los hombros y la atrae hacia él–. Sólo estábamos...

–Charlando –digo–. Está bien, id adentro. Aquí fuera hace frío. Nosotros iremos enseguida.

Mi hijo no parece muy seguro, pero le indico con un gesto que se vaya.

–Vendré a despedirme antes de irme a casa de los abuelos.

Jake separa los labios, pero no dice nada. En lugar de eso, se lleva a Kira hacia el camino de entrada y de vuelta a la casa.

–¿Crees que se lo explicará? –pregunta Mark cuando ya no pueden oírnos.

–No; su relación no es tan estable como para procesar algo así.

–Kira es más fuerte de lo que crees.

–¿En qué sentido?

–Ha tenido una vida difícil. Su madre le pegaba. Su padre se suicidó.

—No sabía que sabías lo de su padre.

Se encoge de hombros.

—Me lo contó después del ataque al corazón de mi padre. Supuse que tú ya lo sabías.

Parece tan distinto a la media luz del garaje. Su pelo se ve más fino; sus ojos, más oscuros y pequeños, y unas líneas se extienden desde su nariz hasta los bordes de la boca. Creía que después de veinte años conocía cada centímetro de mi marido, pero hay tantas cosas de él que siguen siendo un misterio para mí...

—Mark —digo—, ¿cuántas mentiras más hay?

Él menea la cabeza.

—No te entiendo.

—¿Cuándo pensabas contarme la verdadera razón por la que no entraste en la policía?

—¡Oh, Dios! —Se deja caer hacia delante—. ¿Quién te lo ha explicado?

—No importa quién me lo contara. ¿Es verdad? ¿Eres un agresor sexual?

—¡No! —Me busca la mirada y luego la aparta—. Técnicamente sí. Pero no como tú piensas. No le hice daño ni forcé a nadie. Tenía dieciséis años y salía con una chica del curso inferior; ella tenía quince. Su madre era una chalada religiosa y, cuando se enteró, me denunció a la policía. Y sí, recibí una amonestación policial. No lo conté cuando pedí el ingreso en la policía y lo averiguaron. Coño, claro que lo averiguaron. Se cargaron mi ingreso. No podía contártelo. Me habrías dejado.

—¿Sobre qué más has mentado, Mark?

—Nada, te lo juro.

Sentada a su lado en la penumbra, un centenar de pensamientos me cruzan la cabeza, y me obligo a levantarme.

—Será mejor que vaya a ver a Jake para despedirme.

—Entonces, ¿te vuelves a casa de tu madre?

—Sí, creo que es mejor, ¿no te parece?

—¿Por Jake? —pregunta en voz baja—. ¿O por mí?

—Un poco de cada.

No dice una palabra mientras cruzo el garaje, pero siento sus ojos clavados en mi espalda. El aire está demasiado cargado de tristeza para que pueda soportarlo.

Al darme la vuelta, Mark tiene la cabeza entre las manos.

—Tengo que hablar con ella —digo—. Con Edie Christian. Entiendes por qué, ¿verdad?

—Sí. —Asiente—. Sí, lo entiendo.

Capítulo 52

«¿Estás segura de que es una buena idea?».

«Sí. Mark lo sabe; se lo he dicho».

«¿Le crees?».

Bajo la ventanilla del coche y vuelvo a leer el mensaje de Liz. ¿Me creo que no pasó nada entre mi marido y Edie Christian?

«Mi corazón me dice que sí, mi cabeza me dice que necesito asegurarme».

«Normal. Estoy aquí si necesitas hablar luego. Lo sabes, ¿verdad?».

«Lo sé. Gracias, Liz. ¡Mua!».

–¡Señora Wilkinson! –Edie Christian levanta una mano y me saluda.

Lleva el pelo rubio recogido en una coleta, un vestido rojo de flores con *leggings* negros y zapatos cómodos. Su tarjeta identificativa colgada de un cordel se balancea de derecha a izquierda mientras cruza a saltitos la recepción hacia mí.

–Señorita Christian. –Le estrecho la mano que me ha tenido y fuerzo una sonrisa, consciente de que la recepcionista nos mira.

–He reservado una sala de reuniones privada –dice Edie al tiempo que me guía por un pasillo–. Muchos de los jefes de este año están hoy en las oficinas, y sé que quería una conversación privada.

Conozco bien su despacho. Tengo la sensación de haberme pasado allí media vida el año pasado, discutiendo los diversos «temas» relacionados con Billy. Me he preparado mentalmente para mantener nuestra conversación allí, y su propuesta de hablar en privado me deja desconcertada.

Abre la puerta de una pequeña estancia beis y hace un gesto hacia la mesa y las seis sillas que hay en el centro. ¿Sabe lo que estoy a punto de preguntarle? ¿Por eso no quiere que el resto del personal pueda oírnos?

–Siéntese. ¿Quiere un té o un café? ¿Agua?

Irradia una energía feliz y entusiasta, pero hay en su sonrisa cierta tensión que no se ha borrado de su cara desde que me ha visto en recepción.

–Estoy bien, gracias. –Cojo la silla que queda más cerca de la puerta.

–¿Cómo va todo? –pregunta inclinándose hacia mí, toda entusiasmo y curiosidad–. ¿Hay alguna noticia sobre Billy? ¿Cualquier cosa que podamos hacer para ayudar, la escuela o yo?

Me remuevo en la silla, cruzo los tobillos y luego los vuelvo a descruzar. No puedo creer que esté haciendo esto. Han pasado dos días desde mi conversación con Mark. Cuarenta y ocho torturantes horas de darle vueltas a la cabeza pensando si esto es una buena idea o no.

–Señorita Christian.

–Sí.

–¿Ha tenido una aventura con mi marido?

Ella se echa hacia atrás y su silla cruje al inclinarse. Se lleva la mano derecha al pecho.

–¿Disculpe?

–Mi marido. Mark Wilkinson. ¿Ha tenido una aventura con él?

–No. –Su mano pasa del pecho a la garganta–. Dios, no.

–Pero ¿se han besado?

–¿Qué? No. –Mira hacia la ventana que hay sobre la puerta cerrada de la sala cuando pasa un estudiante–. No sé de dónde ha... ¡Ah! –Su expresión muta del horror a la comprensión–. Esto es por lo que pasó el año pasado, ¿no?

Yo asiento.

–Mi cuñado me dijo que Billy los vio besándose. Le lanzó un ladrillo a la ventana del coche de Mark.

–No lo sabía.

Vuelve a inclinarse hacia delante, recuperada ya su compostura de profesora.

–Señora Wilkinson, no estoy segura de lo que le ha contado su cuñado, pero creo que es posible que malinterpretara la situación. Esa noche su marido estaba muy alterado. Yo lo reconocí y me acerqué a la barra para comprobar si se encontraba bien. Estaba... –Vuelve a mirar hacia la puerta y baja la voz–. Estaba muy borracho. Muy alterado.

–¿Y él intentó besarla?

–Sí. Pero yo lo rechacé. En realidad no pasó nada. Me marché poco después.

–¿Dijo algo? ¿Después de intentar besarla?

Se remueve en la silla.

–No sé de qué serviría que yo...

–Por favor. ¿Qué dijo?

–Dijo que era usted el amor de su vida y que creía que iba a perderla. Dijo que sabía que usted era infeliz, pero que no sabía cómo arreglar las cosas. Se echaba la culpa a sí mismo. Dijo que había estado trabajando tanto que apenas se veían, y que al final no había servido de nada. Yo le dije que hablara con usted, que le contara cómo se sentía. –Me dedica una mirada larga y penetrante.

–No llegamos a tener esa conversación.

–Ya veo.

–Y cuando se encontró con él hace poco, delante del médico, ¿qué dijo entonces?

Parece sorprenderse.

–Dijo que lo sentía mucho; estaba muy arrepentido. Yo le dije que no pasaba nada, que ya lo había olvidado.

–¿Y ya está? ¿Ése es todo el contacto que han tenido desde que ocurrió?

–Sí. –Se pasa una mano por el pelo. Un diamante brilla en el dedo anular de su mano izquierda–. Ése es todo el contacto que hemos tenido, aparte de cuando vinieron los dos por Billy.

–¿Lo vio? –pregunto.

–¿Disculpe?

–A Billy. Ha dicho que se marchó del pub después de que Mark..., tras el incidente. ¿Vio a Billy cuando salió?

Mira hacia el techo mientras trata de recordar.

–No lo sé. No podría asegurarlo; estaba muy oscuro. Vi a un par de personas junto a los contenedores. Me dieron un buen susto. Recuerdo que eché a andar más deprisa, pero no podría decirle si uno de ellos era Billy.

–¿Eran hombres o mujeres?

Ella meneaba la cabeza.

–No lo sé. Como le he dicho, estaba oscuro. Lo siento. Si hay algo más que pueda...

–No. –Me pongo de pie tan rápido que la silla se echa hacia atrás y tengo que agarrarla con la mano para que no se caiga–. No, eso es todo. Muchas gracias por su tiempo. No volveré a molestarla.

–Señora Wilkinson –dice al tiempo que yo tiendo la mano hacia el pomo–.

Una cosa más antes de que se vaya.

–¿Sí?

–Sé que no me corresponde a mí darle consejos, pero creo que podría serle útil si usted y su marido tuvieran una convers...

–No creo que eso sea asunto suyo, ¿no le parece?

Sábado 3 de enero de 2015

ICE9: *¡Nos vio! No me puedo creer que nos viera.*

Jackdaw44: *Estaba oscuro. Seguro que no nos vio la cara.*

ICE9: *Pero ¡se paró! Lo vi pararse justo al lado de la valla. Miró directamente hacia mí.*

Jackdaw44: *Entonces es un pervertido al que le pone mirar a la gente que folla entre los arbustos. ¿Qué problema hay?*

ICE9: *No lo pillas, ¿verdad? Si nos ha reconocido, ¡adiós a mi vida!*

Jackdaw44: *Se te está yendo la olla por una tontería.*

ICE9: *¿Una tontería? Igual tú no tienes nada que perder, pero yo lo perdería todo: mi casa, mi relación, todo. Sabía que era un error quedar contigo ayer por la noche. Lo sabía.*

Jackdaw44: *Así que es culpa mía que folláramos, ¿no? ¿Te obligué a hacerlo?*

ICE9: *Me besaste.*

Jackdaw44: *Te di un beso de despedida y tú me lo devolviste.*

ICE9: *Debería haberme ido.*

Jackdaw44: *Pero no lo hiciste, ¿verdad? Sabía que seguías sintiendo algo por mí. Lo sabía.*

ICE9: *Lo siento. No puedo continuar con esto. Se acabó. Esta vez de verdad.*

Jackdaw44: *Eso ya lo he oído antes.*

Capítulo 53

Conduzco directa a casa de Liz, sin pararme. Ella me mira la cara y me rodea con sus brazos.

–Oh, cariño. Lo siento mucho. Es un jodido cabrón.

Dejo que me lleve a la cocina y me siento en la silla que me aparta. Me acerca una caja de pañuelos de papel, pero yo niego con la cabeza. Me he pasado todo el camino de la escuela a su casa llorando, pero ahora que estoy aquí se me han secado las lágrimas.

–¿Cuánto hace que dura? –pregunta–. ¿Desde el año pasado?

Niego con la cabeza.

–No han tenido una aventura.

–¿Qué? Pero tú has estado llorando. Me he imaginado que...

–Él intentó besarla y ella lo apartó.

–¿Ah, sí? –Arquea una ceja.

–Yo le creo. Me ha contado que Mark estaba muy alterado. Le dijo que me quería y que tenía miedo de perderme...

–Y luego la besó. ¡Gran método para recuperar tu relación, Mark! Joder, por el amor de Dios.

–Pero él tenía razón. No estábamos pasando nuestro mejor momento y...

–No. –Liz cruza los brazos–. No voy a dejar que te culpes a ti misma de esto. El tema aquí es Mark, no tú. Tú también estabas pasando un mal momento y no te lanzaste a los brazos de uno de los profesores de los chicos. ¿A que no?

–No.

–No, joder, ni de coña. Sinceramente. –Abre la nevera y saca una botella de vino–. Lo estrangularía. Los hombres y sus putas pollas.

»Lo siento. –Respira hondo–. Me lo estoy tomando como si me lo hubiera hecho a mí. Lloyd viene mañana y estoy la hostia de nerviosa.

–¿Todavía no te ha explicado por qué quiere hablar contigo?

–No. –Saca dos copas del armario–. Supongo que en breve me enteraré. Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué vas a hacer?

–No lo sé.

–Podrías dejarle.

–¿Por un beso? ¿Por mentir sobre algo de lo que está avergonzado? Llevamos veinte años casados.

–Ésa no es razón para seguir juntos.

–Pero... –Las mismas imágenes se repiten una y otra vez en mi cabeza: Mark examinándome con ternura después de mi primer episodio, los dos cogidos de la mano durante la visita del detective Forbes, él llamándome para desearme buenas noches medio borracho, nuestro beso en la cocina–. Últimamente las cosas han sido distintas entre nosotros. Nos hemos acercado. Hemos hablado.

–Bueno, es algo. –Deja una copa de rosado delante de mí y se sienta.

–¿Qué harías tú? –le pregunto–. Si fueras yo.

Ella bebe un sorbo de vino.

–Pero yo no soy tú, ¿verdad? Podría decirte que ahora que te ha mentido acerca de algo tan importante es imposible que vuelvas a confiar en él, y que serás más feliz sin él, pero eres tú quien debe tomar esa decisión.

–¿Tú eres más feliz sin Lloyd?

–Tengo el Tinder, ¿no? Y un vibrador de veintidós centímetros. –Su sonrisa decae al levantar la vista de su copa–. Estoy bien. No diría que soy feliz, pero aún es pronto. Echo de menos estar enamorada, echo de menos acurrucarme con alguien en el sofá y echo de menos a alguien con quien hablar. Pero quizá que Lloyd se marchara ha sido lo mejor. Ya no nos queríamos. –Suspira.

»Lo que digo es que es mejor estar sola que con alguien que no te quiere. No soy la persona adecuada para pedirle consejo, Claire. Con lo que pienso en este momento de los hombres, de lo que tengo ganas es de decirte que envíes a Mark a la mierda. Pero, si sigues queriéndolo y él te quiere, y puedes dejar atrás lo que pasó, entonces tal vez no sea demasiado tarde para que vosotros arregléis las cosas.

–Tal vez.

–No tomes ninguna decisión importante todavía. Date un poco de tiempo para...

La interrumpe el sonido de llamada de mi móvil.

–Lo siento. –Lo saco del bolso. Un número desconocido centellea en la pantalla–. ¿Sí?

–Hola, señora Wilkinson. Soy el detective Forbes. Me preguntaba si sería posible reunirme con Mark y con usted hoy, cuando les vaya bien. Ha habido un avance en el caso.

Capítulo 54

Nos sentamos igual que la última vez que vino a casa: el detective Forbes en la butaca y Mark y yo en el sofá. Estamos cogidos de la mano, con las palmas húmedas pegadas y los dedos entrelazados. Mark se ha lanzado hacia mí en cuanto he entrado por la puerta de atrás y nos hemos abrazado. Al apartarme, él tenía lágrimas en los ojos.

–Son malas noticias, ¿verdad? –he susurrado.

Mark ha meneado la cabeza.

–No lo sé.

–El detective Forbes ha dicho que había habido un avance. Esa palabra me da miedo.

–A mí también.

–Ay, Dios, Mark. Creo que no puedo hacer esto.

Él me ha apartado un mechón de la mejilla con delicadeza. Su mano se ha quedado ahí, y luego la ha retirado con un gesto incómodo. Estaba pensando en la conversación que tuvimos hace dos días, la que terminó conmigo diciéndole que iba a ir a ver a Edie Christian.

La imagen de mi marido juntando sus labios con los de ella me ha perseguido durante días, pero, comparada con lo que estábamos a punto de afrontar, no era nada. Una minucia insignificante.

–Podrían ser buenas noticias –ha dicho él–. Siempre existe esa posibilidad.

Yo no le he dicho que ya no creo en las buenas noticias. O que, para mí, la cuestión ya no era si nos decían que Billy estaba muerto, sino cuándo nos lo dirían. No quería que fuera ahora. No estaba preparada. Nunca estaré preparada.

–Señor y señora Wilkinson. –El detective Forbes nos dedica la misma mirada que la vez anterior, profesional pero comprensiva–. Siento mucho haber tardado tanto en ponerlos al día respecto a lo que reivindicó Jason

Davies, pero la investigación debía ser concienzuda, dada la naturaleza de esas reivindicaciones.

–¿Reivindicaciones? –digo yo.

–Confesó el secuestro o asesinato de muchos niños.

–Oh, Dios mío. –El horror que siento se refleja en el rostro de Mark.

–El proceso para investigar reivindicaciones de este tipo es exhaustivo. Tuvimos que pedir la colaboración del alcaide de la cárcel para poder tomar declaración al compañero de celda, y luego tuvimos que comparar las fechas con los movimientos conocidos de...

–Díganoslo ya. –Mark me aprieta la mano con más fuerza–. Son malas noticias, ¿verdad?

El detective Forbes se reclina en su asiento y apoya las palmas sobre sus muslos.

–Iré al grano. No hay pruebas que apoyen la reivindicación de que Jason Davies fue el responsable de la desaparición de Billy. Las fechas no coinciden. Ni siquiera estaba cerca de Bristol el 5 de febrero. Se encontraba en Aberdeen la semana anterior y la posterior a esa fecha. Disponemos de varias fuentes que han corroborado ese dato.

–Oh, gracias a Dios. –La mano de Mark resbala de la mía al tirarse él hacia delante–. Oh, gracias a Dios. –Se toma un minuto para recobrar la compostura y entonces se vuelve hacia mí–. Son buenas noticias, Claire.

–Sí.

–¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza, pero el movimiento no sirve para espantar la nube oscura que de pronto me ha engullido. Debería sentirme tan aliviada como mi marido por el hecho de que Jason Davies no sea el responsable de haber secuestrado a Billy, pero lo cierto es que nunca creí que lo fuera. Entonces, ¿por qué me siento tan agarrotada y decepcionada?

–¿Hay alguna otra pista? –pregunta Mark al detective Forbes.

Éste niega con la cabeza.

–Por ahora no, aunque seguimos investigando las informaciones recibidas después del llamamiento, de gente que tal vez lo haya visto.

Tal vez. Ya hemos pasado por esto. Gente que ha visto a chicos yendo a un *skatepark* haciendo grafitis en un puente o durmiendo en la esquina de una calle. Gente que ha visto a chicos que no se parecen en nada a mi hijo. Chicos que no son mi hijo.

Y ahí está mi respuesta.

Por eso ha caído sobre mí una nube de desesperación. No estamos más cerca de averiguar qué le ha pasado a mi Billy. El torturante limbo en el que llevamos viviendo los últimos siete meses continúa. Ya no creo que mi hijo esté vivo, pero cada día que pasa parece una semana. Cada semana, un mes. Cada mes, un año. Quiero que me devuelvan a Billy. Vivo o muerto. Sólo quiero que vuelva a casa.

—Hacemos todo lo que podemos —dice el detective Forbes.

Mark y yo asentimos con la cabeza, pero mi gesto es tan automático como el de ese estúpido perro de los anuncios de una aseguradora.

—¿Tienen alguna otra pregunta? —añade el detective Forbes.

—Sí. —Mark se reclina en el sofá y cruza los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué iba a confesar ese hijo de puta que había secuestrado a nuestro hijo si no lo ha hecho? Llevamos semanas desgarrados por dentro, ¿y para qué? ¿Para que un cabrón retorcido se divierta a nuestra costa? Los hombres como él no merecen vivir. Si aún tuviéramos la pena de muerte, sería el primero de la fila para ver cómo lo cuelgan.

El detective Forbes asiente levemente, no sé si para apaciguar a mi marido o porque está de acuerdo con él.

—Comprendo su enfado, señor Wilkinson. Este individuo ha hecho algo más que hacer perder el tiempo a la policía, y será castigado por ello. Irá a juicio, y lo más probable es que le añadan tiempo adicional a su condena...

—Pero ¿por qué? —dice Mark—. ¿Por qué confesar algo así si sabía que al final lo pillarían y le caería más tiempo?

—Es posible que nunca lo sepamos. Quizá vio el llamamiento por televisión y le entraron ganas de tener su cuota de protagonismo. A lo mejor pensó que así impresionaría a su nuevo compañero de celda. Tal vez se tratara de una especie de deseo retorcido hecho realidad. La verdad es que no puedo decirlo.

—Por Dios santo. ¿Y la gente aún se pregunta por qué los cazadores de pedófilos los persiguen? —Mark aprieta los labios y me mira.

Han pasado dos días desde que Jake confesó lo que había hecho, y desde entonces no hemos hablado de ello. Yo he llamado a Jake para ver cómo lo lleva, y en cada ocasión se ha pasado casi toda la conversación disculpándose una y otra vez.

Tendremos que contarle este nuevo avance. Y a Kira también. Dios sabe qué repercusiones tendrá.

–Debemos contárselo a Jake y Kira –digo–. Y a mamá y a papá, y a John y a Stephen.

Mark frunce el ceño.

–¿Stephen?

–Tengo que hablar contigo de él –digo en voz baja–. Últimamente bebe mucho. Caroline lo ha dejado.

Mark abre mucho los ojos.

–¿En serio? ¿Cuándo?

El detective Forbes se aclara la garganta.

–Si no hay nada más...

Hace el gesto de levantarse y, al ver que ninguno de los dos dice nada, se pone de pie.

–Gracias. –Cruzo la sala con la mano tendida.

El detective Forbes me la estrecha con firmeza, y luego le tiende la suya a Mark.

–Sí –dice mi marido–. Gracias.

La tensión del rostro del detective se relaja mientras los dos hombres se dan la mano. A veces se me olvida que debajo del traje y la expresión solemne hay un tipo normal, probablemente con familia e hijos. ¿Cómo se sentía mientras subía el camino hacia nuestra puerta? ¿Cansado? ¿Harto? ¿Se estaba preparando para un arrebato emocional por parte de uno de nosotros, o de los dos? Me pregunto adónde iré tras despedirse. ¿De vuelta a la comisaría o a ver a otra familia? Sólo Dios sabe cómo es capaz de hacer su trabajo día tras día.

–Me mantendré en contacto –dice.

Viernes 16 de enero de 2015

Jackdaw44: *Echo de menos lo nuestro.*

Jackdaw44: *Ni siquiera es por el sexo.*

Jackdaw44: *Lo que teníamos era especial. Lo sabes. Yo lo sé. Tomaste la decisión equivocada. En el fondo lo sabes.*

Capítulo 55

Desde la ventana de la cocina miramos cómo el detective Forbes entra en su coche.

–Tienes que solucionar las cosas con Stephen –digo mientras el Volvo negro desaparece calle abajo.

–¿Por qué iba a hacerlo? –Por el tono sé que está a la defensiva, pero también percibo dolor en él.

Es una buena pregunta. Llevo días pensando en Stephen. Estaba muy muy enfadada con él después de que quedáramos en el pub. Tenía la sensación de que trataba deliberadamente de destruir lo poco que me quedaba dándole la espalda a Mark. Sólo que no era así, ¿no? No del todo. Me estaba contando cosas que todo el mundo me había ocultado. Allí donde mire, desentierro otra mentira u otro secreto, y Stephen es una de las pocas personas que ha sido clara conmigo... o tan claro como puede serlo un borracho.

–Es tu hermano, Mark.

–Hermanastro.

–Antes estabais unidos.

–Eso fue hace mucho tiempo.

–Te necesita. Y tú lo necesitas a él.

Mark tira de la maneta del lavavajillas y extrae la bandeja superior. Hay una sartén y una bandeja de horno metidas entre las tazas y los vasos, en lugar de estar en la de abajo, donde el agua sale con más potencia.

–Stephen está mal –digo–. Bebe demasiado. Su matrimonio está en las últimas y él está destrozado por lo de Billy.

Mark mete sus gruesos dedos en las asas de varias tazas y las deja en el colgador que hay junto al hervidor.

–Creo que, si tiendes un puente, hablará contigo.

–¿Y por qué iba a querer hacerlo?

–Porque lo echas de menos. Porque los dos necesitáis a alguien con quien

hablar. Y porque vuestra discusión te carcome por dentro tanto como a él. ¿No crees que Jake retrocedería y arreglaría las cosas con Billy si pudiera? Lo haría en menos que canta un gallo. No pospongas tu conversación con Stephen hasta que ya sea demasiado tarde, sólo digo eso.

Mark coge la sartén y luego apoya su mano encima.

—Es que estoy tan cansado, Claire. Cansado de peleas y tensiones, y de no saber de un día para otro qué mierda nos va a caer encima. Sólo..., sólo quiero echar atrás el tiempo y volver a cuando las cosas iban bien, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—¿Te acuerdas de esa época? —Me mira y sus ojos se iluminan—. ¿Cuando los chicos eran pequeños y querían ir de camping, pero no nos lo podíamos permitir, así que le pedimos prestada una tienda a papá y la plantamos en el jardín? Los chicos dijeron que iban a pasar toda la noche dentro, pero nosotros sabíamos que en el fondo estaban asustados y que ninguno de los dos quería ser el primero en admitirlo y entrar en casa.

—¡Les lanzamos canicas a la tienda por la ventana de nuestro cuarto!

—¡Y ellos salieron por patas!

—Eran buenos tiempos. —Su sonrisa desaparece y la tristeza se adueña de sus ojos—. ¿Cuándo se torció todo?

—Se hicieron mayores. Y nosotros también. Cuando nacieron éramos tan jóvenes, apenas unos críos también.

—Tú no has cambiado nada.

—¿No?

—Lo he dicho como un halago.

—Lo sé.

—Claire. —Mark da un paso hacia mí y sus dedos rozan la piel del dorso de mi mano—. Nunca he querido hacerte daño. Ni entonces ni ahora. Lo único que he querido siempre es que fueras feliz y lo que...

—¿Todo bien, mamá? Papá. —Jake entra en la cocina seguido de Kira, que levanta la mano en un saludo tímido.

—Hola, cariño. —Me acerco a él y le doy un abrazo—. Kira. —También abro los brazos hacia ella, pero Kira gira los hombros para apartarse, así que le planto un beso en la mejilla.

—El detective Forbes acaba de marcharse —dice Mark, y en ese momento los dos se ponen tensos—. Jason Davies no es el responsable de la

desaparición de Billy. Era todo una patraña. Se lo inventó para llamar la atención.

Jake lo mira.

—¿Qué?

—Es verdad —confirmo—. La policía lo ha investigado y no estaba por la zona de Bristol el día que Billy se esfumó. Se encontraba en Aberdeen; estuvo allí dos semanas.

—¿Lo saben seguro? A lo mejor bajó hasta aquí... Se oye muy a menudo: asesinos que conducen hasta llegar a un sitio al azar, sólo para asesinar a alguien y luego...

—Jake. —Kira le tira del brazo—. Jake, por favor, no...

—¿Que no qué? ¿Que no me enfade? Dios mío. Podría haber... casi... —Me mira y menea la cabeza—. Lo siento, mamá.

Vuelve a salir por la puerta de atrás sin decir nada más. Kira corre tras él.

—¿Crees que deberíamos ir a buscarlo? —pregunta Mark.

Yo niego con la cabeza.

—No. Deja que se vaya.

Martes 27 de enero de 2015

Jackdaw44: *No puedes ignorarme para siempre, lo sabes.*

Capítulo 56

Es la mañana después de la visita del detective Forbes. No me quedé mucho rato después de que Jake se marchara. Me costó tomar la decisión de volver a casa de mamá. Quería esperar a que Jake regresara para comprobar que estaba bien, pero eso habría significado pasar más tiempo a solas con Mark y sabía que me haría preguntas que todavía no estoy preparada para contestar. Preguntas sobre el futuro. Preguntas sobre nosotros.

Hace siete meses habría resultado impensable que me marchara de mi casa cuando mi familia me necesitaba. Mi sitio estaba en el corazón de la familia. Tenía que saber dónde estaba todo el mundo, lo que hacían y por qué. No se me pasaba nada.

Al menos eso era lo que creía.

Los chicos decían que era una controladora. Mark también, pero siempre en tono de broma. Aunque no sea psicoterapeuta, no puedo evitar preguntarme si soy así debido a mi infancia. La porquería de mamá estaba por todas partes, la vida era caótica y yo vivía en un estado constante de inseguridad, sin saber muy bien cuándo llegaría la próxima discusión y si al final todo aquello acabaría por superar a papá y nos dejaría. Me prometí a mí misma que mis hijos nunca se sentirían así. Su padre y su madre se quedarían con ellos pasase lo que pasase. Yo me quedaría con ellos, pasase lo que pasase.

Mi primera fuga, cuando fui a Weston, fue la primera vez que iba a alguna parte sola desde hacía mucho mucho tiempo. A veces, cuando los chicos se peleaban y se gritaban, y Mark se escondía en el garaje, fantaseaba con huir. Iría a la estación de tren y compraría un billete a Saint Ives o a Brighton o Weymouth, y alquilaría una habitación en un motel con una cama de matrimonio sólo para mí y pasaría el fin de semana caminando por el paseo marítimo, bebiendo café en cafeterías pintorescas y tumbada en la playa leyendo libros. Aspiraría el aire marino y soñaría despierta con mi otra vida,

aquella en la que en lugar de girar a la derecha giraba a la izquierda. Yo, soltera y sin hijos, formándome como enfermera y luego yendo a trabajar para la Cruz Roja o Médicos Sin Fronteras.

Nunca me subí a un tren hacia Saint Ives, pero sí me permití soñar despierta con una vida distinta. Nunca le hablé a nadie de estas fantasías, ni siquiera a Liz, porque no quería parecer desagradecida por la vida que tenía. Todos tenemos secretos. Algunos son secretos culpables, unos pocos son despreciables y algunos son demasiado preciados para compartirlos.

Me pita el teléfono, que me devuelve de golpe a mi habitación de niña, con montones de cajas y bolsas apiladas junto a la cama y una colcha de flores que huele a detergente de lavanda y que me tapa hasta la barbilla. Son las 8:05 y mamá y papá deambulan por la cocina. Mamá canta sola al compás de una melodía enlatada que suena por la radio.

Dos mensajes. Uno de Stephen. Otro de Kira.

Stephen: «He recibido un mensaje de Mark pidiéndome que vaya con él esta noche al pub. ¿Sabes qué quiere?».

Kira: «Hola, Claire. Espero que te encuentres bien. Sólo que sepas que Jake está bien. Ha ido a trabajar. El único problema es que Ian le ha pedido que participe en un trabajo en Cheltenham, así que se ha llevado la furgoneta y me la iba a dejar mañana para ayudar a una amiga que va a traer unas esculturas para la exposición, que se inaugura el lunes. Supongo que no sabrás dónde podríamos alquilar una barata Besos. K.».

Les contesto con sendos mensajes:

«Hola, Stephen. Creo que Mark quiere arreglar las cosas. Deberías llamarle. La vida es demasiado corta. C.».

«Hola, Kira. Me alegro de saber que Jake está bien.».

Dejo de escribir. ¿Le habrá contado Jake lo que pasó en el *parking* esa noche? No puede ser. Ella no se habría quedado en casa si lo supiera, no siendo su propia madre tan violenta. Jake debe de haber decidido no contárselo hasta después de la exposición.

Más secretos. ¿No se acabarán nunca?

«Puedes coger mi coche –tecleo–. Hoy no tengo pensado ir a ninguna parte. Pásate por casa de mi madre y te daré las llaves».

En cuanto le doy a «Enviar» me entra un mensaje de Stephen.

«¿Está enfadado? Porque no voy a quedar con él si está enfadado».

«No está enfadado –le escribo–. Quiere solucionar las cosas».

Otro mensaje de Kira.

«Eres muy amable, pero no sé durante cuánto tiempo me hará falta y no quiero abusar. Besos. K.»

«No hay problema, de verdad. Está asegurado para otros conductores. Pásate».

«¿Tú vendrás? –me escribe Stephen–. Preferiría que estuvieras».

–¡Claire! –me llama mamá desde el piso de abajo–. Papá está haciendo bocadillos de beicon. ¿Quieres uno?

Estoy enfrascada en fregar una bandeja del horno reluciente de grasa de beicon cuando llaman a la puerta.

–Ya voy yo.

Papá sale de la cocina arrastrando los pies embutidos en sus zapatillas. Al mismo tiempo, mamá aparece desde la salita con el portátil en las manos. Se reúne conmigo delante de la pila y lo levanta hasta que me queda al nivel de los ojos.

–Claire, sé que dijiste que no querías saber nada de más videntes, pero una mujer llamada Athena Larkin se ha puesto en contacto conmigo. Dice que ha ayudado a la policía en varios casos de importancia y...

–¡Claire! Es Kira. Dice que ha venido a recoger el coche.

–¡Un segundo, papá!

Mamá me da un golpecito en el hombro.

–Por lo menos léete el *mail* que ha mandado. Dice que...

–¿Las llaves son éstas? –Papá entra de nuevo en la cocina con paso cansado y señala hacia la mesa, donde están las llaves de mi coche encima del bolso.

–Sí. Pero espera un momento, hay algo que tengo que... Mamá, ¿podrías sacarme el ordenador de la cara? Se va a mojar y además ya te dije que no me interesaban...

–Ya las tengo.

–Pero ahora hemos vuelto al punto de partida, ¿no? Y no parece que la policía tenga nuevas pistas. Al menos por lo que dijiste ayer por la noche. Mira esta parte. –Mamá retira una mano de la base y señala la pantalla.

–¡Cuidado! –Agarro el portátil, que se desliza hacia el fregadero, y la bandeja del horno que sujetaba cae en el recipiente para lavar y me salpica de agua con jabón.

Soy vagamente consciente de que la puerta principal se cierra con un clic y

del sonido que hace papá al volver a la cocina, pero me distrae mi camiseta mojada, que se me pega a la barriga.

–¡Claire! –Mamá aparta con brusquedad el ordenador–. ¡Casi lo tiras al agua!

–¡Estaba intentando evitar que lo tiraras tú!

–¿Qué demonios pasa aquí? –Papá se detiene en la puerta de la cocina–. ¡Claire, hay media piscina en el suelo de la cocina! Maldita sea, pequeña. Eso es lo que pasa cuando te compras un lavavajillas: se te olvida cómo se lava a mano.

–Papá. –Miro primero a la mesa de la cocina y después las manos vacías de mi padre.

–Sí, cariño.

–¿Acabas de darle a Kira las llaves de mi coche?

–Sí. Me ha dicho que le habías dado permiso para cogerlo. –Vuelve la vista hacia la puerta de entrada–. ¡Claire! –grita mientras yo echo a correr por el pasillo–. ¿Claire? ¿Qué problema hay?

Abro la puerta de un tirón y miro hacia la calle, pero mi Polo rojo ya no está aparcado detrás del Peugeot azul de papá. Se ha ido. Y junto con Kira, se han ido también la bolsa de tela metida debajo del asiento del acompañante, y el cuchillo.

Martes 27 de enero de 2015

ICE9: *No vuelvas a hacerlo NUNCA MÁS.*

Jackdaw44: *¿Qué cosa? 🙄*

ICE9: *Sabes perfectamente qué cosa, joder.*

Jackdaw44: *Así que ahora soy un gilipollas, ¿no? Sí que has cambiado rápido de rollo...*

ICE9: *Te pasaste de la raya y lo sabes perfectamente.*

Jackdaw44: *Me estabas ignorando. ¿Cómo querías que llamara tu atención?*

ICE9: *Alguien podría haberlo visto.*

Jackdaw44: *Pero nadie lo vio, ¿verdad? Me gusta tocarte cuando hay gente alrededor. Me pone cachondo que no tengan idea de lo que estoy haciendo.*

ICE9: *Eres el único que se pone cachondo.*

Jackdaw44: *Mentirosa.*

ICE9: *No voy a hablar más del tema. Está claro que no crees que hayas hecho nada malo.*

Jackdaw44: *¿Así que vas a empezar a ignorarme otra vez?*

ICE9: *Tú dirás.*

Jackdaw44: *Veamos si te funciona.*

ICE9: *¿Y eso qué quiere decir?*

Jackdaw44: *🙄*

ICE9: *Será mejor que no estés hablando de lo que creo que estás hablando.*

Jackdaw44: *📷 🗑️ 📱*

ICE9: *Mientes. Te revisé el móvil después de que dijeras que las habías borrado y no estaban.*

Jackdaw44: *Pero no miraste en todas las carpetas, ¿a que no? No miraste en la que pone Grafitis.*

[cargando archivo...]

ICE9: *Eres un puto capullo. Borra esa foto AHORA MISMO.*

Jackdaw44: *Vale. Borrada. ¿Ésta te gusta más?*

[cargando archivo...]

Jackdaw44: *¿Sigues decidida a ignorarme?*

ICE9: *Joder, no sabes cuánto te odio.*

Jackdaw44: *No es verdad. Dime que me quieres.*

ICE9: *No.*

Jackdaw44: *Vaya, por lo visto tendré que darle a «Enviar»...*

ICE9: *Te quiero. Vale, ahí lo tienes. Ya lo he dicho. Ahora borra las fotos.*

Jackdaw44: *Qué mal mientes. Follas de lujo, pero mientes fatal.*

ICE9: *¿Qué quieres?*

Jackdaw44: *Acuéstate conmigo. Hay algunas cosas que quiero probar.*

ICE9: *¿Qué clase de cosas?*

Jackdaw44: *Cosas que he visto en vídeos de Internet. Rollo duro. Parece divertido.*

ICE9: *No.*

Jackdaw44: *Vale. Le daré a enviar.*

ICE9: *¡Para!*

Jackdaw44: *¿Has cambiado de opinión?*

ICE9: *Si hago lo que me dices, ¿cómo sé que borrarás las fotos? ¿Cómo sé que no tienes una copia en un disco de memoria o lo que sea?*

Jackdaw44: *No puedes saberlo. Tendrás que confiar en mí.*

ICE9: *Claro, porque la última vez me fue muy bien.*

Jackdaw44: *Eso es porque quería guardar las fotos para mirarlas cuando no estábamos juntos. Ahora ya no las necesito. Tengo Internet.*

ICE9: *No me fío de ti.*

Jackdaw44: *Las borraré delante de ti y te dejaré que me hagas una.*

ICE9: *¿Desnudo?*

Jackdaw44: *Sí. Guárdala en tu móvil. Considéralo una garantía.*

ICE9: *¿Me dejarías?*

Jackdaw44: *Ya te lo dije. Quiero volver a verte. Quiero tocarte. Quiero follarte. Si lo hacemos una vez más, te dejaré en paz. Te lo prometo.*

ICE9: *¿Sólo una vez? ¿Lo juras? ¿Y borrarás las fotos delante de mí y me dejarás revisar tu móvil?*

Jackdaw44: *Sí.*

ICE9: *No pienso hacer nada que tenga que ver con cagar o mear.*

Jackdaw44: *¿Qué clase de cabrón retorcido te crees que soy? Mejor no contestes. 🐾*

Capítulo 57

Llamo al número de Kira sin parar, pero todas las veces me salta el buzón de voz.

Le escribo un mensaje.

«Hola, Kira. Tengo que coger una cosa del coche. ¿Dónde estás?».

Luego borro lo que he escrito. Si le digo que en el coche hay algo que me hace falta, puede que lo busque ella. La bolsa de tela está escondida debajo del asiento del acompañante, donde no se ve, y lo más probable es que ni siquiera se dé cuenta de que está ahí. Pero ¿y si lleva a alguien? ¿Y si echan el asiento hacia delante o hacia detrás y la ven? No la abrirían. Kira supondría que es mía y le diría a quien fuera que la dejase donde está. Pero ¿y si la dejan a la vista al salir del coche y un ladrón oportunista pasa por el lado y la ve?

Dejo el teléfono sobre la colcha y respiro hondo. Le estoy dando demasiadas vueltas y no hace falta. La bolsa estará bien. Lleva días debajo del asiento y no ha pasado nada malo. Aunque nadie ha entrado en el coche aparte de mí. Oh, Dios, ¿por qué no la dejé en mi armario? ¿Por qué no me deshice de ella cuando tuve ocasión?

Esperaré. Sí, eso es lo que haré. Esperaré aquí en casa de mamá y papá hasta que Kira traiga el coche y entonces cogeré la bolsa y me iré con el coche a Chew Valley y la lanzaré al lago.

Vale. Puedo hacerlo. Puedo quedarme esperando. No va a pasar nada malo. –Jake –digo al móvil al tiempo que el taxi para frente a la Escuela de Arte de Bristol–, he intentado dar con Kira, pero no coge el teléfono. ¿Has hablado con ella esta mañana?

–Un segundo, mamá. Scott dice que tengo que... ¿Qué? –Su voz suena ahora amortiguada–. Sí. Dile a Ian que lo llamo dentro de un momento. Ahora estoy al teléfono. Hola, mamá. No puedo hablar mucho; Ian tiene que hablar conmigo. ¿Qué pasa?

—Es Kira. Estoy intentando dar con ella, pero no contesta.

Jake suspira.

—Su móvil es una mierda. Hace tanto que lo tiene que la batería sólo dura un par de horas antes de acabarse. No dejo de decirle que le compraré uno nuevo, pero dice que no lo quiere. Que prefiere esperar a tener el dinero y comprárselo ella.

—También te he estado llamando a ti toda la mañana. Estaba empezando a preocuparme.

Cuatro horas. Ése es el tiempo que he conseguido quedarme en casa de papá y mamá. Cuatro largas horas que han sido una tortura, mientras un centenar de posibilidades distintas me pasaban por la cabeza, incluso una en la que Kira no contestaba el teléfono porque estaba en comisaría, entregando el cuchillo. Ha sido entonces cuando he llamado al taxi.

—La cobertura aquí es una mierda —dice Jake—. Tengo como una barra. Por lo visto, Ian se ha estado cagando en todo porque no podía contactar con ninguno de nosotros. Mamá, ahora tengo que colgar. ¿Estás bien? Te noto agobiada. ¿Es por lo que dijo el detective Forbes? Siento haberme puesto como un loco. Ahora..., ahora no puedo hablar. Después del trabajo me pasaré por casa de los abuelos, ¿vale?

—No —contesto enseguida—. No, no lo hagas. El tío Stephen y papá van a ir al pub esta noche para arreglar las cosas. Me gustaría que tú también fueras. Puedes hacer de mediador.

—¿Yo? —Se echa a reír—. Estás de broma, ¿no? ¡Ése es tu trabajo!

—Ya no. Necesito que lo hagas, Jake; por tu padre, por nuestra familia. Es importante.

Se queda callado un par de segundos y luego dice:

—Vale. Si eso es lo que quieres... Me pasaré, pero no te sorprendas si llegan a las manos. ¡Es broma! —añade enseguida—. Todo irá bien, no te preocupes.

El taxista tose y dedica una mirada significativa al taxímetro.

—Tengo que colgar —digo—. Te quiero, Jake.

—Yo también te quiero, mamá. Nos vemos luego.

Había esperado que en la entrada me recibiera una recepcionista o un guarda de seguridad, pero me resulta notablemente sencillo colarme en el edificio de la Escuela de Arte y nadie me presta ninguna atención. No sé si es porque es sábado o si siempre está todo tan tranquilo. Tras pasar cinco minutos en el

vestíbulo, me acerco a una chica asiática con un pañuelo en la cabeza que pasa a mi lado cargando telas en el brazo.

–Busco a Kira Simmons. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

–¿Es del personal o estudiante?

–Estudiante. Hace fotografía.

La chica se encoge de hombros.

–Lo siento, no puedo ayudarla. Yo me dedico a los textiles.

–Está montando una exposición –añado al tiempo que ella se da la vuelta para irse–. ¿Sabes dónde suelen hacerlas?

–Hay una galería por ahí. –Ladea la cabeza hacia la derecha–. Diría que la están preparando para una exposición. Igual alguien sabe algo.

–Gracias. –Le dedico una sonrisa radiante–. Me has ayudado mucho.

–Si usted lo dice. –La chica se ríe mientras sube las escaleras y desaparece.

La galería es un hervidero de actividad lleno de alumnos que cuelgan sus obras de arte en las paredes y colocan piezas de cerámica; inclinan la cabeza a un lado y a otro para comprobar que los cuadros y las fotografías estén rectos, y cambian de posición unos centímetros las esculturas. Al atravesar la galería examinando las caras en busca de Kira, un par de estudiantes se vuelven a mirarme, pero nadie me para para preguntarme quién soy o qué hago aquí. Paso junto a varias exposiciones de fotos, y me detengo frente a una de mujeres embarazadas vestidas con varios uniformes y disfraces. Hay una policía embarazada, una pescadora embarazada, una payasa embarazada. Sonríe ante la foto de la chef embarazada, con la bata abierta por la barriga como si hubiera comido demasiados pasteles de los que hay amontonados a su lado. Junto a ella hay una estríper embarazada. Eso me entristece.

Me apresuro. Kira le explicó a Liz que su exposición era sobre tatuajes y arrepentimientos.

Casi he alcanzado el extremo más alejado de la estancia en forma de caverna cuando por fin encuentro el pequeño espacio de pared que corresponde a Kira. Hay clavos para un montón de lienzos, pero sólo ha colgado seis. Cada uno es un primer plano de un tatuaje con una pequeña tarjeta blanca enmarcada en madera debajo.

En el primer lienzo que miro hay un símbolo nazi sobre el antebrazo de un hombre. En la tarjeta de debajo se lee:

Un colega me hizo este tatu con un compás y un poco de tinta cuando teníamos

quince años. Me pareció guay. En realidad ni siquiera sabía qué significaba, sólo que hacía que la gente mayor se cabreara. Ahora tengo dieciséis años y estoy ahorrando para hacerme un *cover*. Llevo muchas camisetas de manga larga.

En el segundo lienzo se ve el nombre «Nadia» tatuado debajo de una rosa. La descripción de la tarjeta dice:

Nadia era mi primera mujer. Estuvimos veinte años juntos. Creía que no nos separaríamos nunca, pero la engañé con otra y rompimos. Mi nueva novia lo odia. No deja de decirme que me lo cubra y que ponga su nombre en su lugar, pero no voy a cometer el mismo error dos veces.

En el tercer lienzo se ve un puño cerrado con un triángulo, un círculo, una cruz y un cuadrado tatuados sobre los dedos.

Cuando me hice este tatuaje quería a mi PlayStation más que a nada en el mundo. Ahora me siento un poco capullo.

Al acercarme al cuarto lienzo, noto que hay alguien a mi espalda y me doy la vuelta. Es un tipo joven con un *piercing* en la nariz y el pelo oscuro cortado al estilo de los roqueros de los años cincuenta.

–¿Todo bien? –Me dedica un gesto brusco con la cabeza.

–Soy Claire. Kira vive con mi hijo Jake.

–Mason. –Me tiende una mano delgada–. Soy el tutor de Kira.

–Encantada de conocerte. Supongo que no sabes dónde está, ¿no?

–Un momento. –Rodea el tabique divisorio que separa la exposición de Kira de la de al lado, y reaparece al cabo de un par de segundos–. Se ha ido a tomar un café.

–Sí. –Una chica joven con el pelo rosa recogido de cualquier manera en un moño alto asoma la cabeza por el tabique–. Ha dicho que había quedado con alguien, pero no con quién.

–¿Sabes a qué cafetería ha ido?

Ella niega con la cabeza.

–Lo siento, no. Seguramente a alguna de Queens Road. No creo que haya ido muy lejos. Ha de terminar antes de que abramos el lunes.

Hace un gesto hacia la hilera de lienzos apoyados en la base de la pared. Yo los miro por encima, y luego les echo un nuevo vistazo.

—¿Qué es esto? —Me agacho frente a uno que queda en el extremo más alejado de la hilera.

—¡Cuidado! —dice Mason al ver que extendiendo el brazo hacia él—. No deberías tocar...

—Billy. —Señalo la imagen negra hecha con tinta que hay en el centro del lienzo. La palabra casi pasa desapercibida en medio del diseño con trazos en punta, pero yo sé qué dice. «DStroy»—. Esto lo dibujó Billy.

—¿Qué? —Mason ladea la cabeza—. No estoy seguro de que...

—Es uno de los diseños para grafitis de mi hijo. Estoy segura. Lo he visto antes, en el bloc de dibujo que tenía junto a su cama. ¿Kira ha dicho de quién era el tatuaje?

Miro primero a Mason y luego a Pelo Rosa, que está de pie a mi lado con los brazos abiertos de par en par como si estuviera preparándose para proteger la exposición de Kira. Ambos niegan con la cabeza.

Me acerco rápidamente al otro extremo de la hilera, donde un montón de descripciones en tarjetas están apiladas con pulcritud, y las reviso y las lanzo al suelo a medida que las voy leyendo.

Mi mejor amigo y yo pensamos que sería divertido...

Era mi despedida de soltero y estaba borracho...

De pequeña me gustaba mucho el Pequeño Pony y...

—¡Eh! —Mason me agarra por la muñeca al tiempo que Pelo Rosa se agacha para recoger las tarjetas descartadas—. No sé qué te crees que haces, pero estás dañando una propiedad privada. Kira ha trabajado muy duro...

—No está aquí. —Me suelto de su garra con gesto brusco—. La tarjeta que describe ese tatuaje no está aquí. ¿Dónde está?

Veo una carpeta de arte negra apoyada en el tabique divisorio, pero Pelo Rosa llega antes. La coge y la aleja de mi alcance.

—¿Podemos llamar a seguridad? —Mira a Mason, que asiente.

—No lo entendéis —digo—. Conozco a Kira; es la novia de mi hijo. Y este tatuaje, este símbolo de DStroy... lo dibujó mi hijo. Mi hijo Billy. Lleva más de seis meses desaparecido.

Pelo Rosa da un paso atrás, hacia el grupo de estudiantes que se ha congregado a nuestro alrededor. Todos me miran como si fuera una de las exposiciones.

–¿Alguien...? –Examino sus caras–. ¿Alguien sabe algo de esta foto?
–Lo lamento. –Mason me coge del hombro y me ayuda a ponerme de pie–.
Pero creo que deberías irte.

Miércoles 28 de enero de 2015

Jackdaw44: *Pues ayer por la noche fue divertido.*

ICE9: *No sabes cuánto te odio. Nunca más voy a volver a hacerlo.*

Jackdaw44: *Sí que lo harás.*

ICE9: *Sabía que tenías copias de seguridad de las fotos. No soy imbécil.*

Jackdaw44: *También tengo capturas de nuestras conversaciones de Snapchat, incluida esa en la que decías lo bien que te lo pasabas chupándome la polla.*

ICE9: *Y yo tengo una foto de tu polla empalmada.*

Jackdaw44: *¿Y?*

ICE9: *En la foto sale tu cara.*

Jackdaw44: *¿Y?*

ICE9: *Si vuelves a intentar chantajearme, se la enviaré a todos tus amigos y la colgaré en tu página de Facebook.*

Jackdaw44: *Claro, porque tienes el número de mis colegas, ¿verdad? Y si la cuelgas en mi Facebook, saldrá también tu nombre. Y no puedes colgar nada en mi página a menos que seamos amigos.*

ICE9: *Encontraré la manera.*

Jackdaw44: *Guay.*

ICE9: *Vas de farol.*

Jackdaw44: *¿Ah, sí? A lo mejor lo que pasa es que me importa una mierda que cuelgues una foto de mí y de mi enorme polla. Eso demostraría que Liv es una puta mentirosa.*

ICE9: *Si hiciera pública esa foto sería una humillación para ti.*

Jackdaw44: *¿Eso crees? A los chicos de mi edad esas cosas nos importan una mierda, sobre todo si estamos bien dotados. Mira a Dappy, y a Arg de TOWIE, ese tío que sale en Made in Chelsea. No es para tanto. TUS fotos, en cambio... Se liaría una buena, monumental.*

ICE9: *No voy a volver a hacer lo que hicimos ayer por la noche.*

Jackdaw44: *No quiero que vuelvas a hacerlo. Si te digo la verdad, fue un poco decepcionante.*

ICE9: *Entonces, ¿qué quieres?*

Jackdaw44: *Nada que no hayas hecho antes.*

ICE9: *Sexo.*

Jackdaw44: *Otra cosa.*

ICE9: *¿Cómo qué?*

Jackdaw44: *¡Ah, el suspense! Suplícame y te lo diré.*

Jackdaw44: *Sigo esperando que supliques.*

ICE9: *No sé a qué clase de juego retorcido estás jugando, pero se acabó, hasta aquí.*

Jackdaw44: *Allá tú. Vaya, ¿eso que oigo es el sonido de las fotos saliendo de mi móvil?*

ICE9: *Hazlo. Ya no me importa.*

Jackdaw44: *¿Quién va de farol ahora?*

ICE9: *Hazlo.*

Jackdaw44: *Lo perderás todo.*

ICE9: *Hazlo.*

Jackdaw44: *Espero que te lo pases bien en la cárcel.*

ICE9: *¿Qué?*

Jackdaw44: *Tengo quince años, ¿recuerdas?*

ICE9: *¿Y?*

Jackdaw44: *Tú eres mayor de edad. Eso te convierte en una pederasta.*

ICE9: *No digas gilipolleces.*

Jackdaw44: *Te has acostado con un menor de dieciséis años. PEDERASTA.*

ICE9: *Tú empezaste con esto.*

Jackdaw44: *¿Ah, sí? Fuiste tú la que me besó. Le diré a la policía que me engatusaste.*

ICE9: *En la comisaría se reirán de ti.*

Jackdaw44: *No si les digo que me violaste.*

ICE9: *No te creerán.*

Jackdaw44: *¿Tú crees? Tengo fotos, recuerda. Te pasarás mucho mucho tiempo encerrada. ¿Sabes lo que les hacen en la cárcel a las personas como tú?*

ICE9: *¿Qué quieres?*

Jackdaw44: *Sólo quiero que hagas una cosa más por mí y después te dejaré en paz.*

ICE9: *No te creo.*

Jackdaw44: *Escribiré algo, una carta. Diré que mantuvimos relaciones sexuales consentidas, que estaba enamorado de ti, que yo lo empecé todo.*

ICE9: *No te creo. Se te ocurrirá algo más.*

Jackdaw44: *Te lo juro. Sólo una cosa más. Algo que siempre será nuestro pequeño secreto. Y después se acabó. Te lo prometo. No tiene nada que ver con el sexo.*

ICE9: *¿Qué es?*

Jackdaw44: *Es algo que ya has hecho antes. Y es posible que te duela.*

Capítulo 58

La calle está atestada de gente que hace sus compras de fin de semana: estudiantes, madres, padres, hijos, compradores, curiosos y personas ociosas. Salen en riada de las tiendas, se congregan frente a los escaparates y ocupan toda la acera obligándome a bajar a la calzada para sobrepasarlos.

–Perdón, perdón, perdón.

Me apresuro Queens Road abajo, y paso junto a supermercados, bancos, inmobiliarias y tiendas de discos. Pelo Rosa ha dicho que Kira había quedado con alguien en una cafetería, pero ¿en cuál? Hay un montón.

Entro y salgo de todas las que encuentro mientras bajo por Queens Road hasta llegar al museo de Bristol. Soy vagamente consciente de que una campanilla suena sobre las puertas cuando entro, los empleados me preguntan si pueden ayudarme y los clientes se vuelven a mirar, pero yo los ignoro mientras examino todas y cada una de las caras buscando a Kira.

Estoy sin aliento, frenética y extrañamente eufórica. Estoy segura de que de alguna forma el tatuaje contiene la solución a la desaparición de Billy.

Al llegar al museo de Bristol, cruzo la calle y desando el camino subiendo por Queens Road, comprobando todas las cafeterías del otro lado. Reduzco el paso al llegar a la mitad, y no sólo porque me haya quedado sin resuello.

Sólo es un tatuaje. No significa nada. No es una pista.

Me paro y apoyo la mano en el escaparate de una tienda mientras la adrenalina que me ha hecho salir disparada de la Escuela de Arte y recorrer la calle es sustituida por una aplastante sensación de agotamiento.

La respuesta es obvia. Billy se hizo un tatuaje y no me dijo nada: otro secreto que me ocultó. Ni siquiera sé por qué me sorprende. Se saltó las clases tantas veces que fácilmente podría haberse hecho un tatuaje sin que nosotros nos enteráramos. Siempre ha parecido mayor de lo que es. Seguro que, si el tatuador le hubiera preguntado, lo habría convencido de que tenía

dieciocho. Siempre sabía cómo escabullirse de las situaciones complicadas. Y no sólo conmigo.

Desde que la conocimos, Kira siempre ha estado por ahí sacando fotos. El año pasado realizó un proyecto titulado «La cara del terror» para el que nos hizo mirar películas de miedo mientras ella nos sacaba fotos. Incluso fue a casa de Liz y Lloyd para hacer lo mismo. Billy debió de confiarle que se arrepentía de haberse hecho el tatuaje y ella le tomó una foto como parte de su proyecto. Por eso le dije a Jake que no quería que fuera a su exposición: no quería que lo viera y se disgustara.

Fin del misterio. Fin de la historia. No hay nada más que buscar.

Sigo caminando derrengada, deprimida y agotada. Empieza a llover y me cubro la cabeza con la capucha de la chaqueta al tiempo que sigo mirando a través de los cristales de las cafeterías y los restaurantes, pero lo hago sin ganas. Toda sensación de urgencia ha desaparecido. Aún tengo que recuperar las llaves de mi coche para poder coger la bolsa y deshacerme del cuchillo, pero...

Vuelvo sobre mis pasos y miro mejor a través de la ventana del Mama Valerie. Kira está dentro, sentada a una mesa cerca de la puerta. Casi no la veo porque ahora llueve con ganas y ella lleva el pelo recogido en un moño desarreglado en lo alto de la cabeza. Casi siempre lo lleva suelto. Está sentada frente a un hombre, pero desde el ángulo en que me encuentro no distingo su cara. Doy un paso más hacia abajo por la calle en pendiente y veo un destello de pelo caoba, una perilla rojiza, una camiseta negra de manga larga, unos pantalones hasta la rodilla color caqui y un tatuaje tribal sobre una pantorrilla peluda.

—¿Lloyd? —Su nombre se me queda atragantado.

¿Qué hace el marido de Liz tomando un café con la novia de mi hijo?

Un grupo de adolescentes pasa junto a mí echándome a un lado, y me veo lanzada hacia la puerta abierta del café. Aún puedo ver la cara de Lloyd y un trozo del perfil de Kira. Él se inclina hacia delante en su silla y la mira intensamente mientras ella se seca las lágrimas. ¿Qué le estará diciendo? Y ¿por qué llora?

Lloyd dice algo y luego tiende la mano por encima de la mesa, como si la invitara a que se la cogiera. Al hacerlo, la manga de su camiseta se levanta y deja al descubierto un destello de tinta negra en su antebrazo. Kira retira con brusquedad sus manos de la mesa y niega con la cabeza. Se da aire en la cara

moviendo ambas manos, como si intentara parar de llorar. Al cabo de un par de segundos deja de abanicarse y se pone a jugar con el botón de su rebeca. Se aparta la tela gris de los hombros y luego se inclina hacia Lloyd por encima de la mesa.

Él dice algo que no oigo, pero leo en sus labios la última palabra que pronuncia.

«Liz».

Un grupo de hombres jóvenes me rodea y me veo empujada al interior de la cafetería. Dos de ellos me bloquean la visión de Kira, pero aun así consigo oír su respuesta. Todas y cada una de las palabras.

Capítulo 59

¿Dónde estoy?

¿DÓNDE ESTOY?

Oh, Dios, otra vez no. Por favor, Dios, otra vez no.

Mis dedos rozan algo frío y rugoso. La raíz de un árbol. Estoy al aire libre, rodeada de arbustos y árboles. Bajo mis pies hay barro, alfombrado de hojas. El cielo está gris, con franjas de un brillo anaranjado procedente de las farolas y la polución.

Me sobresalta el «pum, pum, pum» de unos pasos pesados sobre el hormigón y me hago un ovillo para hacerme lo más pequeña posible. El sonido aumenta de volumen y luego se desvanece. Cuando el silencio vuelve a ser total, me estiro, abro un hueco con las manos en el arbusto que hay a mi lado y me incorporo hasta quedar de rodillas. Una amplia extensión de césped. Árboles. Casas, montones de ellas, apiñadas y con colinas ondulantes en la distancia. Los Downs. Estoy en Bristol. Sigo en South Bristol. Oh, gracias a Dios. Separo las ramas del arbusto que me queda a la izquierda. Una valla. Más allá una acera y una calle y luego... El corazón me da un vuelco al mirar la casa que hay enfrente. Es mi casa. Estoy en el parque de delante de mi casa. La furgoneta de Jake está aparcada fuera. El Ford Focus de Mark, el Mini de Liz, el Zafira de Stephen, la moto de Caleb y el Alfa Romeo negro de Lloyd.

Veo dos siluetas en mi cocina, muy cerca la una de la otra y ambas con los brazos cruzados sobre el pecho. Son Mark y Stephen. Jake aparece junto a ellos y levanta los brazos al cielo, como si protestara, y Mark niega con la cabeza. Veo movimiento en el piso de arriba cuando Kira pasa por delante de la ventana del descansillo. Debe de haber oído la discusión que hay abajo y ha salido de su cuarto. De vuelta en la cocina, Stephen ha desaparecido de mi vista. Ahora Mark y Jake están hablando. Espero a que Kira entre, pero no aparece. Debe de estar en lo alto de las escaleras, escuchando.

Traslado el peso de mis rodillas a la parte delantera de mis pies para intentar ponerme de pie, pero estoy tan mareada que pierdo el equilibrio y trastabillo hacia atrás. Extiendo las manos para evitar la caída y mi mano derecha se golpea con algo. Mi bolso está a mi lado, pero no es eso lo que he tocado. Es algo que está sobre el bolso. Alargo la mano por debajo del arbusto y tanteo. Encuentro hojas, raíces de árboles, una bolsa de patatas vacía y luego, al fin, algo sólido. Lo saco con cuidado. Es un teléfono de los antiguos, grueso y sólido con teclas macizas.

La pantalla se ilumina en azul al pulsar el teclado. En lo alto hay un número de teléfono. No tengo ni idea de quién es; no me sé de memoria el número de nadie. Debajo hay un mensaje de texto sin enviar:

«Sé que te acostabas con Billy. Sé que eres responsable de su desaparición. Y la policía también lo sabe».

Me quedo tan atónita que dejo caer el teléfono.

Lo recojo de nuevo y le doy la vuelta entre mis manos con cuidado de no pulsar sin querer la tecla de enviar. Quien sea que escribiera el mensaje no lo mandó. Sigue abierto para continuar escribiendo. El móvil es un Samsung. Negro. Básico. No conozco a nadie que tenga un teléfono como éste.

¿De dónde ha salido? ¿Me lo ha dado alguien? ¿Lo he robado?

Vuelco el contenido de mi bolso sobre mi falda. Encuentro mi móvil y utilizo la luz para revisar mis cosas. Encuentro como siempre las llaves de casa, el monedero, pañuelos de papel, base de maquillaje y algo más, algo que no estaba en mi bolso cuando he salido de casa de papá y mamá esta tarde. Una bolsa de la tienda Carphone Warehouse arrugada. En una esquina de la bolsa hay una factura. Inclino el teléfono para poder leer el texto desvaído.

«Móvil desbloqueado Samsung E1200 – 14,99 libras
Pack de tarjeta SIM Virgen – 1 libra».

Y debajo están las cuatro últimas cifras de mi cuenta bancaria.

El móvil lo he comprado yo.

Sonia me dijo que mis fugas me las provocaban cosas que despertaban mis sospechas. ¿Qué fue lo último que vi? Las imágenes cruzan rápidamente mi cabeza: Queens Road, el café Mama Valerie, Lloyd, Kira... Pero las imágenes son oscuras y difusas, y cuanto más trato de enfocarlas, más borrosas se vuelven.

Lo que fuera que vi en Queens Road bastó para convencerme de comprar

un móvil de prepago y escribir un mensaje anónimo. Pero ¿a quién? Debo de haber copiado el número de mi propio móvil. Pulso el botón de encendido que hay en el lateral de mi iPhone, pero no sucede nada.

Vuelvo a pulsar.

Nada.

Aprieto con más fuerza y el teléfono me vibra en la mano al tiempo que una espiral blanca aparece y luego desaparece.

La pantalla vuelve a quedarse en negro.

Al utilizar la luz he acabado lo que quedaba de batería.

Tengo que esforzarme mucho para no lanzarlo entre los arbustos. Hay siete personas en las dos casas del otro lado de la calle: Mark, Jake, Stephen, Kira, Lloyd, Liz y Caleb. Si hace un año me hubiesen preguntado el nombre de las personas en las que confiaba más en el mundo, habría dicho los suyos junto con los de mamá y papá, Caroline y Billy.

Al pararme delante del Mama Valerie estaba convencida de que Billy se había hecho en secreto un tatuaje con su diseño en alguna parte del cuerpo, pero debo de haber visto u oído algo que me ha hecho cambiar de opinión.

«Sé que te acostabas con Billy. Sé que eres responsable de su desaparición. Y la policía también lo sabe».

Mark, Jake, Stephen, Kira, Lloyd, Liz y Caleb.

¿De verdad creo que uno de ellos podría haberle hecho daño a mi hijo?

Paso el pulgar por las teclas gruesas y sólidas, y le doy a «Enviar».

Capítulo 60

20:16.

20:17.

20:18.

En mi casa, Mark, Jake y Stephen siguen en la cocina. Entran y salen de mi campo de visión. Mark y Stephen continúan con los brazos cruzados y sus rostros tienen una expresión crispada. Mientras miro, Jake pasa por delante de la ventana del descansillo hacia los dormitorios. Segundos después vuelve a pasar en sentido contrario y reaparece en la cocina. La puerta principal de la casa de Liz permanece cerrada.

20:19.

20:20.

20:21.

Se me hace un nudo en el estómago al ver abrirse la puerta de Liz y a Lloyd saliendo hecho una furia, con las palmas apretadas contra las sienas. Una milésima de segundo después Liz aparece tras él con Caleb a su lado.

–¿Un bebé? –grita Liz mientras Lloyd baja por el camino que cruza el jardín.

Caleb la coge del brazo e intenta hacerla entrar en la casa, pero ella se revuelve y se suelta, y corre tras su marido.

–¿Quieres que venda la casa para poder tener un hijo con una fulana cualquiera que has conocido en el trabajo? –le grita mientras Lloyd se dirige a su Alfa Romeo. Los intermitentes parpadean cuando enfoca hacia ellos el mando del coche.

–Melissa –grita él–. Tiene nombre y es más señora de lo que tú serás nunca.

–¿Y él qué? –Liz se da la vuelta y señala hacia Caleb–. También es hijo tuyo. ¿O se te ha olvidado?

Se lanza sobre Lloyd haciendo aspavientos con los brazos. Una de sus

manos contacta con la sien de él, que se revuelve y se separa con un brazo levantado para protegerse al tiempo que tira de la puerta del coche.

–¡Mamá, no lo hagas! No vale la pena. –Caleb aparece a su lado e intenta apartarla, pero ella se lo quita de encima y vuelve a arremeter contra Lloyd.

–Escucha a Caleb –grita Lloyd al tiempo que su hijo rodea con sus brazos a su enfadada y escurridiza madre, y la levanta hasta que sus pies no tocan el suelo–. Te estás poniendo en evidencia.

Liz suelta un aullido de rabia, pero Caleb es demasiado fuerte y lo único que puede hacer es mirar como Lloyd se desliza hasta el asiento del conductor, cierra de un portazo y pone el motor en marcha. A medida que el coche se aleja, los aullidos de Liz se transforman en sollozos. El corazón se me encoge al ver a Caleb dejándola de nuevo en el suelo, para luego darle la vuelta hacia el camino y medio acompañarla medio llevarla de vuelta a su casa.

La puerta del número 10 se cierra y yo vuelvo a mirar el teléfono.

20:25. No hay respuesta al mensaje que he enviado.

20:26.

20:27.

La puerta de mi casa se abre y Stephen aparece en el escalón con su teléfono en la mano. Se lo pone a la altura de los ojos. Un momento después se lo mete en el bolsillo de la chaqueta y mira al exterior, hacia la luz que se va desvaneciendo. Por un terrible segundo tengo la sensación de que me ha visto, pero entonces Mark aparece a su espalda y le pone una mano en el hombro.

Stephen mira a su alrededor, asiente y luego da un paso hacia el camino. Mark lo sigue, y después Jake. Mark dice algo que no puedo oír antes de que los tres hombres bajen por el camino de entrada en fila india. Al llegar a la acera, Stephen se vuelve a mirar a Mark, que le indica que debe ir a la derecha. Stephen asiente y vuelve a ponerse en marcha, con Mark y Jake detrás de él. Mientras desaparecen calle abajo en dirección al pub, Jake le dice algo a Mark, que ríe y le pasa el brazo por los hombros a su hijo. Kira aparece por un momento en la cocina y luego desaparece de mi vista.

20:29.

Me arrebujó en el abrigo y me estremezco, pero no porque tenga frío. Estoy cansada, confundida y avergonzada. No sé qué esperaba que pasase cuando he mandado ese mensaje. ¿Una respuesta? ¿Una confesión? ¿Que el

responsable de la desaparición de Billy abandonara a la carrera una de las casas, se metiera en el coche y saliera disparado?

¿Y si alguien ha pasado y me ha visto aquí, agachada entre los arbustos, espiando a mi propia familia? Tengo que volver a ver a la doctora Evans y preguntarle si hay alguna forma de que acelere la petición de que me hagan un TAC. O suplicarle que me dé algún medicamento. Valium o algo así. Tiene que haber algo que pueda tomarme para evitar que esto vuelva a pasar. No puedo seguir viviendo así. Esto tiene que acabar.

Abro mi bolso y dejo caer dentro los dos móviles, compruebo que no hay moros en la costa y luego salgo de entre los matorrales. El parque sigue vacío.

Me abro camino hacia la verja que hay a unos metros. Se supone que por las noches el parque está cerrado, pero la puerta lleva meses rota. Mientras me dirijo hacia mi casa, apunto mentalmente que tengo que llamar al Ayuntamiento por la mañana. Al llegar al camino de acceso, me detengo y alzo la mirada hacia las ventanas del primer piso. La luz del descansillo sigue abierta y Kira está de pie en lo alto de las escaleras. Tiene algo en las manos. Algo largo y blanco, como un cinturón de bata enrollado. Lo levanta en el aire y luego, casi a cámara lenta, lo baja hacia su cabeza.

Capítulo 61

Hago girar mi llave en la cerradura.

No sucede nada.

Vuelvo a hacerla girar, pero la puerta de atrás no se mueve. Está cerrada con doble vuelta por dentro.

–¡Kira! –golpeo la puerta con los dos puños, y luego rodeo corriendo la casa hasta la puerta principal y miro hacia la ventana del descansillo. Kira se ha esfumado.

–¡Kira! –Vuelvo a correr hacia la puerta, hago girar la llave en la cerradura y cargo contra la puerta con el hombro. No cede ni un centímetro, pero el panel de vidrio de lo alto vibra.

Hay dos árboles pequeños en sendas macetas decoradas a ambos lados de la puerta. Liz me los regaló por Navidad. Cojo el que es un poco más pequeño y lo lanzo hacia el cristal; luego empujo con el bolso los trozos afilados de la parte de abajo del panel y meto el brazo a través del hueco.

Forcejeo con el pestillo mientras busco a tientas el botón que abre la doble vuelta.

–Vamos, vamos, vamos.

Lo deslizo hacia un lado, hago girar la llave en la cerradura y empujo con el hombro sobre la puerta. Ésta se abre de golpe y yo caigo en el interior.

–¡Kira! –grito al tiempo que cruzo corriendo la cocina–. ¡Kira, no! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

Al llegar al pie de las escaleras el corazón se me sale por la boca.

–No sabes cuánto lo siento, Claire.

Kira se balancea torpemente en el lado equivocado de la barandilla del descansillo. Tiene una soga alrededor del cuello hecha con el cinturón de mi albornoz blanco. Se sujeta a la barandilla, pero los dedos de los pies cuelgan sobre el borde. Un paso hacia delante y caerá por lo menos tres metros.

–Kira –digo mientras sus ojos se llenan de lágrimas–. No lo hagas. No

importa lo que hayas hecho o lo que haya pasado, podemos hablar de ello.

Ella cierra los ojos.

–Por favor, no lo hagas, Kira. Deja que llame a Jake y...

Ella se mueve para dar un paso hacia el vacío y yo grito.

El sonido la hace retroceder. La piel se le tensa en los nudillos al agarrarse con más fuerza a la barandilla. No sólo le tiemblan las piernas, le tiembla todo el cuerpo.

–Vale, vale. Nada de Jake. Ni de nadie. Sólo tú y yo. Sólo tú y yo, Kira.

Ella no se mueve ni abre los ojos. No habla ni muestra ninguna reacción, pero sé que me escucha.

–Puedes hablar conmigo –digo–. Puedes hablar conmigo de lo que sea. Quiero solucionar las cosas. Quiero ayudarte.

Un gemido grave se escapa de su garganta.

–Es verdad. –Apoyo un pie en el escalón inferior de las escaleras. Kira abre rápidamente los ojos al oírlo crujir bajo mi peso.

–Saltaré –dice–. Si subes las escaleras, te juro que saltaré.

–Vale, vale. –Levanto las manos en un gesto de rendición y doy un paso atrás–. No voy a intentar nada. No voy a tocarte, te lo prometo. ¿De acuerdo?

Ella no contesta, sino que continúa mirándome mientras yo doy otro paso hacia atrás. No se la ve asustada. Sus grandes ojos azules están completamente desprovistos de emoción. Nunca en mi vida he tenido tanto miedo.

–Me quedaré aquí –digo–. Pero tienes que prometerme que no harás ninguna tontería. Sea lo que sea lo que ha pasado, sea lo que sea lo que te preocupa, podemos solucionarlo. Te quiero; todos te queremos. Lo sabes, ¿verdad?

No contesta, pero veo brillar algo en el fondo de sus ojos. ¿Alivio? ¿Es eso? Se siente aliviada porque he dicho lo correcto. Oh, gracias a Dios. Gracias...

–¡No! –grito al tiempo que ella articula la palabra «perdón» y salta del saliente.

Capítulo 62

–¡NO!

Me lanzo hacia delante y extendiendo los brazos hacia la pierna de Kira mientras ella cae por los aires. Consigo agarrar una de sus pantorrillas e intento desesperadamente izarla, pero pesa demasiado y se balancea con violencia sobre mí, inclinándose de derecha a izquierda mientras una mano extendida golpea la barandilla, la pared, la barandilla. Araña la madera y luego la pintura con las uñas en un intento fallido de agarrarse a ambas. Tiene la otra mano en el cuello y tira con ella del cinturón del albornoz que se le clava en la piel. Un horrible sonido jadeante de asfixia llena el aire mientras ella se esfuerza por respirar.

–¡Ayuda! –grito–. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Intento cambiar de posición, desplazar la palma de la mano de la suela del pie de Kira para poder sujetarla mejor, pero al hacerlo ella empieza a patear y me alcanza en un lado de la cabeza. Trato de mantener el equilibrio, de seguir sujetando su pierna en el aire, pero se me tuerce el tobillo y caigo al suelo.

–¿Qué coño?

Caleb sube como una exhalación las escaleras y de repente Liz está a mi lado. Agarra el pie de Kira que se me escurre de los dedos y lo sujeta en el aire. Extiende el brazo hacia el otro pie y, al agarrarlo, la cabeza de Kira se golpea contra la esquina de la barandilla. La mano le cae desde la garganta y cierra los ojos. Tiene en el rostro una palidez mortal.

–¡Claire! –grita Liz al tiempo que las piernas de Kira cuelgan inertes entre sus brazos, pero yo estoy ya junto a ella.

Alargo los brazos y cojo a Kira de las caderas y las elevo en el aire. Me tiemblan los brazos. Pesa demasiado. Se me va a caer.

–Ya casi está –grita Caleb desde arriba, mientras con dedos torpes se pelea con el cinturón blanco sujeto alrededor de la barandilla–. ¿La tenéis? En cuanto deshaga esto va a caer.

Liz y yo cambiamos de postura de modo que, entre las dos, sujetamos el cuerpo de Kira sobre nuestras cabezas en posición casi horizontal. La cabeza le cuelga del cuello, con los ojos cerrados, y los brazos se balancean a ambos lados de su cuerpo.

«Por favor, que esté bien», repito una y otra vez en mi cabeza. «Por favor, Dios, que esté bien».

—¡Ahí va! —grita Caleb, y el cinturón del albornoz cae de la barandilla sobre el pecho de Kira.

—¡Llama a Emergencias! —grita Liz mientras bajamos el cuerpo inerte de Kira hasta el suelo, pero Caleb ya tiene el teléfono pegado a la oreja.

—¡Ambulancia! —ruge—. Whitehart Road número 11. Kira Simmons, diecinueve años. Acaba de intentar ahorcarse. Creo que no respira.

Capítulo 63

Jake tiene la cara blanca al entrar de nuevo en la sala de espera. Acabamos de volver al hospital después de regresar a casa justo pasadas las once de ayer por la noche. Ninguno ha dormido.

–Kira no quiere explicar por qué lo hizo –dice Jake con una voz cargada de emoción al acercarse a las sillas de plástico donde estoy sentada junto a Mark–. No ha dicho nada. Ni una sola palabra. Ni siquiera me ha mirado. No sé por qué podría hacer algo así, mamá. No... –Mientras mira hacia el techo y se esfuerza por no llorar, le late el músculo de la mandíbula.

–Oh, cariño. –Lo rodeo con mis brazos y lo acerco a mí. Hay más familias en la sala de espera. Siento sus miradas sobre nosotros, pero no me importa.

–No lo entiendo. –Jake aparta con delicadeza mis manos de sus hombros y se deja caer en una silla junto a Mark–. No lo entiendo, de verdad.

–Parecía estar bien. –Mi marido se echa hacia delante y apoya los antebrazos en los muslos–. Hablé con ella ayer por la mañana y se la veía muy emocionada por la exposición. Al volver de la universidad estaba muy callada, pero a menudo es... –Se interrumpe.

Ayer por la noche, cuando llegué a Urgencias en la ambulancia con Kira, todo sucedió muy rápido. Por el camino ella recobró el conocimiento, pero estaba aturdida y confundida cuando el médico le preguntó su nombre y si sentía algún dolor. Estaba tendida en una camilla, sobre un colchón hinchable y con una mascarilla de oxígeno sobre el rostro. Una vez en Urgencias, la llevaron a un box y enseguida la visitó un médico, que me hizo una serie de preguntas sobre lo que había visto: de cuántos metros había sido la caída y cuánto tiempo había estado colgada de la barandilla antes de que deshiciéramos el nudo. Mientras yo le contestaba, él comprobó su respiración y la conectó a un monitor cardíaco. Kira perdió el conocimiento mientras la atendían y el médico gritó algo de intubar y me pidió que saliera del box. Fue entonces cuando llamé a Jake.

—¿Cómo está físicamente? —pregunta Mark.

Jake se encoge de hombros.

—El médico dice que está bien. Respira por sí misma y no cree que se hayan producido daños en el cerebro, en el corazón ni en la columna, pero — se toca el cuello— tiene una marca roja alrededor de todo el cuello. No he podido mirarla.

—Gracias a Dios que volviste a casa en ese momento —dice Mark, mirándome—. Si te hubieras quedado en casa de tu madre como se suponía...

—Menea la cabeza—. No quiero ni imaginármelo.

—No, mejor que no.

—¿Vas a enviar otro mensaje a Liz para que sepa que Kira ya se ha despertado?

Yo asiento, pero al hacerlo las náuseas me retuercen el estómago. Aún no les he contado todo lo que pasó ayer. Por la noche, cuando Jake llegó al hospital con Mark estaba en un estado lamentable: pedía a los doctores que le dejaran ver a Kira, les suplicaba que no la dejaran morir. Verlo así me desgarró por dentro. Traté de convencerme de que no era culpa mía que ella hubiera intentando colgarse, que todavía no sabía seguro si era a ella a quien había mandado el mensaje. Seguí repitiéndomelo una y otra vez, durante todo el camino a casa después de que una enfermera nos dijera que habían estabilizado a Kira, pero que no podríamos verla hasta las horas de visita de hoy.

En cuanto entré en casa, enchufé el cargador del móvil a la pared. Tardó una eternidad en volver a la vida, y la mano me temblaba al bajar por mi lista de contactos.

El número del teléfono nuevo coincidía con uno del mío.

Le había mandado el mensaje a Kira.

Antes de poder decidir qué hacer a continuación, apareció Liz para ver cómo estábamos. Me explicó lo que había pasado después de que le gritara que llamase a Mark y después me subiera a la parte de delante de la ambulancia con el conductor.

Liz lo había llamado enseguida y le había dicho que fuera al hospital con Jake. Al cabo de un par de minutos llegó la policía. Hablaron extensamente con Liz y Caleb sobre lo sucedido. Liz les contó que había oído el ruido de un cristal al romperse y había venido a nuestra casa con Caleb para ver qué pasaba. Describió lo que había visto y dijo que sin duda era un intento de

suicidio. La policía parecía convencida y le dijeron que llamarían al hospital para comprobar si Kira había sobrevivido, y que se mantendrían en contacto por si tenían cualquier preocupación. Tras marcharse ellos, Liz cerró la casa con la llave que tiene y Caleb clavó unos maderos sobre el panel roto de la puerta.

—¿Cómo está Jake? —me preguntó mientras yo cogía disimuladamente el teléfono de la encimera de la cocina y me lo deslizaba en el bolsillo.

—No muy bien. Mark está con él en la salita.

—Vino. —Era más una orden que una pregunta, así que le señalé hacia donde había una botella de vino tinto y dos copas.

—Pobre chica —dijo al tiempo que me tendía una—. No tenía ni idea de que era tan desgraciada. ¿Y tú? —Me miró como si esperara una respuesta y luego prosiguió—: Me pregunto si ha sido cosa del estrés por la exposición. O quizá tiene que ver con Jake. ¿Han estado discutiendo?

Niego con la cabeza.

—¿Su madre la llama alguna vez? Puta zorra. ¿Quién trata así a su propia hija? Me dijiste que su padre se había suicidado, ¿verdad? —Apartó una silla y volvió a llenarse la copa—. ¿Te he contado que Lloyd ha venido esta noche? El muy cabrón ha dejado preñada a la mujer por la que me abandonó. Alguien del trabajo. Melissa, ha dicho que se llamaba. Nunca había oído ese nombre. El caso es que quiere que nos divorciemos y vender la casa para comprar otra para ella y el bebé. Joder, ¿te lo puedes creer? Sé que yo le importo una mierda y media, pero me imaginaba que no querría echar a Caleb a la calle, ¿no te parece, Claire? ¿No crees que sería...?

»¡Ay, Dios! —Se puso en pie de un salto al tiempo que mi copa se hacía añicos contra el suelo y se formaba una mancha rojo sangre a mis pies—. ¡Claire, tu vino! ¿Te encuentras bien? No te preocupes, yo lo friego.

—Claire. Claire, cariño. —Mark me da unos golpecitos en la rodilla—. Creo que deberíamos entrar ya.

Tardo un par de segundos en darme cuenta de dónde estoy.

—¿Perdona?

—A ver a Kira —explica—. Jake dice que quiere llegar pronto a casa, pero todavía no hemos visto a Kira. ¿Estás lista?

Niego con la cabeza. Sigo teniendo la sensación de que floto dos metros por encima de mi cuerpo.

—Me gustaría estar un momento a solas con ella. —Las palabras suenan

como si las pronunciara otra persona—. ¿Te parece bien?

Capítulo 64

Kira está de espaldas a mí. Su larga melena rubia está toda enmarañada, y la han tapado con una manta blanca de hospital que la cubre hasta los hombros. Han corrido la cortina que rodea su cama para que disfrute de un poco de intimidad, pero la sala está animada con el sonido de otros pacientes, que tosen, se sorben la nariz y hablan en voz baja.

–¿Kira? Kira, soy Claire.

Me siento en la silla que hay junto al cabecero de la cama. Hay una jarra de agua y un vaso en la mesita, a mi lado. La espalda de Kira se eleva y desciende al ritmo de su respiración silenciosa. De camino a la sala he hablado con su doctora, y me ha dicho que, aparte de las marcas del cuello, que tardarán varias semanas en desaparecer, Kira no tiene más heridas. Sus constantes cardíacas y cerebrales están bien. Su columna no ha sufrido daños y, a pesar de la intubación en el momento de su ingreso, no hay problemas con su respiración.

–Ha tenido mucha mucha suerte –ha dicho la doctora.

–Kira –vuelvo a decir–. Kira, ¿me oyes?

Ahora que estoy aquí y me doy cuenta de lo menuda, vulnerable y silenciosa que está, ya no me siento aturdida y desconectada. Me siento sólida, fuerte y tranquila.

Una enfermera asoma la cabeza por la cortina.

–Perdone la interrupción, pero dentro de poco vendrá alguien del equipo de evaluación psiquiátrica. Así que, si va rápido, mucho mejor.

–Por supuesto.

Espero a que desaparezca y luego rodeo la cama.

–Kira –digo al tiempo que me agacho a su lado–. No puedo ni imaginarme cómo te sientes. Debes de haber estado viviendo en un sitio muy oscuro para hacer lo que hiciste ayer.

Tiene las manos apretadas contra la cara, cubriéndola. No mueve ni un

músculo mientras yo hablo. No reacciona de ninguna manera, pero sé que no está dormida. Escucha cada palabra que digo.

–Te vi en Queens Road –digo–. Estabas en el café Mama Valerie con Lloyd. Oí vuestra conversación.

Sus dedos se crispan. Sabe exactamente lo que oí.

–Billy estaba enamorado de ti, ¿verdad?

Separa los dedos apenas un par de milímetros y vislumbro un iris azul cielo y una pupila negra que se clava en mí.

–Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Vuelve a bajar los párpados.

–Por favor –digo en voz baja–. Por favor, Kira. Sólo dime dónde está.

Capítulo 65

KIRA

Miércoles, 4 de febrero de 2015

Billy no para de hablar del próximo sitio en el que quiere pintar su *tag*. Tiene pensado ir a Avonmouth para hacer grafitis en el puente. Está de pie a mi espalda, apretándose contra mí con tanta fuerza que el alféizar de la ventana se me clava en las piernas. Noto su respiración cálida y húmeda en mi oído.

—Cuando acabe, no habrá ni un rincón de Bristol sin mi *tag* —dice—. A la mierda lo que hice en la escuela: una gilipollez de aficionado. Quiero que la gente lo señale y diga: «¿Quién coño es DStroy?». Quiero estar en todas partes, en todos los edificios, en cada tren, en cada puente. La mitad de los chicos de mi curso quieren ser famosos. Yo prefiero tener mala fama.

No digo nada. Estoy mirando la calle, esperando a que aparezca la furgoneta blanca de Jake. He empezado a pasar cada vez más tiempo en la universidad para no tener que estar a solas con Billy, pero hoy me ha pillado. Creía que vendrían los demás, pero Mark no está, Jake me ha escrito un mensaje diciéndome que hoy trabaja hasta tarde y Claire se ha ido a casa de Liz hace media hora. Estamos solamente Billy y yo, solos en la casa.

—Déjame verlo otra vez.

Noto que me levanta el pelo.

—Vete a la mierda.

Intento apartarle la mano, pero él me agarra de la muñeca y me mira.

—No vuelvas a decirme nunca más que me vaya a la mierda. Puedo mirar el tatuaje siempre que quiera. ¡Eh! —Me escuece la piel cuando me arranca el esparadrapo de la nuca—. ¿Qué coño es esto?

—¿Tú qué crees?

—Ah, no. —Menea la cabeza lentamente de un lado a otro y entorna los ojos—. Ah, no, no, no, no. Esto no formaba parte del trato, Kira. No puedes tapártelo. ¿O es tu forma retorcida de decirme que has cambiado de opinión

sobre lo de acabar con algunas cosas? –Desliza una mano por debajo de mi axila y me aprieta la teta.

Yo le aparto la mano de un manotazo y me revuelvo para soltarme, pero él me sujeta rápidamente.

–Kira –dice al tiempo que acaricia su cara contra la mía y me rasca en la mejilla con su barba de dos días–, eres el mejor polvo que he echado nunca.

Quiero cerrar los ojos y dejarlo fuera, igual que he hecho cada vez que me ha obligado a mantener relaciones con él, pero me da miedo que Jake aparque la furgoneta y nos vea en la ventana.

Creía que todo iba a saltar por los aires cuando Lloyd nos vio en el parque en enero. Al día siguiente yo estaba en la cocina, buscando en Google cómo hacer autoestop de Bristol a Edimburgo en mi teléfono, cuando Liz entró hecha una furia y dijo que Lloyd la había abandonado. Se había marchado la noche antes después de decirle que su matrimonio se había terminado. El día que se paró a mirarnos no iba al pub, sino que se dirigía a su coche, al final de la calle. No creí a Liz cuando dijo que se había ido definitivamente; pensaba que volvería. Cada vez que veo un coche negro aparcar frente a la casa de Liz, siento náuseas. Pero no ha vuelto. Ni siquiera la ha llamado por teléfono. Al menos, por las conversaciones que he oído entre Claire y Liz. Pero ¿y si regresa? ¿Y si le cuenta lo que vio? Mi vida habrá terminado. No puedo seguir viviendo así, no puedo despertarme cada mañana preguntándome si hoy será el día en que Jake descubra lo que he hecho.

Fui una imbécil al acceder a hacerme el tatuaje. Sabía que eso no evitaría que Billy siguiera molestándome, pero creía que así ganaría algo de tiempo. Estoy sin blanca. El próximo pago de mi crédito estudiantil no llega hasta finales del próximo trimestre, y Jake ha estado pagándolo todo. He intentado ahorrar las treinta libras que me da cada semana para el autobús y comida, pero es imposible. El billete de tren para ir a Edimburgo, a casa del abuelo, cuesta 168 libras. Mientras buscaba en Google cómo hacer autoestop desde Bristol, leí un montón de historias espantosas sobre mujeres a las que habían violado o matado, y no puedo arriesgarme. Voy a tener que robar dinero. Claire siempre deja su bolso en cualquier parte y Jake siempre tira la cartera al suelo cuando volvemos del pub. No quiero robarles a ellos, pero ¿qué otra opción me queda?

Amy se ofreció a dejarme dormir en el suelo de su casa, pero vive con sus padres y yo tengo que largarme de Bristol. Si Billy cuelga las fotos en

Facebook, se harán virales y la gente de por aquí pensará que soy una zorra, seguro. Eso si no me detienen por acostarme con un menor de edad. No. Tengo que desaparecer. Esfumarme en plena noche. Si me voy, Billy ya no podrá amenazarme. No podrá hacerme chantaje.

Pero ¿y Jake? No puedo permitirme pensar en él. Dejarlo va a acabar conmigo. Y con él también. Y nunca sabrá por qué.

¿Por qué me lie con Billy? ¿Por qué? Ojalá pudiera echar el tiempo atrás. Si hubiera vuelto por otro camino de casa de Amy el agosto pasado, no me habría encontrado a Billy delante del pub. Él no me habría confesado que su padre había besado a Edie Christian. No habría empezado a mandarme mensajes todo el rato. No habríamos ido a tomar algo. No lo habría besado. Nada de todo esto habría pasado si en lugar de girar a la derecha hubiera girado a la izquierda.

Capítulo 66

KIRA

Jueves, 5 de febrero de 2015

Los oímos discutir en el piso de abajo; Claire y Mark le gritan a Billy porque la policía lo ha trincado por robar pintura en spray en B&Q. Antes me ha mandado un mensaje diciéndome que me preparara para su muerte inminente. Debe de haberlo enviado desde el coche de Claire, después de que ella lo recogiera en la comisaría. Sabía que su padre lo mataría cuando se enterase de lo que había hecho.

—¿Una cerveza?

Jake se da la vuelta en la cama y me tiende una lata de cerveza. Tiene los ojos medio cerrados y una sonrisa de chalado. Hoy sólo ha tenido que trabajar media jornada, así que ha ido con varios compañeros al pub a la hora de comer. Se han quedado ahí toda la tarde y cuando he vuelto de la universidad estaba tan borracho que era incapaz de mantenerse erguido. Mark le ha cantado las cuarenta y le ha dicho que se quedara en su cuarto hasta que se le pasara, así que yo he subido con él.

Ahora son las 7:10, y Jake apenas es capaz de mantener los ojos abiertos.

—No, gracias, cariño.

Jake se encoge de hombros mientras yo rechazo la lata. La abre, le da un trago largo y profundo, y luego se dispone a dejarla en la mesita de noche, pero ésta está cubierta por un montón de libros míos de fotografía y otros trastos, y la lata se inclina hacia un lado. La cerveza se desparrama por la moqueta haciendo espuma.

—¡Oh, joder! —Intento trepar por encima de él para limpiarlo, pero al pasar la pierna por encima me agarra y me atrae hacia él.

—Vaya, vaya, ¡hola, Kira Simmons! —Me sonrío—. Un placer verte por aquí.

—Jake. —No puedo evitar sonreír ante su estúpida sonrisa de borracho, pero

me pongo tensa cuando desliza sus manos hacia arriba, hasta mis hombros, y trata de sacarme la rebeca—. Jake, no.

—¡Kira! —Pronuncia mi nombre con ese tono juguetón y cantarín que emplea cuando busca sexo—. Sólo quiero un beso.

—Jake, tu madre va a ponerse como una loca si la espuma empapa...

—Oh, santo Dios. —Me suelta y yo me aparto de él y me deslizo hasta el suelo—. Ya nunca tenemos sexo. Y no me digas que es porque te sientes rara por si papá y mamá nos oyen, porque eso no te suponía ningún problema cuando te viniste a vivir aquí.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no quiero que él lo vea, así que me doy la vuelta y cojo una toalla de la silla y luego froto la mancha de cerveza del suelo. El teléfono me pita en el bolsillo mientras tiro la toalla a la cesta de la ropa sucia que hay a los pies de la cama. Me agacho, para que Jake no vea lo que hago, y me lo saco del bolsillo. Mi primer pensamiento es que es de Billy, que me provoca con un mensaje, pero entonces oigo su voz atronar en el piso de abajo diciéndole de todo a su padre.

Mientras doy la vuelta al móvil en mi mano y leo el mensaje, la puerta de atrás se cierra de un portazo, haciendo temblar las paredes del cuarto.

—Putra familia... —Jake se arrastra fuera de la cama y golpea la ventana con la mano mientras mira hacia fuera—. Vaya, mira, papá se larga al pub. —La pared del cuarto vuelve a temblar—. Ah, y mamá también se va. Joder, Billy es un capullo integral. Enano gilipollas... No puede salirse con la suya.

—¡Jake! —Extiendo la mano para intentar evitar que salga de la habitación, pero está demasiado borracho y enfadado para darse cuenta y sale lanzado hacia el descansillo.

—¡Billy, gilipollas! —grita mientras los escalones crujen bajo su peso—. Eh, ¿a qué coño juegas?

Me meto el móvil en el bolsillo de los vaqueros, salgo a gatas del cuarto y me quedo en cuclillas junto a la barandilla. No veo ni a Jake ni a Billy, pero oigo hasta la última palabra de lo que se dicen en el salón.

—¡Dame eso! —grita Jake—. ¿Ahora eres pirómano?

—Bueno, sería una buena lección para papá que la casa quedara reducida a cenizas —le grita Billy a su vez—. Es un capullo y un fracasado.

—No, Billy, el fracasado eres tú. ¿Quieres saber por qué papá te las hace pasar canutas? Porque le das vergüenza. Te crees muy duro con tus botes de

espray y tus estúpidos dibujitos, pero sólo eres un niño. Cualquiera con medio cerebro se daría cuenta de que lo que quieres es llamar la atención.

—¿Ah, sí, don perfecto? —Billy se ríe. Suena tan malvado que se me erizan los pelos del brazo.

—Tienes que crecer de una puta vez, Billy, y dejar de ser un mocoso celoso.

Me pongo de pie y me acerco deprisa hacia lo alto de las escaleras. Tengo que parar esto. Tengo que evitar que Billy diga una sola palabra más antes de que...

—¿Por qué iba a tener celos de ti, Jake? Sales con la zorra de la ciudad. Todo el mundo se ríe de ti porque se acuesta con todos a tus espaldas, y tú eres demasiado lerdo para darte cuenta. Se la han follado más veces que a una actriz porno.

Se oye un chasquido tremendo, luego el sonido de algo o alguien al caer al suelo, y a continuación Jake sube como un torbellino las escaleras. Se detiene justo frente a mí, esperando a que yo diga algo, pero tengo tanto miedo que me he quedado en blanco. En cualquier momento, Billy va a gritarle que hemos follado varias veces y ahí se acabará todo, fin de la partida.

—¿Y? —Jake se inclina tanto hacia mí que puedo oler la cerveza en su aliento—. ¿Es verdad? ¿Te acuestas con otros a mis espaldas?

Quiero decirle que no es verdad, que Billy es un mentiroso y que nunca nunca haría nada que pudiera hacerle daño. Pero es verdad. Es terrible y sucio y es verdad. Y si lo admito, nunca volverá a mirarme de la misma manera. Me mirará como si fuera despreciable y una zorra y una mentirosa. Me mirará como me mira mi madre, y yo no..., no podré soportarlo. Antes preferiría morirme.

Jake me observa durante una eternidad, sin decir una palabra, luego meneaba la cabeza, me rodea y cruza el descansillo hacia su cuarto. La puerta se cierra a su espalda.

—¡Eh! —grita Billy al verme entrar en la sala y dirigirme a la cocina—. ¡Eh, Kira!

Yo lo ignoro y voy hasta el colgador para los abrigos que hay junto a la puerta de atrás. La chaqueta de trabajo azul marino de Jake está colgada junto a mi abrigo de imitación de piel y la pequeña mochila negra que lleva Billy a la escuela. Meto la mano en uno de los bolsillos de Jake y saco sus llaves.

—¡Kira!

Billy me agarra la chaqueta desde atrás mientras yo me pongo los zapatos.

Ni siquiera me esfuerzo por soltarme; simplemente doy un paso adelante y dejo que la chaqueta me resbale por los hombros, y salgo fuera. Está oscuro; la única luz es el brillo anaranjado de la farola que hay al final del camino. En casa de Liz todas las luces están apagadas. Debe de haber salido. O está durmiendo.

—¿Adónde vas? —Billy me agarra de la muñeca y me obliga a mirarlo. Tiene el labio inferior partido y la barbilla pegajosa de sangre. Lleva la mochila colgada de un hombro.

—A dar una vuelta con la furgoneta.

—Genial. Voy contigo.

Me sonrío como si esperase que protestara, y cuando le digo que vale arquea una ceja.

No me suelta la muñeca mientras caminamos hacia la furgoneta de Jake, y luego insiste en que entre por la puerta del acompañante para que no pueda irme sin él.

Me cuesta tres intentos meter las llaves en el contacto, y por fin nos vamos. La furgoneta va dando tumbos y se sacude mientras me alejo de la casa en dirección a Wells Road.

—¿Adónde vamos? —pregunta Billy al tiempo que yo cojo la A417.

No contesto. En lugar de eso, piso a fondo el acelerador, y eso hace que Billy se eche hacia atrás en el asiento.

—Joder, qué mal conducís las mujeres —bromea, pero también detecto miedo en su voz. Durante meses ha sido él quien estaba al mando, y ahora soy yo.

Reduzco la velocidad al acercarnos a la rotonda que hay al final de Callington Road, y acelero al ver los carteles de la A4 hacia Bath. Mientras sigo conduciendo —a través de las afueras de Bristol y más allá, por la zona industrial de Bath Road— el decorado cambia. Las casas y los edificios de ladrillos de ceniza desaparecen gradualmente, sustituidos por campos ondulantes y árboles altos, arbustos y una maleza densa y áspera que flanquea la carreta a ambos lados. Está más oscuro aquí, en pleno campo, donde la única luz proviene de los faros de algún coche que pasa de vez en cuando.

Seguimos avanzando por el campo en silencio durante diez, tal vez quince minutos, antes de que Billy encienda la radio. Luego la apaga. Baja la ventanilla y grita a la oscuridad:

—¡Jódete, mundo!

Me pone una mano en la rodilla y me la aprieta. Al ver que no obtiene una reacción, hace lo mismo con mi teta.

–Jake tiene un gancho de derechas letal –dice, y me suelta para tocarse la mandíbula–. Cabrón. –Me mira–. Supongo que eres consciente de que voy a tener que contarle lo nuestro, ¿no?

–Vale.

–Vas de farol.

–Cuéntaselo. Ya no me importa.

–Vaya, vaya, vaya. –Mete la mano en su mochila y saca una fiambarrera de plástico. La abre y extrae su móvil–. Es por si se me cae la bolsa al río mientras hago grafitis en los puentes –aclara al ver que estoy mirando–. Mi teléfono no está asegurado, ¿sabes? ¡Mierda! –Le da toques al móvil con el índice–. La puta batería se ha acabado. Ah, bueno... –vuelve a meterlo en la fiambarrera y cierra bien la tapa–, por lo que parece tendré que contárselo a Jake cuando volvamos. Será más divertido si tiene que mirarme a los ojos.

Los árboles se ciernen sobre nosotros al tiempo que la carretera se estrecha y los campos se suceden, franjas descoloridas de gris bajo el cielo oscuro. No veo la luna: está escondida detrás de unas nubes densas. Cae una llovizna que entra por la ventana y me da en la cara y los brazos, pero no me la seco.

–Seguro que Jake se va de casa cuando se lo cuente. Podemos quedarnos su cuarto; es más grande que el mío –dice Billy.

Yo no digo nada.

–¿Qué? –Se vuelve en su asiento–. ¿Tan mala idea es? ¿De verdad? Por lo visto te has olvidado de lo bien que nos lo pasábamos, pero yo no. Sé que te gusto, Kira. Y cuando Jake se haya ido, ya no tendrás que sentirte culpable.

En otra situación me habría reído de él, de lo ridículo de su propuesta, o, si no, me habría enfadado. Pero sus palabras me resbalan. Ya no me importan. Nada me importa.

Pongo los limpiaparabrisas porque el cristal se está mojando con la lluvia.

–Mi abuelo ha muerto –digo–. Mi madre me ha mandado un mensaje antes.

Cuando estaba en el cuarto con Jake. Cuando aún pensaba que tenía una vía de escape.

«El abuelo se ha muerto», decía el mensaje. Nada de «¿cómo estás, Kira?». O «sé que lo querías». O «sé que la noticia es muy repentina».

Sólo «El abuelo se ha muerto». Para eso, ya podría haber escrito: «Se

acabó. Se ha acabado todo, Kira».

–Oh. –Billy se encoge de hombros–. Lo siento.

–Sí.

Reduzco una marcha y pongo el intermitente derecho, y a continuación giro por un pequeño camino rural. Hay un edificio y un pequeño pedazo de césped bien cuidado ocultos en las profundidades del campo. Si no supieras lo que estás buscando, lo pasarías por alto.

–¿Dónde coño estamos? –dice Billy mientras los neumáticos crujen sobre la grava y yo aparco en el *parking*.

–En el club de petanca. –Apago el motor y me desabrocho el cinturón.

–¿En medio de la nada?

–Mi padre trabajaba aquí. Era el encargado del mantenimiento. Cortaba el césped.

–¿Y?

Abro la puerta de la furgoneta y salgo. Aspiro con fuerza una bocanada de aire frío y vigorizante, y luego echo a andar por el sendero que hay entre el césped y el edificio del club. No hay casas cerca, ni farolas ni calles. Billy tiene razón: el sitio al que nos ha llevado está en medio de la nada, acurrucado entre los campos y los bosques.

–¿Quieres jugar a la petanca en plena noche? Yo te habría dejado jugar con mis bolas si me lo hubieras pedido con amabilidad. –Billy se ríe mientras corre para alcanzarme–. ¡Eh! ¿Adónde vas?

Llego al bosque –alto, denso e imponente– que separa el edificio del club de los campos que lo rodean. Mide por lo menos un acre y pertenece al granjero propietario de los campos. Mi padre decía que era una lástima que lo tuviera tan descuidado. Era un esperpento, decía, comparado con el césped meticulosamente cortado del club de petanca. Yo le decía que creía que dentro vivía una bruja, y que por eso el granjero se mantenía alejado.

Hay una valla que rodea todo el bosque, una valla que han colocado después de que papá se suicidara, y por un momento me asalta el temor de que no se pueda acceder, pero luego encuentro un sitio donde se ha separado de la base del poste, imperceptible a menos que mires con cuidado. La levanto. No hay espacio suficiente para que pase Billy, pero yo soy más menuda.

–¿Qué coño es esto?

Noto que Billy me coge de la deportiva derecha mientras yo me escurro

por el hueco, pero tengo el zapato resbaladizo por la lluvia y su mano sale disparada cuando le doy una patada.

Y ya estoy dentro.

Un tren retumba sobre las vías, un sonido grave y profundo en la distancia, mientras yo me abro paso a través del espeso bosque. Un pájaro pía mientras abandona volando un arbusto y luego se queda callado al elevarse por los aires. Oigo a Billy maldecir a gritos. Ha conseguido entrar. Acelero el paso, atravesando arbustos y rodeando los árboles. A esta distancia de las farolas de la carretera, está negro como la boca del lobo y apenas distingo mis manos mientras aparto ramas y hojas. El bosque parece extenderse hasta el infinito, pero el miedo a que Billy me coja y me detenga me da alas. Y entonces salgo de entre los árboles y mi pie izquierdo resbala sobre el suelo en pendiente, y caigo dando una voltereta sobre una zanja cubierta de helechos entre el bosque y las vías del tren. La maleza es tan alta que me llega hasta el cuello y me araña las manos, los brazos y las piernas mientras subo a gatas la pendiente y me meto entre los arbustos que separan la zanja de las vías del tren.

—¡Mierda! —grita Billy, y oigo el latigazo de las ramas y el crujido que hacen las hojas mientras él sale del bosque—. Maldita bolsa, y maldito... Alguien tiene que cortar esta porquería. Esto es una jungla.

Ahora la lluvia cae con más fuerza y el pelo se me pega a las mejillas.

Aún recuerdo como si fuera ayer el día en que me enteré de que papá se había suicidado. Yo estaba en clase de mates y la señorita Ramdas, del servicio de ayuda al estudiante, llamó a la puerta y le preguntó al señor Price si podía hablar conmigo. Yo estaba encantada —cualquier excusa era buena para saltarse álgebra—, pero me asusté al ver su expresión. No era una expresión de «estás a punto de recibir un rapapolvo». Era una mueca de «lo siento mucho por ti».

Al entrar en su despacho, mamá estaba de pie junto a la ventana con su mejor amiga, Sharon. Se abrazaban y mamá estaba llorando. Abrió los ojos cuando yo entré y soltó un grito ahogado y se puso a llorar aún con más fuerza. Fue entonces cuando la señorita Ramdas me sentó y anunció que tenía malas noticias.

No dijo mucho, sólo que mi padre había muerto. Cuando le pregunté cómo, miró a mi madre, que asintió, y la señorita Ramdas dijo que se había suicidado lanzándose delante de un tren. No fue hasta unos meses después,

un día que mamá estaba borracha, cuando me enteré de la historia completa. Papá iba sentado en su cortacésped en el club de petanca. Desde el edificio, alguien lo vio pararse de golpe, justo en medio de una calle con el césped a medio cortar, y bajar. Pensaron que se había quedado sin gasolina o algo así, pero no volvió. Pasó media hora antes de que a alguien se le ocurriera averiguar adónde había ido. Más o menos una hora después, llegó la policía. Papá había atravesado el bosque y había recorrido varios kilómetros por las vías y luego se había tumbado encima a medida que se acercaba el tren. Era imposible que al maquinista le diera tiempo a parar.

—¿Kira? —Billy me agarra de la muñeca. Tiene el pelo pegado a la cara y un arañazo en la mejilla—. Esto ya no me divierte. Volvamos.

—¿Adónde?

El retumbo del tren se oye ahora más alto, es más como un ruido apresurado, acompañado del sonido agudo del pitido. La lluvia cae con fuerza y el viento me revuelve el pelo alrededor de la cara. Está tan oscuro que no veo nada a más de un metro de mí, pero distingo la vía del tren: una franja oscura más allá de los arbustos, a unos dos metros delante de mí.

—A casa.

—Ésa no es mi casa.

—No seas idiota. Vamos.

Me tira del brazo, arrastrándome de vuelta hacia la zanja. El tren hace sonar de nuevo la bocina, esta vez más alto, y yo golpeo a Billy a ciegas. No dejaré que me lleve de vuelta a Bristol. Mis uñas contactan con su piel y le hago un arañazo en la mejilla.

Él grita de dolor y me suelta la muñeca. El tren repiquetea sobre las vías, cada vez más fuerte, ruge y silba, y a través de las ramas veo la locomotora acelerando hacia nosotros.

Me abro camino con dificultad a través de los arbustos, alejándome del bosque en dirección a las vías. El tren está tan cerca que puedo ver los limpiaparabrisas moviéndose de izquierda a derecha. Las ruedas hacen «clang, clang, clang» sobre las vías. Los haces de luz de los focos me ciegan por un momento y cierro los ojos, sólo durante un segundo. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo ahora.

No puedo moverme.

Estoy paralizada.

El tren se acerca a toda velocidad. Un paso más. Un paso más y habré

salido de los arbustos y estaré frente al tren. Pero no puedo moverme. Me siento paralizada.

El motor ruge frente a mí. Las ruedas golpean las vías. El sonido es sobrecogedor. Aún no es demasiado tarde. Doy un paso adelante. Puedo hacerlo. Todavía puedo...

—¡No! —Oigo un grito por encima del rugido del tren y luego noto un peso sobre mi hombro que me derriba al suelo. Se oye un ruido sordo, una ráfaga de aire me golpea el rostro y luego se escucha un chasquido, como si hubieran tirado algo al bosque desde una gran altura. Y entonces todo se queda en silencio.

Capítulo 67

CLAIRE

Domingo, 30 de agosto de 2015

No me siento aliviada ni enfadada ni sorprendida. No me siento triste ni vengativa ni asustada.

No siento nada.

Soy consciente de que debería reaccionar, de que debería llorar o gritar o chillar, pero no siento ningunas ganas de hacerlo.

No siento nada.

Es como si alguien me hubiera arrancado el corazón y lo hubiese sustituido por arena. No hay nada dentro de mí aparte de un extraño dolor sordo en el centro de mi pecho.

La cara de Kira sigue oculta tras sus manos, pero la almohada de algodón de debajo de su cabeza está mojada por las lágrimas. No creía que fuera a hablar conmigo, pero en cuanto ha empezado no ha podido parar. Las palabras le han salido a chorros; las palabras, el dolor, el miedo.

–Billy te salvó –digo–. Te apartó para salvarte la vida.

Kira no dice nada. Tan habladora y ahora tan callada.

–Y tú lo dejaste ahí, muerto o muriéndose en el bosque, y volviste a casa con la furgoneta. Y luego te metiste en la cama con su hermano como si no hubiera pasado nada.

Ella solloza, esta vez sonoramente, y se sube la manta por encima de la cabeza. Yo la miro, miro la delgada silueta cubierta con la manta. Siete meses. A lo largo de siete meses me ha visto perder mi trabajo, mi matrimonio, incluso mi cordura, y no ha dicho ni mu. Se ha pasado todo este tiempo esperando tranquilamente mientras Jake y Mark se rompían por dentro.

–Podrías habérmelo contado. Si me hubieras dicho que Billy te chantajeaba, habría hecho algo. Lo habría parado.

La forma que hay bajo la manta se mueve negando con la cabeza.

—¿No me crees?

La sábana se mueve al apartársela ella de la cara, y me mira con los ojos enrojecidos.

—Me habrías echado.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque tú creías que Billy era perfecto.

¿Lo creía? ¿Acaso no lo creen todos los padres? No era ciega a los defectos de Billy. Sabía que existía una razón para que se portara mal en la escuela y se metiera en problemas por pintar grafitis. Algo lo hacía infeliz, pero no sabía qué porque él no me lo confió. Podría haberme explicado lo que había visto desde delante del pub esa noche, pero se lo guardó para él. ¿Lo hizo para protegerme? ¿O creía que yo pensaba que Mark era perfecto? Hay en ello una ironía perversa a la que soy incapaz de enfrentarme en este momento.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —digo—. ¿Cómo pudiste seguir viviendo en nuestra casa? Viste lo hundidos que estábamos. ¿Cómo fuiste capaz de verlo sabiendo lo que sabías? Buscábamos a nuestro hijo, estábamos desesperados, y durante todo ese tiempo tú sabías..., tú sabías dónde estaba Billy.

—No sabía si estaba muerto. —Aparta la mirada.

—No te creo.

—No lo sabía, lo juro. Lo oí golpear el lateral del tren cuando tropezó, pero al ponerme de pie no lo vi. No estaba en las vías. Me asusté y volví corriendo a la furgoneta. Creía que me perseguiría.

—Es imposible que estuvieras tan asustada. Volviste a nuestra casa y te metiste en la cama con Jake.

Ella niega con la cabeza.

—No enseguida. Me quedé sentada en la cocina. Mi abuelo estaba muerto. No podía ir a casa de mamá. Y me dije..., me convencí... de que había otra solución. Decidí que si Billy volvía..., cuando Billy volviera..., le diría que seguiría acostándome con él. Le habría dicho cualquier cosa para impedir que le contara a Jake lo que habíamos hecho. Quiero a Jake. Lo quiero muchísimo.

—Quizá deberías haber pensado en eso antes de acostarte con su hermano.

—Lo sé. —Cierra los ojos con fuerza.

—Kira, ¡volviste a nuestra casa! Te sentaste en nuestra cocina como si no

hubiera pasado nada malo mientras Billy estaba tendido entre la maleza, *muriéndose*. Podrías haber llamado a una ambulancia. ¡Podrías haberlo salvado!

–Tenía miedo. Creía que me haría daño.

–¿Hacerte daño?

–Tú no sabes lo que hizo, Claire. –Las lágrimas le brillan en los ojos–. Las cosas que había visto en Internet... Las cosas que me obligó a hacer...

–No. –Levanto una mano–. Podrías haber acabado con eso, Kira. Tenías la opción de hacerlo.

–¿Tú crees? –Me mira con ojos sin vida.

–Tuviste que ser consciente de que Billy estaba muerto cuando te levantaste a la mañana siguiente y él no había vuelto.

–Yo... –Se pasa las manos por la cara–. Acepté lo que dijo Mark, que Billy había huido por la discusión. Jake dijo que lo hacía para llamar la atención. Me obligué a creerlo. Me convencí de que se había levantado después de que el tren lo alcanzara, pero que no volvía para que todo el mundo se asustara, para que yo me asustara. Y luego, cuando se involucró la policía, me inventé nuevas historias en mi cabeza: Billy estaba en casa de unos amigos, tenía amnesia y no sabía quién era, se había ido a alguna parte haciendo autoestop...

–¡Tú nos viste, Kira! Viste lo desconsolados y asustados que estábamos.

–Lo sé. Y me rompía por dentro. No podía dormir. No podía comer. La única forma de vivir con ello era decirme a mí misma que lo que había pasado era un terrible accidente, pero que no era culpa mía. Yo no obligué a Billy a venir conmigo. Yo no lo empujé delante del tren.

–Entonces, ¿por qué no se lo contaste a nadie? Si de verdad creías que no era culpa tuya, ¿por qué no me lo contaste a mí?

–No podía hacerlo. No podía mirarte a los ojos y decirte que estaba muerto. No cuando tú tenías tantas esperanzas. No cuando no parabas de decirle a todo el mundo que lo encontraríais.

–Así que entonces sabías que estaba muerto.

–No lo sé. –Se hace un ovillo y se echa a llorar de nuevo–. No lo sé.

«No le digas a Liz que me estaba follando a Billy».

Eso es lo que oí a Kira decir a Lloyd cuando me empujaron al interior del café.

No lo recordé hasta que Liz se pasó por casa y me habló de Lloyd. Por eso

dejé caer mi copa de vino. Todo me vino de golpe: la conversación que había oído y el tatuaje en la nuca de Kira cuando se había quitado la chaqueta. Lo había visto antes, al interrumpir un momento íntimo entre Jake y ella en la cocina, pero lo había confundido con un moratón. De repente todo cobró sentido: por qué Kira se había puesto tan nerviosa cuando Jake le había bajado el cuello de la bata, por qué ya no se acostaba con él, por qué siempre llevaba el pelo suelto.

—Kira, ¿cómo se enteró Lloyd de que te acostabas con Billy?

—Nos vio en el parque una noche. Pensamos que iba al pub y que se lo contaría a Liz cuando volviera a casa, pero no lo hizo. Fue la noche que la dejó.

—Y cuando Liz comentó que iba a ir a verla...

—Me entró el pánico. Pensé que había visto el llamamiento por la tele y que quería explicar lo que había visto. Tenía su número de cuando le había hecho las fotos, así que le pedí que quedáramos. Siempre nos hemos llevado bien. Es un hombre simpático. —Empieza a llorar otra vez.

—¡Soy yo otra vez! —La enfermera asoma la cabeza por la cortina haciéndome dar un respingo—. El equipo psiquiátrico está aquí, así que, si pudiera despedirse ya, por favor. —Me hace un leve gesto con la cabeza.

—Por favor. —Kira le dirige una mirada implorante—. Sólo un minuto.

—Treinta segundos. —La enfermera vuelve a correr la cortina.

—Claire. —Los ojos de Kira están inundados de lágrimas cuando me mira de nuevo—. Lo siento. Lo siento mucho. Me odio por lo que ha pasado. Ojalá no me hubieras encontrado, así ahora estaría muerta.

Yo le dedico una larga mirada, pero no contesto. No me fío de lo que pueda decir.

Capítulo 68

Sonia echa un vistazo a sus notas.

–¿Me equivoco si pienso que te dieron los resultados del TAC la semana pasada?

Asiento.

–Sí. Estaba todo bien.

–Eso debe de ser enormemente reconfortante.

–Sí, lo es.

Ocho meses atrás me habría aterrorizado que me metieran en un espacio reducido y claustrofóbico. Ocho meses atrás yo era otra persona.

–¿Y mañana es el día de la ceremonia en recuerdo de Billy? –Cruza las piernas y pone la mano sobre una pantorrilla.

–No es una ceremonia como tal. –Cojo el vaso de agua de la mesa de delante y le doy un sorbo—. Será algo familiar. Sólo Jake, Mark y yo. Iremos con el coche a las vías del tren para dejar unas flores. El club de petanca nos ha dicho que no hay problema.

–Bien. Creo que es importante. –Mira la caja de pañuelos que hay junto a la jarra de agua; pañuelos que no he tocado desde que he entrado en su despacho hace quince minutos—. ¿Y cómo te sientes, Claire, ahora que se ha cerrado la investigación?

–Aliviada. Eso significa que podemos empezar a organizar el entierro.

–Claro. ¿Te encargarás tú misma o...?

–Lo vamos a hacer juntos –digo—. Jake ha hablado con los amigos de Billy para saber qué tipo de canciones le gustaban y Mark leerá algo. Stephen nos pidió si podía hacer el panegírico.

–¿Y a Mark qué le parece?

–Bien. –Asiento con la cabeza—. Últimamente pasan mucho tiempo juntos. Aún hay cierta... tensión entre ellos, pero lo van superando. Stephen ha empezado a ir a Alcohólicos Anónimos y Caroline ha vuelto a casa.

Mark y Stephen tuvieron varias charlas serias después de que descubriéramos lo que le había pasado a Billy. Stephen admitió que tenía celos de Mark por forjarse su propia carrera y tener una familia. Dijo que no podía soportar lo desagradecido que parecía, a pesar de tener tantas cosas, y que quería bajarle los humos. Mark todavía está enfadado, pero creo que acabará por perdonarlo. No es que él no haya dicho y hecho cosas de las que también se arrepiente.

—¿Y Jake? —pregunta Sonia—. ¿Cómo está?

Me miro las manos.

—Muy callado. Se enfadó mucho cuando se descubrió todo, cuando se enteró de lo que había pasado entre Kira y Billy. Tiró todas sus cosas. Quería quemarlo todo en el jardín, pero Mark se lo impidió. Esa primera semana fue..., fue horrible.

—Me lo imagino.

Hago girar mi alianza en el dedo de mi mano derecha.

—Jake la odia, pero hay una parte de él que la echa de menos. No lo admitirá, pero es así.

—¿Dónde está Kira?

—Viviendo con un pariente lejano en las afueras de Bristol, según el detective Forbes. Nos dijo que se están planteando llevarla a juicio por entorpecer la justicia.

—¿Y cómo te sientes?

—¿Con respecto a Kira o al veredicto?

—A ambas cosas.

—«Accidental». —Me quito el anillo de boda del dedo y luego vuelvo a ponérmelo—. Que palabra más extraña para describir una muerte, ¿no? Suena como algo divertido que acabó terriblemente mal. Aunque —echo una mirada a Sonia— a lo mejor hay algo de verdad en ella. Ni Billy ni Kira sabían en realidad en qué se estaban metiendo.

—¿Es así como lo ves, que ambos fueron mutuamente responsables de lo que pasó?

Me encojo de hombros.

—He pensado mucho en ello. Al principio estaba demasiado enfadada con Kira para pensar bien. No dejaba de recordar todas las veces que habíamos hablado a solas desde la desaparición de Billy; todas las ocasiones que había tenido de confiar en mí y contarme lo que había pasado, y todas las veces que

había mentido. Quería irrumpir en el hospital y zarandearla y gritarle en la cara que había destrozado nuestras vidas...

–Pero...

–Entonces empecé a pensar en lo que había hecho Billy, los mensajes que le había mandado. La policía encontró su móvil. ¿Te lo conté?

Ella niega con la cabeza.

–Estaba en un *tupper* dentro de su mochila, entre la maleza. Encontraron su... –respiro hondo– cuerpo en el bosque, junto al club de petanca. El terreno era propiedad de un granjero, pero estaba descuidado. Dijo que nunca ponía el pie en el bosque, que sólo iba de vez en cuando al campo del otro lado para ocuparse de su oveja. La policía nos contó que las zarzas y los helechos medían casi dos metros. El cuerpo de Billy... acabó entre la maleza. Estaba completamente oculto.

–¿Y el conductor del tren no lo vio? ¿No –se interrumpe– notó un impacto?

Niego con la cabeza.

–Estaba oscuro y llovía a cántaros, y los dos iban vestidos de negro y estaban escondidos entre los arbustos. Era un tren de mercancías, uno de esos tan enormes. El conductor no notó nada.

–Oh, cielos.

–Es posible que hubieran encontrado a Billy si la compañía ferroviaria hubiera podado los arbustos y el seto vivo. Según el detective Forbes lo hacen cada seis meses, pero había no sé qué disputa con la empresa que se encarga y se retrasó. Podríamos haber encontrado a Billy hace meses.

–¿Y a nadie del club de petanca se le ocurrió investigar el agujero de la valla?

Niego con la cabeza.

–No había agujero. Cuando Kira la saltó al volver, volvió a doblarla para que pareciera que nadie había pasado por allí nunca.

Sonia se lleva los dedos a los labios, momentáneamente asombrada.

–Cielos –dice en voz baja cuando recupera la voz.

–Lo sé.

Se hace un silencio entre nosotras y luego Sonia comenta:

–Has dicho algo de unos mensajes...

–Sí, en el teléfono de Billy. Como estaba sellado dentro del *tupper*, la policía pudo recuperar algunos datos. Imágenes. Imágenes porno de Kira. Y

algunas de sus conversaciones por Snapchat. Había guardado capturas de pantalla.

—¿Las viste?

—No, pero el detective Forbes me habló de ellas. Eran bastante desagradables. Él la chantajeaba. Empezó como un flirteo inofensivo, pero fue demasiado lejos y, cuando ella lo terminó, él empezó a chantajearla. Le hizo hacer cosas que había visto en vídeos de porno duro y la grabó en vídeo.

—Me acabo lo que queda de agua antes de coger la jarra y volver a llenar el vaso—. Ha sido duro tratar de reconciliar el chico al que creía conocer con la persona que era Billy en realidad. Dijo e hizo todas esas cosas tan horribles, pero luego murió intentando salvarle la vida. Eso tiene que significar algo, ¿no?

—Yo diría que fue un gesto bastante noble.

«Noble». Le doy vueltas a la palabra en mi cabeza. Kira le contó a la policía que pensaba que Billy había tropezado al intentar apartarla para que el tren no la arrollase. Había intentado evitar que se suicidara, pero no era su intención morir en su lugar.

—Lo que no entiendo —digo— es por qué Kira hizo una foto del tatuaje. ¿Para qué colgarla en una exposición y que todo el mundo la viera?

Sonia cambia de postura en el asiento.

—¿Un grito de socorro? ¿Culpa? Debe de haber soportado una carga bastante pesada día tras día. Me imagino que era casi imposible de aguantar. Por eso la gente confiesa crímenes en su lecho de muerte: la culpa es una jaula de la que quieren liberarse.

—Entonces, ¿fue algo subconsciente, como mis fugas?

—Quizá. Tomó de manera consciente la decisión de imprimir ese tatuaje sobre un lienzo. Si al final lo hubiera colgado o no... —se encoge de hombros—, nunca lo sabremos.

—No. —Muevo el vaso de un lado a otro y contemplo el agua levantándose por el lado y volviendo a caer—. Supongo que no.

Sonia mira el reloj de la pared.

—¿Hay alguna otra cosa de la que te gustaría hablar? Nos quedan diez minutos.

Niego con la cabeza, pero luego me viene un pensamiento y cambio de opinión.

—Sí. Quiero preguntarte sobre mis fugas.

—¿No has tenido ninguna más?

—No. Ni por asomo. Pero no entiendo por qué no seguí a alguien en la primera, cuando fui a Weston. En todas las otras lo hice, pero ¿por qué no en ésta? Todavía no sé qué hice allí, o por qué fui.

—Vale. —Se frota las manos y contempla un punto justo por encima de mi cabeza, como si estuviera considerando la pregunta—. Creo que la primera fuga se produjo porque intentabas huir. Leíste en el periódico que se sospechaba de tu familia y no querías enfrentarte a esa posibilidad. Admitir que alguien a quien querías podía ser el responsable habría tenido consecuencias de largo alcance.

—¿Porque lo habrían detenido?

—Me refiero a consecuencias psicológicas. Para ti. Quieres a tu familia, ellos te hacen sentir segura y son uno de los cimientos sobre los que construyes tu identidad. Si hubieras reconocido que no confiabas en ellos, habría tenido un efecto psicológico devastador. Así que suprimiste ese pensamiento y escapaste.

—Pero no pude porque Jake y Mark vinieron por mí.

—Exacto. Y entonces tu afección tomó otro camino. Empezaste a enfrentarte a tus miedos en lugar de intentar escapar de ellos.

—Pero se han acabado para siempre, ¿no? ¿No tendré más?

—¿Por qué ibas a tenerlas? —dice, y el ceño se le frunce en un gesto compasivo—. ¿Ahora que tu peor miedo se ha convertido en realidad?

Capítulo 69

Mark me roza los dedos con los suyos, aunque no nos cogemos de la mano. Ya es mucho que estemos el uno al lado del otro, que estemos hablando. La casa lleva tres semanas en el mercado. No sé lo que haremos cuando se venda. Es posible que compremos un sitio más pequeño juntos. También puede ser que decidamos vivir separados. Puede que yo estudie Enfermería en la universidad. Y puede que no. La desaparición de Billy puso al descubierto muchas cosas sobre la relación entre mi marido y yo, buenas y malas, y tengo que decidir con qué puedo vivir y con qué no. Estoy segura de que Mark decía la verdad cuando me aseguró que no sabía por qué lo había tachado Billy del álbum de fotos y que no tenía fuerzas para otra discusión, cuando había tantas cosas que lo estresaban. Pero sí mintió cuando le pregunté si sabía dónde estaba el álbum. E intentó besar a otra mujer. Tengo que decidir si puedo perdonarle por eso y si sería más feliz con o sin él. Pero no hay prisa para tomar una decisión como ésta. Hay algunas cosas que no se pueden forzar. Cosas que sólo te revela el tiempo.

—¿Crees que Jake estará bien? —pregunta Mark mientras pasamos junto a una señal desvaída que ofrece un paseo en burro por tres libras, y dos por cinco.

—Un momento. —Me agacho para desabrocharme los zapatos. Al quitármelos descubro que hay arena suficiente para hacer medio castillo en cada uno—. Jake estará bien —digo mientras continuamos andando, Mark con sus deportivas y yo descalza, a pesar del penetrante viento de noviembre—. Vivir con sus amigos le irá bien. No dejarán que se hunda.

Es un nuevo comienzo para él. Borrón y cuenta nueva. El día después de ver a Kira en el hospital, cogí el coche hasta Chew Valley y lancé la bolsa de tela y el cuchillo al lago. Algunos días me pregunto si tomé la decisión correcta, si debería haberle contado al detective Forbes lo del pedófilo con el que quedó Jake. Igual lo habrían metido en la cárcel, lo habrían sacado de la

calle para que no pudiera buscar a más niños. O quizás habría sido Jake el que hubiera acabado entre rejas. Era un riesgo que no podía correr. No después de todo lo que ha pasado Jake.

–Me refiero en un sentido práctico –dice Mark–. Nunca ha sido capaz ni de hacerse un huevo duro. Tendrás que darle clases.

–Le encantaría –sonríó–, ¡su madre pasándose por su casa con el delantal! Sinceramente, Mark, estará bien. Es duro como una piedra.

Me mira de reojo.

–Como tú.

En el entierro de Billy me sentí de todo menos dura. Conseguí mantener la compostura durante toda la ceremonia, pero las rodillas me fallaron junto a la tumba, y Jake y Mark tuvieron que sujetarme. No había manera de contener las lágrimas mientras bajaban el ataúd de Billy a la fosa. Todos lloramos al darle el último adiós. A nadie le importó que lo vieran, y menos que a nadie a mí.

Los amigos de Billy nos preguntaron si podían pintar su ataúd con grafitis. Lo hablamos largo y tendido. Mark enseguida dijo que no; quería que nuestro hijo tuviera un entierro normal, que se tomaran su muerte en serio y que el lugar de su reposo final no se echara a perder con *tags* y dibujos extraños y oscuros. En uno de los mensajes de texto que la policía encontró en su teléfono, Billy le decía a Kira que quería tener mala fama, que quería que el mundo viera sus *tags* y supiera que Billy Wilkinson había existido. Pero el mundo ya sabe que Billy existió, al menos nuestra pequeña parte de él. Evitamos deliberadamente leer los periódicos cuando la policía anunció la noticia de su muerte. Cerramos la puerta a los periodistas y fotógrafos que se plantaban en nuestra entrada. Nos escondimos del mundo, el mundo que sabía que nuestro hijo menor estaba muerto, y lo lloramos en silencio. Billy quería llenar edificios de *tags*, pero es en nuestros cerebros donde está grabado su nombre, son nuestras vidas las que se han transformado por haberlo conocido, y nuestros corazones los que han cambiado para siempre.

Al final dijimos que no al ataúd con grafitis. Queríamos que fuera nuevo, imaculado, que el mundo no lo hubiera tocado, igual que Billy cuando nació. Era un bebé tan hermoso... En cuanto lo tuve entre mis brazos hundí la nariz en su pelo e inspiré la suavidad de su cabeza y mi corazón se hinchó de amor. Mi hijo, mi segundo hijo. Lo habíamos creado nosotros, Mark y yo. Habíamos fabricado otro niño perfecto. Me sentía afortunada. Conocía a

bastantes mujeres que habían sufrido abortos espontáneos como para saber lo afortunada que era por haber concebido y dado a luz a un bebé sano. No creo en Dios, pero hacerlo dos veces seguidas parecía un milagro. Billy era un milagro. Y tenía toda su vida por delante. Una vida de dicha y diversión, de amor y aventuras. Podría haber sido cualquier cosa, haber hecho cualquier cosa, pero lo único que yo quise siempre para él fue que fuese feliz.

Intentamos ser unos buenos padres. Hicimos todo lo que pudimos por nuestros hijos. Los vestimos, los alimentamos, jugamos con ellos y los quisimos, pero uno de ellos se nos escurrió entre los dedos. Uno de ellos se soltó cuando le dijimos que se agarrara.

¿Por qué sucedió? ¿En qué nos equivocamos?

Ésa era la pregunta que nos hacíamos una y otra vez en los días posteriores al funeral. Nos escondimos detrás de las cortinas echadas, uno al lado del otro en el sofá, refugiándonos en la sala medio en penumbra mientras nos desgarrábamos por dentro. ¿Habíamos sido demasiado duros con él? ¿Demasiado blandos? ¿Demasiado críticos? ¿Demasiado indulgentes? Mark se culpaba a sí mismo. Era culpa suya, decía. Culpa suya por fallarle a Billy, por dejarle ver un momento de debilidad en lugar de ser un ejemplo para él. Si no hubiera llorado, no paraba de decir, si no hubiera intentado besar a Edie Christian, Billy nunca habría hecho lo que hizo. No le habría tirado una piedra al coche de Mark, peleado con su hermano y proyectado su ira sobre Kira. No habría muerto.

Billy era un ser autónomo.

Eso fue lo que le dije a Mark. Nuestro hijo ya había tomado varias malas decisiones antes de oír la conversación en el aparcamiento, antes de ver el beso a través de la ventana del pub. Ya se había rebelado contra nosotros y contra la escuela. Y eso salió de la nada, o de las hormonas, o de hacerse mayor y darse cuenta de que en realidad el mundo no sirve los sueños en bandeja. Tienes que trabajártelos e incluso así a veces no se hacen realidad. Eso es algo difícil de comprender cuando tienes quince años y de niño te han dicho que puedes ser, o hacer, lo que tú quieras en la vida. Lo más importante que me ha enseñado la muerte de Billy es que la felicidad no siempre se encuentra en el futuro y en cualquier éxito que esperes conseguir en el camino. Está en el aquí y el ahora. Está en tus hijos lanzándote los brazos al cuello y apretando sus labios mojados contra tu mejilla. Está en la risa de los amigos. En un paseo o en correr o tan sólo en inspirar y espirar. Está en las

sorpresas, en las pequeñas cosas del día a día, en una voz al teléfono, la calidez de un abrazo, la mirada dulce de alguien que te quiere. Nunca sabes cuánto tienes, nunca te das cuenta de lo mucho que tienes hasta que te lo quitan. Atesora cada momento. Atesora tu vida y todos sus vaivenes. Atesora la vida de los que quieres. Sólo estamos aquí durante un tiempo corto, mucho más corto de lo que te imaginas.

—¿Jake sabe algo de Kira? —Mark se tensa casi imperceptiblemente al pronunciar su nombre, no muy seguro de cómo voy a reaccionar.

Niego con la cabeza.

—No recientemente. Se intercambiaron algunos mensajes, pero a él lo alteraba demasiado. Le pidió que no volviera a contactar con él.

—Bien. —Mark hunde las puntas de los zapatos en la arena al caminar, dejando pequeñas crestas a su paso mientras nos dirigimos hacia el muelle—. ¿Tú sabes algo de ella?

—No desde la tarjeta.

—¿En la que nos pedía que la perdonáramos?

—Sí.

—¿Puedes? Perdonarla, quiero decir.

Una nube cubre el sol y yo me rodeo el cuerpo con los brazos al notar el frío cortante a través de la chaqueta.

—Ya lo he hecho. Y a Billy también.

Pasamos en silencio por debajo de los gruesos pilares de metal del muelle. Cuando salimos por el otro lado, el sol ha reaparecido desde detrás de las nubes.

—¡Mira eso! —Mark señala hacia la distancia, donde dos niños, envueltos en abrigos y gorros, corren por la playa hombro con hombro intentando, sin conseguirlo, hacer volar sus cometas—. Me recuerdan a los nuestros.

—Me acuerdo de esas vacaciones. —Lo miro a los ojos y sonrío—. Les dijimos una y otra vez que compraran sólo una cometa y que se turnaran para correr con ella y lanzarla al aire, pero insistieron en tener una cada uno.

—Y ninguno de los dos consiguió hacerla volar.

—Hasta que decidimos ayudarlos.

Ahora miramos a los niños correr arriba y abajo por la arena, riendo y gritando y tropezando con sus propios pies mientras sus padres señalan y sonrían y les sacan fotos.

Un día esos niños serán adolescentes y ya no buscarán consuelo en sus

padres. Tomarán sus propias decisiones y elaborarán sus propias definiciones de lo que está bien y lo que está mal. Me he culpado durante demasiado tiempo de la desaparición de Billy. De no entender lo que le pasaba por la cabeza. De no saber en qué andaba metido. De no estar a su lado cuando me necesitó. Pero es imposible proteger a tus hijos para siempre. Tienes que dejar que elijan su propio camino y esperar que, si eligen el equivocado, vuelvan a ti y te cojan de la mano.

Mientras miro a los niños que están en la arena con una mano a modo de visera para protegerme del sol, es a Billy y a Jake a quienes veo corriendo por la playa y lanzando sus cometas al viento. Juegan hasta que se aburren y entonces Jake señala hacia el mar y Billy asiente emocionado. El mar está más lejos de lo que parece, quizás a unos cuatrocientos metros de donde estamos nosotros. Los chicos tendrán que vadear la arena mojada antes de alcanzarlo. Pero no les importa. Sueltan gritos de alegría, con las caras vueltas hacia el sol mientras corren hacia el mar sin mirar atrás. Podría llamarlos para que vuelvan. Podría decirles que el barro es peligroso. Podría decirles que no lo conseguirán.

Dejo que se alejen corriendo.

AGRADECIMIENTOS

Mi enorme agradecimiento a Caroline Kirkpatrick por su apoyo, su ayuda y su perspicacia y habilidad como editora. Caz, tú me ayudaste a dar forma a *Desaparecido* hasta convertirlo en un libro del que estoy verdaderamente orgullosa. Muchísimas gracias al resto del equipo de Avon, HarperCollins, por su duro trabajo entre bambalinas, sobre todo a los equipos de ventas y de *marketing*, y a LightBrigade por su espectacular trabajo de relaciones públicas. Un enorme abrazo a Maddy, Thérèse y Cara de la agencia Madeleine Milburn por vuestros consejos, apoyo y experiencia. Estoy orgullosísima de trabajar con un grupo de mujeres tan fabuloso.

Estoy en deuda con las personas que dedicaron tan gustosamente su tiempo a ayudarme a documentarme. Para mí es importante que mis libros sean tan precisos y realistas como sea posible, y no podría haber escrito *Desaparecido* sin vosotros. Gracias a Stuart Gib por contestar mi inmensa lista de preguntas sobre los procedimientos policiales, al doctor Jez Phillis por dedicarme tan amablemente su tiempo para ayudarme a entender la amnesia disociativa, a DK Green por hablar conmigo sobre la terapia y la ética, a Tori Collinge por contármelo todo sobre la vida de los representantes farmacéuticos, a Andrew Parsons por sus consejos relacionados con la farmacología, a Lee Stone por su experiencia en el mundo de los trenes, a la doctora Charlotte McCredie por responder mis preguntas sobre los médicos de cabecera, a Michael Jones por explicarme los procedimientos paramédicos y a Joanna Purdue por ser una gurú de la telefonía móvil. Gracias a Ray Wingate por contestar mis preguntas sobre los circuitos de videovigilancia; por desgracia esas escenas no superaron la edición final, pero sigo estándole muy agradecida por dedicarme su tiempo. También me gustaría dar las gracias a Susannah Thomson, que me llevó arriba y abajo con su coche para poder documentar algunos de los escenarios de Bristol que aparecen en mi libro. ¡La bolsa negra que vimos flotar en el río se coló en la escena de Avonmouth!

Pierre L'Allier se ha ganado una mención en los agradecimientos como resultado de su más que generosa puja en la subasta de Autores por Nepal. Gracias también a Clare Christian, que fue igual de generosa al apoyar la subasta Clic Sargent. Espero que tu hija disfrute con el libro, Clare.

Todo mi amor para mis padres Reg y Jenny Taylor, cuyo apoyo incondicional (¡y su ayuda como canguros!) me permite escapar de mi

escritorio para poder salir y viajar y conocer a mis lectores y a otros autores. ¡Sois los mejores! Mi amor también a mi hermana Bec y a mi hermano Dave por entretenerme por el Whatsapp y hacer que mantenga los pies en la tierra. Un abrazo enorme a toda mi familia: Sophie, Rose, Leah, Suz, LouBag, Ana, Angela, Guin, Steve, Nan, Ali, Margaret, Sam y todos mis adorables tíos, tías y primos (somos muchos). Muchísimos besos a mis increíbles amigas: Rowan, Julie, Kate, Miranda y Tamsyn, por estar siempre ahí. Os quiero, chicas. Hay muchas otras personas a las que me gustaría dar las gracias, pero me estoy quedando sin espacio, así que gracias a las chicas CAN, A LOS BRISTOL SWANS, LA GENTE DE BRIGHTON (PASADA Y PRESENTE), LAS CHICAS ELLERSLIE, EL CLUB (DE VINO) KNOWLE BOOK Y A TODOS MIS ENCANTADORES AMIGOS ESCRITORES.

Y por último... todo el amor del mundo para Chris y Seth. Mi corazón es vuestro.

NOTA DE LA AUTORA

Tres cosas inspiraron *Desaparecido*: mi madre y mis abuelas; mi hijo, y mi fascinación por los trastornos psicológicos. Mi difunta abuela Milbrough (Millie) tuvo once hijos, un marido y un negocio de transportes en una zona rural de Worcestershire. Mi otra abuela, también fallecida, Olivia, tuvo seis hijos y un marido, y vivió en una comunidad minera de Northumbria. Eran matriarcas, las personas alrededor de las cuales giraba la vida familiar, y eran amadas y respetadas en igual medida. Sólo ahora que yo misma tengo una pequeña familia propia me doy cuenta de hasta qué punto eran mujeres increíbles. Lo fuertes que debían de ser para manejar a tantos hijos, un hogar, un matrimonio y un negocio. Lo cansadas que debían de sentirse cuando se metían cada noche en la cama. Cuánto estrés.

Mi madre continuó la tradición de mujeres fuertes de nuestra familia: una mujer de armas tomar con tres hijos que abrió su propia floristería y que luego se formó a los cuarenta para ser profesora. Pero no es la única. En este país, en el mundo, hay millones de mujeres fuertes que hacen malabares con el hogar, la familia, los padres enfermos y el trabajo. Como mujeres, a menudo ponemos las necesidades de los demás por delante de las nuestras. Renunciamos a nuestro tiempo, a nuestros sueños y a veces a nuestra comida para cubrir las necesidades de nuestros hijos. Queremos que todo el mundo sea feliz y a menudo dejamos nuestra propia felicidad en último lugar. Quería escribir una novela sobre una mujer que trataba desesperadamente de mantener unida a su familia, que había escogido permanecer en un matrimonio herido en lugar de romper su hogar, y que ya no conocía los pormenores de la vida de sus hijos. Cuando este año mi hijo empezó a ir a preescolar, me sorprendió lo rápido que pueden cambiar los hijos. Al cabo de unos meses utilizaba palabras y frases que antes no usaba. Tenía amigos que yo no conocía. Pareció pasar de bebé a niño de la noche a la mañana, y me resultó bastante desconcertante. Yo ya no tenía ningún control sobre lo que él oía, veía o hacía. Me di cuenta de que mi influencia seguiría menguando a medida que él creciera, sobre todo cuando llegase a la adolescencia.

Por eso hice que Billy tuviera quince años. Quería que fuera lo bastante joven como para ser vulnerable, pero lo bastante mayor como para ser independiente. Quería que tuviera sueños y ambiciones que no compartiera con sus padres, y secretos que nunca la había contado a su madre. Quería

explorar qué pasaría cuando Claire, controladora por naturaleza, se diera cuenta de que ya no conocía al hijo al que había criado durante tantos años. Quería ver cómo reaccionaría cuando su familia empezara a desmoronarse.

Decidí que Claire tuviera amnesia disociativa porque siempre me han fascinado los trastornos psicológicos, y porque creo que nuestro subconsciente puede tener una poderosa influencia sobre nuestro cuerpo y mente. Una puede decir «No tengo miedo», pero le seguirán temblando las manos y tendrá que ir corriendo al baño. Podemos mentir, pero nuestros engaños se revelan en pequeñas microexpresiones. Claire no cree que su familia sea responsable de la desaparición de Billy, pero su subconsciente no piensa lo mismo y, como resultado del estrés de la situación, sufre fugas. Investigué a fondo la amnesia disociativa antes de empezar a escribir *Desaparecido*, y el doctor Jez Phillips me fue de especial ayuda al contestar mis preguntas. He intentado ser lo más fiel posible a la información que recibí, pero tuve que tomarme algunas licencias para que la historia fuera más intensa y perturbadora. En primer lugar, las personas que sufren amnesia disociativa suelen huir de una situación que les resulta estresante. Hice que en su primera fuga Claire escapara a Weston, pero, en lugar de hacerla huir de sus miedos, su subconsciente la obliga a enfrentarse a ellos. Por eso después sigue a varios miembros de su familia. El segundo aspecto del trastorno que modifiqué levemente es la frecuencia con la que se producen las fugas. Por lo general tienen lugar una sola vez. En las raras ocasiones en que alguien sufre más de una fuga, no sucede hasta al cabo de meses o incluso años. Yo no quería que el ritmo de mi historia decayera, así que las fugas de Claire tienen lugar más a menudo.

Espero que te lo hayas pasado bien leyendo *Desaparecido*. Si es así, me encantaría saberlo. Puedes escribirme a través de mi agente Madeleine Milburn o también puedes contactar conmigo por las redes sociales o mediante el formulario de mi página web.

<http://www.facebook.com/CallyTaylorAuthor>

<http://www.twitter.com/callytaylor>

<http://www.cltaylorauthor.com>

* A lo largo de libro se hace referencia a la hora del té, que en España correspondería a una cena temprana. (*N. de la T.*)

* Grafiti que consiste en una palabra o, más a menudo, el nombre artístico del autor. (*N. de la T.*)

* Juego de palabras. En inglés, *fly* es mosca. (*N. de la T.*)

* Expresión de la cultura popular británica acuñada en el filme *This Is Spinal Tap*, en la que el guitarrista Nigel Tufnel muestra un amplificador cuyo volumen va del cero al once, no al diez como es habitual. (*N. de la T.*)

* Payment Protection Insurance, producto bancario británico consistente en un seguro que se cobra en caso de pérdida de ingresos por enfermedad o desempleo. (*N. de la T.*)

* Festividad celebrada el día 26 de diciembre en la que se promueven las donaciones y regalos a los pobres. (*N. de la T.*)

Título original: The Missing

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2016, de C. L. Taylor

© 2017, de la traducción: Begoña Prats Rojo

Imagen y diseño de la cubierta: © OpalWorks BCN

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncep d'Astúries, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-16634-93-4

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Créditos